

1933

100

ATTENUEA

PH

Atenea

Revista Mensual de
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

N.º 100

008(83)

EN ESTE NUMERO:

ENRIQUE MOLINA, AUGUSTO ORREGO LUCO, MARIANO LATORRE, DOMINGO MELFI, JORGE GONZALEZ B., FERNANDO SANTIVAN, ERNESTO MONTENEGRO, GERONIMO LAGOS, MARIANO PICON SALAS, MARI YAN, LUIS DURAND, GUILLERMO FELIU CRUZ, EUGENIO ORREGO, OSCAR VERA, LUIS DAVID CRUZ, RICARDO E. LATCHAM, CARLOS PRENDEZ SALDIAS, FERNANDO DIEZ DE MEDINA, AMANDA LABARCA, etc.



Blest Gana y la sociedad chilena, La generación literaria en 1842, El pueblo chileno en la novela de Blest Gana, La clase media en la literatura chilena, Intuición de Chile, Libros extranjeros recientes sobre nuestra América, D'Halmar y la colonia tolstoyana, Medina y la Historiografía americana, La tragedia íntima del escritor criollo, El cuento y los cuentistas chilenos, Los poetas chilenos en Atenea, etc.

SUMARIO

- La Dirección.** *Cien números.*
Domingo Melfi. *Blest Gana y la sociedad chilena.*
Mariano Latorre. *El pueblo chileno en las novelas de Blest Gana.*
Jorge González B. *Vera rústica.*
Jerónimo Lagos Lisboa. *Misas lugareñas.*
Enrique Molina. *Libros extranjeros recientes sobre nuestra América.*
Fernando Santiván. *El primer impulso.*
Mari Yan. *Una noche en Montmartre.*
Mariano Picón-Salas. *Intuición de Chile.*
Ernesto Montenegro. *La tragedia íntima del escritor criollo.*
Arturo Torres Rioseco. *Patria.*
Luis Durand. *Algo sobre el cuento y los cuentistas chilenos.*
Januario Espinosa. *La clase media en la literatura chilena.*
Oscar Vera L. *Reflexiones sobre la literatura en Chile.*
Carlos Préndez Saldías. *Poetas chilenos en Atenea.*
Arturo Piga. *Reflexiones acerca de nuestra educación.*

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

- Augusto Orrego Luco.** *El movimiento literario de 1842.*
Guillermo Feliú Cruz. *Medina y la Historiografía americana.*
Eugenio Orrego Vicuña. *Simón Bolívar.*
Amanda Labarba H. *Orientación vital.*
José María Souvirón. *La verdad del viajero.*
Luis D. Cruz Ocampo. *El fracaso de la democracia.*
Fernando Diez de Medina. *Los hombres como símbolos.*
Ricardo E. Latcham. *El materialismo histórico y la etnografía moderna.*

LOS LIBROS—GLOSARIO—LIBROS RECIBIDOS

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

Alfredo A. Bianchi * *

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

008 (83) (105)

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918.

Director Fundador:
Víctor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176

Lima - Perú

LEONARDO

Rassegna Bibliografica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (111)

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar
sobre la aplicación del Cine a la
educación en cada una de sus ra-
mas (universitaria, primaria, se-
cundaria, agrícola), así a la cien-
tífica como a la popular, y a la
higiene social. Se publica en cin-
co ediciones: inglesa, francesa,
italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la
edición española: dólares 4;
pesos chileno, 32.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año X

Agosto de 1933

Núm. 100

CIEN NUMEROS

ATENEA conmemora con este número, CIEN NÚMEROS de intensa y fecunda labor. Sin vanidad y a trueque de romper una consigna, debemos referirnos a nosotros mismos. No hay una revista chilena de la índole de ésta, que pueda ostentar idéntica satisfacción. Se fundó en 1924. Y su vida que alcanza ya casi un decenio, es la vida misma de las letras chilenas. Nos ha dignificado en el continente. Nos ha hecho salir de nuestras propias fronteras, ha sido comentada en Europa, y Universidades y centros de cultura, hombres de letras y gentes aficionadas a seguir la ruta del pensamiento y de la literatura chilenos, han manifestado en cada oportunidad no sólo el interés que la revista despertaba, sino los elogios que la distancia despoja de todo propósito de círculo o de grupo.

ATENEA es la síntesis del pensamiento intelectual chileno en 10 años de vida. Por lo general las revistas nacionales no alcanzan sino un número restringido de publicaciones. Flaquean. Se desgastan en el camino, vacilan y ruedan al abismo. Se han sucedido unas a otras. ATENEA subsiste. Ha subsistido, a despecho de los obstáculos, por encima de las mínimas acechanzas, lejos de toda sospecha de clan. Su programa ha sido

cumplido fielmente. Decían sus fundadores en Abril de 1924, en la página iniciadora del gran recorrido, que hoy celebramos:

«Esta revista como la Universidad que la sostiene, tratará de
« servir los intereses de la cultura en todas sus dimensiones. Será
« en este sentido nacionalista, pero no de un nacionalismo es-
« trecho, sino entendido: 1.º como amor al suelo del país y a sus
« pobladores, considerados en cuanto núcleos de fuerzas en po-
« tencia, capaces de inmenso desarrollo, y 2.º como amor a la
« nación en cuanto unidad de vigor dentro de la solidaridad de
« la raza y de la humanidad.»

Nada ha sido olvidado en diez años. Puede verificarlo el lector que ha seguido su curso ascendente; nada del pensamiento, nada de la ciencia y de la literatura, nada del desarrollo y de la creación americanos. Las plumas más escogidas del intelecto nacional como las mejores de América y de Europa, han dejado en sus páginas la huella inextinguible de su pensamiento y de su estilo. ATENEA ha reivindicado, con su continuidad y su constancia, la acusación de ser el nuestro un país de inconstantes en la tarea eficaz de la cultura. Esta breve pausa de la rememoración que no es pausa, sino recuento y análisis y visión retrospectiva del camino andado, llena de serenidad y de estímulo el espíritu de sus fundadores. Ha crecido la obra en el transcurso del tiempo y la reavaluamos sin desconocer las omisiones y los errores que hayan podido, como en toda obra humana, deslizarse en ella.

Agregaban sus fundadores en aquella fecha:

«Hemos dado a nuestra revista el nombre de la diosa de la inte-
« ligencia, severa y sonriente a la vez. El nombre de ATENEA

« evoca los elementos de la sonrisa ática curada de frivolidades.
« Al tratar de hacerla florecer pálidamente en este apartado va-
« lle del Nuevo Mundo, no resurgirá, tampoco como una sonrisa
« escéptica, mal que asecha continuamente a la inteligencia pura,
« sino como una sonrisa de fe que por un imperativo de la vida,
« brota cual surtidor inagotable en el alma de los pueblos jóvenes.»
« Sin verdad y esfuerzo no hay progreso», es el lema de nuestra
« Universidad, y no puede ser otro el de su revista. Lejos, pues,
« de nosotros la actitud displicente, propia de espíritus caducos
« y marchitos, de los que hablan del progreso como de añejeces de
« la pasada centuria.»

Con un esfuerzo y una voluntad permanentes, hemos querido siempre recoger en las páginas de ATENEA la vibración de los problemas americanos. Son comunes en la tradición de este continente y el porvenir sobre el cual vamos avanzando con cautela, envuelve para nosotros la más inquietante incógnita, pero al propio tiempo, la más segura inclinación de madurez. De ahí que todo impulso tendiente a unir los propósitos de colaboración entre naciones que una misma sangre conmueve, nos encuentre siempre dispuestos a la comprensión. No creemos que existe para los países americanos una urgencia de mayor calidad como la que dejamos apuntada y que ATENEA ha servido con incondicional desinterés, a lo largo de esta primera etapa de su fecunda existencia.

La cultura de América debemos crearla en estrecha unión todos los pueblos hispanoamericanos. Hay un sentido y una orientación inmanentes en estos pueblos que han padecido tantos y tan amargos trastornos. Pero han sido estos, pruebas fatales e inevitables, quizá saltos desarmónicos, generados por una fuerza de juventud que no encuentra su expresión y que acaso un día, tope

con la verdadera ruta y pueda entonces seguir el destino que el porvenir reserva, según Spengler y Keyserling a esta América virgen, que mira a Europa, que ha estado siempre sujeta a la misión cultural de Europa.

En el pensamiento de quienes dieron vida a esta revista, estaba inscrito ya como un programa la expresión de una América, sin barbarie ni servidumbre. Finalizaba el programa de que hablamos con las siguientes palabras:

«Ofrecemos esta nueva compañera de la inteligencia y solicitamos a la vez ayuda para ella:

A los hombres de ciencia
a los hombres de letras
a los estudiosos
a las almas jóvenes en general
a las universidades del mundo

a las universidades iberoamericanas en especial. Corresponde a éstas una misión única en la obra de elevar nuestra cultura, de valorizar nuestra bella lengua concisa y de orientar la educación hacia la comprensión mística, la solidaridad y paz de los pueblos latinoamericanos, Corresponde a ellas aventar los sofismas de los que sostienen que la guerra sea una función necesaria e inevitable en la vida de los pueblos.»

Nadie en efecto ha negado su concurso, ni los hombres de ciencia ni los hombres de letras. Estudiosos todos, han encontrado en estas páginas un refugio y una tribuna. Las incomprendiones ácidas y estériles, nunca lograron detener nuestro camino. Teníamos una misión y hemos tratado de cumplirla. Nos queda aún un largo trecho por recorrer y hacia él enderezamos con ardiente optimismo nuestros pasos y nuestra esperanza. Sólo la sugestión poderosa de la cultura podrá levantar

las organizaciones sociales y humanas que empeñan en estas tierras americanas, tan rudos y porfiados combates contra la incomprensión la intolerancia y la estrechez de sectas o partidos o grupos.

Nuestra obra modesta, si se quiere, ha encontrado amplia resonancia en los países más distantes. ATE-NEA está ya incorporada al acervo continental en el orden de la cultura que es lo único grande y sólido de los pueblos, y por ello, nuestra satisfacción se envuelve en luminosa y viva esperanza.

Cien números, o lo que es lo mismo diez años de labor continua, mes a mes, representan una etapa singular de nuestro desarrollo intelectual. ¿Cómo no sentirnos satisfechos de la obra realizada y cómo no abrigar nuevos anhelos de entusiasmo y de superación en lo que aun queda por realizar?

Y después de este breve alto, reanudamos nuestro viaje de amor a la cultura, llamando a colaborar en nuestra obra, como en el primer día, a los hombres de ciencia, a los hombres de letras, a los estudiosos y, en fin, a todos los que sientan en su espíritu la poderosa palpitación de un ideal de belleza y de perfeccionamiento.

BLEST GANA Y LA SOCIEDAD CHILENA ⁽¹⁾

UN día de Julio de 1850 atravesó pausadamente el portal de Sierra Bella, un joven de regular estatura, de ojos negros, pensativos y melancólicos y que llevaba impreso en el rostro ese aire romántico, un poco triste, que era no sólo el signo de la época sino, además, el fruto de largas y duras pobreza. Su andar como indeciso, revelaba desde luego al joven que acaba de llegar de una provincia. «Vestía pantalones negros, embotinados por medio de anchas trabi-llas de becerro a la usanza de los años 1842 y 1843, le-uita de mangas cortas y angostas, chaleco de raso ne-gro con largos picos abiertos, formando un ángulo agudo, cuya bisectriz era la línea que marca la tapa del pantalón: un sombrero de extraña forma y unos botines abrochados sobre los tobillos por medio de cordones negros.»

En sentido contrario atravesaban el portal dos jóvenes elegantemente vestidos, con levita azul, boto-nes dorados, pantalones gris perla y corbatines de seda que ahorcaban sus cuellos enhiestos sobre los cuales se balanceaban unas cabezas altivas y desafia-doras. Los ojos de estos elegantes que iban del brazo,

(1) Leído en la velada en conmemoración del Centenario de Blest Ga-na, en la Biblioteca Nacional.

parecían haber condensado toda la energía y el donaire de los que nada temen al voluble destino. Cuando pasó el hombre solitario, uno de ellos, oprimió el brazo del otro y lo obligó a volverse, al tiempo que le decía:

—La provincia... Francisco.

—¿Tú crees?—observó el otro.

—No hay más que verlo... Mañana puede ser de los nuestros... Tiene simpatía...

Y siguieron avanzando por entre los grupos que se apretujaban junto a los baratijos del portal.

Aquel hombre solitario era Martín Rivas, el héroe de la clase media. Los paseantes que habían cruzado con él, Francisco Bilbao y Santiago Arcos. Unos corrían sobre la realidad misma; el otro había escapado de la imaginación del creador. Vivía ya en la mente del novelista, pero le dejaba salir de su cárcel cada tarde para que vagara por las calles de la soñolienta ciudad. No se conocían ni era preciso que se conocieran. Más tarde se encontrarían en las tumultuosas sesiones de la Sociedad de la Igualdad, y acaso juntos librarían los combates por una libertad imposible. Soplaban en ese tiempo un aire de fronda, y muchos personajes de Blest Gana discurrían al atardecer, junto con los pipiolos que andaban sueltos, burlándose de la terrible autoridad. Santiago estaba lleno de románticos y de embozados con algo de Giron-dinos y a veces por las calles más desiertas se oían unas voces temblorosas que prolongaban las arias de Lucía, ópera que habían cantado hacía poco Rossi y la Pantanelli.



Blest Gana era hijo de un hombre liberal, y desde la adolescencia había bebido la razón de esta nueva manera de novelar tan distinta del sistema en uso. El Dr. Blest además de sus copiosas lecturas, tenía la

prosapia del liberal británico. Había revolucionado, como dice Vicuña Mackenna, las leyes y el espíritu de la medicina. Era natural que el hijo, a su vez, revolucionara los métodos literarios en la expresión de la realidad autóctona. Para Blest Gana existía una realidad chilena, superior en contenido a la que describían los libros europeos entonces de moda. Con una sonrisa cazurra había mirado por encima del hombro a los románticos trasnochados que bebían en Víctor Hugo, en Byron, en Dumas y haciendo sonar sus espuelas criollas había arrojado el lazo a las circunstancias chilenas, a las costumbres y a los tipos. En los zaguanes oscuros de las viejas casas coloniales, había sorprendido entre el aleteo de las sombras, la vida primitiva y sencilla de los santiaguinos. No necesitó empinarse mucho para descubrir el tesoro que encerraban: a su alcance estaban todos los elementos de creación: hombres y ambiente, pasiones simples, elementales, el campo y la ciudad, la historia y la vida. Conocía profundamente la sociedad de su tiempo y la describió con un colorido y una frescura inimitables.

Queremos una cosa nuestra, una literatura nuestra, había dicho Lastarria, algunos años antes, en su célebre discurso de la Sociedad Literaria. Todo lo que nos rodea en punto a interpretación artística, está virgen. No más imitaciones europeas. Todo era, es cierto, informe y vago. Faltaba la expresión, la síntesis, en la pintura, animada, viva y orgánica de la sociedad. La literatura tomaba la forma de las alternativas violentas de las luchas. En los días de la emancipación montó a la grupa de los guerrilleros. Se hizo terca y turbulenta. Más tarde entró en las asonadas políticas y revolucionarias. Pero aun no definía su perfil. Bajo la montura de los revolucionarios atravesó las alamedas y los valles y se asomó al borde de los barrancos. No tenía tiempo para contemplar el

paisaje y observar a los tipos. Estuvo debajo de los códigos, en el fondo de los calabozos, en la violenta oratoria de los tribunos, en el centelleo de las espadas. Cruzó alternativas duras y difíciles. Sufrió influencias considerables. De 1830 a 1850 irrumpe la tolvana romántica o lo que es lo mismo la pasión de la libertad.

Había que construir un país. Forjarlo a despecho de las sangrientas asonadas. Había llegado la hora del fervor democrático contra la cerrazón pelucona que imponía un terrible sentido a la realidad política. Los poetas eran tribunos. Los héroes eran los hombres que enarbolaban principios liberales. Una generación entera de historiadores, mostraba a la juventud, en el pretexto de sus investigaciones, la tragedia del despotismo, de la tiranía, de la persecución política, del caudillaje que la emancipación había dejado como herencia en todas las repúblicas americanas.

Este período coincide con el afianzamiento político. Está penetrado por las corrientes románticas, por las doctrinas de los revolucionarios franceses que comienzan a llegar al país, por los primeros intentos tímidos de novela, cuento y drama. Es una etapa de historiadores más que de artistas, de políticos y de tribunos más que de creadores literarios. La política no sólo absorbe todos los intentos de creación sino que muestra a los intelectuales, como único camino del éxito, la intervención en las revoluciones. Y éstos no vacilan. Los escritores y poetas son luchadores. Desde el salón en donde han rimado fugaces penurias románticas corren a la tribuna y a la asonada callejera. Uno que otro surge y permanece.

En las pausas que se abren entre las revoluciones sangrientas, los destierros y las persecuciones, los tipos salen de las casonas coloniales, dejan otros las provincias e intentan un tímido avance hacia la capital. Salen los labriegos al medio de los caminos y a

lo largo de las alamedas. que cruzan los pequeños valles en los que aun resuena el turbi6n revolucionario. Los pueblos, las costumbres los personajes parecen como seguros de s3 mismos, como si tuvieran la evidencia de que alguien se acerca para darles la vida inmortal de la interpretaci6n art3stica. Van todos en busca del novelador.

Y he aqu3 que el novelador estaba entre ellos, hab3a salido tambi6n al camino, con todos los arreos del criollo, con un don magn3fico de observaci6n, con una suave sonrisa ir6nica entre sus ojos chispeantes y vivos. Hab3a comprendido la pasi6n de su raza. No era pol3tico. No hab3a participado en las revoluciones. Su destino era otro y justamente, es su destino y su pasi6n y su adivinaci6n y su inmortalidad lo que en este momento celebramos.



Una noche en la tertulia familiar, el Dr. Blest hab3a pronunciado unas palabras sencillas y puras a los hijos todav3a adolescentes.

Presid3a aquella tertulia la gran mujer hermosa, de cuello blanco y matronil, con su aire entre rom3ntico y pausado. El aire de las mujeres de esta tierra que parecen ensimismadas y al mismo tiempo con un ritmo exacto, casi r3gido, en el que palpita la llama tr3mula del amor apasionado y de la abnegaci6n heroica.

—Este pa3s—dijo—necesita de hombres que sepan sacrificarse por 3l. El pueblo est3 abandonado y hay que ayudarlo, porque la tierra es hermosa y bien merece que en ella no se sufra. Deben Uds. amar esta tierra, y si alguna vez el destino los lleva lejos, nunca deben olvidarla... .

¡Nunca! ¿La olvid6 acaso alguna vez el que tan alto deb3a colocarla por la expresi6n del sentimiento

cipios liberales cuya firme herencia ya sabemos de dónde provenía.

Fijaba en el héroe, desde luego, la cifra y el sello de una clase social desamparada y sin firme orientación. Su pupila sagaz había penetrado en la médula de una porción social que estaba destinada por la evolución histórica a ser la base de la nacionalidad futura. Martín Rivas había llegado a Valparaíso sobre la cubierta de un buque. Era un joven pobre y tímido, que abandonaba su obscuro rincón de provincia para tentar fortuna en la capital. Es decir, era el símbolo de miles de jóvenes que en la política, en la cátedra o en las profesiones debían transformar la fisonomía rígida de la sociedad chilena. Recogió, pues, este héroe las aspiraciones y las esperanzas de los espíritus juveniles que se oponían al duro broquel del peluconismo. La época de luchas en que vivió Blest Gana, de tanteos y de heroísmos, de nacimiento de las ideas democráticas, de batallas contra la aristocracia conservadora, movieron su pluma para dar vida a este héroe perseverante, tenaz, modesto, que no tenía más armas que su talento personal y que debía vencer los prejuicios de una casta y abrir el hermético corazón de una joven de orgullosa estirpe.

Blest Gana no ignoraba que ese triunfo era un desafío a las ideas reinantes, a los prejuicios que entonces eran más duros y más espesos que hoy. Por primera vez un escritor chileno, un novelista, hacía la apología del hombre humilde y lo llevaba, después de sucesivos obstáculos, y de luchas con el medio, al logro de sus ambiciones. El tipo era una excepción singularísima, colocado en ese medio de cerrazón aristocrática y su triunfo debía constituir un estímulo poderoso para los innumerables soñadores de provincia que se aprestaban a la lucha por la vida.

El ambiente estaba por ese tiempo impregnado de doctrinarismo, de aspereza y descontento. No hacía

sirve para destruir privilegios, el frío dominio sobre la muerte, como en ese Mayor Robles de *Durante la Reconquista* a quien no le van a meter cinco balas teniendo los ojos vendados y al que nadie le arrancará sus charreteras como no sea él con sus propias manos.

Para Blest Gana existía su país. Si un novelista no demuestra que su país existe, es seguramente un novelista pasajero. La intuición de Blest Gana fué una cosa maravillosa. La historia política estaba haciéndose, estaba calentándose al rojo blanco de las revoluciones, era todavía embrionaria y confusa, y ya surgía el historiador de las costumbres. Por lo menos esa serie de novelas que debían tener un carácter de continuidad y de grandes cuadros cíclicos, sostenidos por la espina dorsal de la tierra, revelaban que había una fuerte nacionalidad digna de ser encerrada en miles de páginas evocadoras. La novela sigue a la formación de un pueblo, puesto que ella refleja la existencia de una sociedad estructurada. La novela tiene algo del fruto. Los pueblos maduros en el proceso de su evolución arrojan de sí como el árbol, la maravilla de la pulpa sazónada, el gran fruto, que es la novela.



¿Qué quería hacer Blest Gana con ese tímido héroe de la clase media que hemos visto atravesar una tarde de Julio de 1850 el Portal de Sierra Bella? Martín Rivas cuenta entre las obras más típicas de Blest Gana. Expresa la síntesis de un problema social que novelistas posteriores han estudiado en todos sus aspectos. Pero es preciso comprender lo que entonces encerraba de audaz una concepción novelesca semejante. Blest Gana no era hombre de prejuicios, no hacía concesiones al medio, no renunciaba a sus prin-

centro de la nobleza, por la impetuosidad que sólo comunica el talento o la astucia. Balzac eleva a la categoría de un rito esta pasión del hombre que salta todas las vallas, para fijar su destino en un medio social antípoda, sin vacilar un instante. Son los conquistadores de una sociedad hermética, que rompen y destrazan los moldes envejecidos, que acechan los instantes propicios, que se valen de todos los medios para llegar al fin que se han propuesto. Nada los contiene porque la razón suprema del éxito consiste en apretarse el corazón o en mantener en tensión angustiosa como una cuerda, la voluntad vital.

Pero el medio en el que Blest Gana colocó a su héroe, no era ciertamente el medio parisién. En esto fué siempre, como hasta el último día de su vida de novelista, un espíritu equilibrado y consciente. Los elementos eran diversos y la sociedad otra completamente distinta a la que Balzac había tomado por modelo. La época de Martín Rivas era simple, un poco romántica. Las comunicaciones difíciles, las industrias escasas, el comercio sin gran desarrollo. La vida social ceremoniosa, interior, sin efusión para quienes no pertenecieran a las tribus del abolengo o de la riqueza. Se iba de un punto a otro en carruajes lentos, devorando caminos polvorientos y abruptos, a lo largo de las grandes haciendas en las que aun persistía la encomienda. Gravitaba un espíritu cerrado y adusto, que definía con neta separación las clases sociales. Ancho era aún el espesor de la Colonia, no abierto a pesar del ímpetu obstinado de una juventud turbulenta que había hecho la emancipación. Las provincias estaban abandonadas a su propia suerte y la existencia en ellas, monótona, gris, conventual. Como siempre, la capital era el centro y la vida, el corazón y el cerebro, la ciudad que resumía un poco la inquietud y el goce de vivir, por las compañías de óperas o de dramas, por las novedades que los veleros traían, a los puertos cerca-

mucho que Bilbao había detenido con un gesto romántico, muy propio de la época, a la puerta del cementerio, el cadáver de Infante el tribuno de las ideas avanzadas para franquearle el paso a la inmortalidad y había pronunciado una breve arenga que era un desafío a la sociedad pelucona. Simbolizaba la protesta de todos los espíritus revolucionarios que por lo demás iban a ser muy pronto batidos por la autoridad omnímoda de Montt. «Pipiolos despreciables» había dicho quince o veinte años antes, el Ministro Portales, echándose con donairosa elegancia, el embozo de su capa castellana sobre su rostro pálido y enérgico.

Pero todo esto pertenece ya al dominio de la historia. El procedimiento mismo de Blest Gana para seguir el juego de las pasiones de sus personajes centrales, es, en esta novela, como el del rumbero de las selvas que tantea las posibilidades para avanzar en la maraña del bosque. La pasión no brota impetuosa en los corazones puestos en juego. Procede lentamente, con cautela, midiendo cada paso. Es el procedimiento de la perseverancia, de la tenacidad. Empieza por un rechazo rotundo de la mujer, para entrar de seguida, en el camino largo en cuyo término clarea el amor. Es justamente el procedimiento más lógico para esa época, pero es también el mismo, porque la sociedad tarda en modificarse, que van a seguir más tarde los novelistas chilenos, herederos de Blest Gana, que aborden idéntico asunto. Penetración lenta y paciente de una clase social en otra, conquistándola por el amor o por el dinero.

La herencia liberal de Blest Gana como hemos dicho, está latente en esta novela. Es probable que la influencia de Balzac sea en esta obra más fuerte que en otras. Por lo menos la influencia del tema. Los héroes de Balzac son voluntariosos y enérgicos y algunos proceden de clases sociales inferiores. Llegan al

centro de la nobleza, por la impetuosidad que sólo comunica el talento o la astucia. Balzac eleva a la categoría de un rito esta pasión del hombre que salta todas las vallas, para fijar su destino en un medio social antípoda, sin vacilar un instante. Son los conquistadores de una sociedad hermética, que rompen y destrazan los moldes envejecidos, que acechan los instantes propicios, que se valen de todos los medios para llegar al fin que se han propuesto. Nada los contiene porque la razón suprema del éxito consiste en apretarse el corazón o en mantener en tensión angustiosa como una cuerda, la voluntad vital.

Pero el medio en el que Blest Gana colocó a su héroe, no era ciertamente el medio parisién. En esto fué siempre, como hasta el último día de su vida de novelista, un espíritu equilibrado y consciente. Los elementos eran diversos y la sociedad otra completamente distinta a la que Balzac había tomado por modelo. La época de Martín Rivas era simple, un poco romántica. Las comunicaciones difíciles, las industrias escasas, el comercio sin gran desarrollo. La vida social ceremoniosa, interior, sin efusión para quienes no pertenecieran a las tribus del abolengo o de la riqueza. Se iba de un punto a otro en carruajes lentos, devorando caminos polvorientos y abruptos, a lo largo de las grandes haciendas en las que aun persistía la encomienda. Gravitaba un espíritu cerrado y adusto, que definía con neta separación las clases sociales. Ancho era aún el espesor de la Colonia, no abierto a pesar del ímpetu obstinado de una juventud turbulenta que había hecho la emancipación. Las provincias estaban abandonadas a su propia suerte y la existencia en ellas, monótona, gris, conventual. Como siempre, la capital era el centro y la vida, el corazón y el cerebro, la ciudad que resumía un poco la inquietud y el goce de vivir, por las compañías de óperas o de dramas, por las novedades que los veleros traían, a los puertos cerca-

nos, a duras penas, desde las costas lejanas de Europa, por los libros y novedades filosóficas del viejo mundo y que no todos podían saborear.

Comenzaba el afianzamiento, la obra de la solidificación del Estado político, después de los tumultos y motines militares. Todavía vagaba de la capital al puerto de Valparaíso, la sombra trágica de Portales. Sobre la tierra del camino aun rojeaba la sangre del ministro omnipotente. En las asambleas políticas y en la prensa comenzaban a entonarse cánticos a las ideas democráticas. Los Clubs secretos se llenaban de hombres jóvenes, de artesanos y de revolucionarios que voceaban doctrinas de justicia social. Entre ellos, un poco separado, casi en un rincón, tímido porque había llegado de una provincia, aparecía la figura melancólica de Martín Rivas.

Sin embargo, es preciso reconocer que Blest Gana no convirtió su novela en cátedra de propaganda. Le bastó presentar a la sociedad tal como la había visto a través de sus observaciones. En el hecho, la argumentación de un joven pobre que triunfa sobre una mujer rica y orgullosa era ya una notable ruptura con el medio, pero se cuidó de dar al libro el carácter de una tesis. No le interesaba sino novelar. No aspiraba a otra cosa, como él mismo lo dijo en una carta a Vicuña Mackenna, que

«a alejarse de los cuidados enfadosos de la vida lanzando la imaginación a un campo en que nadie pueda vedarnos los dulces frutos de la satisfacción intelectual.»

Y con la misma agudeza de observación presentó a la aristocracia y a la clase media, al siútico y al hombre del pueblo, a la dama orgullosa y al patricio, al soldado y al conspirador. Como ha dicho un estudioso de la obra de Blest. Gana (1), se mezclan en ella, el

(1) Fuenzalida Grandón.—«Blest Gana y el arte de novelar».

orgullosa patriciada de alcurnia, la modesta clase media, y el deprimido e inculto pueblo; desde el tejedor «energista», hombre de orden, el «crisista» ministerial, hasta el camaleón, tipo del parásito en política, arrimado siempre a la autoridad. Blest nos penetra en la intimidad de ese rico enjambre que bien conoce, de mancebos apasionados, estudiantes sin *chapa*, alegres calaveras; galancetes fatuos y redomados que enamoran con su traje y sus galicismos; ejecutivos tenorios del picholeo; Lovelaces en ruinas, viejos seductores de incautas y desvalidas; apuestos militares; cívicos entusiastas; sin que falten oficiales de policía que deslumbran con su uniforme, sus botones plateados y su sable. En este conjunto leve y artísticamente idealizado, nos muestra, con su genuina idiosincrasia colectiva e individual, cómo nace, crece y se mueve la «personajería» y se oye cómo piensan y creen, divagan y conversan, ríen, chismean las gentes de esa generación. Nos cuenta cómo vivían en sus casas y en las calles, cuarteles, claustros y mercados, cómo viajaban en birlocho y paseaban en carreta, cuáles eran los guisos, confituras y golosinas servidos en sus mesas cuales los instrumentos que tañían y las coplas que entonaban; en qué vasos, jarros o potrillos vaciaban la chicha, la mistela y el ponche o *chincolito*; cómo vestían y requebraban en la artesonada sala y en la cuadra blanqueada, cómo jugaban a la malilla unos y otros a la brisca y al monte en naipes gastados; cómo seesteaban y dormían todo ello con propia e inconfundible fisonomía, con sorprendente y vivo realismo, en medio de exuberancias episódicas de tramas dobles y aun triples, de una inventiva amable, fecunda, con inagotable vena satírica y con un optimismo sonriente que casi no flagela el vicio, porque la filosofía allí desenvuelta es blanda y benévola por excelencia.

La obra de Blest Gana es la historia minuciosa de las costumbres del siglo XIX. Si hay historiadores máximos de su evolución política y de sus alternativas de gobierno, esta serie de novelas representan el más espléndido clima moral de una sociedad en el espacio de casi un siglo. No posee otro país de América hispana un documento de más auténtica calidad interpretativa. Blest Gana es el creador de la novela chilena. En el período en que comenzó con *La Aritmética en el Amor* el ciclo de interpretación de la vida nacional no aparecía en el área americana ningún escritor que pudiera comparársele. Novelistas de un solo libro, con fuertes influencias románticas, existieron en otros países. Y con posterioridad, el único que puede mencionarse, dentro del siglo por la importancia y la continuidad del esfuerzo novelador, por la intención cíclica, es el uruguayo Acevedo Díaz que noveló la gesta de la barbarie gauchesca y de la emancipación. Blest Gana intentó la historia novelada de la sociedad chilena y lo consiguió en gran parte, puesto que el desarrollo de las costumbres, las inquietudes y las alternativas de la evolución social quedaron aprisionadas entre esos dos paréntesis de alta tensión, que se llaman *Durante la Reconquista*, epopeya de los días difíciles y sombríos de la dominación española y *Los Trasplantados*, pintura admirable de la descomposición de las familias americanas en el ambiente de París. En el interior están los episodios que se conectan unos con otros, por la visión uniforme de la tierra, por la calidad humana y criolla de sus personajes, por la firmeza y continuidad del ambiente: *Martín Rivas*, *El Loco Estero*, *El ideal de un Calavera*, *La Aritmética en el Amor*.

A los 75 años de edad escribió *Los Trasplantados*. Había vivido cerca de cuarenta años lejos de su tie-

rra. No la había olvidado, conforme al voto paterno, en una lejana noche. La tenía viva en el corazón y por lo mismo que la sentía con la fuerza del criollo verdadero, volvió a evocarla en la tristeza del desarraigo y de la disgregación de esas familias que la fiebre del goce y la riqueza arrojaban sobre Europa. No ha salido de la pluma de un americano una sátira más punzante y al propio tiempo más dolorida contra los que olvidan su tierra y pretenden fundirse en sociedades que nada tienen de común con ellos. El diplomático había visto con exceso, pero el escritor comprendía que en esas transformaciones de las familias se operaba también la transformación de la sociedad que él había dejado, vigorosa y sana, aun en medio de las convulsiones revolucionarias, inevitables al fin, porque eran los síntomas de una vitalidad que buscaba el camino mejor para crear la nacionalidad.

Tuvo hasta el acierto, la intuición, la profundidad creadora del novelista para forjar ese tipo del hombre joven, Juan Esteban, hijo mayor de la familia que había quedado encargado para administrar los bienes en la pequeña patria abandonada. En ese personaje simbolizó el heroísmo silencioso y paciente de la tierra que seguía produciendo, mientras la familia, arrasada por el torbellino de la gran ciudad, derrochaba el dinero y rompía los últimos frenos morales que la ataban al pasado.

La fiebre de riqueza y de placeres había desgastado todos los resortes. ¿Que eran esas familias sino los representantes de una sociedad que marchaba rápidamente a la bancarrota moral? Mientras la sociedad mantuviera sus tradiciones de sobriedad, podía estar segura que avanzaría firmemente en la construcción y en el afianzamiento del país. Pero la facilidad para ganar dinero, las especulaciones afortunadas, los grandes descubrimientos mineros y la explotación de los yacimientos salitrales, iban a determinar una verda-

dera tempestad y un desorbitado impulso de goces. La tierra sería estrecha para contener el vértigo de las familias poderosas, nacidas unas en el choque de los intereses y obligadas las otras, tradicionales, a mantener el predominio sobre las que habían brotado por la riqueza en la facilidad de los negocios. Europa recibía con indiferencia y aun con burlas a estos nuevos héroes de América que llevaban sus talegas llenas de oro y que dejaban en los valles y montañas de los lejanos países semibárbaros, grandes minas con cuyo producto querían asombrar a la nobleza europea.

Se ruborizaban con el recuerdo de su tierra. La desconocían. El trasplantado se sentía superior al olvidado rincón y sin comprender las tradiciones de la tierra adonde había llegado, despreciaban las propias para entregarse a la disipación y al vicio. Con un grave y hondo dolor Blest Gana pone en boca de uno de los héroes de la novela estas palabras que son el más amargo reproche brotado de su pluma de escritor y de patriota amante de su tierra.

—«¿Ocuparme? ¿en qué?—dice Juan Gregorio—, nosotros los trasplantados de Hispano América no tenemos otra función en este organismo de la vida parisién que la de gastar plata... y divertirnos si podemos. Somos los seres sin patria. Hemos salido de nuestro país demasiado jóvenes para amarlo y nos hemos criado en éste como extranjeros, sin penetrarlo. Somos la espuma de esta gran corriente que se ilumina con el brillo de la fiesta parisiense y se va desvaneciendo como los globulillos de esa espuma sin dejar rastro de su paso.

Los trasplantados suceden a los trasplantados, sin fomar parte de la vida francesa en su labor de progreso, sin asociarse a ella más que en su disipación y en sus fiestas. Inútiles aquí e inútiles para su patria que miran con desdén. ¿Donde quiere Ud. que vaya un trasplantado a encontrar ocupación en este mundo que no lo

toma en serio y lo mira sólo como un contribuyente traído a su riqueza?

Nuestros padres, al dejar a su país para venir a educarnos a Europa con el ánimo de quedarse las más veces en estos mundos, nos condenan al ocio perpetuo, nos inutilizan para la vida de Hispano América. ¿Como quiere Ud. que trabajemos en estas condiciones? No pudiendo trabajar tenemos que ocupar nuestra actividad en divertirnos...»

Con un profundo conocimiento de la vida parisién y de las colonias de sudamericanos trazó los cuadros vivos y dolorosos de la psicología del trasplantado en su snobismo y en su libertinaje. Condenó el abandono de la tradición y de la sobriedad. Sintió que en esa colonia enloquecida de hispanoamericanos, que hacían tabla rasa de todos los principios morales, algo había que hacía dudar de las virtudes de la tierra. El había dejado hacía tantos años el rincón nativo y no podía quizá comprender este contraste entre una sociedad tradicional que respeta los grandes principios y esta porción de elementos que parecían vivir desconectados con la verdadera grandeza de la vida. Toda su obra anterior estaba destinada a probar que la tierra había producido seres fuertes y capaces de sobreponerse a las pruebas más dolorosas. Los había seguido durante la reconquista en su sagrado empeño de crear una nacionalidad, en sus pasiones soberbias y dignas, en sus luchas feroces contra la tiranía y la violencia de los déspotas; los había estudiado y exaltado en el amor y en la dignidad, creando héroes que triunfaban de los más orgullosos hermetismos sociales por su virtud y por su talento; los había visto encararse con la muerte; los había celebrado en su ingenio, en su nobleza, en la humildad, y en la desgracia y ahora encontraba los jirones deshechos, las virtudes acribilladas por el ocio y la mentira, sin vigor moral, sin sentimiento alguno de fervor por la tierra nativa, frívo-

lós, derrochadores, víctimas de la corriente turbia que arrastraba por igual la dignidad de los hombres y la honra de las mujeres. Ningún eslabón sólido los unía a la tierra, que habían dejado, como no fuera el del dinero que esperaban recibir arrojándolo al vórtice del vicio. Si volvían el rostro hacia la patria era sólo para interrogar si los negocios prosperaban, nunca para saber como se desenvolvía la existencia del país en su línea progresiva. ¿Avanzaba el país o retrocedía? Retrocedía sin duda, puesto que el hijo o el hermano anunciaba en las cartas que los negocios estaban mal y no era posible enviar las sumas de dinero que exigían para sus placeres.

Esta sátira era como la última palpitación del novelista, viva y aguda en el dolor de comprender que esa sociedad que tanto había contribuído a enaltecer en sus creaciones novelescas, rodaba lenta y terriblemente el barranco de la decadencia. Su ojo avizor los había observado en la ciudad, en las recepciones diplomáticas, en los salones a donde llegaban con la prosopopeya de los arribistas, locos de placer, ciegos para la vida del espíritu, sólo pendientes de las exterioridades y de los efímeros triunfos. Qué inmensa distancia se abría entre éstos y aquéllos héroes que habían hecho la reconquista; entre éstos y aquel Martín Rivas sobrio y digno, entre aquella sociedad que no obstante las convulsiones y trastornos y a pesar de su fría sumisión a los principios autoritarios, sabía mantener la llama de la sobriedad y de la virtud en el hogar.

Su cabeza ya blanca se abatía sobre la última página de los «trasplantados», especie de profesión de fe de un creador, que a pesar de los años, aun erguía la potencia de su naturaleza vigorosa, para condenar en medio de sátiras y burlas, a una sociedad que había olvidado sus deberes y lo que es más amargo, *su tie-*

rra, digna de ser defendida y robustecida por el esfuerzo y por el trabajo.

El círculo mágico de esta existencia, fecunda e inagotable en grandes obras, se había cerrado. Nada de lo que ocurriera en su parábola de creador, pasado ese límite, podría compararse a la obra ya cumplida. Sus ojos iban a cerrarse. Su corazón latía en silencio, suave y calmadamente. No oía ya las voces cercanas de sus familiares. Pero la gran voz de la tierra, que tanto había amado, la gran voz que nunca había dejado de oír, en el recuerdo, en medio de la gran perspectiva que corría entre montañas y mares, continuaba llamándole en el profundo secreto de su naturaleza poderosa y le enviaba el soplo de su frescura y de su amor en los infinitos gérmenes del agradecimiento. Casi un siglo de vida había alcanzado cuando la gran cabeza blanca se inclinó sobre el pecho, y el último latido de su corazón voló hacia la tierra nativa.

Pero Blest Gana vive en la inmortalidad, porque encerró en sus libros una vida que no puede morir, ancha, tumultuosa y verdadera como la existencia misma.

EL PUEBLO CHILENO EN LAS NOVELAS DE BLEST GANA ⁽¹⁾

BLEST Gana conoció a fondo (fué testigo de su nacimiento y de su decadencia) a la sociedad chilena que debía interpretar más tarde en sus novelas.

Una aristocracia de origen vasco y navarro iba a sobreponerse, mediante el tesón y la laboriosidad, a los descendientes de castellanos y andaluces que formaban la clase media y el pueblo coloniales. Ese grupo de cántabros tenaces, unidos y trabajadores, dominaron a la masa despreocupada de mestizos andaluces, cuyas espaldas sangraban aún con el látigo ominoso de la encomienda.

Portales, hombre de ciudad, consiguió su objeto al despertar en los terratenientes chilenos una conciencia de clase y arrojó, sin sospecharlo, los primeros gérmenes frondistas de la aristocracia colonial. El inmenso fundo (encomienda evolucionada), que era el Chile posterior a la independencia se acercó a la ciudad y tomó posesión de los destinos de la república. El huaso dejó su guarapón de hacendado para encasquetarse el sombrero de copa de los políticos. Santiago ya era Chile. El Norte y el Sur, salvo algunos conatos separatistas, no iban a ser, en el futuro, sino una copia de la capital.

Todos los sucesos, revoluciones y asonadas, que determinaron esta evolución desde el punto de vista so-

(1) Leído en la velada en conmemoración del Centenario de Blest Gana en la Biblioteca Nacional.

cial, tienen vida y sabor humanos en la obra de nuestro novelista y esto constituye uno de sus méritos más sobresalientes. Blest Gana no se abanderizó en ningún partido político. Quien observase la natural simpatía del creador por sus creaturas, diría que Blest Gana se inclina sentimentalmente del lado de los pipiolos, pero, en el fondo, considera su agresividad oratoria y sus motines callejeros, como calaveradas juveniles que algún día ha de borrar la edad madura. El está por el hombre serio, por el hombre de trabajo. Mueren Manríquez y Rafael San Luis, héroes románticos, ambos en motines, pero sobrevive Martín Rivas, tipo medio de chileno, cuyo ideal es el ponderado equilibrio entre el amor y el bienestar económico.

Es Blest Gana un novelista nato; por lo mismo, impersonal. Sus héroes tienen mayor relieve que él mismo. Es un espectador comprensivo e imparcial de estos acontecimientos sociales que se precipitan en menos de cuarenta años, hasta dar su triunfo al partido pelucón, al de los encomenderos evolucionados en el tiempo o al de los comerciantes vascos, enriquecidos a costa de los nietos de los conquistadores.

¿Y el pueblo? ¿Qué papel tiene el pueblo en el ciclo novelesco de Blest Gana?

Es también un espectador, pero agudamente interesado en el espectáculo. El pueblo ocupa el tercer plano del mundo creado por él, es decir, el plano que le corresponde en la vida chilena de la primera mitad del siglo XIX. Pasividad e indiferencia son sus características raciales. Siéntese, más bien, contento con lo poco que le dan. Y lo agradece. Los azotes de la encomienda se han convertido en jornales míseros, pero no necesita más para vivir. El alimento abunda en la fértil tierra de Chile. Las matanzas dan carne gratuita a los inquilinos de las haciendas. Las frutas rebosan de sabroso jugo y no menos sabrosos hierven en tinajas los caldos de sus viñas.

La protesta no estalla en él, salvo la indirecta rebel-
día de los bandidos, siervos escapados de la encomienda,
que se organizan en los cerrillos de Teno y en los bos-
ques de Chimbarongo para asaltar arreos, birlochos y
sillas de postas; pero ya se inventarían para este mal
inesperado, remedios también inesperados y temibles.
En el siglo XVIII la cadena de Zañartu y en el XIX
los carros de Portales. Métodos ingeniosos de aprove-
char para el estado esta fuerza desbocada y peligrosa.

No parece anhelar este pueblo la posesión de la tie-
rra. Cree al patrón tradicional dueño de ella por dere-
cho divino y con él fué a las revoluciones, de grado o
por la fuerza de los enganches, como debía acompa-
ñarlo más tarde en las guerras exteriores. No parece
desgraciado ni díscolo; a pesar de las pesimistas obser-
vaciones de Santiago Arcos sobre el feudo inquilinaje
de los fundos del centro de Chile.

Así lo representa el pincel de Rugendas, sentado en
el filo de una acera, con sus calzones de tocuyo y sus
ojotas. En la tierra, una sandía muestra su rojo cora-
zón. En la otra tajada está casi oculta la cara del roto.
Sobre el verde perfil de la sandía, se ve su frente estre-
cha y el negro desorden de su crencha. Adivínanse el
sol y el cálido verano de las tierras chilenas. Como se
ve, una visión idílica de la vida popular, observada
por un europeo.

No mira este pueblo mal a sus patronos; al contrario,
convive con ellos en los fundos y en las casas de las ciu-
dades coloniales. Obreros y sirvientes salieron de él y
muchas veces el hijo del señor bebió la vida en la ro-
busta leche de la mama, tan típica en el caserón co-
lonial como el brasero de bronce y el mojinete, coro-
nado de tejas verdinosas.

Este pueblo, sin preocupaciones ni resquemores, es
el que figura en las novelas de Blest Gana. Es más bien
alegre. El chiste subraya todos los instantes de su vida,
los buenos y los malos, como en el serrano de Córdoba

o el obrero de Sevilla, si tienen seguro el gazpacho cotidiano. No es el pueblo de hoy, desmoralizado o rencoroso, harapiento o pedigüeño que la vida moderna, con el salitre y la usina, han exasperado, cambiando casi sus características raciales.

Con su cara cobriza, sus magníficos dientes mapuches y su absoluta despreocupación, desfilan los rotos de puntiagudo bonete y las chinas de gruesas trenzas de ébano, en las páginas del novelista, dando a la estática perspectiva del Chile colonial o de la República, su nota más peculiar.

El punto de vista de Blest Gana está en el extremo de esta perspectiva social. Y no podría ser de otro modo. Más que un entusiasmo de raza, es una simpatía de gran señor por las cualidades espontáneas y la originalidad con que llegaron a plasmarse los tipos populares de Chile. Visiblemente, su simpatía está por el pueblo, sobre todo el urbano. El campo no logró sentirlo nunca este hábil modelador de tipos y caracteres. El paisaje lo concibe como el ordenado inventario de una habitación. Es por eso, el poeta de los patios abandonados, en el fondo de los caserones coloniales. En el reducido cuadrado de esos muros, sus ojos analizadores advierten todos los detalles: las yerbas, las lagartijas, los pájaros. A pleno aire sus ojos nada ven. No sale de los corredores de las casas del fundo. Sólo le interesan las pasiones de los personajes que ha trasladado, para animar el relato, de la ciudad al campo.

En menor escala que en la vida de las clases bajas de la ciudad, los cuadros campesinos no son sino un telón de fondo, como la cordillera, donde va a mover parte de sus personajes esenciales, los de la clase alta y los de la clase media, estos siúticos que se adhieren a ella desde los primeros tiempos, como la joroba al cuerpo, agrandando grotescamente sus defectos en la servil imitación. A esta clase intermedia, que no tiene la integridad de la alta ni la campechana despreocu-

pación del pueblo y cuyo ideal es el parasitismo, la mendicidad social, dirige el novelista las más agudas flechas de sus sátiras. No tiene piedad para ellos. Innumerables son los tipos de siúticos que hay en sus novelas, tantos como los héroes aristocráticos a los cuales imitan, como escasos los tipos del pueblo. Así era la sociabilidad colonial, si aceptamos la calidad de agudo observador que todos reconocen en Blest Gana, pero el objeto de nuestro ensayo es sólo rastrear en su obra los tipos populares y el concepto que el novelista tuvo sobre ese pueblo.

Mucho se ha discurrido sobre la influencia ejercida por Balzac en Blest Gana. Sin duda, el gran realista educó su observación y le dió el sentido histórico social que engrandece el ciclo de sus novelas chilenas, pero nadie ha señalado el aprendizaje directo de Blest Gana como escritor de costumbres. En general, no se conoce su labor periodística en «La Semana» y en «La Voz de Chile» donde publicó nuestro autor innumerables artículos sobre los temas más diversos, desde «Las Baraturas» y «Los Matrimonios» hasta «Los Padrinos» y «Las Elecciones». Cuadros sintéticos que más adelante va a ampliar en muchas de sus novelas y que constituyen un aspecto de su visión sobre la masa popular de Santiago y sus alrededores. En estos cuadros, influidos por Jotabeche como éste a su vez lo fué por Larra y Mesonero Romanos, el pueblo es anónimo. Obra por presencia, en calidad de ratero que aprovecha una apretura o simplemente de espectador regocijado de la escena callejera o privada. No variará esta técnica en la mayoría de las novelas de Blest Gana, salvo en «Durante la Reconquista», en mi concepto, la de mayor calidad artística, donde el autor ha hecho actuar al pueblo en colectividad y, al mismo tiempo, en tipos individualizados, algunos de los cuales no han tenido superación en la novela nacional del siglo XIX y en la contemporánea.

En «Durante la Reconquista» sopla, desde el comienzo, un viento de heroísmo que linda con la epopeya. Como en ninguna de sus novelas, Blest Gana es aquí un poeta de superior calidad. Hasta su estilo, vacilante y atiborrado de metáforas dulzonas, se hace en «Durante la Reconquista» de una noble sobriedad. Maneja las muchedumbres, que juegan un papel preponderante en el relato, con la avezada técnica de un Zola o de un Paul Adam.

Veamos, por ejemplo, la recepción que la ciudad de Santiago ha preparado a Osorio, después de Rancagua. Las campanas de la Catedral y de las Iglesias de Santiago han sido echadas a vuelo. Los árboles de la plaza se estremecen con la vibración inacabable. Es Octubre. Plena y calurosa primavera del centro de Chile. En los balcones de las casonas, cuelgan terciopelos y brocados. El pendón de España se entrelaza con arrayanes criollos en los cuatro ángulos de la Plaza de Armas y mientras se celebra el Te Deum en la Catedral, las barbudas caras de los Talaveras, bajo sus morriones pesados y su rifle en descanso, esperan en la puerta la salida de la virgen del Rosario. El pueblo forma un anónimo cinturón de humanidad en torno a los soldados.

«Para admirar tanta pompa y galanura, cuenta Blest Gana, el pueblo había acudido de los arrabales desde temprano. Con sus ponchos multicolores, sus chupallas de pita o sus bonetes maulinos de pan de azúcar los hombres; con sus rebozos de Castilla, verdes y colorados y sus polleras de vistosos colores las mujeres.»

«La corriente humana, a veces en líneas cortadas como hormigas o en bandas de unos pocos, como gansos que caminan con gravedad al bebedero, se dirigían a la Plaza por las diferentes calles que en ella desembocan.»

Algún tiempo después, en esta muchedumbre, más curiosa que interesada, se despertará, poco a poco, la

conciencia racial. Protestará entonces de los abusos policiales de San Bruno, asesinando Talaveras en las chinganas y arrabales y añorando a la patria, a la patria criolla, a quien ha dado, como a una mujer que se quiere, el cariñoso calificativo de Panchita. San Bruno buscará en vano a esta mujer invisible, a quien supone una audaz conspiradora, con todas las astucias de su fanático proselitismo. Se morderá los labios de rabia al escuchar en medio de la multitud que huye a una carga de Talaveras, el grito de ¡Viva la Panchita! ¡Viva la Panchita!, repetido en todos los tonos, como un eco que no se extingue.

Y este mismo pueblo, tardío en sus entusiasmos, pero tenaz y casi cómico en su fetichismo, cuando cree en la sana intención de los que lo guían, se enardecerá al saberse en Santiago la victoria de Chacabuco.

«Había acudido frenética a las calles, comenta Blest Gana. Ya no disimulaban. ¡Viva Chile! ¡Mueran los Sarracenos! eran los gritos que se entrecruzaban sobre el mar de cabezas que corría con sordo rumor junto a las macizas murallas, rayadas por pesadas rejas de hierro. De pronto circuló la noticia. El mayor San Bruno, hecho prisionero al terminar la batalla de Chacabuco, debía entrar a Santiago maniatado y bajo la custodia de un fuerte piquete de Caballería. La escolta con el prisionero avanzaba por la Cañadilla. La muchedumbre corría hacia esa calle. A poco una estruendosa gritería salió de aquella masa humana. El entusiasmo, transformado en furor a la vista de San Bruno, hizo resonar el aire con voces de muerte, con encarnizados insultos, con arengas furibundas que se alzaron hacia el cielo en retumbante fragor de trueno. El piquete bastaba apenas para contener el empuje de los que querían derribar al prisionero de su cabalgadura. Los que no luchaban por apoderarse de él, le lanzaban al rostro cuanto podían haber a la mano, de aquel estallido de ira colectiva.»

«San Bruno, impávido y sombrío, parecía desdeñar esa vengadora explosión de encono popular. Así cruzó la turba desenfrenada despreciando sus amenazas, sus golpes y su escarnio.»

Es que Blest Gana sintió la épica grandeza del momento y se compenetró con él. Quizá la vieja ciudad colonial no ha tenido en su historia un acontecimiento de más trascendencia y un poeta de la talla de nuestro hombre que lo interpretase. Así, las escenas más insignificantes parecen conectadas unas con otras para elevar el tono de la sinfonía y romper en prodigioso acorde patriótico.

«La Araucana» es el poema de dos razas que luchan sin fundirse. Es un prólogo lejano y heroico en las selvas del Sur, pero nada más que un prólogo. «Durante la Reconquista» es la raza formada y estrechamente unida en un ideal común». «La Araucana» es el heroísmo de españoles y de araucanos. No hay en ella la visión de un pueblo futuro. En «Durante la Reconquista» todo se orienta hacia un porvenir, lleno de las más risueñas posibilidades.

Sobre la muchedumbre anónima, ha hecho destacarse Blest Gana ocho tipos populares, característicos de nuestra raza. Salvo dos, los demás subsisten aún, sin variaciones fundamentales y los otros han sido sustituidos por nuevos tipos. La misma arcilla étnica, pero modelada diversamente por la época.

Cámara, el mulato Callana, Guitarrita, el cantor popular, también mulato, el huacho Argomedo, Ña Peta, la mama, la Marica y la Mañunga y el huaso Neira. He ahí los primeros actores del drama popular.

Manuel Rodríguez es el lazo de unión entre la clase alta y el pueblo. Es el señorito que ha vivido en contacto con él. Habla su mismo lenguaje y ha descubierto la veta de lealtad que se esconde bajo la áspera corteza del roto. Explotó agudamente esas cualidades del pueblo y Cámara, más imaginado que real y Neira

más real que imaginado, son los elementos que aprovechó Rodríguez para la causa de la Patria, con perspicaz espíritu psicológico. Así lo reconoce Barros Arana al atribuirle el triunfo del Ejército de los Andes, más que a la férrea disciplina de San Martín y al ímpetu irlandés de O'Higgins. La astucia criolla, de aguda cabeza de raposa y de cola engañadora, no había tenido papel alguno hasta entonces en la Independencia. Rodríguez la organizó y la disciplinó inteligentemente y Blest Gana al crear su tipo de guerrillero lo vió claro, sin dejarse influenciar por partidarismos ni odios personales.

Cámara es la creación más completa de roto que hay en nuestra literatura. Es una especie de doble de Rodríguez, tan astuto como él, pero sin su conciencia política. Es una aguda intuición técnica del novelista para dar un relieve humano, sin que desentone en el conjunto colectivo, un personaje de la importancia histórica de Rodríguez.

Inescrupuloso y sensual, alcohólico y pendenciero no se separa jamás de su belduque o su corvo, verdadera corporización de la astucia criolla en arma blanca. Nació de la encrucijada y del acecho. Prolongación del brazo que la disimula bajo el férreo pulgar del roto como la uña maestra del puma en la flexible vaina del músculo. Así vive Cámara, en medio de las asonadas y de los peligros, como en un medio propicio.

Hijo natural de un soldado y de una china enamorada, que no protestó después de su abandono, nació Cámara como la mayoría de los rotos. Dió la madre su leche al hijo del patrón y la limosna al huachito, hijo del amor; pero no por haber sido privado de la leche que según la ley natural le correspondía, primer despojo que le reservaba el destino, dejó de ser vigoroso y entero, frente a la vida y a la muerte. Sin Dios ni ley, creció de parásito en cualquier rancho. Vivió a sueldo del patrón si le daba la ventolera por trabajar o asal-

taba, si la ocasión era propicia, las casas de algún fundo lejano con un grupo de compinches. Luego se hizo soldado. Ni pasado ni porvenir, como el indígena de la encomienda. Sólo el presente, el de los minutos y el de las horas. Las circunstancias lo moldearon, como a la mayoría de los rotos, bajándolo o exaltándolo. Lejos de su tierra, si tiene sobre su conciencia un hecho delictuoso, pero volviendo a ella a la primera oportunidad, pues el cerro nevado, el estero donde se bañaba de niño o la china de robustas caderas, lo atraen con irresistible embrujo. A la vuelta de cualquier camino puede desangrarse, la flor roja de alguna puñalada prendida en su camisa de tocuyo. Una cruz, unas velas lo inmortalizarán una generación. Su alma seguirá en el camino. El cuerpo, en la fosa común. En cada ambiente, rebélase diverso, tal es su adaptabilidad. Campesino en la juventud, gañán más tarde en la ciudad, minero en el Norte, soldado o marino, bandido o salteador. Parecen fundirse en él, el desierto, las tierras fértiles, las selvas y las islas. En su vagabundaje cada región de Chile le ha comunicado algo de su característica. Así Cámara y así todos los rotos de Chile, desde el bonete maulino colonial al sombrero de hoy, sin forma ni color, gastado por el uso, como él mismo.

Junto a Cámara, dibuja Blest Gana un curioso tipo popular de aquellos tiempos, hoy desaparecido: el mulato.

«El mulato chileno, explica Blest Gana, era un tipo distinto del hombre del pueblo y gracias tal vez al clima que tanto modifica en la especie humana las misteriosas influencias del atavismo, no adolecía, sino con gran atenuación, de los defectos de carácter que se atribuyen a los mulatos de otros países sudamericanos.»

Como en el caso de Cámara, José Retamo, el mulato Callana, es otra creación literaria de Blest Gana. No hay rastros de mulatos en ninguna otra novela que se refiera a esta época.

El mulato Callana es el reverso del roto Cámara. La altanería de éste, es servilismo en el mulato. Su lenguaje burlón y desafiante, meloso discreto en Callana. Es mayordomo de palacio y cubiletea entre los españoles dominadores y los Señores Condes y Marqueses Coloniales, a los cuales adula llevándoles a sus tiendas del Portal todas las noches noticias que sus oídos logran atrapar en el Palacio, favorables o desfavorables para los criollos.

La misma pasta de realidad ha servido para moldear a otros tipos populares, de menos importancia en el conjunto. Ña Peta, la mama, el huacho Argomedo, Neira y finalmente, a Marica y a Mañunga, las dos chinas que se disputan el amor de Cámara. La psicología elemental de la china, sea labradora en el fundo o sirviente en Santiago no ha variado. La misma crencha indomable y la misma credulidad para aceptar como artículo de fe, los engañosos requiebros del roto. Eso sí, un peinado en melena ha sustituido a las trenzas coloniales y un abrigo hecho, al rebozo multicolor heredado de Castilla.

Blest Gana y Vicuña Mackenna han sido los primeros que observaron, con desprejuiciada pupila y honda comprensión de los matices el espíritu del pueblo chileno. Fueron los primeros en darse cuenta de su peculiaridad, moldeada por el rincón, por la cordillera y por el mar. *Chile tiene, a su frente, un mar líquido y llano y a su espalda otro mar petrificado en gigantescas olas*, dice Vicuña Mackenna. El rincón ha desarrollado la astucia. La Cordillera, la fuerza; el mar, el espíritu de aventura.

No se observa en las otras novelas de Blest Gana el espíritu creador, en lo que se refiere a los tipos populares que en «Durante la Reconquista». Vació en este libro la experiencia de toda su vida. Cerca de veinte años lo estuvo madurando y al escribirlo, en el extranjero, fueron no sólo sus recuerdos, las noticias oídas a

viejos de esa época y sus búsquedas en archivos e historias, sino toda la técnica absorbida en la lectura de los novelistas franceses de su tiempo. Las escenas y tipos esbozados en sus novelas anteriores y en sus artículos de costumbres, son la trama en que el artista va a tejer toda una época y va a dar vida a todo un pueblo, con sus características colectivas y sus representaciones individuales.

En «El ideal de un calavera» intenta Blest Gana una visión del campo chileno. Es un fundo de las cercanías de Santiago. No podía escaparse al agudo observador que hemos reconocido en Blest Gana la importancia del campo en la vida chilena de entonces. El Santiago colonial y el Santiago de la primera mitad del siglo XIX vivía exclusivamente de él. El campo lo suministraba todo. Con los productos de sus fértiles valles, venían los políticos y los hombres del pueblo. El roto no era sino el huaso transformado por el arrabal. El político, el huaso transformado por la cultura. La astucia campesina, el más importante resorte de la vida nacional; pero Blest Gana no penetró en el pueblo de los campos con la misma agudeza que en la múltiple aglomeración de las masas urbanas. El huaso se le escapa. No logra cogerlo sino en la mancha fugaz de su poncho que pasa al galope, envuelto en un vértigo de polvo. No hay un Cámara de los campos. Ni siquiera un hombre que lo desprenda de la multitud. Y no es porque el huaso carezca de una personalidad original. Dígalo don Lucas Gómez si no. Ni porque deje de tener importancia en la sociabilidad chilena. Es que su vida y su fisonomía espiritual son difíciles de penetrar sino se vive en su medio y en su intimidad. Y Blest Gana procedió como el señor santiaguino que va al campo de visita y goza del sol y del aire y del canto de los pájaros y no se acerca a los ranchos de los inquilinos y ahonda en sus costumbres y en su modo de ser. Es el siglo XX el que nos va a descubrir el campo y el huaso. La generación del 900,

con Gana y otros, independizaron la novela nacional de la ciudad y la llevaron al campo, al Sur y al Norte de Chile. Y bastó una simple desviación del punto de vista para que se produjera una revolución tan trascendente. Antes era el patrón el que hablaba de sus inquilinos, intervenía en su vida y era, en suma, el personaje central del drama. Hoy, el patrón se aleja al fondo del escenario y es el huaso el que ocupa el primer término.

En las primeras páginas de «El ideal de un Calavera» se describe un rodeo y la aparta correspondiente. El cuadro está bien enfocado. Hasta hoy figura en los textos de lectura como un modelo de descripción campesina. Hay detalles precisos y técnicos. Vense los caballos amaestrados, la policromía de mantas y vacunos, pero nada más. Ni un huaso se destaca en el confuso correr de reses y de jinetes perseguidores. Lo mismo podemos decir de la descripción de una meica, a la cual los huéspedes santiaguinos del fundo hacen una visita; pero en «El ideal de un Calavera» figuran, además, dos estampas santiaguinas, la pintura de un nacimiento y de una función popular en un barrio de Santiago de 1840. Son estampas intercaladas en el texto, sin gran relación con el argumento de la novela, pero de justo color local. En esto sí que Blest Gana está en su elemento. Su experiencia era grande en el género y sabía encerrar en síntesis inteligentes, todos los detalles característicos de las fiestas del pueblo ciudadano.

Constituye «El Loco Estero» algo así como un libro de memorias del novelista. Es quizá su obra mejor escrita y la que más se aproxima por la atmósfera poética que envuelve al relato a «Durante la Reconquista». El tono de la alta narración ha vuelto a resonar aquí, pero más apagado y confidencial. Es el libro de un viejo que recuerda con emoción sus andanzas de niño. Hay, sin embargo, en el «Loco Estero» una página maestra. La recepción que el pueblo de Santiago tri-

buta en la Alameda a Bulnes y a los soldados que vencieron en Yungay. Vuelve a mover las masas de 1840 como las movió en 1814. Menos de 40 años. Es el mismo pueblo de entonces el que recibe al ejército triunfador y llena las polvorientas avenidas y calles de la Alameda con sus bonetes maulinos y sus típicas costumbres. Aguateros y vendedores de caldúas, heladeros y expendedores de horchata y de aloja que gritan sin cansarse su mercancía. Un sol tórrido, implacable, hace más vivo el multicolor de trajes y de objetos. Un vaho sutil del polvo, deshecho por miles de ojotas, envuelve a ratos árboles y personas, si un birlocho ha pasado al trote de su caballo por una de las calles laterales. Subsiste el sentido patriarcal de la vida y de la política. La forma como el pueblo recibe a Bulnes, héroe popular y la familiar llaneza con que Bulnes detiene su caballo, conversa con los que lo rodean y escucha pacientemente el discurso escolar que le espeta una niña de trenzas, es una prueba de ello. Las clases sociales están más unidas, existen menos diferencias reales entre ellas. Es que aun estamos en la colonia. Las costumbres son sencillas y hombres y mujeres se contentan con muy poco. Luego ha de venir la riqueza, inesperadamente y la clase alta, refinada con sus viajes a Europa, se apartará cada vez más del verdadero problema del pueblo de Chile. Blest Gana se dió cuenta muy bien de ese fenómeno algunos años más tarde, desde París.

Insinúanse en «El Loco Estero», pero sin tener el carácter definitivo que en «Durante la Reconquista», dos tipos populares que Blest Gana debió conocer en su infancia, de tal modo tienen calidad humana. El ñato Díaz, el novio despreciado por la familia Estero y su amigo y ayudante, Chanfaina, el huacho del Zanjón de la Aguada.

En las novelas restantes, «Martín Rivas» y «La Aritmética en el Amor», el pueblo no actúa sino en forma

general, sin particularizarse en tipos y con la técnica característica de los cuadros de costumbres. Así el paseo a la Pampilla para ver el ejercicio de los milicianos antes del 18 en el «Martín Rivas» y la procesión del Viernes Santo en «La Aritmética en el Amor».

Son éstas, las obras más parecidas de Blest Gana. La misma técnica e idéntico problema. En el Martín Rivas aparece el novelista en el pleno dominio de sus facultades artísticas. «La Aritmética en el Amor» es vacilante y, en cierto modo la precursora del «Martín Rivas». La huella balzaciana es visible, en sus cualidades y en sus defectos. Es Balzac en la caracterización de los tipos y lo es en las observaciones de tono moralizador, intercaladas en el relato. Ambas, sobre todo el «Martín Rivas», son novelas de interior. La vida de los personajes transcurre en salones y comedores; sin embargo, debemos hacer una excepción con el pequeño cuadro de género de que son protagonistas un grupo de zapateros que expenden su mercancía en torno a la pila de la Plaza de Armas y el provinciano Martín Rivas que va en busca de zapatos de charol para completar la vestimenta que se ha traído de Copiapó: el pantalón con trabillas de becerro, la levita de mangas cortas y el chaleco de raso, de largos picos abiertos.

Se ha sentado nuestro héroe en el borde de la pila y el zapatero extiende su pañuelo de yerbas en la tierra para que el cliente se pruebe los zapatos cómodamente; pero aquí comienza el sainete. Los demás vendedores se disputan al comprador, ofreciéndole rebaja y alabando la calidad de sus zapatos. Procaces y burlones, rodean al provinciano y casi le impiden todo movimiento. Martín se indigna, calzándose rápidamente su viejo botín, los aparta con gesto brusco y trata de alejarse de la Plaza. Nunca lo hubiera hecho. El mundo movido y sarcástico de los zapateros ambulantes lo acribilla con frases hirientes:

—Si no tiene ganas de comprar pa que está embro-
mando, dice uno.

—P'al caso que tal vez ni plata tiene, comenta otro.

—Y como que tiene facha de futre pobre, filosofa un
tercero.

—Yo a nadie he insultado ni permitiré que me in-
sulten tampoco, amenaza solemnemente Martín, vol-
viéndose al grupo.

Su inexperiencia provinciana hace estallar nuevas
y graciosa réplicas de los zapateros.

—Lo insultan porque le icen pobre, mire ve.

—Le irán qu'es rico, pus.

Furioso, Martín empuja al que tiene más próximo,
tropieza éste en la pila y cae. Los otros se indignan y
azuzan al camarada caído.

—Y vos dejai que te pegue un futre.

—Levántate, hombre. No seai falso.

Yérguese el zapatero y se inicia la pelea, animada
por los gritos de los zapateros:

—Cáscale fuerte en las ñatas.

—Sácale chocolate al jutre.

De pronto aparece el paco y tomando a Martín de
un brazo y al zapatero del otro, los empuja hacia ade-
lante, a pesar de las protestas del primero.

—Los dos van pa entro cortitos.

El cuadro es sobrio y de un sano humorismo. La
ascendencia inglesa de Blest Gana, más su conoci-
miento del lenguaje popular, han puesto la pimienta
y la sal del guiso criollo. Pero no hay más. Es curioso
que Blest Gana no haya descrito otros tipos populares.
como los santeros y vendedores de velas, los cocheros
de las calesas y birlochos, las criadas mulatas, hábiles
fabricantes de alfajores y merengues y otros tipos que
debieron dar tan singular carácter al Santiago de la
primera mitad del siglo XIX. No debemos hacerle
cargos por ello. Así y todo, su labor de novelista excede
en calidad y técnica el nivel de toda la novela de Amé-

rica, incluso la de Estados Unidos. Es el primer novelista orgánico que aparece en el continente americano y el primero que interpreta artísticamente una sociedad en forma cíclica, desde su formación hasta su primera crisis de carácter social. Se adelanta a su tiempo, como Chile se adelantó en organización a los demás países de América. No cayó en la novela puramente histórica, como la mayoría de los escritores hispanoamericanos de su tiempo. Los novelistas, faltos de vuelo, apoyábanse en el documento histórico para dar relieve a su concepción. Tal la «Amalia» de Mármol, la «Cumandá» de Mera y algunas otras.

Al escribir su «Durante la Reconquista», siguiendo la moda del tiempo, su genio creador, disolvió el documento y lo convirtió en vida, en calor humano y aun más, en movido tumulto de raza. Precedió a la novela histórica española, que sólo en las manos de cíclope de Galdós, iba a recuperar su perdido acento de epopeya.

Nos restan, para cerrar esta breve perspectiva de Blest Gana y sus tipos populares, algunas observaciones epilogales.

Anotemos, desde luego, la posición espiritual del novelista entre las novelas que corresponden a la primera mitad del siglo XIX y «Los Trasplantados» que pueden situarse en el promedio de la segunda mitad.

Un humor optimista, que se acerca a la apología o un tono burlón que no alcanza al sarcasmo, son los resortes de la narración. El novelista tiene fe en su raza. La cree destinada a un gran porvenir en América. Critica sus defectos, sus mezquindades, su falta de elevación espiritual, pero reconoce su honesta equidistancia, su buen sentido sanchesco que la libra de asonadas y motines. Sigue, desde París, la evolución social de la lejana patria que le deparó el destino. Su casa de París es la casa de Chile. Por allí pasaron tres generaciones de trasplantados. La longevidad de Blest Gana

iba ya resultando un símbolo. Encarnaba casi un siglo de Historia Chilena. Hasta era largo y flaco como Chile, le oí decir a una señora que lo frecuentó en París.

De improviso, cambia su actitud espiritual. Blest Gana desconoce en estos hombres que se han olvidado de su patria y gastan en París sus rentas e hipotecan las tierras heredadas, a los buenos y equidistantes señores santiaguinos. En estas muchachas locas, que beben champaña y se casan con nobles en falencia, no reconoce a las circunspectas señoritas santiaguinas, de pesadas caravanas y monumentales peinados. Su humor se hace sombrío. Por eso, «Los Trasplantados» respiran un pesimismo áspero, desalentador. El novelista no tiene ya fe en la tierra que cantara otrora con emoción y afecto. Cree a su raza irremediablemente perdida. El suicidio de Mercedes, la dulce jovencita criolla que se casa con el príncipe para no desobedecer a sus padres y luego se mata para ser fiel a su prometido, es un símbolo sino de la raza, por lo menos del gran corazón de su novelista más ilustre.

VERA RUSTICA

*Alas de mariposa,
en qué momento el iris
se refugió en vosotras?*

*Violetas, azahares,
de dónde ese perfume
y esa miel de los cálices?*

*Cristales de la nieve...
Ninguna maravilla
más alta y transparente.*

*Espumas de las aguas...
Si no estáis florecidas
ninguna onda canta.*

*Estrella de la tarde,
guía de los pastores...
Estrella de la tarde!*

*Viento, viento que llegas.
Llévame, viento amigo,
más allá de la tierra!*

MISAS LUGAREÑAS

*Aquellos Domingos...!
Las mañanas eran campesinas frescas,
floreados vestidos —percalas, satín—;
enaguas crujientes de almidón... Bastaban
agua clara y polvos para ser bonita;
para olvidar penas, simple toronjil.*

*El viento era entonces
el pilluelo alegre de las madrugadas.
Lavado de cara, rubio, saltarín,
trepaba a los olmos, bajaba a la acera,
ceñía las faldas de las niñas y
barría las hojas...
Cuando ellas pasaban a misa
era el viento así!*

*(Yo... fiel camarada de árboles y esteros.
Mi caballo bayo, mi perro zahorí.
¿Me quieres? ¿Me quieres?
Colegialas lindas me decían «sí»).*

*Domingos... Domingos...
Repicaba alígera la tercera seña.
Frente a mi ventana, el desfile:
Don Faustino Véliz con sus dos sobrinas
y su leva gris.
La Atanasia Muro, Doralisa Rivas
Coche Cruz, Florín.*

Velada por amplio manto la abuelita...
y a su lado, grácil,
ella.

Su silueta
fina, recortando su fino perfil.
¡Vestidito blanco con cintas azules!
¡aroma sutil!

Ella se perdía
y el viento escanciaba su espíritu en mí!

¡Vamos, hijo, vamos!
—prendiéndose el manto, mi madre—
¡Tráiganme «hojarascas», gritaba mi hermana,
viéndonos salir.
Pastén encendía los últimos cirios
del altar. Entrábamos...
Dios ya estaba allí.

Junto al reclinatorio de mi madre
mi alma como un ciego
iba palpando el templo.

Desde el altar al coro
el cielo
de la nave central, constelaba
sus estrellas de plata y de oro.

¡Ah! y lo maravilloso:
El sol llegaba
con nosotros a misa!
Endomingado y bello, como un príncipe
que al descubrirse enciende una sonrisa,
desde los ventanales
nos hacía un saludo con el brillo
de todos los colores:
verde y azul, rosado y amarillo!

A su vivo contacto,
bajábamos la frente.
San Francisco Javier, atento al acto,
nos miraba
desde su altar en sombras, fieramente.
¡Claro! Le resultaba
eso, una reverencia... irreverente.

Entretanto, esperábamos
—Nelly impaciente, pensativo el Toño—
que Sarita García
se sentara al armonio.

Nunca supimos bien como lo hacía,
pero con ciertas notas milagrosas
nos iba desnudando y nos subía
hasta el ábside azul...

—Pensad en rosas
que se deshojan con visible pena
e invisible alegría.—

Nido
—tal como a un árbol fraternal—prendido
a una columna, el púlpito.

(Cuando miro cruzar plumillas blancas
por el espacio de mi corazón,
recuerdo aquellas puras
palabras francas,
aves
que volaban del templo por las naves
en la humildosa voz del viejo Cura.)

Como la misa amaba yo la iglesia,
y, oh dicha, cuando en ella divisaba a mi amor!
Entonces como un vidrio
me traspasaba el sol,

y en la mitad del pecho me nacía
un iris ¡lluvia y sol!
un iris que me unía
—¡rojo y azul, rosado y amarillo!—
como un puente a mi amor!

.....Aún quedan de ese brillo
quemaduras de sol.

De aquellas puras misas de mi pueblo
las gentes se iban con un resplandor
de alegría. Alegría
que fluía de Dios.

Enrique Molina

LIBROS EXTRANJEROS RECIEN- TES SOBRE NUESTRA AMERICA

I

AMÉRICA HISPANA.—UN RETRATO Y UNA PERSPEC-
TIVA, POR WALDO FRANK

La obra del afamado escritor norteamericano es sumamente atrayente y se manifiesta en sus páginas vivo interés por los pueblos hispanoamericanos y sus problemas. Su estilo es siempre animado y vigoroso. Hay cuadros y retratos, como aquellos en que describe al conquistador y al mestizo en que pinta a Bolívar que se presentan con el relieve de verdaderos medallones artísticos. Pero no se recomienda el libro de Frank como fuente de conocimientos precisos acerca de la América Latina. Para leerlo con provecho y deleite lo mejor es poseer de antemano las informaciones generales y sólidas indispensables respecto de nuestro continente. Así poco o nada habrá avanzado para curarse de su ignorancia quien pretenda conocer el Amazonas por medio de las dos páginas que Frank le dedica. Lo más que podrá decir será: «He aquí a Frank en el Amazonas, qué bellas, qué bellísimas páginas ha escrito». Pero continuará sin saber nada sobre el gran río tropical.

Si se me permite la comparación, aunque pueda parecer un poco exagerada, diría que querer conocer algunas cosas de América en lo escrito por Frank sería semejante a buscar informaciones sobre Navarra, Córdoba, Granada en las piezas de música que Albéniz ha compuesto con los mismos nombres.

Casi de acuerdo con la anterior observación, el propio Frank dice que su obra debe leerse como se lee un cuento; pero al final del prólogo, que contiene las palabras que acabo de citar, prólogo escrito en señal de «gratitud por las atenciones recibidas de parte de los hispanoamericanos», agrega que nos va a dar con un amor despiadado por la verdad, la verdad sobre nosotros. Así lo expresa sin dudas ni reticencias; pero, en descargo de pretensión tan difícil de realizar, hay que advertir que el autor ha pedido antes perdón por los yerros en que pueda incurrir.

Las verdades de Frank son muy distintas de las que nos han propinado sus compatriotas E. A. Ross en su libro «Al Sur de Panamá» y William Sheperd en sus breves «Notas sobre la psicología de los hispanoamericanos». La obra de Ross es la de un sociólogo sereno y de un observador minucioso y perspicaz; la de Sheperd, más que la de un historiador que es la categoría del autor, parece la de un viajero que se complaciera en caricaturar y zaherir a los pueblos inferiores que ha visitado. Ambos escritos contienen no pocas verdades u opiniones amargas sobre nosotros. Las proposiciones de Frank son por lo general menos duras y llevan un aliento de amor y buena voluntad que tenemos que agradecerle. Son también menos *asibles* y concretas. Es frecuente en ellas el tono de lo grandioso y trascendental que, desde el punto de vista de la clara intelección de las cosas, suele colindar a veces con la bella oscuridad de una sinfonía o de una sonata.

A propósito de las fuentes que ha debido usar y

de las dificultades con que se ha encontrado en sus estudios dice Frank: «Al revés que en España y que en los Estados Unidos de Norte América la literatura histórica de la América Hispana es un caos todavía. Ningún maestro ha surgido aún en este campo para integrar en forma definitiva la plétora de documentos y disertaciones».

Leer este juicio, lanzado sin salvedad alguna, y pensar en nosotros fueron para mí cosa instantánea. Pobres de nosotros los chilenos que en el campo de las letras no hemos hecho principalmente más que cultivar la historia de nuestra pequeña patria. En el balance del escritor norteamericano no contamos para nada. Ya veremos que así ocurre con casi todo lo que se refiere a Chile. Desgraciados Sotomayor Valdés, Barros Arana, José T. Medina, Crescente Errázuriz, los Amunátegui, Vicuña Mackenna, y tantos otros. Han dedicado sus vidas a la ímproba tarea de investigar, ordenar e interpretar la historia de nuestro país y de parte de la América y a los ojos del observador norteamericano no han hecho nada y permanecemos en el caos como en un mundo de principios de la creación. Triste sino en verdad.

Es cierto que Frank confiesa que no ha podido conocer bien la literatura hispano-americana contemporánea (podía haber agregado «ni mucha de las épocas anteriores») y que vuelve a excusarse porque teme haber sido injusto a causa de más de alguna omisión inconsciente.

No se puede pretender agotar la materia informativa antes de ponerse a escribir una obra. De proceder así no se escribiría nunca. Y esto es lo que ocurre a algunos estudiosos que quedan esterilizados por sus escrúpulos. En cambio me parece que Frank confía sobre todo en sus agudas dotes de intuitivo, sin que esto signifique desconocer su vastísima ilustración.

Pero ¿qué necesidad existe de escribir un libro antes de haberlo preparado y madurado suficientemente?

El paso de Frank por algunos sectores de nuestra América me hace pensar en el viaje fantástico que efectuara a través de los espacios interplanetarios, a Saturno y también a esta mísera Tierra, el gigante de Sirio, Micromegas, de que habla Voltaire. Como Micromegas, Frank cruzó rápido por algunos de estos países. Esto es en particular cierto, respecto de Chile, donde permaneció por todo alrededor de cuarenta y ocho horas. Por lo mismo, como Micromegas no se ha detenido Frank a reparar en detalles de la vida de los hombres y de los pueblos que para gigantes no pasan de ser inapreciables menudencias. Micromegas, y sobre todo su saturniano compañero de viaje, se sintieron muy inclinados a ver el caos en la vida de los minúsculos seres terrenales cuyos movimientos no entendían. No es infrecuente caso que lo propio le ocurra a Frank. Pero reconozcamos a la vez que nuestro supuesto gigante, como si en realidad hubiera venido a Sirio, una estrella máxima, ha traído luz estelar en las pupilas y que al lado de las omisiones y vacíos de su obra, que corresponden a los lugares donde no ha estado o por donde ha pasado muy de prisa, nos ofrece clarividencias y buceos de acierto maravilloso y admirablemente escritos.

*
* *

Ninguna portada mejor para entrar a la América Hispana que el canal de Panamá. Los antecedentes y los caracteres de esta obra los traza Frank con relieves líricos y con mal disimulada complacencia por la misión civilizadora que, al llevarla a cabo, habría cumplido el pueblo norteamericano, su pueblo. Cree entender que esos hombres del Norte estaban gracias a sus adelantos técnicos, señalados para la empresa

por el dedo del destino. Sin embargo no le escatima a Teodoro Roosevelt, el político de presa y rapiña, los calificativos duros. «Roosevelt completa su felonía dice, mandando unos barcos a Panamá antes de la revuelta. Y cuando ya esta acción villana se ha ejecutado, Roosevelt desenfunda la retórica de la nacionalidad para santificarla e incluye a Panamá dentro de la familia de las naciones». «Roosevelt representa la energía americana en la forma infantil del poder que hace a los Estados Unidos de hoy el prototipo de los pueblos hundidos en una decrepitud espiritual. Es una figura histórica grande porque su proeza presagia el fracaso espiritual de su nación». Y sobre Bolívar coloca al contrario esta corona radiante: «Bolívar es una figura histórica grande, porque, aun en su derrota, proyecta la victoria posible de una nueva cultura humana».

El título de un libro no es lo de menos. Significa lo que quiere ser o pretende ser. Formado por palabras sin sentido y a veces estrafalarias, lo que no es raro en nuestros días, revelaría que el autor desea reservarse el máximo derecho para soltar sus pensamientos sin sujeción a cánones ni orden alguno. La obra de Frank no corresponde exactamente a su título. No está bien como retrato. Frank podía haber llamado su libro «Impresiones de un periodista a través de la América Hispana». Entonces podría haber ocurrido que los lectores de este continente, admirando su obra y agradeciendo el amoroso interés que en gran parte de ella muestra por los asuntos latinoamericanos, hubieran corregido el título y puesto «Impresiones de un periodista y de un gran artista...» Mientras que ahora esos mismos lectores tienen que encontrar las páginas de Frank presentadas como un retrato, incompletas y defectuosas, sin dejar de reconocer siempre en ellas magistrales pinceladas y la mano maestra del artista.

¿Es posible hacer un retrato de la América Hispánica sin valorizar como ella se lo merece la obra cultural de Bello, Rodó, Montalvo y Lastarria? Nos parece que no. Sin embargo, Frank ni siquiera cita los nombres de esos valientes trabajadores del espíritu, de esos pioneros de una nueva cultura entre nosotros. He citado sólo algunos nombres. Las omisiones en esta materia son en verdad considerables. ¿O será tal vez que esos hombres carecen de valor revolucionario actual?

No se detiene tampoco a considerar Frank lo que significa para nosotros y para nuestro valor como entidad de cultura el tesoro precioso del idioma castellano, incomparable instrumento de comunicación, red espiritual que nos une en medio de nuestras dolorosas divisiones, y nos consuela y alienta con las bellezas acumuladas por el alma creadora de la raza.

Podía haber anotado que en la costa que va del Cabo de Hornos a California se habla un solo idioma. Es un hecho sabido, pero bastante singular en nuestro planeta. En Europa, cada uno o dos días de ferrocarril, a veces después de pocas horas, se va cambiando de nacionalidad y de idiomas en forma pintoresca y desesperante. En la costa pacífica del Nuevo Mundo el hispanoamericano navega días, semanas y hasta dos meses, en una extensión de más de dos mil kilómetros, y encuentra siempre la lengua de su raza. Es un rasgo característico que bien merece ser mencionado cuando se quiere hacer el retrato de este grupo de pueblos.

En esta imagen de cuerpo entero que aspira a ofrecernos Frank, algunos miembros guardan la proporción que más o menos les corresponde, como Méjico, Brasil y Argentina, otros han sido suprimidos, como el Uruguay, y otros abultados como Cuba. De manera que la imagen es artística, pero un tanto deforme y desproporcionada en sus partes.

En cuanto a Chile, la forma en que Frank lo presenta no es halagadora. Somos un pueblo agresivo que, después de una guerra injusta, dejamos reducidos a la impotencia a nuestros vecinos del norte. Por lo mismo, en la perspectiva que diseña al final de la obra, y de la cual hablaremos luego, quiere volver la cara de Chile hacia el oriente para que no torne a molestar a sus vecinos y se incorpore a la cultura atlántica. La expedición libertadora del Perú aparece como acción exclusiva de San Martín y del ejército de Los Andes y no del gobierno de O'Higgins y de un ingente esfuerzo de los chilenos, en colaboración con el libertador argentino. Algo sabe Frank de la acción de nuestra oligarquía a cuyos miembros denomina con el nombre hoy arcaico de *pelucones*, explotadores de las clases inferiores y ahora víctimas ellos mismos del capitalismo norteamericano. Truena aquí como en todas partes contra las consecuencias funestas y disolventes de este capitalismo. Patéticos son los párrafos que dedica a pintar el infierno de Chuquicamata. Mientras de la Argentina trae y vuelca en sus páginas la imagen de una gran dama, sacerdotisa de la cultura, Victoria Ocampo, entre nosotros no encuentra nada más digno de mención y con desproporcionada abundancia de detalles, que el triste episodio de una infeliz muchacha que en el mencionado mineral se le ofrece por cinco pesos a un joven recién llegado y sin que él la solicite se le tiende en la pobre cama de su sórdida vivienda. No cabe mayor ignorancia ni mayor estulticia al querer hacer la pintura de una sociedad. Es verdad que Frank anota en cambio su impresión de que los ojos de las mujeres chilenas sean los más bellos entre todas las sudamericanas. Observación callejera de periodista *filante*.

El gran intuitivo de Frank no tuvo la intuición de nuestro valle central ni de las islas, fiordos y canales en que se prolonga hacia el sur. Me imagino a Frank

tomado como el buen gigante de Sirio, tendido a lo largo del valle, auscultando esta tierra rica y jugosa, sus pomares, sus minas, sus selvas, y los corazones de la esforzada gente que la habitan y seguramente los senos misteriosos en que se fragua el porvenir le habrían musitado al oído alguna promesa.

Inicia Frank el capítulo sobre la revolución mejicana con un cuadro que pretende ser simbólico de las dos culturas que se encuentran frente a frente: la angloamericana y la hispanoamericana.

«A través de la frontera del Río Grande, dos ciudades del siglo XVIII se miran frente a frente: Laredo y Nuevo Laredo. La una es de los Estados Unidos; la otra, mexicana. El Laredo del norte es floreciente; tiene treinta mil habitantes. En sus calles, abiertas y urbanas, resoplan los motores; hay hoteles muy altos, con baños en cada cuarto, y hay cafeterías, cinematógrafos, droguerías abarrotadas de productos del país. Nadie va harapiento en Laredo. Las carnes cálidas de las mujeres se refrescan en la suavidad de la seda, y el desenfado de los muchachos rasga el ocio de las horas como navaja reluciente.»

«Los diez mil habitantes de Nueva Laredo viven en chozas y callejas. La tierra suelta de las calles se hace lodo cuando llueve y hay hoyancos en el arroyo. En los bancos de hierro, de la plaza central, y a la sombra de los árboles, comidos por el polvo, se sientan hombres demasiado pobres para rondar por las cantinas. La gente va harapienta. Los más atrevidos han cruzado el río y se han fundido en la prosperidad de Laredo. En una taberna un ciego se apoya en el mostrador y canta. Con pesada mano acaricia la guitarra, mientras su perro engulle desperdicios debajo de la mesa. Los ojos del cantador se abren apagados, pero su cara levantada resplandece. La boca que canta está preñada de un dolor vivo, que se hace canción, porque la vida armoniza con él y lo acoge... A tra-

vés de la frontera del Río Grande dos culturas se miran frente a frente; las dos incompletas, faltas las dos de un elemento crucial de unicidad, las dos más o menos anhelantes por completarse.»

No cabe dudar de la exactitud del cuadro anterior; amargo, muy amargo para nosotros es el contraste entre sus dos partes; pero ¿están bien elegidas la tristeza y la miseria que se ven a este lado del río fronterizo para hacerlas representativas de la cultura hispanoamericana? Sin duda no; mas el cuadro ofrece una viva oposición de luz y sombra, muy adecuado para tentar a un artista... sobre todo si es del otro lado.

Fustiga Frank como un profeta hebreo al capitalismo norteamericano, funesto explotador de Cuba. «Los Estados Unidos, dice, habían hecho ya sus planes sobre Cuba. El capital americano, al darse cuenta de su primera grandeza, se aprestó decidido a hacer de la isla lo que Inglaterra había hecho hacía tiempo de Jamaica y Barbados. Mas antes de ordeñar la vaca había que engordarla. Y el ejército intervencionista empezó a limpiar La Habana, a desecar pantanos y a tender ferrocarriles. Llegaron luego los Bancos americanos, y los servidores incondicionales del nuevo orden de Cuba, de un orden cuya premisa era la desgracia nacional, surgieron para asumir los puestos públicos.

«Si una nación ha de existir en el sentido moderno tiene que desarrollar, hasta donde sea posible, un sistema equilibrado de producción para satisfacer sus propias necesidades económicas. Cuba está singularmente dotada por la Naturaleza para desarrollarse armoniosamente, y la voluntad de España, deficiente como era, no la destruyó por completo. Pero como los intereses de un poder capitalista son siempre desarrollar en una colonia unas cuantas materias primas, a expensas de la producción total, lo que el Norte hizo

fué explotar el azúcar y el tabaco y crear un mercado amplio para sus importaciones. Y Cuba se convirtió en una isla de factorías.»

«Al principio se compraron tierras a precios elevadísimos, pero cuando ya la propiedad americana era suficiente para garantizar el control del distrito se abrió una línea férrea particular que daba a los intereses americanos el monopolio del transporte de sus productos. Así, el resto del distrito económicamente inerte podía comprarse a precios vergonzosos y hasta ofrecer al colono independiente y propietario un contrato que le reducía a la servidumbre económica, contrato que podía aceptar o rehusar, según que prefiriese extinguirse lánguidamente o de una manera inmediata. Los mil ingenios de azúcar se fundieron ahora en uno, que se alzaba estratégicamente en la estación terminal de ferrocarril. La compra de tierras y el control de los ferrocarriles y de las facilidades terminales acabaron con la variedad de las cosechas.»

«Cuando el colono cubano fué eliminado, los negocios americanos procedieron en contra de los trabajadores cubanos. Costaban demasiado caros y su nivel intelectual era demasiado alto. De Jamaica y de Haití se trajeron miles y miles de negros para cortar la caña de propiedad americana. Estos hombres, esclavos analfabetos, aves de paso, no tenían contacto cultural con Cuba ni siquiera hablaban español y su relación con el pueblo cubano insuficiente para que llegaran a aprenderlo. Vivían en campamentos miserables y sus salarios eran tan bajos que no podían comprar siquiera efectos cubanos. Los almacenes de las compañías los alimentaban y los vestían con los desechos, naturalmente, de los Estados Unidos.»

«En 1920, el 40 por 100 de la tierra labrantía de Cuba pertenecía ya directamente al capital americano. El resto quedaba bajo el control de los Bancos de los Estados Unidos, que fijaban precios y salarios

y controlaban el comercio y los medios de transporte de la isla. Los colonos indígenas que aun quedaban, mermados y enloquecidos, vivían al capricho de estos Bancos, que eran el Estado mismo, porque ningún Gobierno nacional podía sobrevivir ni un día siquiera si se atrevía a atacar la sagrada ley del capital americano (1). La factorización de Cuba y la esclavitud industrial del pueblo eran ya un hecho consumado.»

«Por los Bancos, por las asambleas, por los vestíbulos de los hoteles, por los cafés y los prostíbulos pulula el nuevo amo de Cuba: el negociante norteamericano. De él hay que decir, ante todo, que obra siempre de buena fe. Considerarlo como un villano que perversamente trama la destrucción de los pueblos sería restarle importancia a su amenaza. Es peligroso porque cree fanáticamente en sí mismo y en sus buenas intenciones. Esta convencido de que su labor en el desarrollo unilateral de los recursos de Hispanoamérica y en la difusión de los productos y de las normas norteamericanas es la salvación de los pueblos inferiores. El servicio que presta es tan grande que justifica todos los medios. El negociante norteamericano deplora que, a veces, sea preciso usar de la fuerza o de la intervención en los asuntos locales, y sabe que es el portador de un ideal dominante: el progreso. Conoce de la Historia lo suficiente para justificarse a sí mismo con la Roma imperial y con la cristiandad, que usaron a veces medios violentos también para difundir su evangelio.»

Extendiendo sus valientes observaciones a toda nuestra América dice Frank más adelante: «Por esto los negocios en los Estados Unidos son el enemigo de todo

(1) He aquí un ejemplo de la impotencia de Cuba: en 1903, en los primeros años de la capitalización americana, el senador Manuel Sanguly presentó un proyecto de ley al Congreso de Cuba para evitar que las tierras que eran aún de propiedad cubana, fuesen enajenadas a compañías extranjeras. El proyecto no llegó siquiera a presentarse a discusión ante la Asamblea.

impulso que tienda a fortalecer o a unir la América Hispana y el amigo de los mezquinos nacionalismos que retienen separadas a las Repúblicas y conservan a los ladrones en el poder. Porque los ladrones son los verdaderos aliados políticos del dólar en la América Hispana. Bajo su odiosa amistad oficial, «Divide para vencer» y «Organiza al conquistar» son los lemas verdaderos del movimiento panamericano.

La energía en el lenguaje, el lirismo y la elocuencia innegables de Frank suelen no estar exentos de retórica. Su afición a las observaciones grandiosas y macrocósmicas suele dejar aturdido al lector. Es como si alguien quisiera penetrar el misterio del océano sumiéndose en un mar de olas enfurecidas. Al frente rompientes y farellones inaccesibles cubiertos de la espuma que dejan las aguas en su continuo vaivén. Pasan por la cabeza del infeliz una tras otras las olas rugientes y no le es dado pensar que en alguna parte exista una superficie tranquila desde donde se vea el sol y que le permita llegar a tierra firme.

El libro de Frank es a menudo también desconsolador. El individuo hispanoamericano echa de menos el consuelo de Cándido. El buen Cándido había aprendido en carne propia que el mundo está lleno de pillos y que en él triunfa la maldad. Ya sabía que no era este el mejor de los mundos posibles como creyera en su juventud. Pero con laudable buen juicio su última palabra fué aquella sabia resignación de que había que cultivar su jardín. Frank, por lo general, en medio del caos en que exhibe a este continente niega esa esperanza al lector hispanoamericano. Es tal la magnitud de los problemas a resolver que lo abruma. No basta que el hispanoamericano, para no perder aquella esperanza, lleve en su alma el sentimiento de que el jardín de cada cual debe ser cultivado en armonía y cooperación con el del vecino. El peso de los problemas circundantes se presenta como superior a toda

buena voluntad. Parecería que el destino del hispanoamericano estuviera contenido, quien sabe por cuanto tiempo, en el anatema de «aguanta y revienta».

Sin embargo, no todo es tinieblas en nuestro horizonte. La América Latina para salvarse «tiene que aprender a resistir», dice Frank, tiene que engendrar en sí misma una fuerte estructura interna. Ante los ataques del capitalismo extranjero la América carece de moral propia para defenderse con buen éxito, y debe formarse una que sea una encarnación de ideales.

Frank aconseja a los hispanoamericanos que se confederen, no en una sola confederación que sería impracticable, sino en varias. Así propone:

La Confederación del Mar Central formada por Méjico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia y Venezuela.

La Federación de los Andes, integrada por el Ecuador, el Perú y Bolivia.

Los Estados Unidos de la América Austral que comprendería a la Argentina, Paraguay, Uruguay y Chile.

Los confederados tendrían un pequeño cuerpo central legislativo y judicial para los negocios estrictamente federales; ningún Estado solo podría celebrar un tratado con el extranjero sin el asentimiento general; ningún Estado podría obtener préstamos en el extranjero sin el asentimiento federal; habría comercio libre dentro de la Unión y un sistema bancario común con moneda uniforme; arbitraje para todas las disputas entre los Estados, no debiendo recurrir en ningún caso a jueces extranjeros; proscripción de toda administración extraña de rentas o aduanas; prohibición rigurosa del enajenamiento de las tierras públicas; alianza militar para defender una doctrina completa hispanoamericana de no intervencionismo; ningún militar podría ser elegible para altos cargos civiles; «control público y propiedad gradual (sobre las bases de una Compañía económica federal) de to-

dos los recursos públicos, incluyendo la electricidad, y los recursos naturales, como las minas, el petróleo y los bosques».

No cabe negar que estas condiciones para una federación están por lo general muy bien pensadas. Tal vez la última relativa al control de la propiedad daría lugar a serias dificultades no fáciles de subsanar.

No podría encontrar la aceptación de los chilenos el lugar que Frank señala a Chile en la Federación Austral. «Miraría por el Este hacia el Atlántico de una manera franca para desarrollar su emprendedora voluntad, creciendo de una manera cultural y no agrediendo a sus vecinos» ¿Cómo se la ha podido ocurrir a un hombre del talento de Frank que los chilenos vayan a volver la espalda al Pacífico? Es claro que no nos negamos a cooperar, para bien de nuestra cultura y de las ventajas comunes, por el lado del Atlántico. En cuanto a nuestras agresiones a los vecinos... no pasa de ser una majadería que ya no debe recogerse.

Termina Frank diciendo: «Aunque el caos de la América Hispana está en reinos más esenciales que el de la política y aunque estos reinos interiores tienen que ganar orden antes de que la política deje de ser un caos,—o una armadura dictatorial que oculta el caos,—los planes de la federación deben existir ya desde el principio; no crece primero el cuerpo del niño y después su espíritu, ni primero su espíritu y después el cuerpo. Lo importante es una acción que junte inmediatamente el cuerpo y el espíritu y los encamine al crecimiento, a un crecimiento que participe al mismo tiempo de la regeneración de la persona y del ideal nacional».

El libro de este yanqui inteligentísimo es una bella obra que debemos agradecer y aprovechar. Cualesquiera que sean las deficiencias notables en ella,—difíciles de evitar cuando se abarca tan vasto campo,—se halla escrita con cordial interés por los problemas hispanoamericanos.

EL PRIMER IMPULSO

(DE LAS MEMORIAS DE UN TOLSTOYANO)

ERAMOS tres. Nada más que tres. La historia ha falseado más tarde el hecho, como ha falseado otros de mayor importancia.

Thomson pontificaba. Nació destinado para ejercer de pontífice o de actor, que es la misma cosa.

—He torcido mi destino,—solía repetir.

Y recordaba que, siendo un tierno infante, pasó por nuestra menguada metrópoli una compañía de cómicos, presidida por un actor llamado Galé. Augusto asistió por primera vez a una representación de Tierra Baja, de Guimerá. Tuvo un deslumbramiento. Y pocos días más tarde presentóse al alojamiento de Galé para pedirle que lo incorporáse a su farándula. El viejo actor sonrió:

—¿Tiene usted condiciones?

—Póngalas a prueba—exclamó el niño con arrogancia.

—Recíteme algo...

Y sin esperar más, Augusto revolvió con las manos su encrespada melena; se ató la frente con un pañuelo, quitóse el paltó, desabrochóse el cuello de la camisa, y, ya en carácter, saltó sobre una vieja mesa dispuesto a declamar el monólogo de Manelik, aquel que ha sido el escollo máximo de los trágicos españoles.

Desarrollóse la maravilla. El viejo actor cavilaba. Tierra Baja hacía su estreno en Chile; Galé era el portador de la primicia, y sólo habíala puesto en escena dos veces. ¿Cómo pudo copiar el monólogo aquel muchacho de ojos oscuros hundidos en cavernas de sombra? ¡Y aquella voz limpia, con sonoridades de plata y de bronce, que enronquecía y enturbiaba adrede para simular los rugidos de la fiera! El viejo actor cavilaba.

—¿En dónde aprendió ese monólogo?—interrogó, el actor, desconfiado.

—¡De oírlo a usted!—respondió el muchacho.

—Tiene, pues, una memoria prodigiosa...

—Dícenlo así...

—Está bien. Será usted un gran actor. Sólo espero el consentimiento de su familia, para llevarlo conmigo... Dentro de dos días saldré de Chile.

Aquel proyecto no pudo realizarse. El viejo primo Manuel, pintor de mérito que ejercía gran influjo sobre el muchacho artista, se encargó de disuadirlo. Era más noble la carrera de escritor, y menos arriesgada para una joven naturaleza. Y así fué como el arte perdió un émulo de Borrás, de Tallaví o de Talma.

Pero si Augusto no fué actor de teatro, siguió siéndolo en la vida. Se rodeaba de una liturgia de artista romántico, y obligaba a los suyos a que actuaran de acuerdo con sus dorados sueños. Sus jóvenes hermanas debían reverenciarlo. En el hogar modesto había establecido rituales que, en grado ínfimo, recordaba el ceremonial de Luis XIV, el rey sol.

En cierta ocasión se declaró inventor de un idioma nuevo, tan arbitrario como pintoresco. Las hermanas y la vieja abuela debieron emprender el estudio de una gramática, intrincada como selva austral.

—¿Garrapatatis trumbum almidonis?

Aquella interrogación significaba, simplemente, si

habrían traído las camisas de donde la lavandera; pero como las muchachas no lo entendiesen, el niño Augusto montaba en su caballo diabólico y hacía res-tallar el látigo de insultos feroces.

Es indudable que el carácter dominante del joven-zuelo adquirió un desarrollo extraordinario, debido a la bondad inagotable de la abuela, que lo adoraba.

La anciana señora arrastraba con seráfica sencillez, los últimos resplandores de una gran belleza.

—Es mi mejor escudo heráldico,—solía exclamar Augusto, refiriéndose a ella.

Y como tal, lo exhibía en las ocasiones memorables. Sus viejos amigos recordarán, sin duda, aquellas sesiones del Ateneo en que Augusto llegaba a la desbordante sala-teatro de la Universidad, dando el brazo a una viejecita menuda, de rostro fino y alargado, de tez blanquísima, aunque no tanto como los cabellos albos, aplastados bajo la capota sencilla. La fisonomía era como la expresión misma de la dulzura y de la bondad. Dos pedacitos de cielo azul asomaban por aquel marco de plata ennoblecido por la pátina de los años.

En el hemiciclo desbordante, aquel mozo alto y esbelto, de testa byroniana, sirviendo de báculo a esa viejecita de aspecto distinguido, constituía un cuadro que provocaba respetuoso y admirativo silencio, seguido de un murmullo aprobador. Y luego, en el momento en que el novelista era llamado para ocupar la tribuna, erguía un instante en medio de la expectación general, depositaba un beso en la frente de la abuela, y subía las gradas con airosos movimientos de doncel trovador.

Los estudiantes rebullían en las tribunas altas. Las damas enfocaban sus ojos, afiebrados de ocultas ansias. La atmósfera caldeada de murmullos y de perfumes, latía como un corazón estimulado por el deseo.

Y en ese momento, grave y pura, desgranábase la

voz evocadora, como tejido de magia, dibujando imágenes airoas y trenzando esbeltas visiones en el ambiente propicio.

No tardaban en quebrar el silencio aplausos unánimes, que, en el trascurso de la lectura, iban creciendo como marejada impetuosa, hasta convertirse en ovaciones delirantes, en clamoreo que palpitaba como fogata enloquecida.

El héroe del momento bajaba de la tribuna con lentitud, pero sin jactancia, despreocupado y elegante como un príncipe quimérico, ofrecía el brazo a su viejecita y salía de la sala dignamente, saludando al pasar con fina sonrisa cordial.

Los estudiantes formábanle calle en el atrio y seguíanlo con gritos triunfales: «¡Viva el Zola chileno!»... «¡Viva nuestro Dostoiewsky!...» «¡Viva el Loti!...» «¡Viva el Daudet!...»

En verdad, nadie concluía de ponerse de acuerdo sobre el parecido de ciertos astros de la literatura con aquel espíritu, multiforme y cambiante como espejo de agua movediza.

Y así se explica que este escritor adolescente haya podido ejercer una especie de dictadura espiritual sobre la juventud literaria de su época. Escritores ya maduros, o poetas noveles, lo agasajaban y respetaban. Alrededor de la revista *Instantáneas* que editaba Alfredo Melossi y que Thomson dirigía, fluía un continuo tumulto de admiraciones y de aplausos sinceros. Magallanes Moure, Samuel y Baldomero Lillo, Labarca Hubertson, Leonardo Pena, Dublé Urrutia, Valentín Brandau, Luis Ross, Carlos Pezoa Veliz, Víctor D. Silva, y tantos otros, formábanle círculo entusiasta, y, sí no lo reconocían todos como jefe, al menos lo respetaban como un árbitro del buen gusto y camarada indispensable en la orquestación de la literatura chilena. Tenía 20 años en aquella época.

Y no sólo asumía la delantera en el lote literario;

también los pintores y músicos le reconocían derecho para dictaminar en obras de su especialidad. Rafael Correa, Juan Francisco González, Valenzuela Llanos, Pedro Lira y algunos más que figuraban ya entre los venerables, lo acogían en su cónclave y admitían sus juicios con respeto.

Se comprenderá, entonces, la admiración casi fanática que debió despertar Augusto Thomson en la imaginación de un estudiante de diez y ocho años, en quien comenzaba a prender el virus del arte.

Cuando penetré por primera vez en el santuario del escritor, temblaba como un adolescente católico al aproximarse a la Divina Mesa. En la calle Libertad, muy próxima a la Plaza de Yungay, había una modesta casita de gruesos muros antiguos que se erguía entre sus vecinas como una señora de buena familia que sobrellevaba su pobreza con dignidad. Allí vivía el novelista con su abuela y sus dos hermanas.

Augusto Thomson ha sido uno de los pocos escritores que en Chile ejerció su profesión como se entiende en Europa: con exclusividad. Por lo menos en su juventud, dedicó todo su tiempo a las letras. Las hermanas cuidaban de la casa. Augusto escribía con entera independencia, sin obligaciones de oficina y sin grandes preocupaciones por el diario sustento. Las clases de música de la abuela bastaban para mantener una decorosa parvedad.

Cuando se golpeaba con el pesado aldabón en la casa de la calle Libertad asomaban por el ancho zaguán, las cabezas de dos niñas con aspecto de jóvenes misses. En la mañana, la consigna era implacable. El escritor no recibía; hallábase dedicado a sus elucubraciones literarias. Por las tardes, en cambio, se abría el amplio salón que servía a la vez de taller, y los amigos podían acercarse al altar y a su sacerdote. Augusto presidía las tertulias con lenta desenvoltura; sabía ser cordial sin descender a la plebeya

camaradería; mantenerse a una distancia exenta de estiramiento; pontificar sin disminuir demasiado al neófito. De vez en cuando, si una nota de mal gusto se introducía en la reunión, con demasiada imprudencia, no tardaba en aparecer en sus labios una sonrisa irónica, seguida de una frase que desconcertaba al temerario. A menudo tomaba un libro, siempre de autor desconocido a la reunión, y leía con voz clara, austera y musical. Se dijera un joven griego elegante ejerciendo su apostolado en la clara intimidad de un hogar ateniense.

Se hablaba de Gorky, de Tolstoy y Dostoiewsky, los santos del día. Ibsen, Maeterlink y Hauptmann, formaban el triunvirato de los dramaturgos.

Desde las amplias paredes de la sala, cubiertas de cuadros chilenos, de grabados y curiosidades artísticas, miraban con sus ojos inmóviles de retrato, los rostros venerables de artistas del arte contemporáneo: Zola, Daudet, Maupassant, Reclus, Krotpokin. Thomson poseía el arte de convertir su sala de trabajo en una especie de museo rancio y lleno de colorido. Audaces armonizaciones de Juan Francisco González, una gallarda cabecita del pintor Molina, saudosos paisajes de Valenzuela Llanos, bosquejos de Valenzuela Puelma, alguna miniatura escultórica de Simón González, formaban un conjunto que pesaba sobre los circunstantes como un baño de colores acariciadores, estimulando y tonificando los nervios apáticos.

Puestas en discusión las teorías de Tolstoy que en aquella época constituían novedad, se hablaba con veneración del artista de Yasnaia Poliana y de sus extrañas actuaciones de apóstol. Yo escuchaba con el espíritu abierto, recogido en mí mismo, vibrante, con deseos de intervenir en la conversación y, al mismo tiempo, poseído de angustiosa timidez. En verdad, reconocía en mi fuero interno que nadie dominaba aquel tema con mayor amplitud que yo. Tolstoy me

era familiar hasta en sus menores detalles. Había estudiado sus novelas con escrupuloso cariño; sus teorías morales y filosóficas eran para mí tan conocidas como el silabario. Proyectaba presentar a la Academia que habíamos fundado en el Instituto Pedagógico, un estudio completo sobre el gran espíritu que llenaba el mundo con su renombre. Sin embargo, sintiéndome desconocido y apocado en aquel ambiente de intelectuales, entre los que me introducía subrepticamente, mis conocimientos piafaban como un caballo contenido por duro freno.

Uno de los circunstantes más asiduos a las tertulias en casa de Augusto, y también uno de los más religiosamente entusiastas en su admiración por Tolstoy, era un joven con aspecto de luchador campesino, recio y cuadrado como un herrero, de claros ojos que, al sonreír, brillaban como un líquido entre los párpados estirados por una contracción de las sólidas mandíbulas. Alguien pronunció su nombre sonoro y arcaico:

—Julio Ortiz de Zárate.

Simpaticé desde el primer instante con su aspecto tranquilo, con su traje modesto y limpio, con sus gruesos zapatos de explorador. En aquella reunión de hombres marchitos por las ideas y el estudio, un poco librescos y amanerados, era como una ráfaga venida de esos campos cordilleranos en que crecen quiscos y se perfuman de toronja y yerba buena.

Me pareció que Ortiz de Zárate era quien más armonizaba con mi veneración por el maestro de Yasnaia Poliana y, seguramente estimulado por su presencia, me atreví a murmurar, con la voz apagada por la emoción:

—Tolstoy es nuestro padre... Yo iré pronto en peregrinación hasta Rusia, sólo para besar sus manos venerables...

Un silencio penoso acogió esta declaración de misticismo apasionado. Sin duda los circunstantes tilda-

ron de exageración palabras que no eran sino un pálido reflejo de un espíritu vehemente, impulsivo y ardoroso. Sólo en Ortiz de Zárate encontré una mirada de comprensión simpática. Augusto fijó un instante sus ojos en mi persona y yo sentí la impresión de que el grande hombre me veía por primera vez. Luego, después de ensombrecer la frente con un pliegue reflexivo, habló bruscamente de otros asuntos.

Creía yo que mi persona azorada había vuelto de nuevo a su círculo de sombra y que ya nadie pensaba en sacarla a luz, cuando, en el momento en que nos despedíamos de Thomson, este dejó caer las siguientes palabras, erguido y un poco displicente:

—Venga usted a reunirse conmigo esta tarde. Todos los días voy al Parque Forestal para despedir al sol que se va...

Era uno de los ritos de Augusto Thomson. También supe después que se convidaba todos los años con don Juan Mateo Gatica para saludar la primavera en Ñuñoa, el día en que el vasto campo de durazneros y de almendros se cubre con su manto fastuoso, tejido de palidez y de rubor...

Eran actitudes que lo rodeaban de una atmósfera única, irreal y sugerente, embelleciendo con una nota romántica hechos que la mayoría de las gentes suelen realizar en forma opaca y sencilla.

Naturalmente, acudí a la cita con devoción de peregrino. El Parque Forestal era entonces un paseo en formación; no existía el Palacio de Bellas Artes. En cambio, el horizonte se ampliaba hacia el poniente en forma desmesurada y aparecía un panorama que, a nosotros, se nos antojaba oriental, quizás debido a una palmera que se erguía en el extremo del paseo y de unas cúpulas de iglesias o edificios que daban una remota impresión de iglesias ortodoxas.

Augusto tejía, a propósito del crepúsculo, una leyenda fantástica. Solía recitar a media voz algún ver-

so sugerente, con la cabeza descubierta, los lejanos ojos perdidos en vaguedades infinitas. Pero aquellas expansiones que en cualquier otro hubieran parecido amaneradas, eran en él como la prolongación de su figura naturalmente elegante. El tono sobrio de su voz, la esbeltez de su cuerpo, la gracia austera de su gesto, asemejábanlo, en ese instante, más a un joven fakir que a un poeta desorbitado.

Durante estos encuentros que se repitieron, íbamos siempre quedando solos Augusto Thomson, Ortiz de Zárate y yo; en esos instantes, como una obsesión, iba a caer nuestra charla sobre el tema de Tolstoy, sobre la belleza de la vida sencilla, de la irresistible al mal, del apostolado educativo que se podría ejercer entre los campesinos y de la necesidad de huir de los viciosos placeres de la vida ciudadana.

Al cabo de repetir muchas veces parecidas ideas, confieso que comenzaron a fatigarme y, un día, sacando bríos de timidez, me atreví a alzar secamente la voz ante el joven maestro:

—Y si tanto les agrada la vida tolstoyana, ¿por qué no la realizan? ¿Hay algún obstáculo que les impida vivir de acuerdo con sus ideas?

Mis interlocutores quedaron un instante en silencio. No puedo asegurar cual fué el efecto producido por mis palabras. Para mí la complejidad del mundo se me aparecía fácil y clara; el camino por recorrer tan acogedor, tan suave, como el horizonte inundado por los reflejos del sol muriente que teníamos a la vista, y mi espíritu inexperto vagaba por regiones lejanas como un brioso bajel incontenible.

Al regresar esa tarde, a la hora en que se encendían los primeros faroles, nuestros pasos resonaron con mayor gravedad por las calles desiertas. Discutíamos sobre la posibilidad de llevar a la práctica el proyecto de fundar una colonia tolstoyana...

Santiago, 1933.

Mari Yan

UNA NOCHE EN MONTMARTRE

(RECUERDOS DE VIAJE)

(París de 1926)

POR callejuelas tortuosas que ascendían en espiral, llegamos hasta lo alto de Montmartre. Arriba nos detuvimos un momento a contemplar el cuadro que dejábamos atrás. Era una noche clara, luminosa, plagada de estrellas. Había en la atmósfera, una extraña inmovilidad, una transparencia radiante que aquietaba el espíritu y despertaba el anhelo de embriagarse de espacio, de luna y de infinito.

A nuestros pies, la Ciudad Luz, deslumbradora, triunfante, nueva Grecia que guarda en sus entrañas la esencia del genio y la belleza, extendía sus tentáculos monstruosos en una apoteosis de hoguera.

Con esfuerzo apartamos nuestros ojos del cuadro soberbio, para sumirlos en la penumbra hermética del «Lapin Agile», viejo cabaret artístico de un género ya escaso en el París invadido por los jazz. Pequeño cenáculo muy francés que celebra cada noche la fiesta del ingenio y de la chispa, el Lapin Agile rebalsaba de gente: artistas melencólicos, estudiantes modestos, graciosas mujercitas escapadas de algún libro de Murger. El dueño del recinto, típico y majes-

tuoso viejo de larga barba blanca, encarnaba en su persona todo el romanticismo del siglo XIX.

Nos acomodamos con estrechez en una mesa, y sorbimos lentamente un guindado, mientras escuchábamos complacidos viejas canciones francesas como «Le Temps des Cerises» o picarescos versos de actualidad que traían a escena figuras ilustres de políticos, escritores y actrices famosas. Más tarde, una mujer de crespada cabellera negra, labios sensuales y ojos agrandados por el kohl, cantó con picardía acompañada de un acordeón y un piano, unas estrofas que ironizaban a Citröen: «C'est jaune, mais ça ne sert pas...»

A la salida, después de media noche, nos encontramos con el caricaturista Oscar Fabres, que subía con otros artistas entre los que creí reconocer al escritor Eugène Marzan. Al ver a nuestro grupo, Fabres se acercó a saludarnos. Estaba radiante y desplegaba con orgullo las páginas de un diario de la tarde, el «Paris-Soir» en cuyas columnas aparecía un artículo que hacía su elogio: «Fabres, el caricaturista ingenioso, el artista bien parisiense», etc.,

Frenético de alegría exclamaba mostrando el artículo:—«¡Cómo no va a valer más esto que ser diputado en mi país!».

—El artículo bien vale una copa de champagne, insinuó alguien.

Y bajamos hasta el Grand Ecart, la boîte de nuit más elegante de París por aquel entonces.

Toilettes espléndidas, bustos deslumbrantes de pedererías, muestrario de carne joven y de carne vieja, en el escenario aturdidor del más lujoso cabaret de Montmartre. París, lo que los diarios llaman tout-Paris, estaba allí, y la atmósfera pesaba impregnada de olores y deseos. André de Fouquieres, el árbitro de la moda, entró impecable en su frac, luciendo su monóculo y su bigote recortado. Más allá estaban dos reinas del mundo cosmopolita junto a la mesa en

que Huguette Duflos, la rubia actriz de la Comedia Francesa, lucía su belleza de mujer del Ticiano. Y en medio de ellos, a profusión, acartonados ingleses, americanos bulliciosos, pálidos y engominados argentinos....

Era la gran época del oro. Todo Montmartre se estremecía y entonaba un himno al placer y a la frivolidad. Cada dos o tres metros las luminarias insultantes de algún cabaret, atraían al tumulto de extranjeros que como mariposas de luz, volaba a quemar su vida en aquel frenesí. Champagne, más champagne, mientras los jazz atronaban las salas y los tangos cantados llenaban la atmósfera de languideces desesperadas. Champagne, más champagne, para olvidar quien sabe qué tedios y dolores...

En medio del brouhaha de las conversaciones y del aturdidor ruido de las orquestas, me llegaba la voz de Fabres que decía:

—Yo estoy excomulgado en Chile por mis parientes millonarios que no me perdonan que en vez de convertirme en un señor panzudo, grave y doctoral, haya elegido la bohemia y la miseria en Montparnasse...

La charla en nuestra mesa se hacía cada vez más animada: repiqueteos de ingenio en que brillaba la aguda sátira del humorista paradojal que es Fabres junto a la compleja sutileza de Ernesto Torrealba y a la cultura de su joven esposa, Nené Moreira Díaz, flor tropical nacida en las cálidas zonas del Brasil y transplantada al ambiente vibrante y demasiado «civilizado» de París. Casada por amor, seguía deslumbrada y extática al artista que era su marido en sus eternas búsquedas de arte y de belleza. Había en Torrealba, la alada inquietud de un alma atormentada junto al sibaritismo espiritual algo pagano de un latino de los viejos tiempos. Pero no tenía suerte. Destino eternamente solitario, estaba en lucha perpetua con la vida, la incomprensión, los ataques de un mun-

do taimadamente hostil. Cultísimo, bello y talentoso, parecía, sin embargo, haber sembrado a sus pies una semilla fatal que daba a cada paso frutos amargos. Y la sombra de una Némesis se cernía implacable sobre su joven cabeza de escritor.

—Estamos en la hora culminante de la vida de la civilización, decía aquella noche en el cabaret. París ha llegado a la cúspide; mañana será ya la decadencia... Es fatal, irremediable. Como en Grecia. No desperdiciemos este momento de plenitud: tenemos la copa de los refinamientos y de la felicidad. ¡Bebamos!

—¡A la vida!—exclamó alguien.

La vida... Parecía extenderse indefinida y magnífica delante de nosotros. Pero la muerte acechaba. Luego, muy luego, dos de los que allí se encontraban aquella noche, partieron al gran desconocido: Torrealba primero, a los treinta años, en la plenitud de su talento de escritor; y en seguida, Teresa Sanfuentes, llena de halagos y belleza, alma refinada y elegante de mujer de mundo que salía a flor de piel en la enigmática sonrisa de su fina sonrisa luminosa.

(Capítulo para un libro en preparación: «Recuerdos de viaje».)

INTUICION DE CHILE

¿CUAL es el destino de esta tierra larga y estrecha que guarda en la angosta y rugosa cinta de su Geografía, la suma dulzura de un valle Central, cuajado de frutas y el sumo amargo del Norte, tierra de nitratos? Contrastes económicos entre la Industria del Norte y la Agricultura del Centro y del Sur, contrastes espirituales y étnicos como el de la Aristocracia y el Pueblo que expresan mundos diversos, contraste entre la historia popular y la historia oficial, hacen que el alma de Chile no pueda captarse inmediatamente. La Sociología chilena debe avanzar por una zona de prejuicios, por un vestíbulo de mitos, porque aquí no se realizó como en otros países de América la simbiosis turbulenta de las revoluciones y guerras civiles. La homogeneidad racial de que alardea cierta conocida imagen de Chile no es nunca homogeneidad espiritual ni homogeneidad política. El sentido de grupo social era aquí más fuerte y aislador que en los países del Atlántico por donde entraron emigrantes rumbosos o que en esos países de pradera o llanura—Venezuela, Argentina—donde el hombre de a caballo fué obstinado pastor de hombres. Excepto Portales que más que caudillo fué organizador, legislador de una clase social, Licurgo o Dracón de la Aristocracia, Chile no ha dado esas individualidades erguidas sobre

el medio social con insistente y personal decisión de poderío. El grupo social fuerte actúa sobre el hombre elegido en dos formas que expresan toda la técnica de la política chilena hasta 1920. O bien se elige el hombre del grupo cuya personalidad opaca no aflora a la superficie, el verdadero Rey merovingio que en la historia chilena se puede llamar don José Joaquín Pérez o don Ramón Barros Luco, o bien en un momento de peligro se elige dentro de la clase social que no gobierna el hombre de voluntad enérgica comprometido y formado por la clase dominante, que será el brazo ejecutor, el cerebro pensante de los que no actúan. Este segundo tipo de hombre y uno de los mayores, si no el mayor estadista que ha dado Chile, se llamó don Manuel Montt. Todos los manuales de Historia chilena recuerdan esta verdadera educación del poder que la clase aristocrática suministró a Montt, el modesto estudiante de Petorca que va creciendo como un árbol de tronco duro bajo su cuidado vigilante. Montt fué en Chile un Porfirio Díaz sin militarismo; una magnífica cabeza de quirite romano, un hombre que incorporó su patronímico catalán y hasta entonces oscuro, en la heráldica orgullosa de la Aristocracia chilena. Estos hombres—Montt, Portales—fueron los segadores de la maleza democrática; los que dominaron un tiempo tormentoso y lo entregaron ya serenado y manso al cuidado del tranquilo administrador. Después de ellos continuaba la firme solidaridad del grupo. Por estos dos hombres Chile fué el menos suramericano de los países del Continente; es decir el menos revuelto. No justipreciemos demasiado esta tranquilidad que hizo crisis con la República parlamentaria y plutocrática del siglo XX. El alma colectiva como la tierra chilena aparentemente muy sólida, guardaba escondido ardor.

El disimulo fué la forma chilena casi incomprensible e invalorable para quien está acostumbrado a la

historia más bárbara, de cargado acento personalista, de mayor dramatismo que puede ser la historia argentina o venezolana. Ni un Rosas, ni un Guzmán Blanco, ni un García Moreno. Montt vuelve de la Presidencia de la República a la Corte Suprema. Fué uno de los creadores de ese estilo jurídico, molde y cuño metálico que Chile aplicó a los hombres que sobresaliendo, desertaban del grupo Junto al Palacio de los Tribunales de Justicia, Montt está con su amigo Varas consultando un Código y sosteniendo la granítica columna de la República Pelucona. Es un orden arcaico que parece demasiado viril, ya anacrónico, a estos hombres más nerviosos de la República liberal, plutocrática.

Pero a esta forma del disimulo, táctica reveladora de la política del grupo, especie de tabú que se conserva aunque ya se rompan las estratas de la antigua Geología social, hay que adentrarse cuando uno quiere entender la política chilena. La tiranía del grupo que toma naturalmente un molde jurídico, impersonal, es siempre más soportable que la voluntad de uno solo. Chile no adornó a sus mandatarios con aquellos florones de adjetivos pomposos, con la liturgia del título que envanecía a los caudillos de la otra América más voluntariosa. Don Manuel Montt no se encargó como Melgarejo y Guzmán Blanco sus uniformes a los modistos militares del Segundo Imperio. Lleva en la estatua una sobria levita de Juez de Provincia. Tampoco por contraste, como el reverso del cuadro, se toleraba en el trato social el tuteo despreocupado de otros países de América. En Venezuela, país llano, pastoril, aventurero, el tuteo es la nivelación oclocrática que ha producido la guerra civil, o en último caso una prenda de garantía, una letra girada sobre el porvenir siempre oscuro, ya que uno no sabe si ese campesino será mañana General. En Chile entre el

«Patroncito» y el «Roto» existen innumerables estratas.

El hombre de acción para no despertar el recelo del grupo obra, pues, disimuladamente. El vocabulario autóctono chileno es uno de los más ricos del Continente en palabras que expresan el acto de esconderse, de agazaparse. «Apequenarse, hacerse el leso» son expresiones que sólo en Chile tienen sentido. Ellas indican el acto del inteligente que sólo ocultándose o empequeñeciéndose, dando una vuelta completa al carrousel consigue su propósito; del político que cuando quiere aumentar su repertorio de noticias parece descender de la luna. De esta manera se conquista una confianza oblicua; el individuo se injerta—sin hacer ruido—en el grupo social. En el folklore chileno ello forma el magnífico anecdotario de don José Joaquín Pérez o de don Ramón Barros Luco. Todo argentino parece exagerado y fanfarrón cuando se le coloca junto a un chileno; el primero es virtualmente el hombre que se adueña de toda la vereda, mientras que el chileno se encoge, se desliza. Lastarria, Vicuña Mackenna fueron dos grandes personajes chilenos que no pudieron ascender a la alta política porque se expresaron demasiado. Cuando un día en el Congreso dijo Lastarria: «Tengo talento y lo luzco», se le admiró la frase, pero había confirmado su sentencia de soledad. En la tragedia de Balmaceda—el más vasto drama político que conozca la historia chilena—actúa esta resistencia del grupo social contra el individuo relevante; desertando de las imposiciones de su casta Balmaceda quiere hacer una política personal de grandes obras públicas y de grandes apetencias de masas, como Pisítrato. Chile no se parecía a Atenas sino a Esparta, y por ello Balmaceda fué sacrificado. Al gran político lo puede suceder un oficial de Marina que llevaba el apellido Montt, lo que parecía bastante, y otro de los jefes del movimiento revolucionario se

llama Barros Luco o el sentido común, la falta de nervios, la fría pachorra en correcto traje de caballero.

Chile en ese tiempo había operado el tránsito de la Aristocracia a la Plutocracia. El ideal de gobernante ya no es un austero legislador que lleva botas de becerro y amplio pantalón surcado de rodilleras como don Manuel Montt. Es el caballero semi-urbano y semi-rural, especie de gentleman inglés adaptado al paisaje del valle Central. La vida de Club es entonces muy intensa; saber conversar en el Club un malicioso cuento criollo, aplicar a los negocios la misma astucia, los mismos diminutivos con que el huaso del campo esconde sus intenciones, tener un gran fundo con su «stud» y su «haras» de animales seleccionados, lujo acaso demasiado caro, pero que se le muestra a los amigos en las fiestas del fundo, jugar a la Bolsa grandes fortunas sin abandonar el puro imperturbable que ahuyenta toda mueca, todo rictus que pudiera ser peligroso, son entonces símbolos y formas del poderío. Una fotografía que hemos visto en la Biblioteca Nacional reproduce una Convención liberal reunida en Santiago allá por el 90 y tantos. Es un documento revelador de toda la estrategia y el estilo político de la época. En la casa de un rico caballero santiaguino amoblada con los altos muebles del estilo Imperio y abundante de las alfombras y los cortinajes de un tiempo que no amaba el aire libre, se han reunido quince o veinte ilustres personas que visten el mismo chaqué negro y los mismos pantalones a cuadros que fabricaban para la Aristocracia, los sastres franceses de Santiago. Ellos encarnan en sus rostros impassibles, en la medida con que se apoyan sobre sus labrados bastones de contera de plata, el alma cerrada, la «combinación» del grupo. Estos quince o veinte caballeros eran la Política. La decisión que ellos tomaban se trasmitía al país por medio de los compadres, la parentela, los clientes; movía por último en un día co-

loreado y bullicioso de jinetes, de altos sombreros y rojos ponchos de huasos las masas campesinas electoras. Y los apellidos, los nombres que sonaban, eran siempre los mismos.

Cuenta don Domingo Amunátegui que cuando las elecciones del año 96 ni Reyes que representaba las fuerzas liberales de la «Alianza» ni Errázuriz que representaba las fuerzas conservadoras que formaron después la «Unión», obtuvieron mayoría en los colegios electorales. Correspondía decidir al Congreso. Pero los partidarios de Reyes advirtieron que en el Congreso predominaban los hermanos, primos y clientes de don Federico Errázuriz Echaurren. Y el problema de si éstos tendrían derecho a voto en una decisión tan importante, llegó a constituir problema público en la prensa y los discursos políticos de aquellos días.

El pueblo, pues, estaba ausente del drama. Portales calmó al pueblo casi rural de su tiempo, fomentando las tolderías y las chinganas. El pueblo para el gran Ministro era un niño bárbaro que apetece comida, trago y diversión. El propio Portales iba a buscar popularidad, a sumergirse en la dionisiaca colectiva zapateando una cueca bajo las ramadas, apurando su vaso de chicha y dirigiendo una frase de escatológica y abultada chilenidad a la mujer que golpea el arpa. La facilidad de la vida en aquel valle central, antes de que llegaran el confort y la industria moderna no hacían desear más a este ingenuo Juan Pueblo en que se juntaban alborozadamente las sangres de Castilla, Andalucía y Arauco. Había como en Esparta, como en toda sociedad aristocrática un verdadero abismo étnico entre la Aristocracia formada en el siglo XVIII por los comerciantes vascos de apellidos de ásperas erres, y el pueblo que mantenía los

patronímicos sevillanos y extremeños de la conquista. El «roto» era para la Aristocracia la clase pintoresca cuyas exageraciones y dichos hacen sonreír porque parecen las manifestaciones y los signos de una humanidad diferente. Como los aristócratas romanos de la República, antes de las guerras púnicas y de la conquista del Mediterráneo, aquella clase dominante se había construido una Historia, verdadera crónica heráldica en que el derecho a la gloria y la tradición se los reservaban unas cuantas familias. El roto no podía leer tan severa historia y se entretuvo con los cuentos de Pedro Urdemales, con los corridos, con la leyenda de Manuel Rodríguez que fué el héroe que había entendido mejor el alma del pueblo, y con aquellos folletines truculentos, hijos espúreos del folletín francés, donde algunos escritores del pueblo como Ramón Pacheco les contaban historias fantásticas. Y como el folletín había tomado su técnica y su filosofía a las novelas de Eugenio Sué, como el movimiento del iluminado Bilbao había conmovido las capas profundas del alma popular hacia el año 50, el pueblo se hizo anticlerical.

Pero el orden, la cohesionada fuerza de la Aristocracia eran muy vigorosos para que ese movimiento popular de las ciudades tomara la periferia de los campos y engendrara revoluciones. Las primeras sociedades de artesanos, los bellos discursos libertarios del Radicalismo—para un pueblo que como todo pueblo americano ama el gesto y la frase—, la orgía colectiva que producía la chingana, eran bastantes para liberar el alma de este pueblo. El centralismo de un país estrecho, sin «hinterland», sin regiones aisladas, con una ciudad que ya entonces era grande entre las de Sur América y que parecía el centro único del poder y la riqueza, impedían esos movimientos de masas y la agitación de caudillos regionales como en Argentina, México, Venezuela.

Con la industria y la plutocracia engendradas por la guerra feliz del salitre, aparecen los primeros mitines. Un sordo rencor irremediable va colmando el alma de este pueblo que es dentro del Estado chileno otra nacionalidad, otro Estado aún sin forma, cuya Historia, cuya Economía, cuya Moral no pueden medirse con la escala que sirve a las clases dominantes. La Geología, el paisaje, la tierra, son ahora como nunca los símbolos e imágenes de la verdadera alma chilena. Se ve el granito, pero abundan también las rocas ígneas. Bajo las sólidas estratas semejantes a las fuertes oligarquías que edificaron la plataforma del país—la ley, el Orden, la Historia escrita—, hay un pueblo inquieto que pugna también por hacer historia y que se agita sin forma ni reposo como un movido fuego central.

Esta vida aparte, sin ilusión ni esperanza, basada sólo en lo material lo condujo a elaborar todo ese complejo de estática fatalidad, de primitivo anhelo mágico que expresa la «Tinca». Las condiciones espirituales del roto: valor, generosidad, patriotismo, espíritu de aventura, no se han aprovechado aún para una construcción nacional. El alma popular ha acumulado desesperanza. Ha seguido a muchos Moisés por el camino del desierto, pero aun no advierte los collados fértiles de la tierra prometida. No es sólo anhelo de vida material; es también apetito de símbolos. Este pueblo puede esperar el maná muchos días—sobre él han llovido las agrias camanchacas del desierto salitrero, la tormenta andina, los vientos del Cabo de Hornos—, pero necesita apretarse en torno del Arca salvadora; saber para qué lucha. Escritores y viajeros han recogido la odisea ultramarina de esos rotos enérgicos, «pata de perros». Ellos cuentan entre los primeros «pioneers» de la California yanqui donde el año 47 se había descubierto el oro. En el bello libro de Pérez Rosales, poderoso tes-

timonio de vida y energía popular, ellos son los que construyen las primeras casas, establecen los primeros negocios y hasta reparten las primeras cuchilladas en la agitada y cosmopolita ranchería que era el puerto de San Francisco en aquellos años. Cualquiera roto equipaba su tosca lancha maulina, contrataba sus hombres valientes, llenábala de huesillos, de grasa, de cebollas, de trigo e iba con su decisión y sus productos de la tierra, al Pacífico del Norte, después de cincuenta o más días de mar gruesa. Instinto marino más que ciencia náutica. Era una energía popular, libre, de pueblo viril y rebosante, a espaldas de los Gobiernos y los Estados, detenidos como siempre en cuestiones más próximas. La expresión «roto sufrido» marca este estoicismo viril y andariego. Como obrero se adapta con rapidez al mundo de la maquinaria y responde de puro oído en Iquique y Antofagasta, al inglés que le hablan los gringos. Todas estas cualidades vienen contrarrestadas, depreciadas, por la falta de estímulo y previsión personal, por el fatalismo que le oxida. El roto vive al día; los billetes que ganaba en las salitreras los extraía del bolsillo con mano de gran señor, y los arrojaba en desdeñoso puñado sobre el mesón de la cantina. Después seguía su rumbo con el traje destrozado, haciendo de sus andrajos un oriflama de despecho y rebelión. Apartado de todo mundo social ellos constituían la enconada frontera contra el mundo del «chute» o del «pije». Sabe que por más dinero que gane no cambiará su posición; no se conmoverán un centímetro estas capas duras e in-comunicables que forman la sociedad de Chile. Aquí los movimientos sociales engendran doctrina, lucha ideológica, pero no alteran el orden preestablecido. Llamarse Sepúlveda o Leiva en Chile, bellos nombres andaluces, gallegos o extremeños que andan en la canción y la picardía popular, constituye un irremediable destino. El aristócrata en esta edad plutocrática

puede hasta haber perdido su fortuna, pero conserva sus dos erres, la aspereza de su patronímico vasco y ello lo ampara y defiende como un último salvoconducto. El comerciante extranjero, el profesional de clase media enriquecida, el judío, sacrificarán lo mejor de sí mismos en rendido homenaje a la superstición heráldica.

El pueblo soterrado que no hallara como en otros pueblos de América el escape libre de las revoluciones, miró el mundo a través del fatalismo mágico de la «Tinca». No se conoce el alma de la muchedumbre chilena sino penetramos en esta especie de resignación asiática o superstición primitiva—en un pueblo tan viril—, que forma ese complejo. No es la «chance» francesa, ni siquiera el azar español. Es algo más confuso. El hombre duda de todo; las condiciones personales, el estudio, el esfuerzo no sirven para dominar un mundo vago regido por la casualidad y la sorpresa. El hombre que triunfó, sólo tuvo «tinca». Es decir, en un día cualquiera, fué llevado como un perro por su olfato; dijo sin esforzarse la palabra que era necesaria, cuando él llegó todos se volvieron como si lo estuvieran esperando.

La tinca llega o no llega. Entre ella y el sujeto no se establece una relación lógica de capacidad, ni siquiera de rumbo. Es un poco la historia de aquel leñador de Copiapó, Juan Godoy, que saliendo una mañana al campo se encontró con un rico filón de plata. Es la filosofía de un pueblo minero, de aquellos viejos que en las provincias de Atacama y Coquimbo están siempre esperando otra mina de Juan Godoy. Y mientras la tinca cae a nuestros pies, fulgurante como un aereolito, no vale la pena esforzarse. El hombre no tuerce la corriente de las cosas. Y el roto nómada que con sus billetes ganados al calcinado salitre, al trabajo terrible del desrripiador o del barretero, colmó una noche de orgía, de vino y amigos, de

simple liberación de su alma confusa en Taltal o Tocopilla, los puertos del nitrato, regresaba al Sur en la cubierta de un barco con los bolsillos deshilachados y vacíos. Unos químicos alemanes trabajando en sus laboratorios, habían descubierto el salitre sintético. Están casi paralizadas las faenas del salitre que nutrieron el presupuesto chileno y contribuyeron a formar una clase media de funcionarios, profesionales y técnicos, durante cuarenta años. Otro efecto, otra sorpresa de la «Tinca». Los políticos también se encomendaban a ella como a una divinidad hindú de cinco brazos. Nuestro Juan Roto, hombre imprevisor y sin esperanza, ahora escucha peroraciones comunistas en una plaza del arrabal santiaguino.

Cuando movimientos periódicos, semejantes a esos que los volcanes chilenos mandan a las despreocupadas ciudades del valle Central en detonación persistente, en cálido rocío de cenizas y proyectando sus nubes amenazantes en el claro paisaje de cielos, frutas, praderas de trébol y alfalfa; cuando desde un lejano epicentro—minas de carbón o de cobre—, partía un temblor que conmovía inopinadamente la firme paz de los Ministerios, los políticos asustados y urgidos prepararon leyes sociales. Setenta mil hombres empleados en el salitre, cuarenta mil en el cobre, treinta mil en el carbón; marineros, ferroviarios, obreros fabriles, ya formaban una multitud más hirviente y tumultuosa que aquellos rotos de la chingana y arrebolados huasos para la fiesta del Carmen, sobre los que se ejerciera el dominio de los terratenientes y juristas del siglo pasado. La calle santiaguina suele ser la hornalla que disemina en días de elecciones o huelga, estas multitudes jadeantes que vocean su consigna y siguen religiosamente una enseña roja. Anarquistas

y comunistas pelean una batalla interminable. Otra vez todo ese vago ensueño de realización se pone en un hombre, un caudillo. Y como si el doctrinarismo no segara en estas multitudes sufridas las fuentes mismas de la alegría, del instinto, de lo irracional, del buen pueblo que son en el fondo, se dan al hombre o al bando enemigo los más maliciosos apodos criollos. El pequeño «palomilla», el «gamin» de las ciudades, el errante lustrabotas es el que pronuncia entonces la imprecación más chilena. Una vez, en 1931, para un mitin de desocupados iban ellos en fila silenciosa con sus mujeres, sus criaturas al brazo y hasta sus perros, cuadro familiar que subsiste hasta en el caos, en la profunda grieta humana abierta por una economía desorganizada. Recordaba ese oscuro desfile de humanidad muda, aplastada bajo el dolor elemental, adherida todavía a la tierra, a sus hembras y sus animales que marcha cabizbaja en el «Enterramiento en Ornans» de Courbet.

Si las leyes sociales que a regañadientes o como llamativa bandera eleccionaria les dan los políticos, pueden mejorar el nivel económico de este pueblo— el presente ensayo puramente poético e intuitivo no alcanzaría a tratar tan ardua cuestión—, creemos que ellas no bastan para la apetencia de vida integral que sufre el pueblo chileno.

En este momento el diagrama de la temperatura, marca una curva depresiva. El problema no es puramente económico, es también espiritual. Chile, el país aislado, de nervios fríos que en el pasado siglo pudo crear un nacionalismo fuerte, ahora está sin rumbo. Germinan sectas extrañas, se pelea por pequeñas cuestiones de doctrina, quedan empantanados los partidos y los grupos en el bache de las abstracciones. Falta a todos la gran idea que transforme no sólo las condiciones de la vida material o el cerebro pensante de los ideólogos, sino que haga brotar en alegría, de-

cisión, heroísmo, las obturadas fuentes de la vida colectiva. ¿Esta crisis preludia en nuestros inquietos pueblos criollos, un rebrotar, una conciencia nueva y ecuménica como la que en el siglo pasado animó el movimiento de Independencia? Recuerdo con optimismo que en el paisaje chileno donde la estratificación parece más dura y milenaria, saltan y borbotan de pronto, numerosas fuentes termales. Necesitamos de ese plutonismo creador, cálido, vivificante, que lleva escondido la tierra chilena, toda la tierra americana.

El ideal, el impulso no puede proyectarse hacia el pasado. Ya Chile no puede ser aquella aislada Esparta montañosa de guerreros, historiadores y pedagogos que nos devuelve una conocida imagen. No existen en el territorio estrecho esos «hinterland», esos Far-West llenos de promesas donde otros pueblos como Estados Unidos y actualmente Argentina, encuentran la empresa y el adiestramiento de energía nacional. La política chilena toma cada día un más reconocible estilo urbano. De la ciudad hacia el campo, por la línea del longitudinal, irradia todo movimiento. Pero como este esfuerzo de pueblo aislado que debió a la obligada influencia de su soledad instituciones y formas políticas a que todavía no llegaban otras naciones del Continente; como creó un Estado mientras otros países estaban aún en el combate con la Naturaleza y las fuerzas telúricas, acaso pueda surgir aquí, de entre las reflexiones de esta hora de prueba, la gran idea histórica, la única que puede incorporar a nuestros pueblos desunidos a la Economía y la Cultura mundial: la idea ecuménica indoamericana que ya para nosotros no es sueño de visionarios, sino la única posibilidad de vivir.

Pensamos que como en las logias y los ejércitos de hace cien años, nuestra inquieta juventud de América volverá a encontrarse para realizar un plan grandioso. Veremos entonces que lo que nos une es mucho

mayor que lo que nos separa; que el aislamiento es lo que nos entrega a la voracidad extranjera, y lo que debilita en esta América que habla Español, el sentimiento nacional. Chile como toda nación indoamericana busca esa idea nacional que no puede edificarse sino sobre la común Cultura, la organizada Economía y la vasta voluntad de permanencia histórica.

Al bloque cultural y político latinoamericano con que ya soñamos, para salvarnos, Chile aporta su tradición de pueblo sagaz y tranquilo que conoció el Estado mientras otros vivían en la polvorosa montonera, que tiene ya una industria que aspira a ser libre, pero que sufre como todos de falta de eco, de afofía espiritual.

Ya hay un cansancio contra la política que se consumió en el detalle, en el pequeño beneficio inmediato. La misma violencia y el estacional retorno de las crisis, nos hacen desconfiar de la situación lograda, de la ganancia inmóvil, de la vida estática que defendían tan celosamente nuestros padres. En esta zona enraizada de Historia Universal que atravesamos, el acontecer fluye y se escapa por entre los cercos que intenta tenderle nuestra previsión. El hambre del mundo es en gran parte, hambre de fe. Y sacarla de sí misma, arrojarla a las siembras del porvenir para crear su raza, es el deber de Chile como de toda tierra americana.

Puede que después de las generaciones escépticas, desarraigadas y cosmopolizantes que rebajaron y deprimieron nuestro destino criollo, veamos el milagro transformador de una nueva generación religiosa. La temperatura de fe es la que demanda toda creación trascendente; ella se necesita para fundir las imágenes de una obra de Arte y para juntar en la más complicada obra que es un Estado, en la alegría y la disciplina de una vasta Historia nacional, el grupo humano contradictorio. Los pueblos como los hijos, brotan de las cálidas entrañas.

LA TRAGEDIA INTIMA DEL ESCRITOR CRIOLLO

HABER nacido en nuestra América y abrazar de por vida la vocación de poeta, novelista, músico o pintor, es como renunciar a la familia y al patrimonio común y encarar un destino semejante a la aventura de Róbinson Crúsoe en la isla desierta. A primera vista tal actitud adolece del afán romántico de proyectar un nimbo de mártir sobre el hombre o la mujer que hicieron del arte una de aquellas vocaciones de por vida, que al ser traspasadas al dominio moral engendran a los santos. Pero los que han nacido y vivido en América saben de sobra que el reino del artista tampoco es de este mundo.

Recordemos los nombres de algunos de los que aquí murieron de asfixia intelectual: Asunción Silva, Herrera Reissig, Delmira Agustini, Gonçalves Díaz, Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y Rubén Darío. Unos recurrieron a la bebida para aturdirse, otros a las drogas heroicas o al suicidio inmediato. Y no olvidemos en la cuenta lista a los que fueron a dejar sus huesos en tierra más extraña todavía, empujados por la desesperada ilusión de crearse una patria adoptiva, que si es fácil de encontrar para el europeo en América, jamás podría hallarla en parte alguna el criollo americano para su orfandad espiritual. Porque son dos

cosas bien diversas, dos posiciones sin posible permuta: el europeo moderno llevará a todas partes su patrimonio racial, y allí donde no pueda encajar con su patria de adopción siempre tendrá la posibilidad de retirarse a su rico dominio interior, hecho de tradición, de disciplina, de estabilidad íntima.

El americano, por su parte, nace ya con una sensación de vacío en torno de sí, y su vida se pasa al igual de esos inválidos a quienes se les amputó un miembro y que siguen aquejados del dolor de lo que ya no poseen. Pues a nosotros los americanos nos duele y ha de seguir doliéndonos por siglos acaso, esa porción de la personalidad que perdimos al ser transplantados a ultramar, o al adquirir la existencia inarmónica y excéntrica del mestizo.

Culpar de este conflicto individual y del aislamiento en que vive el artista en América solamente al medio en que vegeta, como se hace con harta frecuencia, es, pues, restringir demasiado el alcance del fenómeno. Lo justo sería extender la visión hasta el complejo pasado de donde procedemos, y analizar el proceso de readaptación de la vida colonial.

Las capitales de Europa tienen el aire vetusto, pero las provincias preservan la juventud de la naturaleza. En Francia misma, donde parece haber aconchado la sabiduría de las edades, los campesinos tienen los ojos ávidos e irreverentes de los niños. La tradición, que es el instinto de conservación de la raza, arraiga más hondo en ellos, dando a su carácter esa tenacidad que poseen las plantas de los climas duros. Los grandes escritores de Europa tienen el perfil refinado del intelectual y las espaldas del labrador. Sobre sus hombros descansan siglos enteros de cultura ya acendrada en instinto, y hasta los más revolucionarios de

entre ellos recuperan su vigor en la cálida reserva de sentimientos hereditarios del alma nacional.

En torno de cada uno de ellos está la Patria, no meramente la figura marcial de espada y casco, sino el acento grávido de su lengua, preñada de símbolos e imágenes que la rejuvenecen, como a madre enamorada; está en los árboles centenarios que bordean sus caminos, en el paisaje bien ordenado como un parque señorial; en los meticulosos hábitos transmitidos de generación en generación, y en los trajes regionales que, al asomarse uno a las provincias, le abren perspectivas hacia siglos remotos. El europeo, hasta el más pobre, vive al amparo de muros de piedra, se acuesta en los lechos de los abuelos, pisa un suelo abonado por centenares de antepasados hacendosos y pacientes, reza en las capillas de iglesias que edificó hace siglos una fe entonces potente, imaginativa y audaz, o perora en las plazas por donde desfilaron sucesivamente cortejos medioevales, imperios y revoluciones.

De todo esto emana una sugestión fecunda, un polen de ideas e intuiciones raciales que prende en la imaginación de escritores y artistas. Parece que allí bastara poner el oído atento a las cosas para que la obra le llegue hecha desde afuera al espíritu acogedor. Cuando la imaginación divaga, le basta al europeo—o por lo menos nos place figurárnoslo así—entregarse dócilmente a su instinto para recuperar la senda y pisar de nuevo el terreno familiar de las realidades. En cada uno de ellos habla el alma colectiva, la sabiduría que atesoró el pasado, y hasta los hijos de campesinos de torsos de jayanes y de manos cuadradas, convertidos en autores de obras maestras, ponen en su arte el sello de distinción de un viejo abolengo de raza.

Y de esa plenitud y madurez del escritor europeo emanan una gracia fácil, la emoción justa, y la ironía que es como la flor espiritual de un jardín sabiamente cultivado. Su vida intelectual está nutrida de cul-

tura clásica. La enseñanza austera de sus escuelas le pone en relación familiar con las lenguas madres y con los filósofos y poetas que moldearon el pensamiento occidental. Sin salirse apenas de su ambiente, van a pasearse discurriendo de escuelas y tendencias a la sombra de los arrayanes que dieron frescura y amabilidad a las conversaciones de Sócrates y Platón; y pueden detenerse todavía contra los muros que sustentan las tiendecillas del Puente Viejo de Florencia a ver correr las aguas turbias del Arno por donde resbaló la mirada del Alighieri. No son exactamente las mismas aguas, pero siguen el mismo curso y llevan igual destino que las otras. Para el europeo moderno el pasado no es solamente historia, sino algo viviente que le acompaña todavía un trecho del camino, como huésped servicial que sale a indicar el rumbo al forastero.

Esta vecindad con el pasado suscita un sentimiento poderoso de estabilidad y continuidad. Hemos tenido allá, al alcance de la mano, los muros medioevales de Avignon, que vieron los suntuosos cortejos de los Papas; las losas del camino de Nimes por donde pasaron las últimas legiones romanas; el farol de la taberna londinense que alumbró las disputas de Shakespeare, Marlowe y Ben Jonson. Y algo más allá, pero siempre en el suelo bien hollado de Europa, al bajar la pendiente que bordea la Plaza del Zocodover, en Toledo, hemos golpeado con la aldaba la puerta del mesón donde se alojó Cervantes.

Todo eso no es simplemente un estímulo para la imaginación romancesca; es también alimento para el carácter, compañía para el espíritu. Un Byron o un Leopardi podrán sentirse solos entre sus contemporáneos; pero ahí está el Pasado con su frescura fragante, a cuya sombra corren a refugiarse como los viajeros retrasados de una caravana largo tiempo sepultada en los arenales.

Cuando el escritor europeo nace como por accidente en suelo americano, tal en el caso de William Henry Hudson, la educación clásica lo rescata a la divagación criolla, a la sensiblería gauchesca y al cinismo del compadrito. Ella lo habilita para recoger en sus obras el acento primitivo de América dentro de las formas del arte helénico, y en alguno de sus libros apunta bajo la alta ramazón tropical, la figura mítica de Rima, el Ariel de la selva americana, o más bien el símbolo de la naturaleza pura.

En cambio, cuando América manda a Europa a un criollo de alta inteligencia, un Heredia, por ejemplo, Europa no halla en él la voz genuina de otro mundo. El escritor criollo le entregará imágenes espléndidas dentro de la forma tiránica del soneto. El compositor Gomes les llevará del Brasil los primeros vagidos de la música americana en la orquestación de *Guarany*; pero más tarde Rubén Darío no logrará traducir al verso lo que la música alcanzara a insinuar inefablemente, y empuñará el sistro e invocará a los dioses del Olimpo con la voz dolorida del indio chorotega.

Afinando todas sus potencias, dilatando todas sus antenas, el escritor americano en Europa alcanza apenas a disimular su fracaso con triunfos ilusorios de cenáculo y de feria. Su voz indistinta se pierde entre los acentos robustos de sus encinas y sus pinares. Algunos de esos desterrados llegan a aprender la lengua del país y hasta consiguen escribirla. En ciertos casos captan el acento externo y humillan el airón de la prosopopeya hispánica; pero si alcanzan a adquirir el toque ligero de la lengua francesa, por ejemplo, su prosa de puro liviana resulta hueca; falta por dentro el pensamiento sutil que dé firmeza a la diáfana forma verbal. Ya no queda nada del americano; pero del europeo sólo habrá adquirido la apariencia.

El aspecto intelectual de su aventura es acaso el menos deplorable. Queda por considerar el agudísimo

drama de su vida, la prisión solitaria de un alma que no logrará jamás comunicarse ni ponerse a tono con los millones de hombres y mujeres que viven junto a ella en su propio y exclusivo clima mental. Igual que las palmas de la Riviera que al pie de los pinares nativos vuelven sus copas hacia el Mediodía a aspirar el aliento maternal del Africa, esos desterrados americanos de Europa se sienten desamparados como náufragos, con la sensación del desnudo.

La porfía casi heroica de los escritores y artistas americanos que adoptan a Europa sin conseguir hacerse adoptar por ella, bordea el linde de una tragedia biológica. El hibridismo de su obra lo denuncia: resultará ciertamente menos ruda que la obra de sus hermanos que se quedaron en la tierra nativa; pero dará frutos pálidos y desabridos, como esos frutos tropicales que van a madurar lejos del árbol, en climas helados o al calor de la estufa.

De haber sido capaces de llevar a Europa la voz pura de América, habrían alcanzado triunfos resonantes, aunque pasajeros, como los de algún ruso, japonés o senegalés genial. Pero el americano en Europa prefiere imitar el arte del país donde vive, o con los ojos vueltos hacia América, consume sus fuerzas escribiendo el proceso de los tiranos de su patria. Lo único que podría salvarlo como escritor, el hallazgo de la obra maestra que expresara la conjunción perfecta entre su temperamento y la vida dentro de la cual se formó, no le tienta casi nunca, porque se le antoja una vida inferior, el bronco balbuceo de la América primitiva que le humilla y le avergüenza.

Hemos de encarar ahora la tragedia capital del escritor criollo en su propia tierra, debatiéndose entre sus propias limitaciones, entre sus aspiraciones confusas,

desproporcionadas a sus fuerzas y al medio en que se mueve. A un pueblo donde todavía faltan el pan y las primeras letras, él suele ofrecerle el simbolismo y el cubismo. En tales casos sus tanteos artísticos podrán ser dignos de estima; pero su irritación contra la «incomprensión ambiente» no es razonable.

De ahí el descontento crónico del escritor americano contra su gente, contra la patria y la raza misma. Su rebeldía extrema es parte del encono que siente contra sí mismo. Su posición no es más cómoda que la del perro que lleva alojado un tábano en el oído. Es un conflicto, por lo general, grotesco y lamentable; pero asume en ciertos casos individuales el sello noble de la melancolía; en otros el alarido truculento de la blasfemia. Confusa y fragmentaria como es su cultura, le pone así y todo muy por encima de la multitud y aun de las clases directivas de la política y de los negocios. De ser una cultura completa le permitiría recobrar su contacto puramente humano con sus inferiores, absorber sus sentimientos e ideas y sublimarlos en arte puro, o en una filosofía superior. Pero como de ordinario sus conocimientos provienen de lecturas casuales, el escritor criollo permanece en la posición de quien se hallara en la celda común con gentes que hablan una lengua extraña, sin nadie que hable la suya ni pueda enseñarle la *lingua franca* de la comprensión humana.

Mientras el escritor criollo estuvo en Europa, sintió el ambiente por encima de él; aquí en América la zona donde la vida animal goza la alegría de vivir, queda por debajo de sus facultades. Con la intolerable opresión de la asfixia debe ingeniarse para subsistir en esa zona media enrarecida que sólo puede dar una existencia precaria y artificial. ¿Qué tiene entonces de raro que su obra nazca como despegada del mundo circundante, de su mundo? Será una literatura de protesta, de negación, casi nunca de interpretación y

jamás realmente compenetrada y comprensiva. Si quiere sonreír, su tono sube al *staccato* del sarcasmo. Para disimular su sentimentalidad exacerbada, cae irremediablemente en el cinismo blasfemo de donde está ausente la verdadera alegría.

El fondo de la tragedia no aparece, sin embargo, en el mero divorcio del escritor con sus paisanos; y hay que buscarlo dentro de él mismo. En su fuero interno se halla tan descontento de su bagaje de conocimientos como de la ignorancia ajena; pero esta misma ignorancia ambiente le tienta a la deshonestidad intelectual. La simulación profesional es vicio acaso más frecuente en América que en parte alguna. Los que se dedican a la crítica amontonan nombres de escritores en el más disparatado mosaico, o juzgan a poetas cuya lengua original no entienden siquiera a medias. En la novela se pretende estudiar clases sociales a que el autor no tuvo jamás acceso, y en el teatro se copia a los dramaturgos extranjeros en boga, dando como nuestras situaciones de una ingenua perversidad.

Igual que el niño ante un concurso de extraños, el escritor criollo suele inventar juegos sorprendentes con el fin de convertirse en un espectáculo. Llegará a ofrecernos juntos al indio y las últimas invenciones de París; pero tras el gesto del revolucionario se disimula mal la mueca dolorosa de su soledad y su desorientación. Sus extravagancias no merecen nuestras burlas, sino toda nuestra simpatía. Es un hombre que anda perdido en busca de sí mismo. Como cualquier dilettante se apasionará aparentemente por la mística de la revolución; su snobismo le empujará siempre hacia la última moda literaria. De esta violencia permanente contra su naturaleza, resultan su orgullo lastimado, su hurañez y su tristeza. Uno de estos enfermos geniales, José Asunción Silva, lo vió terriblemente claro:

«Un cultivo intelectual emprendido sin método y con locas pretensiones al universalismo, un cultivo intelectual que ha venido a parar en la falta de toda fe, en la burla de toda valla humana, en una ardiente curiosidad del mal, en el deseo de hacer todas las experiencias posibles de la vida, completó la obra de las otras influencias, y vino a abrimé el camino que me trajo a esta región oscura...

«¿Loco?... Por qué no has de morir así, pobre degenerado, que abusaste de todo, que soñaste con dominar el arte, con poseer la ciencia, toda la ciencia, y con agotar todas las copas en que brinda la vida las embriagueces supremas?»

Resulta de esto que la obra artística de América carece por lo general de arquitectura, de proporciones, de estilo en el sentido global de la palabra. Carece de verdadera arquitectura, en cuanto ésta significa ante todo una adaptación al clima ambiente, al medio en que se forma. Y el arte de América es hasta hoy de importación europea, como los muebles, como los trajes y las ideas. Aun en política,—ese arte de conciliar las realidades,—pretendemos tomar hechos los modelos del comunismo o el fascismo europeo. Pero careciendo todavía el americano de ese equilibrio interior, ¿cómo podría ser de otro modo?

«El que no se pueda dar cabal cuenta de los tres mil años que le han precedido, que continúe vagando en la oscuridad y viva día por día», sentenció Goethe con palabras implacables e indiferentes como la Naturaleza misma. Y aunque nosotros pudiésemos darnos cuenta de los quinientos cortos años de historia americana, bien poco ganaríamos con ello. Detrás de nosotros queda el bárbaro conflicto de dos razas, la confusión y el odio de iberos y salvajes, el guerrero fanático y el indio zahareño.

La angustia de la soledad sin testigo nos sobrecoge cuando pensamos en el destino del escritor y el artista en este nuevo mundo aun no hecho para recibirlo. Porque el artista y el escritor en América son como invitados demasiado presurosos que llegaran al sitio de la fiesta mucho antes de que estuviese adornada la casa, encendidas las luces y listos los huéspedes

para darles la bienvenida. La tradición americana quedó rota hace siglos, y costará todavía infinitos esfuerzos y sacrificios individuales para que reviva dentro del genio de una lengua de adopción.

Pero no hay alternativa para eso. Debe vivir. América recobrará su voz auténtica, su acento propio. El escritor llegó al Nuevo Mundo cuando apenas teníamos el rapsoda indio, cantor de fabulosos romances. En esta poesía oral quiso injertar a los Enciclopedistas, y hacer que las masas estólicas comprendieran la filosofía intuitiva de Bergson y el pirronismo de los ensayos de Anatole France. Por qué extrañarse entonces de que la muchedumbre haraposa o elegante prescindiera del escritor. El se sabe indeseable. El mismo sabe que su obra no es tenida por útil ni necesaria. El espíritu de América es todavía el del campamento de la conquista; criterio de *settlement*. Primo vívere. El zapatero es útil y necesario; se le estima en consecuencia. El jornalero o el artesano tienen sus actividades bien determinadas, y pueden reclamar su paga. El escritor, muy rara vez. El escritor es cuando más un lujo que se paga mal a regañadientes. En la mayoría de los casos se le tolera, y en no pocos casos no es siquiera tolerado.

Pero el escritor está ya en América, y por el hecho de ser puede reclamar un puesto al sol. Es duro su destino de «adelantado» de la cultura; pero ése es su destino y debe cumplirlo virilmente. No basta culpar a los demás. Caído de un mundo extraño a América, el escritor debe sufrir el proceso de adaptación; para influir más eficazmente sobre el ambiente debe dejarse penetrar por él, llegar a ser parte de él. Debe construir con las materias brutas que tiene a mano, según los preceptos que toda obra de arte deduce de

su propio impulso creador. Cada obra de arte, novela, poema, estatua, si lo es, lleva en sí la forma que le es propia, como la semilla lleva la de planta de donde proviene y en que ha de volver a convertirse.

La primera reacción en América vino con la adopción del realismo. Del romanticismo heroico habíamos pasado al romanticismo pintoresco de la bohemia, cuando de repente Copeau, del brazo de Madama Bovary, pasó dejando oír su voz aguardentosa por nuestros poblachos adormilados, entre hipos obscenos y chillidos de escándalo. Pero en este realismo había también mucho de alarde romántico; éramos jóvenes que pretendíamos pasarnos por hombres corridos. El desahogo lírico y la efusión cordial están mucho más cerca de nuestra alma que la objetividad despiadada del naturalismo. De ahí que el pueblo de América no se dejara ganar por ese realismo jactancioso. El pueblo vive miserablemente, y busca obras que le hagan olvidar la realidad, para lo cual va a refugiarse en los folletines traducidos de Europa y en el cinematógrafo.

Si queremos dar, pues, vida duradera a nuestras obras, debemos ir más allá de este realismo materialista, y entroncar con la plena realidad de la naturaleza y el espíritu. Se puede vivir en cualquiera parte del mundo, hasta la más remota de nuestro suelo natal, y sentirse cómodo y aun medianamente feliz. Pero la obra creadora del arte sólo puede realizarse enteramente allí donde nos sentimos ligados al ambiente, como el árbol con el suelo. Y el arte tiene además una cuarta dimensión, que no es ni la geografía, ni el clima, ni la raza, y que es siempre el tiempo, o sea la época que expresa. Son las tragedias griegas de Racine que reviven en Francia y expresan el alma francesa.

La posición del escritor criollo aun en este mismo día y hora, es la del hombre que se acogió a una balsa para salvarse de la inundación que sumergió su tierra, y que aguarda que ésta vuelva a mostrarse enjuta

para reedificar su vivienda con los materiales que tenga a mano. Estos materiales de apariencia tosca ha de consolidarlos con la sustancia de su espíritu. Mientras anduvo vagando sin hogar les envidió a los demás la suerte de haber nacido francés, inglés o alemán, o siquiera suizo o danés. Todos esos hallaron preparado para ellos un vasto patrimonio de enseñanzas y tradiciones, riquezas, glorias raciales, acumuladas por las generaciones con el seguro instinto que hace que el insecto amase el sustento futuro de la larva que su progenitor no alcanzará a conocer como criatura animada y completa.

Cómo se nos aparece fácil y amable, a nosotros los criollos americanos, la obra de los artistas y escritores europeos, y qué bien colmada su existencia. Son una gran familia, separada apenas por grados de educación o de fortuna. En el fondo, el mismo gesto responde a sentimientos idénticos. Sus artistas no tienen más que traducir esos gestos en modalidades propias para expresar el genio de la raza, y sin más que quedarse pendientes de los labios de sus paisanos, como de una fuente viva, recogerán los sentimientos y la sabiduría de esa misma raza común.

En cambio aquí en América la raza estuvo muda por siglos, y hoy apenas comienzan a apuntar aquí y allá los escritores que acercan su oído a la tierra y perciben su balbuceo pueril. Tal obra nativa es todavía algo burda y hace sonreír a los exquisitos; pero, al fin de cuentas, acaso sea la única obra que perdure, cuando nadie recuerde las modas y afectaciones de ahora. Otros más afortunados que nosotros recogerán esta herencia y la continuarán con herramientas mejor templadas y de filo más sutil. Los que logren expresar la generosidad espléndida del suelo americano y el tumulto de los sentimientos que se atropellan inarticulados en nuestra naturaleza, dándoles las

formas perfectas que convengan a su propio carácter, serán los que rediman de sus limitaciones y de su desamparo al escritor criollo de nuestros días. Nosotros, mientras tanto, nos dolemos en vano, dentro de la Patria real de tierra y cielo, por haber venido demasiado pronto y no divisar en el confín del desierto la Patria ideal *que no nace todavía*.

Arturo Torres Rioseco

PATRIA

(A Ernesto Montenegro, gran espíritu).

Con la prosopopeya del tenor
ventrudo y parlanchín, que desabrocha
la petulancia de su idiosincrasia
en pretenciosas pistas operáticas;
y siguiendo de cerca a Don Ramón
López Velarde, charro mexicano,
que desvestía a las chinas poblanas
de sus falditas y de sus sarapes
para que puntuaran sus jarabes
envueltas en ropajes naturales,
voy a cantarte, patria empobrecida
pero rica en albahacas y en humitas.

He tomado teatrales actitudes,
plumas de lloica y de pavos reales,
movimientos de majo y de corista,
y ensayaré engréido un do de pecho
que haga estallar a los espectadores
en gritos, carcajadas y vitores.

Patria, yo te comprendo en tu pobreza,
en tu picante gusto de cerveza,
en el espeso aroma de la chicha
en el duro piñén de tus chiquillos,

y en el olor a peras y membrillos,
 que sale del despacho del bachicha;
 en la gruesa delicia de la malta
 que de energía el paladar asfalta,
 en la fragancia de tus empanadas
 y en la puerilidad de tus tonadas.

En Santiago yo estoy como en mi casa
 aunque tenga vacíos los bolsillos,
 para el cerebro buenas son las pasas
 y para el gusto el mote con huesillos;
 y si me siento enclenque y achicado
 como acontece a todo ser humano,
 humedezco la lengua en buen guindado
 y me embriago en olor a valdiviano.

Patria, para cantar a tus mujeres
 me pondré la camisa almidonada
 y entonaré una copla bien timbrada
 al verlas desfilar como alfileres
 bajo la noche azul de los rimeles
 en Huérfanos esquina de Ahumada.

Como en los naipes la sota de copa
 tienen carnosa y redondita pierna
 que lucha por salirse de la seda
 en el espacio que hay de la Alameda
 hasta las burguesías del Lucerna.
 Tienen refinamientos de chiriguas,
 fijeza ingenua de ojos de zorzales,
 coquetería de cañaverales...
 Por el agujerito del escote
 se les divisa el pecho de camote;
 niñas modernas usan algodones
 y hay que ver esos pechos de melones
 repicando en la chomba carmesí
 una vacilación de no y de sí.

*La agilidad criolla de los tacos
pone brasas de amor en las esquinas
y la lujuria de las currutacos
se adormece en pupilas de morfina.*

*Patria, te simbolizo en el ají,
y en la frescura de tu chacolí,
y cuelgo el globo gris de mi fortuna
en el anillo frágil de la luna;
nada más bello patria que el dieciocho
con discursos, desfiles y acordeones,
y en una fonda oscura de gangocho
la ronda varonil de los matones;
y al compás de una cueca bien ganada
ver encenderse en una puñalada
el copihue sangriento de los celos
entre los arabescos de los velos
mientras la niña agita su repollo
en inicial sainete afro-criollo.*

*Patria, yo amo el mohín de tus chiquillas,
el arresto garboso de tus trillas,
el nativo candor de tus vihuelas
y el metálico son de tus espuelas;
cuando sales borracha hasta las heces
celebrando la fiesta del Domingo
aguijoneando el flanco de tu pingo
patria, yo te bendigo siete veces,
y te llevo a beber a las cantinas
ante el asombro mudo de las chinas.
Pero si te enamoras de un teniente
yo te cruzo la faz con mi rebenque
o te dejo tirada en un potrero
en manos de un brutal carabinero.*

*Yo te quiero civil y campesina
como cuando en los días de la abuela*

yo te llevaba al circo en carretela
 y te envolvía entera en serpentinas.
 Eras entonces dulce y pequeñita
 y creías en Dios y en San Antonio,
 y si te hacía gestos el demonio
 te tirabas un real de agua bendita.

Al contemplarte delgadita y pobre
 hurgando en la basura como buitre,
 millonaria de trigos y de cobre,
 fecunda en lana, en yodo y en salitre,
 me cuelgo patria amada a tu corpiño
 y me pongo a llorar de sentimiento,
 lágrimas de dolor y de cariño:
 tus cincuenta años de envilecimiento.
 Tú me consuelas pura y castamente,
 me invitas a sentarme en el petate,
 junto al brasero viejo
 me ofreces pan candéal, tortilla y mate;
 la manta de castilla
 me cobija en su fondo hospitalario;
 el campo en su cartilla
 me ofrece letras de su abecedario.

Dulce patria, en las noches de diamante
 engarzadas en oro de campiñas
 yo he salido con gesto petulante
 a violar la pureza de tus niñas,
 entre cañaverales ondulantes
 o en la frescura agreste de tus viñas.
 Y en tus calles oscuras y lluviosas
 que prestigia el dedal del conventillo
 puesto mi corazón en mi cuchillo,
 ensuciando el blancor de tus paredes,
 me he puesto a «vacilar» con la Mercedes.
 Tu presencia otra vez me chileniza,
 se encienden en mi boca tus panales,

corren por mis deseos tus canales,
y mis desvelos como telarañas
se deshacen al pie de tus montañas.

Me duele mi destierro, patria mía,
pero en tu cielo me formé poeta,
y en un steamer de uno a otro país
viajaré, como antaño en la carreta
sepultado en las hojas del maíz.
Cuando en mi ausencia llegue de repente
la garra del recuerdo y me acogote
con el ejemplo antiguo de tu gente
me bañaré la pena en aguardiente.
y mojaré mis labios con arrope.

Patria, en la ausencia todo se depura
en la distancia te aprisiono entera,
no me turba el pezón ni la cadera,
casto de vista y casto de intención
te iré a buscar un día no lejano
para hacer la primera comunión.

Luis Durand

ALGO SOBRE EL CUENTO Y LOS CUENTISTAS CHILENOS

CASI todas las opiniones autorizadas en la materia están de acuerdo en aceptar que el cuento, es el género literario más difícil de explotar con éxito. Dada su corta extensión, aquel que lo cultive, debe poseer condiciones especiales de síntesis, de equilibrio, y a la vez de la ponderación suficiente, capaz de infundirle ese soplo de vitalidad y fuerza espiritual sin la cual ninguna creación artística puede ser lograda. De lo contrario, corre el peligro, de que en lugar de un cuento, apenas consiga obtener un cuadro, o se desborde en una crónica en donde se desperdicien los elementos temáticos que el autor eligió para escribir su obra.

No obstante, pese a estas consideraciones, es éste el género que más ha prosperado en Chile, en tal forma que nuestra literatura cuenta sólo por excepción, con novelistas que, como Blest Gana sean capaces de llevar a efecto, obras de tanto aliento, sin que después ninguno haya alcanzado la magnitud de él. ¿Quiere decir esto que en nuestro país no haya escritores que puedan abordar con éxito la novelas? ¿Que falta la fibra humana y el ambiente, con el relieve y el interés necesario, para juntar el material que le es preciso para lograr su alcanzamiento? Si afirmáramos esto último, la nutrida obra del propio autor citado, nos

daría el más rotundo de los desmentidos. En cuanto a lo primero creemos que no es posible tomarlo como causa ni siquiera aparente y momentánea.

Lo que hay de verdad, como decía alguien, hace poco con mucho acierto, es que a nuestra literatura le falta aire. Aire que le permita respirar y fortalecerse, para alcanzar un florecimiento verdadero, y se manifieste en toda su amplitud. El escritor vive aquí, asfixiado por un medio que le es hostil, sintiendo gravitar sobre él, innumerables dificultades que le impiden consagrarse por entero a su arte. En esta situación, lo cultiva, puede decirse en calidad de aficionado, puesto que debe trabajar en actividades ajenas a él, para procurarse su propio sustento y el de su familia. En estas condiciones, sólo puede dedicar una parte mínima de su tiempo a perfeccionar las dotes que posee, y esto seguramente, no en las mejores disposiciones intelectuales, pues la más vigorosa parte de su esfuerzo la ha entregado a su labor diaria, de tal manera que sólo le da a su arte, aquellas horas libres, que los demás destinan para ir al cine, meterse en un bar a jugar un cacho, pasear, o sencillamente no hacer nada.

Sobre este respecto, nos asalta esta pregunta: ¿tiene aquí, el escritor, un verdadero aliciente que lo impulse a perseverar en sus tareas? ¿Tiene siquiera, una expectativa de porvenir tranquilo, que lo ponga a cubierto de esas horas inciertas que le sobrevendrán cuando su vitalidad comience a decaer? Triste es declarar que no. El hombre que entrega todo el tesoro de su intimidad o para mejor decir lo único que posee, creando la literatura de su país, no obtiene aquí ninguna retribución que valga la pena. La Humanidad necesita de la belleza, así como cada hombre, individualmente, del amor para poder vivir. Y la expresión de la belleza es el más claro e ideal sentido de la existencia humana, puesto que en sus diversas manifestaciones forma la parte más importante de la cultura, de la cual todo pueblo civili-

zado vive orgulloso. Entonces, ¿no es justo, de toda justicia, proteger al hombre que la crea?

Sin embargo, aquí en Chile, no hay aún una conciencia clara de estas cosas. En la actualidad no hay ninguna publicación, ya sea revista o diario, que acoja y remunerela colaboración literaria, con excepción de «Atenea». Posiblemente efectos de la crisis, que elimina de la actividad nacional aquello que no cree de absoluta necesidad. Tampoco existen premios que ofrezcan alguna posibilidad pecuniaria, de parte de ninguna institución, salvo la muy honrosa de la Universidad de Concepción que, dentro de sus recursos, hace prodigios en pro de la cultura nacional. Y en el público, no hay resonancia, comprensión ni simpatía para el libro chileno, por razones que son largas de explicar y que nos alejarían del tema de este pequeño trabajo. Ante expectativas tan poco amables, ¿se puede esperar que el escritor chileno rodeado de las dificultades señaladas, dedique su escaso tiempo, a escribir novelas cuya consecución, le demandará tranquilidad, estudio, y por lo menos los medios y facilidades del caso, para viajar y conocer siquiera su país?

La novela, pues, a nuestro juicio, si no prospera entre nosotros, no es por falta de capacidad intelectual, sino de tiempo o de profesionalismo literario, en buenas cuentas. Los que la han realizado, podemos observarlo sin gran esfuerzo, son aquellos escritores que disfrutaban de independencia económica, o de empleos descansados, que no requieren demasiado esfuerzo intelectual.

Además, es necesario no olvidar que, en general el escritor, una vez concebido el asunto, siente esa tremenda inquietud que es el deseo de ver concluída su obra. Dentro de la situación que comentamos, el cuento ofrece esta posibilidad, a corto plazo y de ahí el auge que ha adquirido en Chile. Y no obstante las condi-

ciones que necesita para su desarrollo, florece, y da cada día mejores y más sazonados frutos.

De paso, es curioso observar, como todos, o la gran mayoría de los escritores residen en Santiago, circunstancia que hizo decir a uno que comenzaba, que aquí existía una Bastilla literaria, o sea una especie de organismo, para impedir la incorporación a esta pequeña república de las letras, del escritor provinciano. No creemos que esa afirmación pase de ser una sospecha. La obra de calidad se impone sola, pese a todos los obstáculos que se le opongan. Lo que hay de cierto, es que el ambiente literario, estrechado seguramente por las limitaciones anotadas, es mezquino. El escritor se queja de la falta de simpatía que casi siempre rodea a una obra recién aparecida, a veces ante un silencio aplastante. Sin embargo, nada se hace por impedir que este mal cunda, pues cuando el afectado ve repetirse el caso en un compañero, permanece indiferente y quien sabe si hasta en el fondo, siente una satisfacción íntima en que así ocurra. Por cierto que no es el bombo mutuo el que propiciamos, al decir esto, sino el limpio y humano deseo de que el esfuerzo de cada individuo, llevado a efecto con tantos sacrificios tenga alguna resonancia, forme ambiente y conceptúe al escritor en general, cuando tiene verdadera pasta de tal. Es preciso considerar que estamos en plena forja, y que si el fuelle de esta fragua espiritual sigue soplando siempre malas intenciones, todo resultará destemplado y quebradizo retardando el advenimiento de la creación literaria, que tenga la nobleza del oro puro y alcance la expresión magnífica de lo mejor de nuestro espíritu.

Chile es un país, en donde hay una diversidad de climas bien notoria, que imprimen una característica muy marcada a cada región. Tenemos como es sabido

desde el clima casi tropical, hasta el polar. Desiertos y valles fertilísimos en el norte. Tierras de migajón, profundas y ricas, en el centro. Tierras pobres, como las del Maule, que ponen a prueba el esfuerzo de sus pobladores. Montañas por cuyos desfiladeros y encrucijadas, arrear en la primavera los baqueanos sus arreos; la región de los lagos con sus panoramas de maravilla y ensueño. Selvas vírgenes donde aun la pupila fosforescente de los pumas asecha a los terneros cuando bajan a beber en los esteros que cantan bajo el misterio fresco y enmarañado de los quilantares. Chiloé, donde cada hombre en lugar de un caballo, tiene amarrado un bote cerca de su casa; Magallanes con sus auroras boreales sus pampas inmensas, y sus trágicas soledades. Un litoral dilatadísimo donde viven hombres audaces y aventureros que efectúan hazañas increíbles. En todo esto hay un sello inconfundible y distinto; costumbres, expresiones, leyendas, supersticiones, constituye lo típico, y en cada rincón, nos espera una novedad rica en matices que ofrece motivos hermosísimos, a la inquieta curiosidad del artista.

Sin embargo, la geografía literaria chilena, si así, pudiera llamarse, es limitadísima. Apenas si alcanza a abarcar, malamente, la región comprendida entre las provincias de Santiago y Valdivia. Recién comienza a agrandarse con la producción de Guillermo Koenenkampf que describe en sus cuentos la región de la costa de los campos de Aconcagua, y la de Ernesto Montenegro que crea su «Tío Ventura» curioso e interesante personaje de los alrededores de San Felipe, a través de cuyos labios oímos los relatos que cautivaron nuestra atención en la niñez. Lo demás del norte, apenas si ha sido tocado por el escritor. De Atacama con sus minas fabulosas casi no sabemos nada. La pampa salitrera, con una vida intensa y sus tragedias enormes permanece desconocida para nosotros. Igualmente la isla de Chiloé, cuyas costumbres ofrecen singular relieve y ca-

racterísticas muy interesantes. De ella conocemos algo de su lexicografía en el lenguaje popular, por los libros del presbítero don Francisco Cavada, y algunos relatos de Humberto Bórquez Solar, en los cuales apenas desflora los motivos que ofrece la vida y costumbres del isleño. Con mayor razón podemos decir esto mismo de Magallanes que, salvo el «Pontón N.º 5» de Mariano Latorre, es una tierra completamente extranjera, dentro de nuestra literatura.

¿Qué revela esto? En primer lugar, naturalmente, una falta de interés de los escritores que de allí provienen, por hablar de su tierra y darla a conocer. Pero principalmente se debe, a nuestro juicio, como ya dijimos, a que el escritor permanece encadenado a sus obligaciones y necesidades, sin poder moverse a ninguna parte, a fin de poder remover en su mente las visiones que guarda su espíritu.

Sin embargo, no es posible, pasar de largo, sin decir dos palabras, acerca de los escritores que nos han hablado del norte. Pocos son, pero hay en ellos, méritos que no podemos desconocer y los citaremos aun cuando no se dedicaron al cuento, tema que nos mueve a escribir estas líneas. Para ello comenzaremos por citar a José Joaquín Vallejos, (Jotabeche) que aparece en la primera mitad del siglo pasado, quien logra animar algunos cuadros de costumbres, y de crítica al ambiente de la época, a los cuales consigue infundirles ciertas características propias del cuento y que son como el primer vajido o anunciamiento de este género. De esa misma época, mencionaremos también a Manuel Concha que en sus «Tradiciones serenenses», nos da interesantes notas de color y de ambiente de esas tierras y lo mismo a Adolfo Valderrama en sus «Cartas» cada una de las cuales contiene un cuento, no del todo logrado, pero que casi alcanza esta forma en «Taita Pedro», en donde hay pinceladas que están muy bien, del campo de La Serena.

Le sigue después, Honorio Henríquez, poeta de no escasos méritos, con su novela «Por la gloria de San Ambrosio» premiada en la Argentina, en un importante concurso de novelas americanas; y finalmente Víctor Domingo Silva, que en su «Pampa Trágica» de relatos muy interesantes, no alcanza sin embargo, a captar ni ahondar en ese sentido trágico de ella, y Guillermo Koenenkampf que ha publicado dos cuentos muy hermosos, en las revistas de Santiago, titulados «Cruces en el Norte» y «La Pampa» en los cuales demuestra conocer el ambiente y las costumbres de la región del salitre.

No es cosa tan fácil determinar la aparición del cuento chileno, que hasta poco antes del novecientos, no consigue destacarse, perdido entre la novela y el folletín, con caracteres bien definidos. Es con la generación que comienza a producir ese año, cuando entra en un período de franco florecimiento. Son los escritores de ese tiempo los padres de este género en Chile, al cual dan el sentido y la proporción, sin llegar naturalmente a la perfección de ellos, que se advierte en las creaciones de Maupassant y Zola. En este aspecto de la obra literaria nacional, son pilares inamovibles los nombres de Federico Gana, Joaquín Díaz Garcés, Baldomero Lillo, Augusto Thompson, Guillermo Labarca, Januario Espinosa, Fernando Santiván, Eduardo Barrios, Rafael Maluenda y Mariano Latorre, pléyade brillante de hombres de rico y poderoso temperamento de escritores, cuya vocación afronta gallardamente todas las dificultades e indiferencias del medio. Los tres primeros, ya desaparecidos del escenario, mueren cultivando su arte. Los demás perseveran en él, con el entusiasmo y la fe de los primeros días, a excepción de Guillermo Labarca, a quien coge la política en sus re-

des tentadoras, en donde también demuestra su claro talento, y de Rafael Maluenda al cual absorbe el periodismo, pero que según nuestras noticias tiene numerosa obra sin publicar.

¿Por qué se singulariza la obra de estos escritores? ¿Cuáles son las características principales de sus concreciones artísticas? Guiados por esa luz interna, que es el instinto, cuando todavía no han llegado a la madurez, comprenden bien el papel que les toca desempeñar. No eligen por supuesto los temas imaginativos, ni los complicados problemas psicológicos, ni las absurdas complejidades sexuales. Nada de esto los tienta, y comienza por donde debían. Afirmando los pies sobre la tierra nativa y extendiendo la mirada hacia el paisaje, para en seguida buscar en el elemento humano, el sentido autóctono de la raza, con sus modalidades y sus características, que en un país como el nuestro sin amor a la tradición, la civilización hará muy pronto desaparecer.

Uno de los primeros a quien interesa el campo, es Federico Gana, y lo mira de arriba hacia abajo. Es el señor con alma de artista, que se detiene a contemplar el campo y sus habitantes, cuando sale en su caballo de fina sangre y acompañado de sus perros, a recorrer los potreros, donde hay alamedas muy derechitas, entre los cuales cantan los jilgueros y los zorzales. En su libro «Días de Campo» hay descripciones de tipos un tanto estilizadas, que hablan y se mueven, sin que se advierta en ellos gran diferencia con la gente de la ciudad. Sin embargo, él da la primera visión del campo y despierta el interés por él, en sus cuentos, entre los cuales citaremos, «La Maiga» y «La señora». Casi por el mismo tiempo comienza Joaquín Díaz Garcés que, hurga en el pasado con gran acierto. Prueba de ello son «La Trinitarias», «Tarpeyanca», «A la sombra de la Horca». También algunos cuentos campesinos entre los cuales recordamos «Juan Neira», una especie de

arquetipo, en el cual se concentra todo el valor y la lealtad que el autor atribuye al huaso.

Baldomero Lillo, en su fuerte y hermoso libro «Sub-Terra» nos hace conocer la vida de los mineros del carbón. Con pinceladas maestras, describe la tremenda tragedia del obrero que se hunde en el pique lóbrego en donde su vida está expuesta a cada instante. Inolvidable por ese soplo de fatalismo, y su sombrío relieve nos parece «El Chiflón del Diablo». En D'Halmar, se insinúa muy pronto, una tendencia decidida a salirse de la realidad, no sin antes haberla conocida. Vivo testimonio de este aserto es el contenido de «La lámpara en el molino». Esta tendencia después se ahonda en él, ayudada por su poderosa fantasía y por sus errancias a través del mundo, lo que imprime un sello inconfundible a su obra.

Guillermo Labarca, triunfa por ese tiempo, en un concurso de Zig-Zag, que alcanza gran resonancia, con un cuento criollo «El Acriminado». De esta misma tendencia son los relatos de su libro «Al amor de la tierra». Este escritor comienza ya a darle importancia al paisaje, y capta con ojo certero muchos detalles y costumbres, de la vida campesina. Maluenda, puede decirse que es el novelista de la clase media. Sabe como pocos, comunicar livianura, simpatía y colorido a sus narraciones. Incorpora también a la literatura las leyendas de los bandidos chilenos, dando mucho carácter e interés a la figura de Ciriaco Contreras. En otros aspectos de su obra, mencionaremos «La Pachacha» ingeniosa y aguda sátira al ambiente de la sociedad provinciana, y sus «Escenas de la vida campesina». Junto a él está Januario Espinosa, quien en un estilo limpio y sabroso enhebra sus relatos alrededor de las vidas humildes. Empleado durante muchos años en el telégrafo, se demuestra como un observador certero de la medianía que caracteriza al ambiente que lo rodea. Ha cultivado más la novela («Cecilia» fué todo un éxito),

que el cuento, el cual, sin embargo, trata con mucho acierto. Su libro «Un viaje con el diablo» es un bello testimonio para apoyar nuestra afirmación.

Eduardo Barrios, ha dedicado su preferencia a la novela en la cual ha obtenido sonados éxitos. Sus libros han sido editados en España, en donde es ventajosamente conocido entre el elemento intelectual. Escribe en una prosa atildada, pulida, brillante, y demuestra agudeza para descubrir algunos aspectos psicológicos de sus personajes. Tiene un libro de cuentos de juventud, titulado «Del natural». Los más logrados forman parte de su volumen «Memorias de un pobre diablo».

Santiván trae al cuento chileno, una delicada fibra romántica. Su prosa es cálida y de gran riqueza emocional. En sus cuentos campesinos palpita el alma popular, con auténtica expresión. Allí está el roto fatalista, sombrío en sus trágicas encrucijadas pasionales, que no alcanzan esa vibración angustiada que conmueve internamente al hombre civilizado, sino que estallan con la desatada violencia, de las fuerzas ciegas, sin ningún control. En «Era tan lindo» y «Pellines sobre el río» son expresiva muestra de la ternura y poesía que guarda el espíritu del autor de «La Hechizada».

Y llegamos a Mariano Latorre, que es a nuestro juicio, el más decidido explorador de nuestro territorio, que le sirve de escenario en sus más variados aspectos para ubicar y ambientar los motivos y personajes que se agitan dentro de su imaginación. Con un inmenso cariño por su tierra que conoce como ninguno de nuestros escritores extrae de cada rincón, lo que su espíritu descubre, como cosa propia de allí. Creemos que con él nace, y adquiere su verdadero sentido autóctono el cuento criollo. Una buena parte de sus años de niño los vive en el campo y también junto al mar. Esas visiones inolvidables de su infancia se hacen carne palpitante de recuerdos en su alma de artista, que se avi-

van y refrescan con sus continuados viajes, al campo en donde pasa por lo menos tres meses en el año. Y es así, cómo logra transparentar con vigor inusitado, la grandeza épica de la cordillera, con sus claro obscuro de sol sobre las cumbres, y de abismos donde tiritita el vértigo; de cóndores audaces en sus vuelos magníficos, junto al azul del cielo, cuando escrutan con ojos penetrantes, los senderos que arañan los farellones, en donde a veces se pierden los baqueanos entre el laberinto de encrucijadas, trágicas de soledad y de misterio. «La epopeya de Moñi», «La viña de Dios», «Cóndor Viejo», son aciertos estupendos en este aspecto de la obra de Latorre. Así, cuando describe la selva con sus aromas intensos, sus árboles gigantes, y sus pájaros ocultos en la umbría espesa de follaje adquieren en su pluma la poética frescura de un poema, tal en: «Un filón de rico raulí». Otras veces palpita en sus relatos, un aliento cálido y perfumado, que da la impresión de ir cruzando por entre quebradas florecidas de ulmos y copihueras, o por entre lomajes donde ondulan los trigos maduros, como en «Marimán o el cazador de hombres». En sus cuentos marinos hay páginas que hubiera firmado Conrad: «Cárcamo», «El pontón N.º 5» y «El finado Valdés». Y el alma desolada, agria y escueta de las tierras pobres está en «Zurzulita» y muchos de sus cuentos.

Latorre es el primero que trata con acierto, el lenguaje popular de nuestros huasos, sin valerse simplemente de deformaciones de las palabras, sino usando esos giros que no son estrafalarios como se cree, sino la mezcla de palabras que usaron los conquistadores, y del mapuche, que tanto sabor de chilenidad prestan al relato, y le dan el relieve propio en donde está el alma nativa, con un acento humano inconfundible. Esto ha sido muy criticado en Chile, alegando que restringe el valor de la obra artística, o que es tarea para fonógrafos. Sin embargo, las grandes obras de la lite-

ratura americana, lo ostentan orgullosas y trasponen fronteras: «Don Segundo Sombra», «Los de Abajo», «La Vorágine», «Doña Bárbara». Lo usa Pérez Galdós, en sus «Episodios nacionales», Blasco Ibáñez en sus obras más logradas; Palacio Valdés en la «Hermana San Sulpicio» y tantos otros libros que triunfan ampliamente y que hasta son premiadas por la academia de la lengua, como «Tigre Juan». El reparo como se ve es injusto. Lo que se debe criticar no es eso, sino la deformación absurda y tonta de las palabras. Porque a nuestro juicio, resulta ridículo hacer hablar a nuestros campesinos, como académicos, o personas que tienen un cabal conocimiento del lenguaje.

Entre tanto es curioso anotar, que en esta generación de escritores de que hemos hablado tan brevemente, no aparece ninguna mujer. Es mucho después, cuando se destaca el nombre de Amanda Labarca, que en su volumen «La lámpara maravillosa» tiene cuentos muy hermosos, entre los cuales recordamos «Los cuatro», que denuncia un temperamento a la vez fino y vigoroso para enfocar la realidad.

No terminaremos estas breves anotaciones, sin dedicar algunas palabras, a la generación de escritores contemporáneos, los cuales son ya una realidad lisonjera, y quien sabe si pudiéramos decir sin pecar de exagerados una magnífica promesa para el cuento chileno. Tales son los nombres de Acevedo Hernández, hombre de gran talento, en cuya obra se advierte un deseo ardiente y fervoroso, por exaltar las cualidades del pueblo. Carlos Acuña, que con conocimiento perfecto del ambiente, tiene cuadros bellísimos, saturados de chilenidad y olorosos a campo. Manuel Rojas, con sus campesinos y rotos aventureros, que traza con todo el relieve de que es capaz su fuerte personalidad de escritor.

Lautaro Yankas, temperamento un poco frío que en un estilo muy peculiar, tiene excelentes cuentos criollos. Marta Brunet, en la cual hay un marcado acento trágico, tiene aciertos magníficos en sus asuntos campesinos, tema que es lástima haya dejado, pues lo trataba muy bien. Armando Arriaza (Hermes Nahuel), obtiene el premio Blasco Ibáñez, con su novela «Puñado de viento sur», y es autor, además, de un tomo de cuentos campesinos titulado «Esclavos». González Vera, cuya prosa contenida y un tanto fría, acusa no obstante una personalidad curiosa y original. Es una especie de Flaubert criollo, que exige demasiado a su estilo. Ha obtenido resonantes éxitos de crítica con sus libros «Vidas Mínimas» y «Alhué» el primero, pintura muy acertada del ambiente y de los tipos del conventillo santiaguino, y el segundo cuadros muy bellos, o estampas de una aldea, como él las llama. Gmo. Koenenkampf, demuestra especiales condiciones para el cuento, en sus narraciones que sitúa en la provincia de Aconcagua, su tierra nativa. Su libro de próxima publicación será, estamos seguros, una revelación de su capacidad para cultivar este género. Juan Marín tiene también una colección de interesantes relatos por publicar, algunos de los cuales ya han visto la luz en los diarios de Santiago.

También han hecho obra muy meritoria e interesante Germán Luco con sus narraciones costumbristas de ambiente sureño y Oscar Lanas con sus cuentos marinos, que es autor de la «Canción del Navinato».

Ernesto Montenegro y Luis Roberto Boza, publican tardíamente sus cuentos en un volumen. El primero con su «Tío Ventura» que es toda una creación, obtiene un merecido triunfo de crítica y de librería. «Los Aparecidos» es el título del libro del segundo, el cual creemos que fué recibido injustamente y casi con crueldad por la crítica. Boza es autor de un cuento muy original titulado «El Puma».

Sin imitarlo, pero siguiendo las huellas de D'Halmar, están, Salvador Reyes y Luis Enrique Délano. Salvador Reyes con grandes dotes de imaginación, en una prosa ágil, liviana, trasparente, no ubica sus relatos en parte determinada. Ha publicado recién un tomo de cuentos: «Lo que el tiempo deja», el cual ha merecido un elogioso juicio de Francis de Miomandre. Los relatos de Luis Enrique Délano, están saturados de poesía y ensueño, llenos de dulces y lejanas vibraciones. Alrededor de su primer libro «La Niña de la prisión», se formó una interesante polémica de prensa, acerca de la literatura a base de pura imaginación. Forma parte de ese libro su cuento «Al punto Mayor» sobre el cual se han hecho los mejores comentarios.

Al terminar esta sencilla reseña sobre el cuento en Chile, creemos necesario, citar los nombres de otros escritores que también lo han cultivado sin dedicarle su preferencia. Entre ellos mencionaremos a don Luis Orrego Luco, con su libro «La vida que pasa». Joaquín Edwards, con sus «Cuentos de todos colores» y «Los Lunes» de «La Nación». Además los novelistas Alberto Romero, Sady Zañartu y el poeta Augusto Iglesias, quienes los han publicado en diarios y revistas, sin reunirlos en un volumen.

LA CLASE MEDIA EN LA LITERATURA CHILENA

LA aparición de «Zig-Zag», en 1905, marca sin duda una época de importancia en la literatura chilena. Por esos años, desde 1902, a lo sumo, se habían dado a conocer algunos jóvenes escritores que cultivaban el cuento, o más bien la novela corta, al estilo de lo que Maupassant hiciera en Francia. En realidad, nacía un género literario entre nosotros: nos poníamos un poco al día con las literaturas europeas, en especial con la francesa y la rusa. Augusto G. Thomson (hoy d'Halmar), había abierto el fuego. Le siguieron Baldomero Lillo, Guillermo Labarca, Fernando Santiván, Rafael Maluenda, Mariano Latorre. Surgieron otros todavía, pero de producción esporádica, o con menos méritos efectivos. Varios meses antes de publicar su revista, la Empresa «Zig-Zag» abrió un concurso de cuentos que tuvo cierta resonancia. El primer premio fué dividido entre Baldomero Lillo y Guillermo Labarca, el segundo se dividió igualmente entre dos escritores jóvenes, y en una lista de los no premiados que la Empresa acordó adquirir, figuraban cuatro de Thomson, uno de Magallanes Moure, y otros de Víctor Domingo Silva, Nathanael Yáñez Silva, etc. El primer número de la revista, aparecido el 18 de Febrero, tuvo un tiraje extraordinario para la época, se agotó en pocas horas, y

en él se incluía uno de los mejores trabajos de Thomson: «Alma blanca». Continuó publicando «Zig-Zag» a lo menos dos cuentos chilenos por número, y por cada uno la Empresa pagaba algo equivalente a quinientos pesos de hoy. Aunque haya gentes que considere a los escritores unos perpetuos habitantes de las nubes, el hecho es que necesitan un estimulante material para producir, ya que por lo común viven de su trabajo. Una novela corta que valga la pena, por modesta que sea su extensión, necesita a lo menos una semana de esfuerzos, y el autor que carece de medios de fortuna no puede alimentarse con el aire. Hasta 1905 aparecieron algunas revistas que tuvieron gran circulación, pero sus colaboradores eran enteramente gratuitos: apenas si se les daba las gracias. Se explica así que hubiera pocos cultivadores del cuento, y aun los que a esto se dedicaban producían muy poco, y rara vez lo que hacían era de calidad sobresaliente. Se necesitaba la extraordinaria vocación de Thomson para sobreponerse a esta situación desmedrada, para tener la valentía de dedicarse a la literatura exclusivamente. Thomson, en efecto, empezó a publicar sus trabajos—cuentos o simples impresiones—en «Los Lunes» de «La Tarde», allá por 1902, si mis recuerdos no me engañan. Por la misma época se dió a conocer Baldomero Lillo, en un concurso de novela corta abierto por «La Revista Católica», en el que obtuvo el primer premio.

Pero, apartándome del tema, estoy haciendo historia... Lo que quería decir es que, bajo el estímulo efectivo de «Zig-Zag», que dirigía un verdadero escritor, Joaquín Díaz Garcés, se produjeron muchas cosas de mérito en el género del cuento y de la novela corta, desde 1905 para adelante, y que con el establecimiento de los premios oficiales en 1910, y que duraron sólo hasta 1913, la novela de extensión tomó también un alto vuelo. Salieron así a la palestra, y fueron conocidos

del público, los escritores más arriba mencionados, *todos pertenecientes a la clase media*.

Recalco esto de la clase social en los escritores que se iniciaron en aquella época, aunque aparentemente poco tenga que ver la alcurnia o el peculio con la literatura, porque quiero hacer notar precisamente esta anomalía: el olvido de su clase en los ambientes que crean, por parte de los novelistas y cuentistas chilenos.

Esta anomalía fué mayor de 1905 para adelante. Augusto Thomson, influenciado por Loti, Ibsen y Andersen, procuraba en lo posible huir de la realidad cotidiana, aunque se hubiera iniciado con una novela de carácter naturalista: «Juana Lucero». Pertenecía el personaje central de esta novela a la clase media; pero no solamente no continuó Thomson por este camino, sino que ha renegado después de tal libro, considerado como un simple pecado de juventud. Ya se sabe que Baldomero Lillo tomó como principales sujetos de sus cuentos a los mineros del carbón, y después a los campesinos. Alrededor de los campesinos giraban también los cuentos de Labarca, reunidos en el tomo «Al amor de la tierra». Santiván se inició con un cuento «Ráfagas del Campo»; pero no se concretó a los trabajadores de la tierra, pues, en realidad, su especialidad fué la psicología, honda, atormentada, al estilo de Dostoievsky. Maluenda se estrenó con «El rodeo», y sólo con cuentos, en que los peones de campo o los bandidos eran los personajes, se llenaron sus dos primeros libros, a excepción de una novela corta, incluída en «Los ciegos», que es una obra maestra: *Eloísa*. Mariano Latorre empezó con los pescadores de Constitución y los lancheros del Maule, y siguió con los montañeses...

Puede darse como una explicación de esta tendencia a descender a la clase más baja, en los escritores de esa época, la influencia de Gorki, cuya boga por entonces era extraordinaria.

Pero los hechos han venido a demostrar que no im-

punemente un escritor se aleja del medio en que ha nacido y vive. Baldomero Lillo logró un triunfo efectivo con sus mineros carboníferos, porque residió largo tiempo entre ellos; pero a los demás muy poca gloria real trajeron los campesinos o los pescadores. Lo que vale de Labarca es la novela «Mirando al Océano», cuyos personajes son de la clase media; igual cosa puede decirse de «La hechizada» de Santiván y de «Eloísa» y «Venidos a menos» de Maluenda. Lo de mayor calidad en Mariano Latorre son las novelas «Zurzulita» y «Ully», en las que actúan, como figuras primordiales, seres tomados del medio en que el autor vive. En «El finado Valdés», otro acierto de Latorre, el protagonista es de la clase media

Merece capítulo aparte Federico Gana, que nació en un medio aristocrático, o muy cerca de la aristocracia chilena, y que también tomó a los campesinos modestos, o sea a los inquilinos, como asuntos de sus cuentos. Tales cuentos lograron un valor indudable: pero hay que tener presente el carácter especial de Gana, que vivió entre los campesinos y logró intimar con ellos, inspirarles confianza. Debido a esto, a pesar de todo el romanticismo de este escritor, sus personajes aparecen con raíces en la verdad. En suma, Gana bajó al pueblo de hecho, y no por la imaginación.

Entre los escritores que han venido posteriormente, tenemos a Luis Durand, que recorre a la senda trazada por Labarca, Maluenda y Latorre; pero Durand, que vivió diez o quince años entre los campesinos, como empleado de un fundo, los tiene metidos muy adentro en sus recuerdos, y su labor es así más de evocación que de creación. Debido a esta circunstancia, maneja el vocabulario, los giros campesinos, con verdadera maestría, y su obra adquiere de esa manera un sello especial, un particular encanto. A pesar de todo, como lo revela su último libro, es en la clase media en donde Durand encontrará su filón de oro: los personajes de la

novelita «Cielos del Sur» pertenecen a la categoría de su creador.

Entre los libros publicados en los últimos años, merecen especial mención «Alhué» de González Vera, «Tripulantes de la noche» de Salvador Reyes y «Lanchas en la bahía», de Manuel Rojas. En estos tres libros, igualmente grandes, actúan personajes que vivieron en un medio muy conocido por sus autores. Los tres tomaron sujetos que fueron antes de su clase: también la evocación primó aquí sobre la fantasía.

Como una aparente excepción habría que considerar «El roto», de Joaquín Edwards y «La viuda del conventillo», de Alberto Romero, y digo «aparente» porque hay muchos datos para creer que Edwards y Romero vivieron sus libros. No sacaron sus escenas de la nada.

No quiero decir yo con todo esto que el escritor esté obligado a no salir de su medio en sus creaciones. La fantasía es soberana, y puede tomar el vuelo que le parezca; pero cuando se quiere hacer obra asentada en la realidad, dar la sensación de verdad y de vida, es necesario haber echado algo real al laboratorio del inconsciente. Las simples lecturas dan, por lo común, malos resultados. Y para probar tal cosa, he mencionado algunos ejemplos.

Es probablemente falso mi punto de vista: otros pensarán de otra manera. Es que tal vez hay una verdad para cada uno, porque cada uno vive en distinto universo...

REFLEXIONES SOBRE LA LITERATURA EN CHILE

TEORICAMENTE, son dos las finalidades de la reflexión sobre la literatura: una es dar una visión histórica de sus formas y de su desarrollo, lo que constituye el objeto propio de la historia literaria, y la otra, que es objeto de la crítica propiamente dicha, consiste en juzgar las obras literarias desde el punto de vista de su valor estético.

A menudo, en la práctica, ambas finalidades se confunden, y casi siempre la segunda prevalece sobre la primera. No se concibe una historia de la literatura—si no es exclusivamente documental—que no implique juicios de valor, y no se concibe una crítica literaria verdaderamente eficaz que no se funde en los datos de la historia. Bueno y malo, meritorio y despreciable, son adjetivos que, cuando se habla o se escribe de literatura, pueden eludirse sólo en la más escueta enumeración bibliográfica.

Aun el espíritu más reacio a erigirse en juez de lo que estudia no puede eximirse de juzgar fatalmente en los asuntos literarios. Aun France, el más agudo de los impresionistas, que pretendía «hablar de sí mismo a propósito de Hamlet» y decía de Brunetière *qu'il juge donc, puisqu'il est judicieux*, no vacilaba en anonadar con sus juicios a Zola y al propio Brunetière.

Como en el campo de nuestra conducta el solo hecho de actuar en un sentido dado implica un juicio moral, en literatura el solo hecho de manifestar una preferencia o un gusto implica un juicio estético. El criterio según el cual se juzga puede variar del meramente dogmático, fundado en la religión o en la moral, al que se basa en la más amplia concepción psicológica o sociológica del arte, pero el hecho de juzgar subsiste.

La historia literaria nació sólo para fundamentar estos jui-

cios ineludibles, para darles el carácter de objetividad que perdieron con el descrédito de la preceptiva clásica, que ya encerraba sin embargo en sí un rudimento de concepción histórica. El método crítico de Sainte-Beuve no pretendía otra cosa que autorizar los juicios, hacerlos más comprensivos y más inteligentes al buscar su raíz en la vida del autor y en las circunstancias que rodearon el nacimiento de sus obras.

Así, dentro de cada literatura se establece una tabla de valores, se distribuyen las flexibles jerarquías entre las épocas, entre las obras y entre los autores, y se establecen los imprecisos límites de lo que podría llamarse el limbo literario, pasados los cuales una obra o un autor conserva sólo una mustia existencia en los catálogos de las bibliotecas o en las notas de alguna historia literaria bien documentada.

Ahora bien, si se conserva esta ineludible tendencia a juzgar cuando se reflexiona sobre nuestra literatura—como, en general, sobre la literatura de cualquier país latinoamericano—no podemos menos que atribuirnos el limbo literario de la cultura occidental. Ahí se nos coloca desde Europa, y ahí nos ha ratificado el juicio de muchos americanos.

Más que de una pura valoración estética, nuestra literatura es objeto de la curiosidad de los extranjeros que buscan en ella los balbuceos de una cultura naciente, o del fervor patriótico que escudriña, para exaltarlas, las glorias nacionales, o del afán objetivo de los historiadores que juzgan con criterio ecuanime una revolución, una epidemia o un movimiento literario.

¿Hasta qué punto seríamos capaces de soportar con buen éxito una valoración? ¿Según qué criterio habría de hacerse?

Una tabla de valores es patrimonio necesario de una cultura, no se concibe sin una larga acumulación de antecedentes sobre cuya base haya ido formándose, requiere la existencia de una tradición. Como nuestra cultura no es nuestra, aun en la medida en que nuestros hechos culturales nos pertenecen exclusivamente, debemos exponerlos a una tabla de valores ajena.

Cualquier manifestación de la cultura que entre nosotros observemos—arte, política, ciencia—nos parecerá gris, chata, uniformemente despreciable si no acomodamos nuestra mirada a un paisaje de proporción modesta: la tabla de valores se rompe, y se rompe con el estrépito lamentable del ridículo, cuando tratamos de aplicarla sin correcciones a lo nuestro.

Es lógico, pues, que dentro de esos moldes resulte vana toda tentativa de encontrar en nuestra producción literaria algo que sea verdaderamente grande, algo que sea sin desmedro comparable a lo que estamos habituados a recibir de Europa.

Porque en literatura esta situación es quizás más patente que en otros asuntos: tenemos en la cultura occidental ejemplos abrumadores. Y como nuestros literatos, haciendo contadas excepciones, han tratado de competir con el espíritu europeo en igualdad de circunstancias antes que de concentrar su esfuerzo en los asuntos peculiares de América, los hechos que un observador desapasionado verifica no son alentadores: apenas si unos cuantos literatos, algunos sólo en parte de su obra, y con reservas, resisten la piedra de toque de los valores corrientes en la literatura occidental. Todo lo demás, salvo uno que otro libro aislado, tiene un simple valor de documento.

Pero considerar así los problemas de nuestra vida literaria es evidentemente injusto bajo más de un aspecto. Por muy estético que sea, nuestro punto de vista no puede ser exactamente el europeo. Y aunque parezcan discutibles las razones capaces de hacernos olvidar en parte los valores que nos obliga a aceptar con ella una cultura de la cual vivimos, nada ganaremos con declarar nuestra literatura un subproducto indigno de consideración.

La posición actual de los problemas literarios, si bien no puede redimirnos enteramente de nuestra inferioridad relativa, nos permite considerar por lo menos nuestra literatura desde un punto de vista que la revaloriza en otro sentido y le confiere una nueva importancia.

En efecto, como la moral, la estética ha ido perdiendo poco a poco su primitivo carácter metafísico, y en nuestros días se la vincula estrechamente a los fenómenos psicológicos y sociales que determinan sus problemas propios. La belleza ya no es considerada como un valor absoluto, como un paradigma supremo del cual deban desprenderse normas rigurosas, sino más bien como una resultante o como una función de los hechos artísticos en cuanto son formas del alma colectiva. Y si un determinado concepto del valor literario se precisa—con toda la vaguedad que exigen los asuntos estéticos—para Alemania o para Francia, es válido para nosotros en la medida en que participamos de los caracteres comunes a la cultura occidental, pero debe alterarse forzosamente en función de nuestras diferencias y modalidades propias.

Además, considerada en su conjunto, una literatura revela un alma colectiva singular y las diversas fases de su evolución, sus formas más íntimas, sus concepciones de la vida y del mundo. Así, si en un sentido estricto y racional buscamos en la literatura valores estéticos—que varían, por lo demás, con las diversas épocas, como todos los valores—en un sentido más

amplio y humano encontramos en ella los rasgos típicos y salientes de un pueblo.

Obligados por una parte a servirnos de los valores de occidente para apreciar nuestras obras, ya que carecemos todavía de una tradición que nos permita fijar valores propios, no podemos eludir, por otra parte, la investigación de nuestras características nacientes a través de nuestras manifestaciones literarias. Por lo tanto, no es posible conformarse a aplicar indefinidamente a nuestra literatura un criterio occidental escrito, sin resignarse a reconocer nuestra incapacidad de crear formas culturales propias—y al decir así pienso más en latinoamérica que en Chile,—sin resignarse a creer que cien años de vida política más o menos independiente y las poderosas influencias de la geografía y de la raza no han moldeado ni siquiera un esbozo de vida espiritual diferenciada.

Nuestra literatura es un hecho, todo lo poco satisfactorio que se quiera desde el punto de vista estético, pero es un hecho que contribuye a interpretarnos, a esclarecernos y a explicarnos como chilenos y como latinoamericanos. Antes que una condenación rotunda merece pues un análisis de las causas que la han determinado tal como es y el estudio objetivo de sus formas y de su evolución. Buscando las razones de sus defectos y de su inferioridad encontraremos la explicación de muchos problemas y, sobre todo, lograremos precisar hasta qué punto esa inferioridad y esos defectos son inevitables y prever las condiciones y las líneas generales de su futuro desarrollo.

La literatura expresa, conforme a procedimientos típicos que son el atributo peculiar del arte, los diversos aspectos de la vida del hombre y de lo que le es afín. Es, o una reproducción convencional de la vida en su complejidad concreta (novela, cuento, teatro), o una reflexión sobre la vida (poesía, ensayo) cuyo dominio va de la más vaga intuición subjetiva a la más precisa objetividad intelectual.

La vida del individuo y de la sociedad con toda la inagotable riqueza de sus hechos y de sus conflictos, y la naturaleza que encuadra la vida de los seres—telón de fondo sobre el cual realizan su existencia, conjunto de leyes biológicas a que está sometida—constituyen el objeto propio de la literatura, que el arte recrea y transforma. En cierto sentido, el arte consiste en crear sobre la base del mundo real un supermundo, más sencillo y comprensible, regido por leyes esquemáticas y convencionales y en el cual la realidad, sintetizada y condensada

en el espacio y en el tiempo, destaca en forma impresionante sus matices.

Así comprendida, como expresión de la vida en su totalidad, la literatura puede desarrollarse sólo en las sociedades que han logrado resolver hasta cierto punto los problemas más urgentes de su existencia. Toda reflexión de la vida sobre sí misma necesita tiempo disponible, holgura social, y es por esencia desinteresada y accesoria. El arte—cuya índole semejante a la del juego ha sido puesta tan a menudo en evidencia,—lo es más que ninguna otra.

Cuando la vida social ha tomado un cauce político y económico más o menos estable, aparecen las primeras manifestaciones literarias, y cuando cambian las circunstancias político-económicas, y con ello la vida social adquiere un ritmo y un contenido diferentes, cambia también el contenido de la literatura y sus preocupaciones se desplazan en el sentido que señalan las nuevas condiciones sociales.

Esto tiene entre nosotros una plena confirmación. El movimiento literario de 1842 es la consecuencia natural de la organización de la república realizada por Portales y se continúa casi invariablemente dentro de sus primeros moldes hasta el año de 1891. La revolución anti-balmacedista, cuya importancia ha sido desdeñada por muchos, señala en Chile la crisis de la organización social creada por Portales y el nacimiento de otra que pugnaba por realizarse desde el fin de la guerra con el Perú.

La república autocrática y la república parlamentaria corresponden innegablemente a dos modalidades distintas de la sociedad chilena que han dejado huellas patentes en la literatura. Durante el imperio de la primera, la clase media, por un doble movimiento de ascenso y de descenso, se fué formando lentamente de la plebe holgada y de la aristocracia empobrecida. Bajo la segunda, la clase media llega al apogeo de su desarrollo, se realiza íntegramente. Antes de 1891, el poder político se restringe a una oligarquía vagamente asimilable a la nobleza del antiguo régimen, en que el apellido y la tradición prevalecen aún sobre el dinero. Después de 1891, domina una oligarquía plutocrática cuyos prejuicios de familia están ya en decadencia.

Es indispensable agregar a estos hechos sociales la influencia espiritual de los países europeos, que, si bien se hace sentir entre nosotros con muchos años de retraso y en forma aislada y caprichosa, ha determinado las líneas más generales de nuestra evolución política y cultural. Esta influencia proviene casi

exclusivamente de España y de Francia. Hasta mediados del siglo XIX, Francia proporcionó los modelos teóricos de organización política, y España, cuya hegemonía cultural ejercida durante tres siglos y asentada en la religión y en el idioma no podía romperse fácilmente, preponderó en lo literario. Pero después, la independencia de la antigua metrópoli se realiza íntegramente, y es Francia el modelo que se trata de imitar en la filosofía, en las ciencias y en las letras, y el país cuya cultura ha influido más profundamente en América latina hasta la fecha.

El año de 1842 señala el nacimiento, no propiamente de nuestra literatura, sino de un interés fecundo por las letras y las ciencias. Bello, Sarmiento y Lastarria y sus discípulos y admiradores son los hombres en cuyas opuestas tendencias se encauza la inquietud intelectual provocada por la estabilización de la vida republicana. Bello enseñó a los chilenos la lengua de que debían servirse y el gusto por una forma marcadamente clásica y por la investigación seria y metódica. Sarmiento les insinuó, a través de su personalidad bulliente y animada, el sentido romántico de la lucha contra la tiranía y la retórica, y Lastarria fomentó el interés por la especulación filosófica racionalista y verbal que entonces daba la medida de la profundidad.

Las manifestaciones culturales de ese tiempo giran en torno a la Universidad recién fundada y a las ideologías políticas anti-peluconas que comienzan a diseñarse; tienen más un carácter académico y social que puramente artístico. En las primeras novelas de don Alberto Blest y en el periódico literario *La Semana* de los Arteaga Alemparte, alrededor de 1860, podemos ver las primicias de nuestra actividad literaria, balbuceos forzosamente desordenados e imperfectos que las influencias española y francesa determinan en un reducido ambiente cultural.

La política era en aquel tiempo la actividad absorbente de los hombres ilustrados, y era el número de éstos tan escaso que la Universidad, única fuente de ilustración, apenas bastaba para proporcionar los congresales, altos empleados de los ministerios, agentes diplomáticos, etc., que exigía la marcha normal del país. No bien un individuo descollaba por sus condiciones intelectuales, era inmediatamente asimilado por la clase dirigente, en los raros casos en que no pertenecía ya a ella por su familia. Sólo después de 1857, cuando se rompe la autarquía pelucona y comienza a tomar cuerpo la reacción liberal, la literatura parece fortificarse con la lucha, porque llega a ser tam-

bién un medio de combate político. Aun las novelas folletinescas, sobre todo las de Ramón Pacheco, son más que nada un elemento de propaganda anticlerical.

Antes de 1891, no hay un solo escritor considerable que no haya estado estrechamente vinculado a la política. Jotabeche y Pérez Rosales, Lastarria y Bilbao, los hermanos Arteaga Alemparte y Manuel Blanco Cuartín, Vicuña Mackenna y Sotomayor Valdés, para no citar sino unos pocos, antes que escritores, antes que puros literatos, fueron hombres públicos. Y el prestigio que muchos de ellos adquirieron en su tiempo y que ahora suele parecer desproporcionado fué casi siempre un mero reflejo de su actuación circunstancial.

Si la poesía se libera en parte de las preocupaciones sociales, es por su índole personal y subjetiva, y si Blest Gana, el más grande de los literatos de este período y hasta la fecha el más importante de nuestros novelistas, logró realizar una obra puramente literaria, es porque se educó en Francia y vivió la mayor parte de su vida en el extranjero.

Junto a esta subordinación de la literatura a la política, el auge extraordinario de la historia es otra de las características de este período. Y este auge no es debido sólo a la profusión de obras históricas, sino también a la acogida que tuvieron en el público, a tal punto que puede decirse que la historia ha sido en Chile casi el más popular de los géneros. Excluyendo a Jotabeche y a Blest Gana, los nombres más valiosos de nuestra literatura en el siglo pasado son de historiadores: Barros Arana, los Amunátegui, Vicuña Mackenna y Sotomayor Valdés. Y si Blest Gana y Jotabeche hicieron literatura sobre la base de la historia y de las costumbres y deben el valor que corrientemente se atribuye a sus obras a la agudeza de su observación, encontramos en nuestros historiadores la misma tendencia profunda, aunque desde un punto de vista más científico y objetivo: el afán de la mentalidad colectiva por conocer los antecedentes y los hechos que presidieron su formación.

La urgencia de las luchas políticas, que hicieron concentrar en torno a las doctrinas de los bandos opuestos la mejor parte de la actividad intelectual, explican que en este primer período la producción puramente literaria haya sido tan escasa, y que sea necesario considerar y juzgar la restante en función de las circunstancias sociales que la provocaron. El típico desarrollo de la literatura histórica que caracteriza este tiempo nos aparece como una tendencia a buscar lo propio y lo diferente en la investigación concienzuda del pasado, como el primer intento valioso de formar una tradición de cultura, que

carece todavía del ímpetu necesario que lo haga elevarse a la expresión depurada del arte.

En muy distintas condiciones se realiza nuestra literatura en el período siguiente. El enriquecimiento del país, la incorporación de la clase media a la vida de la cultura, el gran desarrollo de la instrucción pública, el progreso en los medios de comunicación con Norte América y Europa y la profunda evolución de la cultura de occidente cuya influencia se extiende con una intensidad enorme, son los principales hechos ocurridos alrededor de 1890 que explican las profundas diferencias que es dable observar entre la literatura de la república autocrática y la de la república parlamentaria. La ilustración se ha propagado profusamente. La política se confunde cada vez más con los negocios privados, se transforma también en un negocio más o menos turbio que no interesa ni apasiona como antes. La vida social ha perdido el noble tono de antaño, se va democratizando cada vez más. Bajo la clase media incorporada a la vida del estado comienza a agitarse sordamente la masa del pueblo que hará su primera manifestación política en 1920. La riqueza del salitre basta para satisfacer medianamente a los políticos y para permitir la marcha ascendente del país sin graves trepidaciones. Además, el Parnaso, el Simbolismo, el Naturalismo, todas las escuelas literarias que prosperan sucesivamente en Francia a fines del siglo pasado y a comienzos del actual, la literatura rusa y las inquietudes modernas, irrumpen bruscamente entre nosotros, y aunque influyen en las más variadas y caprichosas formas, provocan una completa transformación de la literatura.

El ambiente es como nunca propicio para el desarrollo de las letras, y, en el hecho, la producción literaria aumenta de año en año. Sin embargo, es una discreta medianía, ni abiertamente despreciable ni capaz de conseguir lectores, la que predomina generalmente en la literatura chilena de este siglo. A pesar de todo, algunos poetas y unos cuantos nombres en la novela y en el cuento descuellan y tienen calidad digna de ser considerada.

Probablemente es la poesía, como la historia en el período anterior, el género que ha producido obras más valiosas en estos últimos cuarenta años, y el que más profundamente ha penetrado en el público. Nombres como Pedro A. González, Pezoa Véliz, Magallanes Moure, Carlos Mondaca, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, junto con otros de obra más reducida, pero de apreciable valor poético, ilustran sobradamente nuestro aserto. Por nuestra poesía corre en cauce profundo una buena

parte de lo que hay de más típico en nuestra alma y en nuestra literatura, y se explica, porque el poeta, más intuitivo que intelectual, puede escuchar más íntimamente las hondas voces del instinto y de la raza. La tristeza irreconciliable—no la tristeza llorona de los románticos, sino casi un verdadero sentido de la vida como cosa triste—una sensualidad turbia y sin alegría, el impreciso sentimiento de una vida inútil, todo eso expresado más bien con sobriedad que con arranques líricos, se desprende de los versos de nuestros mejores poetas. Las influencias extranjeras no han podido prevalecer del todo contra lo que hay de característico y diferente en nuestra alma racial, que aun no se delinea claramente, pero que en la poesía—y ya se puede observar en la prosa uno que otro rasgo semejante—comienza a liberarse y a encontrar el modo propio de su expresión.

La novela, el cuento y el ensayo han sido profusamente cultivados. Algunos libros de valor y las obras de escritores como Baldomero Lillo, Pedro Prado, Mariano Latorre, Joaquín Edwards, Eduardo Barrios y unos pocos que son todavía una promesa, resisten sin grave daño una apreciación estricta y revelan una literatura que tiende a ser original y a libertarse hasta donde es posible de la tutela de occidente. Son lo más representativo de nuestra prosa y destacan brillantemente sobre la desoladora mediocridad. Pero unos pocos buenos libros que, por una u otra causa y a pesar de su mérito, apenas trascienden los límites regionales y un público reducido, no constituyen exclusivamente una literatura. El resto de la producción escrita con intenciones literarias merece también ser considerado, y merece sobre todo que se esclarezcan las razones de su inferioridad.

Un mal entendido sentimiento de lo criollo, que se limita muchas veces a los aspectos más superficiales, como la descripción convencional de usos y costumbres y la reproducción del lenguaje típico de los campesinos, la falta de originalidad con respecto de la literatura europea, la ausencia de inquietud, de grandeza y de sentido humano, o, simplemente, el mal gusto, la cursilería, y la ignorancia del idioma y de los procedimientos del estilo, son las cualidades más impresionantes del grueso de la producción literaria.

Sería absurdo pedir que una literatura en formación como la nuestra produjera sólo obras de primer orden, pero es preciso reconocer que seguramente en ninguna parte del mundo se publican libros tan malos, tan desprovistos del más leve mérito como los que aparecen con bastante frecuencia en los países

de latino-América; y es preciso reconocer también que en ninguna parte hay una especie de críticos más benévola, tal vez porque estima que la producción de estos países jóvenes debe ser benignamente juzgada, como juzgan los mayores las gracias de los niños. Si bien la abundancia de malos escritores contribuye a destacar a los buenos y a los tolerables, no deja de impresionar desfavorablemente al público y de arraigar en él el prejuicio de que toda la literatura indígena es semejante. Sin embargo, todos estos hechos, que anotamos tal vez con excesivo rigor, tienen sus causas determinantes y evitables.

La instrucción humanística secundaria, y aun la universitaria, apenas permite asomarse al umbral de los problemas. El estudio corriente que se hace de la filología, de la filosofía, de la literatura y de la historia es espléndidamente superficial y son muy pocos los que lo profundizan por su cuenta. Las deficiencias de la enseñanza humanística oficial son una de las causas, y no despreciable, no sólo de la abundancia de obras injustificables y de los más fáciles blancos que nuestros escritores presentan a la crítica, sino también de la falta de «ambiente cultural» de que tan a menudo nos lamentamos.

Escribir es un oficio como cualquiera otro. Exige vocación y aprendizaje, sobre todo aprendizaje, que en este oficio es imprescindible. Entre nosotros, donde la vocación abunda y el aprendizaje generalmente se desdeña por inútil y por el escaso escepticismo con respecto a sus méritos que caracteriza al americano inteligente, florecen todos los vicios del diletantismo, de la improvisación, de la incompetencia técnica.

La perseverancia en el cultivo de las letras constituye entre nosotros la excepción. Es una veleidad de adolescente, complemento necesario del amor romántico y de las primeras rebeldías, lo que ha engendrado el mayor número de nuestras producciones. Y casi siempre su calidad corre parejas con la solidez de la vocación que las inspira. Los treinta años son la barrera que muy pocos de nuestros literatos han podido salvar. Por eso son tan escasas las obras de madurez, en que a la riqueza de experiencias vitales se sume la maestría de la expresión adquirida en muchos años de constante ejercicio literario.

Además, si no es en el periodismo, y en casos muy contados, no se concibe al hombre que viva exclusivamente de su pluma. El «lamentable oficio de las letras», como ha dicho un escritor norteamericano, ofrece entre nosotros tan poca compensación económica y confiere tan reducido prestigio que los profesionales de la literatura pueden contarse en América latina con los dedos de la mano.

Una literatura no existe sólo cuando existen escritores; requiere la colaboración, la cooperación, pasiva hasta cierto punto, pero imprescindible, del lector. La obra de arte no vive ni se realiza íntegramente mientras no ha encontrado un eco en cierta masa que siente y reconoce en ella la expresión de sus propios impulsos, deseos o inquietudes. Un libro que no se lee es un esfuerzo inútil, una lamentable equivocación, el discurso de un charlatán que nadie escucha.

Nuestra literatura, sin llegar al extremo y absoluto aislamiento, es una literatura que casi no se lee. El público americano lee sin embargo, y aun puede decirse que lee bastante. Pero los escritores nacionales no le interesan. Tiene contra ellos un sólido prejuicio, que deriva seguramente de su desdén por todo lo autóctono y de su admiración incondicional a lo europeo, pero que no por eso contribuye menos a formar en torno a nuestra literatura una atmósfera hostil o indiferente. Si el público no paga los libros nacionales y paga en cambio los extranjeros, por mucho snobismo o espíritu cosmopolizante que quieramos ver en ello, es prudente reconocer que el hecho existe, y que no se puede culpar al público lisa y llanamente de incultura o de ignorar, por sistema, méritos positivos. O pensamos que nuestro público es inculto—y el auge del comercio de libros parece demostrar lo contrario—o que nuestra literatura no le ofrece casi nada digno de interés.

Si alguien debe romper este verdadero círculo vicioso en que se debaten nuestras letras, no es el público, sino los escritores. A ellos corresponde dignificar su oficio, defenderlo de los aficionados y de los literatos ocasionales, abandonar los caminos trillados y explotar los abundantísimos temas en que solamente pueden ser originales y que hasta la fecha están casi intactos.

El alma individual del americano no puede ciertamente ofrecer problemas tan complejos y ricos a la literatura como el alma europea, porque carece todavía de forma propia, de modalidades generales enérgicamente diseñadas que permitan considerarla como una entidad diferente. Por eso todo esfuerzo de literatura personal y subjetiva, a que casi siempre tiende el marcado individualismo criollo, se expone a no ser original y a parecer mezquino frente a las obras de los grandes maestros de occidente. Sólo en los conflictos entre la raza y la tierra, en la modificación profunda que la geografía impone al alma social, en la lucha contra la naturaleza virgen para asentar en ella el dominio de la civilización, en las peripecias de la formación política de estos pueblos, hay temas verdaderamente grandes, dignos del esfuerzo de nuestros mejores escritores y

capaces de interesar al público. Obras como *Civilización y Barbarie*, *Doña Bárbara*, *La Vorágine*, *Los de abajo*, *Don Segundo Sombra* no tienen otra inspiración, y junto con ser de las mejores que ha producido nuestra literatura, son las primeras epopeyas sobre cuya base se formará una tradición literaria verdaderamente americana.

En Chile abundan los motivos literarios del más alto interés, y si bien algunos de nuestros escritores los han destacado en sus obras, no han sido tratados todavía con la amplitud y la profundidad que merecen. La vida de los mineros en la pampa salitrera y en las provincias de Atacama y Coquimbo, las guerras de la frontera araucana y la conquista pacífica del sur que se realizó entre 1880 y 1915, el mar, la historia de la independencia y de la guerra a muerte, la vida urbana, el nacimiento de las masas a la vida política en estos últimos años, son elementos originales de nuestra nacionalidad, algo que nos es propio, y tienen una intensidad de vida y una fuerza épica que aun no ha sido puesta de relieve.

Una renovación de nuestra literatura que tienda a diferenciarla nítidamente de la europea por el contenido de sus producciones, que eleve su calidad y logre conquistar el vasto auditorio a que tiene derecho, requiere una renovación paralela de la crítica literaria.

En rigor, es aventurado hablar de la existencia de crítica literaria en Chile. Hasta aquí, lo que se ha escrito sobre libros y autores ha carecido en general de orientaciones definidas que favorezcan el desarrollo de la literatura por su escasa influencia en los escritores y en el público, por su carácter circunstancial, a menudo ajeno a lo estrictamente literario. Los críticos, o han puesto su pluma al servicio de su religión o de su ideología política, o se han dejado llevar en sus apreciaciones por el encono personal, por las conveniencias sociales o por respetables sentimientos de amistad, o se han limitado a un impresionismo desorientador y caprichoso. Carecen corrientemente de ilustración literaria—que si conviene al literato es imprescindible para el crítico—de buen gusto y de un criterio definido para juzgar las obras nacionales. Su producción abundantísima ha quedado dispersa en diarios y revistas, y, en la mayoría de los casos, no merece ser reunida.

Entre lo poco útil que se ha hecho hay dos o tres obras bibliográficas y unas pocas monografías y reseñas de historia literaria. En lo que a crítica y a historia de la literatura se refiere, todo o casi todo está por hacer. Hay materiales en

abundancia y una misión por realizar que sólo se ha intentado raramente: revalorizar y hacer la historia de la literatura chilena, apartando para los eruditos y para los historiadores curiosos lo que tiene un mero valor documental, y poniendo de relieve, con un criterio estricto, aquellos de nuestros valores que positivamente existen; comprender que no es posible juzgar las obras nacionales con el mezquino espíritu de círculo o con la benevolencia excesiva con que ha solido hacerse, sin condenar nuestra literatura al estancamiento y a la ignorancia del público, y contribuir a formar lentamente una tradición que contrarreste la dispersión y la discontinuidad de los esfuerzos literarios, y en la que puedan reconocerse el público y los escritores.

Formar esta tradición literaria chilena y latinoamericana es formar propiamente nuestra literatura. No temamos que la obra de valor universal que pudiera surgir entre nosotros pueda sentirse cohibida porque nuestra literatura tiene un cauce. Lo que debemos temer es la perseverancia en el desorden y en el caos, es la originalidad tan variada y tan poco valiosa que impide comparar entre sí a nuestros escritores, es la diversificación de lo anárquico, no de lo organizado, de lo que se agita, no de lo que vive.

Mientras todo eso subsista, mientras bajo las diversas apariencias literarias no podamos reconocer un alma común que pugna por expresarse, no podremos hablar de una literatura nuestra. Para tenerla, es preciso salir en busca de esa alma, descubrirla entre nosotros, en el fondo de nosotros mismos, en nuestro paisaje, en nuestra naturaleza y en nuestra vida y en sus luchas, donde seguramente ya palpita y busca también su forma, y revelarla transformada en el supermundo coherente del arte.

POETAS CHILENOS EN ATENEA

HABLAR de la poesía en Atenea es citar los nombres de los más destacados valores líricos del país.

La poesía chilena que, a partir de Pedro A. González, o más propiamente desde la renovación literaria propiciada por Marcial Cabrera en las páginas de *Pluma y Lápiz*, comenzó a tener un significado en América, ha seguido desarrollando su trayectoria y cristalizando, en más de un caso, emociones personales inconfundibles, inquietudes estéticas fervientes, o, simplemente, acentos armoniosos de un límpido lirismo.

No es poco. Al concepto general de nuestra negación imaginativa, las generaciones del novecientos respondieron animosamente. No sería exagerado citar hoy veinte nombres cuyas calidades no desmerecen en la poética de América.

La crítica de nuestros días ha sido un poco injusta con los renovadores, valdría decir con los iniciadores del movimiento lírico chileno. González, Bórquez, Contreras, si no hicieron obra estética pura, tienen el mérito inmarcesible del estímulo hacia la liberación de pautas arcaicas, en las que rara vez—la excepción de Blest Gana—vibró la emoción íntima.

Malogrado González por la obsesión del ritmo y el rebuscamiento sonoro, enredado Bórquez en la maraña de sus mitos extravagantes, deslumbrado Contreras con el esplendor de los modelos franceses, no exteriorizaron en obras de lograda poesía el tesoro personal de que en algunos momentos dieran muestra.

Tras ellos apareció en las letras un espíritu noblemente dotado. Un poeta de raza, fuerte y conmovido: Carlos Pezoa Véliz.

Sin reminiscencias serviles, alejándose de los moldes en uso, atento sólo a los ecos que en su espacio interior produjeran el espectáculo del paisaje y las almas de su tierra, cantó en poemas viriles con propia entonación.

Por esa misma época, Víctor Domingo Silva hacía vibrar en cálidas estrofas entusiastas afanes de reivindicación social, y Diego Dublé Urrutia y Samuel Lillo consolidaban sus prestigios de evocadores afortunados de costumbres y tierras sureñas.

De 1910 a 1920 la poesía chilena alcanza sus planos más claros y oxigenados. Ahonda y se concreta en evidentes expresiones personales. Y de entre el grupo de poetas surge la voz estremecida y singular de una mujer que suspende en emoción a cuantos vibran con el soplo intangible.

Gabriela Mistral se destaca a raíz de un concurso literario con el signo inequívoco de los elegidos.

Versos vitales, torturados, prenetrantes. Circula por ellos la savia de un turbio dolor que ha ceñido para siempre jamás un alma intacta de mujer.

A la admiración suscitada por los Poemas de la Muerte, Gabriela Mistral suma el acervo imaginativo y emocional de toda su obra posterior.

Es el poeta enaltecido y sereno. No llora su dolor. Con él cava y edifica en la tierra de su espíritu. Una fuerza religiosa y magnífica suspende sus manos y su voz. Su acento es limpio y florecido, aunque su verso se desarticula y se violenta con renovada insistencia. Ciencia o intuición, el hecho es que tales sobresaltos —inadmisibles cuando exceden los límites de una liberación rítmica razonable— parecen en el caso de la Mistral irrumpir también desde su hondor espiritual, y son como otro atributo de su poesía.

Alguien ha hablado de su ausencia de feminidad. Acaso predispone a tal engaño su fuerza espiritual. Porque es ilógico pedir feminidad después de leídos aquellos inefables Poemas de la Madre, maravilla de intuición femenina.

No es la fuerza íntima de Gabriela Mistral el tremor cálido y envolvente de la Agustini, aquella gran hermana primogénita de las poetisas de América, a quien ninguno de los altos valores líricos femeninos del continente podría desconocer como a la oficiante inicial de la sinceridad en la introspección. Pero, como en ella, el amor es en Gabriela la inquietud excelsa. Lo que en Delmira Agustini es ansiedad vehemente y gloriosa, en Gabriela Mistral es soledad, ahondamiento, evocación sensorial, y luego, reacción filosófica hacia la ensoñación dolorida.

Después de «Desolación», Gabriela Mistral parece haber dirigido sus preferencias a la prosa, colaborando en las más prestigiosas publicaciones hispanoamericanas. En ellas se des-

taca siempre la poetisa. Imágenes. Sentimientos. Esta prosa, —hay que decirlo— es con frecuencia demasiado erudita, difícil, perezosa. No agrega valor a los blasones del poeta.

Jorge González Bastías.—Sus primeros versos vieron la luz en el ya citado heraldo histórico de *Pluma y Lápiz*. Poeta bucólico con un fino y personalísimo sentido de la naturaleza, nadie como él ha obtenido notas de poesía tan pura interpretando el alma de sus paisajes serranos. Si Max Jara lograra la máxima sencillez de expresión, González ha conseguido apresar en sus aspectos sutiles la emoción desnuda.

Su primer libro «Misas de Primavera» reveló a un espíritu armonioso, sentidor, enamorado de su tierra:

«aquellos esteros y aquella montaña
y aquellos caminos se acuerdan de mí.»

Años más tarde aparece el «Poema de las Tierras Pobres», canto conmovido, fraternal, untuoso, en que se vive la tragedia de los cerros, otrora fecundos, esperanzados, después empobrecidos, estériles, diezmados por la voracidad de banderías políticas.

Próximo a editarse está «Vera Rústica», el libro más definido de Jorge González. Poemas hay en esas páginas en los que el engaste verbal, depurado hasta la ingravidez, intenta desaparecer para que la poesía, liberada, emerja desnuda.

Del poema «Los ecos perdidos» son las estrofas que siguen:

Habla una anciana de cabellos blancos:

—Gran Dios! tanto vivir!

Y este cansancio largo, interminable,
de hablar, de ver, de oír.

Este cansancio que es como la muerte
uniforme y fatal,
que hasta en las piedras deja una invisible,
tenebrosa señal.

Los hombres ya no pueden con el peso
de la fatiga atroz,
andan como sonámbulos, rendidos,
olvidados de Dios.

A qué vivir, a qué esperar el tiempo
que ha de ser siempre igual.
El pobre no levantará su casa...
no se hará bien del mal.

Manuel Magallanes Moure.—Poeta intenso y emocionado. Sensibilidad y sutileza presiden toda su obra. Fluye de su canto una pena amable y tranquila que aunque se haga dolor nunca llega al grito o la estridencia. Tampoco a la monotonía, a pesar de su tono insistentemente velado, porque su fino tacto artístico percibe y refleja con segura intuición idiomática los más leves latidos de su activa vida interior.

Su estrofa es así, plena, seductiva, con cierta íntima resonancia, todo ello revestido de aristocrática sencillez.

Con los más logrados poemas de Magallanes, como «Apaisement», «Madre mía», ocurre el caso paradójal de que, leídos los versos—continente armonioso y admirable—parecen estos desaparecer, transmutarse, y en los oídos del espíritu queda sonando la «poesía», la íntima, la imponderable. Revelación de un estro ungido en profundidad y en meditación, cualidad insigne de poeta.

APAISEMENT.

Tus ojos y mis ojos se contemplan
en la quietud crepuscular.
Nos bebemos el alma lentamente
y se nos duerme el desear.

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor,
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad de corazón.

Violeta era el color de la montaña.
Ahora azul, azul está.
Era una soledad el cielo. Ahora
por él la luna de oro va.

Me sabes tuyo, te recuerdo mía.
Somos el hombre y la mujer.
Conscientes de ser nuestros, nos miramos
en el sereno atardecer.

Son del color del agua tus pupilas:
del color del agua del mar.
Desnuda, en ellas se sumerge mi alma
con sed de amor y eternidad.

Max Jara.—Su primer libro «Juventud» bastó para revelarlo como poeta tocado de frescura y emoción.

«Mi madre fué como ella cuando niña.
Ambas han de llorar cuando me muera.»

Artista verdadero, presente y coge ágilmente la expresión sintética, cabal, superándose a veces en el hallazgo feliz:

«Me duele el corazón como una herida»

En «¿Poesía...?», su segundo libro, el poeta explora sus zonas interiores, y pone en su voz vibraciones doloridas. Más tarde esta crisis se tempera, y en «Asonantes» el escritor se nos presenta sereno y transparente.

No creemos que «Asonantes» agregue valores específicos a la poesía de Jara; pero los agrega, sí, a sus atributos estéticos. Acaso nunca en nuestras letras se ha conseguido llegar a simplicidad tan limpia como en este libro. La canción infantil y el viejo romance castellano recobran en él olvidados prestigios.

Damos un fragmento de su romance «Yerbas Buenas»:

Yerbas-Buenas de Linares:
casas grises, pardas vegas;
esteros bordan trigales;
alamedas, alamedas,
y palomas y campanas
en el vuelo de la queda...
Yerbas-Buenas de Linares,
quien te gozó, la doncella,
la más hermosa te sabe
del mar a la cordillera.
¡Cómo dicen con tu nombre
glorias de la Patria Vieja
que cuanto más viejas, más
orgullosamente suenan,
sin halago de alabanzas,
porque solas ya son bellas!
¡Visión de aguas, tierra y luz,
dame paz en la conciencia!

.....
Por el ansia de vivir,
por el dolor de belleza
con que desde que nací
esta mi vida se queja;
para bien de nuestros hijos,
Dios te guarde, Yerbas-Buenas.

Carlos Mondaca.—Exaltación, fervor, musicalidad, son cualidades características de Mondaca.

«Tu cuerpo entero como un árbol canta».

.....
Nuestra vida pasa. La flor se deshoja!
pero el fruto queda como mancha roja
cuando en otra vida la flor se deshoja».

Excesivo y elocuente en sus primeros libros, se acendra más tarde en las páginas de «Recogimiento». Hábil arquitecto verbal, no consigue, sin embargo, llegar hasta la sugerencia sino por excepción:

«Pasa en la sombra de la tarde, Fausto.»

Su tristeza es clara y tangible. En la exaltación íntima, en la ternura dolorida, el poeta da voces más penetrantes:

Es mi dolor ¡pobre de mí!
que no he podido eternizar!
Limitación para sufrir
y pequeñez para gozar!

En toda la producción de Mondaca se advierte la inquietud de una angustia ancestral, aplacada apenas por su afán místico constante, por su anhelo inquebrantable de fe, acaso por su fe misma.

De ahí surge la verdadera personalidad del poeta, del místico transido de sentimientos emotivos:

.....me encerraré en el fondo de mi alma adormecida.
Cerraré mis oídos para todo rumor
del mundo, y en mis ojos, que sellará el amor,
alboreará la aurora del Señor».

Una de sus composiciones más celebradas, la «Elegía Civil»—canto rebelde y doliente—muestra uno de los nobles aspectos de Mondaca: su hombría para decir en alejandrinos quemantes, de cara al tirano, la desolación de la patria.

Juan Guzmán Cruchaga.—La elegancia en el decir es, indudablemente, la cualidad máxima de este poeta. Conocedor profundo del ritmo, sabe hallar siempre la palabra precisa, de eufonía perfecta, que dé a su verso entonaciones musicales a la sordina y le haga perdurar con delicadeza de sonata íntima.

Temperamento emotivo muy similar al de Juan Ramón Jiménez, más de algún comentador ha querido ver en su obra la influencia directa y no disimulada del gran lírico español. Y si esto pudo decirse, con escaso fundamento, de su obra inicial, con la publicación de «Agua de Cielo» demostró el carácter propio de su visión poética.

Espíritu sutil, delicado, en que no cabe la ruda sentimentalidad de América, habría que buscarle entroncamiento con los románticos alemanes o los poetas subjetivos que desde Francia echaron a volar su palabra entristecida hacia los cielos del mundo.

El poema «Lejana», demasiado extenso para transcribirlo íntegro, muestra, acaso más que cualquiera otro, las condiciones líricas de Guzmán Cruchaga.

Damos aquí algunos fragmentos:

Jazmines del Cabo. Noche
de meditaciones grises.
Fragancia pura y doliente
de jardines imposibles.

Tus pensamientos de nieve
perfuman todo lo triste.
Jazmines del Cabo. Noche
de meditaciones grises.

Me está diciendo el aroma
lo que nunca me dijiste.

.....
El barco navega cerca
de la costa. Un rumoroso
viento mueve los ramajes
meditabundos y torvos.
Es en la tarde. Una vaga
tarde que enciende fastuosos
rumores en la infinita
calma de los mares solos.
Un cuervo. Un cuervo. En el mástil
se ha detenido. El medroso
vuelo de la noche avanza.
Un cuervo va con nosotros...

Angel Cruchaga Santa María.—A pesar de sus grandes valores poéticos, la obra de Cruchaga puede acusarse de monótona.

Un misticismo repetido, y expresado desde su obra inicial con iguales palabras y con imágenes idénticas, da en toda su labor de veinte años la sensación de un temperamento estrujado que no ha sabido renovarse.

Las mujeres lejanas y las cabelleras infinitas cruzan y cruzan por su estrofa correcta en procesión enfermiza, y dan caracteres de alucinación a lo que tal vez sólo sea fuerte pasión de hombre sin pasiones.

Tiene Cruchaga en la poesía chilena un sitio bien personal, y la lírica del Continente no ha dado tampoco un poeta que se le asemeje,

Si el autor de «Las manos juntas» publicase una selección de sus versos, espigando cuidadosamente entre lo ya editado y su labor inédita, quedaría junto a los grandes líricos indiscutibles. Habría que eliminar de esa selección, claro está, todas las repeticiones de tema y de forma, por desgracia harto comunes en la obra de Cruchaga.

De su libro «Job», publicado en 1922, copiamos este poema:

LA EVOCACION DE JOB

Santo del muladar, terrible santo,
tu alarido de piedra hacia el Eterno
es una torre trémula de espanto.
¡Con tu cilicio se aromó el infierno!

Santo de Hus: tus llagas y tus manos
fecundaron las rosas.
Diste un rayo de luz a los gusanos
y hablaste del Mesías a las cosas.

Inefable profeta de Idumea,
Padre del mundo, de la muerte abuelo,
tu azul desgarramiento fué una tea
sumergida en la noche y en el cielo.

¡Oh milenario surco del tormento,
tu voz se alzó como una espina terca
hacia la amarga luz del firmamento!
¡Nadie estará de Dios nunca más cerca!

De tu sangre celeste y melodiosa
brotó la cruz y apareció el Mesías
que volaba como una mariposa
sobre la santa hoguera de Isaías.

¡Santo del muladar, lepra que canta
hacia los siglos como un bosque eterno!
Fué toda melodía tu garganta.
¡Aun la oye Luzbel en el infierno!

Daniel de la Vega.—Aunque este poeta ha callado en los últimos años, cogido por el diario ajetreo periodístico, su labor lírica ya realizada le coloca entre los poetas chilenos de primera línea.

Claro y hondo, su verso sencillo ha vibrado en todas las cuerdas de la lira. Desde el poema recogido en que canta la venida del primer hijo hasta la vibrante oda a la Alemania imperial del año 14. Sin olvidar su tragedia «Ménade» que, como obra dramática de arte puro, sin miras al escenario, no ha sido superada en América.

Nada dice mejor de su manera y de su orientación artística que estos propios versos del poeta:

Las palabras humildes son armoniosos vuelos
de pájaros errantes que no han venido al mundo.
Cada una posee un sentido profundo.
Hablar con sencillez es un don de los cielos.

Tienen un resplandor inmortal. Es preciso
saber amar las buenas palabras transparentes.
Yo las amo. Conozco sus perfiles ardientes.
Cada palabra tiene su oculto paraíso.

Son arcas de milagro. Nuestros grandes anhelos
se dicen con palabras claras. La poesía
de verdad amanece más diáfana que el día.
Hablar con sencillez es un don de los cielos.

La poesía de Daniel de la Vega tiene un sello inconfundible de grandeza y de simplicidad. Acaso sus convicciones teosóficas, que conocimos fuertes y arraigadas hace catorce o quince años, y que tal vez sean sus convicciones de hoy, hayan hecho el milagro de hermanar el pensamiento hondo y la transparencia diáfana de su forma rítmica.

Aunque sin alcanzar la fluidez de expresión que distingue la estrofa de Magallanes Moure, ha logrado el dominio de todas las formas métricas, incluso el exámetro ya olvidado. Está entre los poetas de más clara estirpe que han nacido entre nosotros.

Copiamos parte de unos de sus poemas, publicado en 1919.

CUANDO TU LLEGUES

Señor, aquí me tienes esperándote,
fervoroso y desnudo,
con mi pequeña lámpara encendida
a los pies del futuro.

No sé por qué camino viene el himno
de tu perfil augusto,
pero siento el rumor de tu sandalia
en mi corazón mudo.

No sé por qué horizonte tu silueta
ha de asomarse al mundo,
pero este año las rosas nacen vueltas
hacia el Oriente rubio...

Cuando tú llegues, besaré la tierra
en señal de saludo,
y apagaré mi lámpara, ya inútil
en tu día profundo.

Cuando tú llegues, me darán las cosas
sus sentidos ocultos,
y mi vida será tan dulce como
la luna en el crepúsculo.

Cuando tú llegues abriré mis puertas
para que entre el júbilo
del viento, y para ver los nuevos signos
de los cielos nocturnos.

Porque se poblarán de estrellas nuevas
los cielos del futuro
cuando bajo los pechos de los hombres
se callen los orgullos.

Y en nuestros ojos quedarán tan sólo
rencores moribundos,
deshaciéndose en lágrimas, fragantes
como de un llanto tuyo.

Cuando tú llegues guardaré silencio,
y así mis versos últimos
quedarán convertidos en alegres
pájaros errabundos...

Pablo Neruda.—Ningún poeta chileno ha sido elogiado con mayor apasionamiento que Pablo Neruda. Sus libros «Crepusculario» y «Veinte Poemas», que mostraron un poderoso temperamento lírico, sin dar la obra definitivamente lograda, despertaron entre los muchachos de su generación un ansia enloquecida de batirle palmas y un peligroso afán de imitación.

Apareció Neruda en una época en que la aspiración suprema del escritor—del lírico especialmente—era la originalidad. Pero como ser original dentro de la sencillez resultaría obra de genios, el joven poeta se esforzó por invadir los nebulosos laberintos en que ofician ultraístas y suprarrealistas.

Sufrió con ello menoscabo su ingénito vuelo personal. La influencia extraña aparece en él visible y desordenada; pero, dotado de una aguda sensibilidad, logra ponerse en equilibrio, y aun imprimir a veces cualidades personales a sus poemas de amor y a sus canciones desesperadas.

Sin un control mental muy sólido, le han desvanecido no poco los elogios, y ha buscado de sumar a ellos el prestigio de innovador. Pretensión lamentable, ya que él es sensibilidad pura.

Hay en Neruda una gran fuerza sensual trasmutable, pero no tiene discernimiento poético. Carece de penetración inteligente, y su nota más conmovedora es el alarido.

Cuando ahonda en la oscuridad, pretendiendo obtener sensaciones o sugerencias nuevas, su voz se diluye vanamente, sin otro sentido estético que un noble, pero fracasado afán de superación.

Pasará, como ya murieron otras escuelas y otras modas, este delirio innovador que atormenta a tantos poetas actuales, y las obras que con este afán se realizan sólo quedarán como piezas curiosas para los buzos literarios del porvenir.

Va aquí un fragmento de un bello poema de su «Crepusculario»:

Se llama y nadie responde,
se anda por seguir andando.
Andar, andar... ¿Hacia dónde?
¿Y hasta cuando?
Nadie responde
y se sigue andando.

Amor perdido y hallado
y otra vez la vida trunca.
¡Lo que siempre se ha buscado
no debiera hallarse nunca!

Uno se cansa de amar...
Uno vive y se ha de ir...
Soñar... ¿Para qué soñar?
Vivir... ¿Para qué vivir?

Hemos esbozado, sin otras pretensiones que fijar en sus aspectos más salientes, la personalidad de los poetas que han colaborado en ATENEA. Sería tarea de más aliento y reposo el estudio completo de estos y otros líricos cuyos valimientos justifican una atención concienzuda

REFLEXIONES ACERCA DE NUESTRA EDUCACION

POCOS sectores de la vida nacional, se han conmovido más intensamente, en los últimos años, como la educación pública. Y cosa extraña, restablecidos la tranquilidad y el orden, es poco, a lo menos, desde el punto de vista institucional o de realización orgánica, lo que se ha conseguido en la dirección del movimiento que produjo semejantes trastornos. Diversa es, por cierto, la situación con respecto al ambiente ideológico creado en torno a estas perturbaciones e influencias. El estado de ánimo o la sensibilidad de los elementos jóvenes que directa o indirectamente educan, ha cambiado, en efecto, radicalmente. Podría decirse, en este sentido, que se han establecido dos corrientes definidas. Una conservadora que vive realizando y estimando el trabajo escolar con el mismo criterio de principios del siglo. La otra, vanguardista, que actúa haciendo, casi tabla rasa del proceso espiritual o técnico interno de la educación que constituyó y sigue constituyendo para el grupo conservador, la única filosofía posible en materias pedagógicas.

Dentro de esta clasificación conviene, todavía, hacer una distinción: la escuela primaria y la segunda enseñanza, por una parte, y, por otra, la educación superior. Las dos primeras ramas han introducido un nuevo espíritu y presentan, por tanto, el fenómeno de la gestación interna, exteriorizada a través de conflictos y discrepancias en la apreciación de determinados problemas pedagógicos. La rama universitaria, en cambio, permanece casi inalterable pedagógicamente y ajena a la conmoción, originándose así, tanto en las instituciones, como en el espíritu que las anima una discreta armonía con el pasado y una actitud casi invariable de correspondencia, frente al proceso tradicional en relación con el desenvolvimiento de las actividades docentes.

Queda, por cierto, descartada desde este punto de vista, la cuestión de gran agitación interna que corresponde al movimiento estudiantil del grupo universitario de avanzada que, como es del dominio público ha originado graves cuestiones y conflictos de orden social, llegando, en algunos casos, a tocar de lleno el precario problema de las luchas de clases y sus relaciones con el régimen político imperante, de acuerdo con la estructura social-económica del país.

La juventud universitaria, no ha podido permanecer en la inactividad o indiferencia frente a la crisis político-social-económica de nuestro pueblo. Estimulada y enardecida por los credos políticos importados de Europa, y, especialmente por las revoluciones más trascendentales del siglo, verificadas en Rusia e Italia, en toda agitación económica y crisis del Poder Ejecutivo, tomaron posiciones de vanguardia y con actitudes, a menudo agresivas y violentas, han tenido en jaque y constante alarma a las más altas autoridades educacionales.

Si se considera, por otra parte, que la juventud, en su anhelo reivindicacionista, en su natural inclinación hacia la lucha de clases, tratando de borrar toda barrera jerárquica y diferencial entre los individuos, en su marcado sentimentalismo a favor de una organización intercontinental universalista, está pronta a recoger cualquier credo político u estructura social-económica que prometa, a lo menos en parte, una mayor equidad en la repartición de la riqueza y un advenimiento del Derecho y la Justicia en las relaciones internacionales y de política interna, el caos en que ha vivido la enseñanza superior se explica y se justifica casi enteramente.

De aquí que los conflictos suscitados entre el elemento estudiantil y las autoridades docentes y administrativas universitarias obedezcan, como las tentativas y proyectos de reforma a lo largo de todo el proceso educacional, a fenómenos de índole política, y, en forma muy especial, son el resultado inevitable de las modificaciones estructurales que va sufriendo la sociedad bajo el impulso de la presión de las generaciones jóvenes que, hoy como nunca, debido al ambiente caótico y de incógnitas en que se vive, procuran dar respuesta satisfactoria o soluciones a los complejos problemas de convivencia en general.

Pero en toda esta agitación y movimientos reivindicacionistas de la juventud universitaria no hay, propiamente, el problema pedagógico, tan típico y genuino para el grado elemental y algo menos para la segunda enseñanza. Sólo hay el problema social y el de la formación técnico profesional.

Otra es, ciertamente, la situación de la rama primaria, en

la que asume tanta importancia el problema pedagógico. No obstante, la existencia en forma muy destacada del problema pedagógico en los movimientos educacionales de la rama primaria no implica la falta de preocupación por la cuestión social. Muy por el contrario, la posición asumida por el estudiantado universitario a la cual aludimos en uno de los párrafos anteriores, fué, más o menos, la misma actitud que adoptó el magisterio primario, dando origen a graves represiones por parte de las autoridades gubernativas y que en algunas oportunidades culminaron en severísimas medidas disciplinarias.

Si se observa el panorama educacional en todo su conjunto y desde este punto de vista, en que nos hemos colocado, puede establecerse, *grosso modo*, que en la rama primaria, tanto el problema social como el pedagógico han preocupado al profesorado, con particular intensidad e importancia. En la enseñanza superior, en cambio, esta situación de prevalencia, en términos generales, sólo se refiere a la cuestión social.

En cuanto a la rama secundaria, puede decirse que, colocada en el centro y recibiendo influencias por ambos lados, ni uno ni otro asunto han logrado interesar en forma apreciable, al profesorado.

Cierto es que esta situación de tranquilidad relativa de la segunda enseñanza con respecto a los problemas de tanta significación como el social y el pedagógico, obedecen, seguramente, a causas de otra índole y que en este lugar no deseamos abordar.

A fin de introducir un poco de orden y claridad en este enmarañado problema, y en armonía con cuanto se viene diciendo, comenzaremos por precisar, aun cuando sea en forma rápida, cuál es el subsuelo social y político en el que descansa la educación pública y cuyas oscilaciones de fuerte perturbación explican fenómenos análogos de política general vacilante, tanteos, ensayos de reformas totales, cambios de organización y directivas en el campo de la enseñanza.

Hasta el año 1920, más o menos, la Educación Primaria guardó, en armonía con la tranquilidad política y social del país, una estructura relativamente fija y orientada en sentido tradicionalista. La enseñanza elemental se sujetó hasta esa fecha a la Ley Orgánica de Educación, del año 1860, mientras que la Segunda Enseñanza y la Universidad se regían por la Ley del año 1879. En el año 20, la Educación Primaria, como consecuencia natural de un Gobierno más democrático y orientado hacia los problemas urgentes de mejoramiento social, económico y cultural de nuestras clases populares, pasó a ser obligato-

ria y con ello, se determinó una extraordinaria difusión que, necesariamente, tuvo como consecuencia la elevación del nivel cultural de aquellas regiones más alejadas de los centros de capitales de provincia y departamentos. Entre tanto, el magisterio comenzaba a preocuparse, en forma muy intensa de los problemas pedagógicos que en Europa y Estados Unidos habían comenzado a ocupar el primer plano entre las cuestiones de mayor trascendencia.

A todo este despertar del espíritu se asoció desde el primer momento, una sed de mejoramiento de las condiciones económicas, que debería traer como corolario inmediato, una elevación de rango social y una mayor valorización del magisterio para intervenir en las diversas actividades del país.

Fué así como las falanges jóvenes, principalmente, las recién egresadas de las Escuelas Normales, sin descuidar el problema del mejoramiento económico, ávidas de nuevos horizontes, asimilaron con verdadera voracidad toda la producción literaria pedagógica del Viejo Continente, y con ello, encontrando terreno propicio en su espíritu inquieto y renovador, iniciaron a lo largo del país una activa labor de propaganda a favor de la educación del niño más en armonía, con los imperativos de la vida moderna y los descubrimientos científicos en el campo de la biología, la psicología, la sociología y la pedagogía experimental.

Concurren, pues, en este despertar espiritual y técnico del magisterio, dos aspectos que se complementan y se refuerzan: por una parte, y, principalmente, en los elementos maduros del magisterio, la necesidad de mejorar la condición económica a base de un *mínimum* de vida material, y, por otra, la inquietud en las huestes juveniles por alcanzar nuevas conquistas para la liberación del espíritu, en un ambiente de mayor comprensión de los valores humanos.

Quien interprete el movimiento de renovación educacional propiciado y llevado a cabo por el magisterio primario, sólo a base de uno de estos aspectos, y, en especial, a base del aspecto económico, desfigura la verdad histórica y manifiesta un desconocimiento completo de la auténtica fuerza de vibración espiritual que ha impulsado a nuestro pueblo hacia nuevos derroteros y más altos destinos de la vida educacional.

El profesorado secundario fué como se explica lógicamente, el que recogió de inmediato esta potente inspiración. En el Congreso Pedagógico, verificado en el año 26, y en el que participaron elementos de todas las ramas de la enseñanza, por la primera vez, la Educación Secundaria, a través de sus más des-

tacados y cultos elementos propició y discutió los tópicos y principios de la escuela nueva.

Todo lo que esta rama de la educación había hecho con anterioridad a este Congreso, en verdad, no había pasado de ser, sino iniciativa esporádica, ocasional y limitada a una propaganda literaria y un tanto romántica de algunos de los graves problemas de la educación moderna. Desde esta fecha, en cambio, el magisterio de segunda enseñanza, como cuerpo orgánico y representante oficial de los intereses educacionales del país, comienza a presentarse públicamente, para discutir los principios de la nueva enseñanza.

La eficacia y trascendencia de este Congreso pueden apreciarse por las consecuencias inmediatas que vinieron a influir en la estructuración misma de la educación secundaria. La Ley del año 79, en efecto, sufrió una derogación parcial en lo que se refiere a organización.

Posteriormente, el mismo Congreso determinó las bases ideológicas y técnicas de una de las tentativas de reforma, más audaces y radicales que haya experimentado la segunda enseñanza, incluyendo no sólo los liceos, sino todas las ramas de especialización y actividades profesionales correspondientes al grado secundario, es decir, al período comprendido entre los 12 y los 18 años.

La Enseñanza Universitaria, es, sin duda, la rama que menos transformaciones efectivas exteriores e interiores ha experimentado, sin que esto signifique la ausencia de tentativas de reformas igualmente radicales y profundas como se han producido en los grados elemental y secundario. Pero tales tentativas ni siquiera han logrado cristalizarse:

Dos causas explican, por lo demás, esta permanencia o actitud conservadora en el aspecto didáctico e institucional de la Universidad. Evidentemente es ésta la más avanzada de las ramas educacionales, esto es, el último grado en la carrera o proceso sistemático y organizado de los estudios, en modo tal, que la perturbación o sacudimiento a favor de nuevos principios pedagógicos y nuevas orientaciones en general, se reciben con cierto atraso. La Universidad—dicho gráficamente—es la última capa de la estructura educacional que recibe la influencia, por propagación regular y continuada desde el grado elemental hasta el liceo. Tan exacto es esto que, efectivamente, la primera modificación sustancial de la escuela no ha correspondido en rigor, al grado primario. Montessori y Decroly, nombres que llenan hoy, una de las páginas más hermosas y significativas de la educación moderna y de la regeneración de la

sociedad contemporánea sobre bases más científicas, más humanas y espirituales, comenzaron sus ensayos en el grado parvulario.

Montessori, particularmente, se ha hecho famosa en 18 lenguas y cuatro Continentes, por la «Casa dei bambini», es decir, un hogar para los párvulos. Sólo con posterioridad, su célebre método se aplicó a la escuela elemental y al primer grado de la enseñanza.

La Universidad, según esto, y en primer lugar, no puede renovarse, simultáneamente, con relación a la escuela primaria y secundaria, desde que su posición en el tiempo como etapa de evolución, corresponde a épocas anteriores, ya traspuestas por las ramas que se hallan en la base del proceso educacional.

En segundo lugar, el carácter mismo de la Universidad, en cuanto escuela que profundiza estudios a base de la investigación, o suministra la técnica de una profesión, o las dos cosas a la vez, mira más al contenido objetivo o supraindividual de la cultura que al aspecto subjetivo o psicológico. En otras palabras, le interesa más lo que se transmite y se aprende que el cómo de esta transmisión o aprendizaje. No es, pues, tanto la formación de un individuo como representante humano lo que aspira o persigue, sino la formación profesional o científica del futuro ciudadano. La pedagogía, en este último caso, como recurso formativo y normativo juega, pues, un papel mucho menor que aquel que corresponde al primer caso.

Ahora bien, lo que más ha cambiado, en los últimos tiempos no es, precisamente, el «qué» de la vida, es decir, la cultura. La gran crisis se refiere más bien a la manera «cómo» se interpreta esa cultura. En verdad, ésta no ha sufrido grandes modificaciones sustanciales. Principalmente ha progresado y se ha desenvuelto. Pero la interpretación que se hace hoy, de los valores culturales es radicalmente, diversa a la posición crítica del siglo pasado o aun del período de ante guerra. Se explican así, las modificaciones sustanciales que ha experimentado la escuela primaria y el liceo, llegando a adoptar incluso, una estructura nueva, mediante la organización de la enseñanza pre-escolar que pretende sustituir al hogar sobre la base de un ambiente totalmente diverso.

En cambio, la Universidad que también ha debido modificarse, no lo ha hecho impulsada por la ciencia de la educación, sino, simplemente, bajo la influencia de la inevitable revisión de la Cultura (ciencia, arte, filosofía, política, economía, religión, etc.), que se verifica muy especialmente en los períodos de crisis y en aquellos momentos de la historia en los cuales predomi-

nan como clima, la cuestión económica y los problemas sociales y morales anejos.

Al comienzo de este artículo, hacíamos notar cómo, a pesar de las violentas sacudidas que había experimentado nuestra educación pública, una vez tranquilizados los ánimos y vueltas las agujas a su centro, las instituciones más representativas no acusaban una apreciable modificación. En cambio—agregábamos—el espíritu y orientación interior de las mismas, habían sufrido una conmoción muy honda y significativa.

A continuación, trataremos de precisar cuál ha sido el ambiente ideológico creado por esta conmoción en armonía con los principios de la escuela nueva, y qué proyecciones deberá determinar para el futuro este ambiente, tanto en la educación, de inmediato, como en la sociedad, más adelante.

Si se practican dos cortes profundos en épocas bastante alejadas, la una de la otra; 1920 y 1933, saltan a la vista, automáticamente, algunas características diferenciales entre el proceso educativo clásico, tradicional y la interpretación moderna de aquello que, en rigor, debe ser el quid y el espíritu de la enseñanza.

En passant, será de cierto interés advertir que la misma situación de antagonismo, por aguda diferencia, se presenta en el campo social, en el campo político, en el campo económico, en el campo religioso, en el campo filosófico y ético... casi podría decirse, en el campo vital.

De modo que, rigurosamente, la crisis total de la educación, con sus nuevos principios, actitudes y procedimientos, no es, sino un aspecto particular de la gran crisis que conmueve y arrastra hoy, a todas las relaciones de convivencia y a la cultura. En un primer momento, una afirmación de esta naturaleza parece un poco enfática y antojadiza, de puro valor literario e índole conjetural. Precisada, en cambio, con hechos y situaciones reales, se presenta como una verdad incontrovertible, que arroja una luz inesperada y potente sobre el oscuro campo de la naturaleza humana, su evolución regida por leyes desconocidas o misteriosas y su destino.

Incuestionablemente, a la sociedad moderna se le imputan con sobrado fundamento, graves errores, lamentables vacíos y omisiones que amenazan su estabilidad y armonía. La conquista material del mundo, realizada sin control ni freno, comienza a resultarle al hombre de nuestros días, demasiado gravosa y asfixiante. De ahí que, como reacción, se le imponga el imperativo de la conquista del mundo de un modo más espiritual y con una ética más elevada.

Esta posición filosófica determina, inmediatamente, algunas consecuencias de extraordinaria importancia, tanto para las ciencias sociales como para la pedagogía.

Desde luego, la escuela no debe preparar para la sociedad, tal como se haya actualmente, organizada y dirigida.

Las aspiraciones y líneas de acción inmediata para una escuela moderna entran, por tanto, en el terreno de los ideales, de las posibilidades lejanas e infructuosas para la sociedad adulta de hoy. Tomar como modelo para la escuela, la vida nuestra, significa perpetuar el estado incongruente y de impasse que caracteriza el actual ambiente del conglomerado social.

Pero esos ideales de la nueva educación, no son extraños al ser que se está formando. Existen, ya, en su espíritu, como la única razón de vivir y actuar, como las únicas líneas naturales y sanas de desenvolvimiento y afirmación frente a la sociedad actual.

Por eso el joven que realiza sus propias iniciativas siguiendo sus propios impulsos, no sólo realiza su íntimo destino respetando su natural constitución, sino que favorece el despliegue y afirmación de la sociedad de mañana que el adulto persigue infructuosamente.

Frente al ser que se está formando no cabe, pues, sino la actitud de respeto y silencio, como ante el milagro de la generación o ante el crecimiento y desarrollo de la larva que se alimenta vorazmente o de la crisálida que se oculta en su capullo, mientras teje sus maravillosas alas que habrán de servirle más tarde.

El adulto debe sólo propiciar y favorecer la regularidad de este proceso que se le escapa total y definitivamente. No puede ni debe sustituirse al ser en formación para ayudarlo. La ayuda, sólo debe traducirse en las condiciones de orden material o espiritual que se identifican con el ambiente creado, exprofeso, para la educación.

Por eso, todos los desvelos de la escuela moderna tienden hoy a precisar o crear las mejores condiciones de ambiente que favorezcan el desenvolvimiento del ser en formación, mientras el educador, personalmente, ocupa en ese ambiente una posición subordinada y de inteligente limitación, modestia o paciencia.

Algunos cuadros de la vida animal ilustran espléndidamente estas consideraciones y principios. El insecto adulto coloca sus huevos en aquellos lugares que habrán de proporcionar posteriormente, al nuevo ser, luz y alimento necesario para la vida. Así, por ejemplo, busca para depositar sus huevos aque-

llas ramas que permitan el paso de los rayos solares en modo tal, que al nacer, el insecto infantil posea una especial sensibilidad para la luz y con ella pueda buscar los tejidos tiernos para su alimentación.

Proyectando este comportamiento biológico en el campo de la enseñanza se hace forzoso reconocer como verdadero educador, sólo a aquel que ha aprendido a renunciar a sí mismo, para procurarle al ser que se está formando el máximum de ayuda y bienestar.

Pero el cambio de actitud, con relación a los elementos jóvenes, y, por tanto, objetos de educación, tiene, todavía, una significación más precisa en el campo pedagógico. Determina taxativamente, la conducta o *modus operandi* en el proceso mismo de la enseñanza.

En efecto, la educación del presente, en términos generales se orienta hacia el individuo, hacia su propia e íntima esencia, no para formar un elemento de eficiencia social, en cuanto dominio de una técnica o profesionalismo, sino para revelar su propia naturaleza y estimular su propio y pleno desenvolvimiento. Es esta la gran cuestión de nuestro tiempo. Casi podría decirse, nuestro símbolo y nuestro evangelio. El hombre moderno comienza a buscarse a sí mismo.

Implícitamente en esta posición va envuelta una nueva estructura social, a base de individuos más éticamente sanos, equilibrados y conscientes o responsables de su destino.

El centro de gravedad colocado en la cultura como conquista y realidad supraindividual u objetiva, pasa a colocarse en la vida interior del individuo para relevar tendencias, líneas de desenvolvimiento, aptitudes e insospechadas posibilidades del espíritu humano, a favor del progreso y nuevos y más elevados valores de la cultura.

Todo esto, exige, por cierto, que la libertad y la espontaneidad en el ambiente escolar imperen en todo momento y en toda situación. La rigidez, la coacción o la imposición externa, violenta, como procedimiento, tendrán que desterrarse total y definitivamente. En cambio, las relaciones entre adultos y jóvenes, entre maestro y discípulo deben fundarse en la mutua comprensión, el mutuo respeto y la recíproca simpatía. La cultura existente (en orden material y espiritual) no se desecha, Es, por el contrario, una oportunidad, quizá la más preciosa y la única para la más alta finalidad de la educación: el pleno y natural desenvolvimiento del individuo. Pero para que tal cosa suceda y la cultura asuma una tal significación, es preciso que en todo ambiente escolar, desde el grado parvulario hasta

la Universidad, el trabajo o tema de estudio surjan organizada y conscientemente, sin herir o torcer las propias iniciativas de los elementos juveniles.

En términos particulares, la escuela, cualquiera que sea su rango en el proceso total de la educación, debe crear un ambiente material y espiritual adecuado al individuo que desea influir. La dotación de laboratorios, gabinetes, talleres, campos de cultivo, campos de juego, etc., deben constituir, pues, la base indispensable para el desenvolvimiento de las actividades educacionales a base del trabajo personal íntimo, completo y responsable.

La función de pura instrucción o aprendizaje de la escuela, debe sustituirse por la misión forjadora y reveladora del espíritu, en modo tal que la vida en todos sus aspectos, penetre en la escuela y sea un ambiente social e integrador de las múltiples y complejas situaciones del niño o del joven. No sólo debe perseguirse la escuela para la vida, sino una educación para una sociedad mejor, nueva e idealizada, en el sentido de una más alta espiritualidad y comprensión de la verdadera naturaleza humana con sus imperativos de elevado eticismo.

¿Qué hay de todo esto en nuestra educación?... Mucho y poco. Mucho, si se considera que todos los educadores jóvenes han comprendido y estimado estas trascendentales conquistas de la escuela moderna... Poco, si se considera la enorme distancia que media entre la comprensión de un fenómeno y la realización del mismo. De todos modos, la idea es el primer paso a favor de la acción, como tan profundamente lo adoctrinó el Cristianismo.

La juventud que actúa tiene, indiscutiblemente, hoy, una sed infinita de renovación... Y, aun cuando se entretenga en cuestiones de orden social con los innumerables problemas que de él dependen, lo hace, justamente, poniendo los ojos en la educación. ...

Los jóvenes creen que el problema de la escuela es el más significativo e importante en esa cruzada de mejoramiento y salvación nacional. Y de entre ellos, son los mejores quienes sostienen en convencimiento profundo, la gran trascendencia y eficacia admirable de los principios o filosofía de la nueva educación.

Lástima sí, que todo esto no sea, en rigor, sino un cuadro de bellas aspiraciones en el campo teórico de la pedagogía. No osamos, por eso, siquiera, tocar el terreno sombrío de las realidades en el dominio social. Ojalá nuestra sociedad se preocupara algo más que con fines literarios o sentimentales de lo que significa la educación de la masa infantil, ya que, por una u

otra razón el niño chileno permanece, en buena cuota, casi virgen de atención escolar, y, cosa increíble, virgen también de recursos higiénicos y sociales de toda suerte...

La Nueva Educación no es una teoría o una propaganda de realización inmediata para los privilegiados y los mejores. Tal monstruosidad no ha sido nunca cartel ostensible ni siquiera disimulado de los grandes y auténticos educadores modernos... No debe serlo, tampoco, honradamente entre nosotros.

La escuela nueva es un evangelio para la infancia y en calidad de tal, lucha por darle vida fácil y decorosa a la humanidad infantil, a esa humanidad incipiente que en un medio de mayor justicia no debiera negársele nada, porque nada cuanto existe puede negárseles a quienes traen oculta y en potencia la promesa de acertada solución en muchos de los problemas que actualmente nos afligen.

La Ciencia de la Educación y la Pedagogía lo han dicho ya todo o casi todo. Y hay de sobra lo suficiente para crear una sociedad mejor, tal como lo desea el adulto de hoy, vacilante, escéptico y egoísta, metido en el carro del progreso como en un callejón sin salida... Por eso, la reforma de nuestra escuela, en gran parte, ha dejado de ser un problema técnico, para constituir, en cambio, la cuestión social máxima, culminante, decisiva.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

EL MOVIMIENTO LITERARIO DE 1842

El más cercano de los contemporáneos del movimiento de la generación de 1842 en nuestros días era Augusto Orrego Luco. Seis años, de su nacimiento, lo separaban de aquel suceso capital de nuestras letras. Conoció a casi todos los hombres que actuaron en él. Sus ojos alcanzaron a Bello, intimó con Lastarria, fué amigo de Chacón, de Espejo, de Tocornal, de Varas y cuantas inteligencias directa o indirectamente tuvieron algo que hacer en ese instante de la cultura chilena. El testimonio de Orrego Luco, cuasi testigo de ese hecho, es de gran importancia. ¿Cómo juzga a los hombres? ¿Qué criterio le merecen los escritos de ese tiempo? ¿Cómo aprecia la influencia *cuyana*? ¿Está situado en la misma posición de Lastarria en los *Recuerdos Literarios*? Todas esas preguntas las absuelve Orrego Luco en estas páginas que podríamos llamar inéditas, a pesar de haberse publicado medio siglo atrás. (N. de la D.)

EL 14 de Julio de 1842 apareció el SEMANARIO, periódico, que el señor Lastarria se había propuesto hacer, al principio órgano exclusivo de las nuevas tendencias literarias, y que siguiendo después los cautelosos y prudentes consejos del señor don Andrés Bello, organizó como una manifestación más completa de todo nuestro movimiento intelectual, entrando a formar parte de su redacción jóvenes que venían de los campos más opuestos en literatura y en política.

Colaboraron en ese periódico don Francisco Bello, don José María Núñez, don Juan Nepomuceno Espejo, don Salvador Sanfuentes, don José E. Ramírez, don Manuel Antonio Tocornal, don Antonio García Reyes, don Antonio Varas, don Marcial González, don Manuel Talavera, don Joaquín Prieto Warnes, don José Joaquín Vallejos, don Hermógenes Irisarri, don Jacinto Chacón, don A. Olavarría, nombres todos destinados a ocupar más tarde un puesto brillante en la política y las letras nacionales.

La nueva publicación fué recibida por Sarmiento, en EL MERCURIO, con una benevolencia alentadora; pero López la recibió, en el periódico que redactaba en Valparaíso, con una benevolencia llena de reservas, llegando hasta a hacer una áspera crítica de una composición en verso del señor Prieto Warnes, titulada *Un suspiro y una flor*.

En aquella delicada situación, en que secretas rivalidades sociales venían a unirse a las punzantes rivalidades de las doctrinas literarias, esa crítica indiscreta iba a ser el germen de una polémica de inevitables asperezas.

En el segundo número del SEMANARIO apareció un artículo de Sanfuentes sobre el romanticismo, cuyo fondo era la sátira punzante de un artículo que sobre este mismo tema López había publicado en la REVISTA, y al día siguiente de esa publicación provocadora aparece en EL MERCURIO una invectiva mordaz y espiritual de Jotabeche.

Esos dos artículos daban a las rivalidades literarias el colorido de rivalidades nacionales; romántico y argentino eran sinónimos, lo mismo que lo fueron romántico y extravagante, que clásico y autoritario, en el curso de esa viva controversia.

Aquellas agresiones que iban a herir las fibras más sensibles del sentimiento nacional de los proscritos argentinos, exasperaron la irritable pluma de Sarmiento, quien haciendo suya la causa de su amigo, se arrojó sobre los jóvenes escritores con tremenda violencia.

Con esa contundente respuesta quedó abierta una larga polémica en que los adversarios de la nueva escuela descubrían su incapacidad radical para entenderla, y en que Sarmiento no podía prescindir de las heridas de su amor propio nacional.

Para los impugnadores del romanticismo, la nueva escuela literaria era simplemente un extravagante desenfreno, y toda su estética se podía reducir a una especie de codificación absurda del delirio.

Era inútil que el jefe de la nueva escuela, en su gráfico lenguaje, les dijera que el arte nuevo no pretendía emanciparse de

sus leyes naturales, y que sólo sacudía el imperio enervante y absurdo de los preceptos convencionales; «que en las letras como en la sociedad no debían dominar ni las ceremonias ni la anarquía; ni talones rotos, ni gorros rojos».

Los adversarios de la nueva escuela literaria, sólo querían ver las violentas y extravagantes contorsiones de aquella pitonisa, pero no querían oír el espíritu divino que la inspiraba.

Por su parte Sarmiento, con desnuda franqueza confesaba a Lastarria en una interesante carta, que éste ha publicado en sus *Recuerdos Literarios*, su situación personal en aquella controversia.

«Aparece hoy, le decía, una polémica literaria, yo la acepto, y si usted quiere la degenera, usando de una causticidad y amargura que se revela en cada página que escribo, en cada palabra que trazo. Se trata de romanticismo, y yo que me he reído de él en la *Nona sangrienta* y en cuanta ocasión he tenido la oportunidad de hacerlo, lo defiendo hoy con un calor irritante. ¿De dónde puede nacer este interés tan vivo? . . . Voy a decírselo a usted, y si no me hace justicia, me compadecerá al menos por un descarrío, en mi posición inevitable». Y después de recapitular todas sus quejas en contra de aquellos jóvenes escritores que en la sociedad y en la prensa trataban de exhibirlo como un grosero charlatán, como un ignorante presuntuoso, y de arrebatarle hasta ese pequeño prestigio del talento que era todo su patrimonio de proscrito; después de pintarle con tristeza la injusta y cruel persecución de que era víctima, añadía: «preocupado de estas ideas he entrado a combatir el artículo *romanticismo*; no por la cuestión literaria, sino por lo que a mi reputación, que quieren ajar, va en ello; y resuelto a defenderme me he propuesto herir de muerte, sin piedad, sin medida, usando de las mismas armas que de palabra y por escrito han usado contra mí».

Las palabras amenazantes que hemos copiado de esta desgarradora y amarga confesión, no debían, sin embargo, realizarse. Lastarria contestó a esa confidencia apelando a los sentimientos más nobles del joven escritor argentino, y Sarmiento, prescindiendo con orgullosa elevación de sus propias heridas, puso término a aquella polémica irritante.

Sin embargo, Vallejo continuaba en sus picantes correspondencias satirizando a los escritores argentinos, y atizando el fuego secreto que había alimentado esa polémica, obedeciendo, según Amunátegui, «a las repugnancias que experimentaba contra el romanticismo de López en literatura, y del Chacho en política», y según Lastarria, «porque tenía mucho que vengar».

Sarmiento contestaba a esas picantes invectivas, pero ya la

lucha se había hecho personal, cuerpo a cuerpo, entre el escritor argentino y Jotabeche, y se arrastraba ya con cierta languidez, cuando el desastre de Arroyo Grande barrió con las últimas esperanzas de los proscritos y consolidó en el poder el gobierno despótico de Rosas.

Aquella desgracia impuso silencio y respeto a la acerada pluma de Vallejo.

* * *

Como hemos dicho, fué don Salvador Sanfuentes quien abrió en EL SEMANARIO la ardiente querrela literaria que hemos bosquejado. Este joven escritor, que apenas contaba entonces veinticinco años de edad, era uno de los predilectos discípulos de Bello, y desde 1834 había principiado a llamar la atención por la precocidad de su talento literario.

En EL ARAUCANO, don Andrés Bello había publicado con vivísimos elogios la traducción de un fragmento de a *Ifigenia* de Racine, hecha por Sanfuentes. Todo en su vida iba a tener una excepcional precocidad: a los 17 años, era, como se ve, un escritor aplaudido; a los 19, acompañaba a don Mariano Egaña en su legación al Perú, en calidad de secretario; a los 28 años, era nombrado Intendente de Valdivia, y a los 29 años volvía a Santiago a ocupar un sillón ministerial.

Ese solo rasgo de su vida nos descubre la seriedad de su carácter, la tranquilidad de un espíritu metódico y esa fría corrección, esa circunspecta reserva, que apaga en un hombre las espontaneidades de la vida, y reemplazando la lima de los años, borra las angulosidades cortantes, las asperezas del carácter juvenil.

Y en efecto, el joven escritor del SEMANARIO era un espíritu profundamente metódico y austero, de una laboriosidad asombrosa, de una tranquilidad correcta, y que tenía los inevitables y fríos defectos que brotan de esas mismas cualidades.

En los fragmentos de su diario que han llegado hasta nosotros,—porque Sanfuentes llevaba un libro de memorias, en que anotaba todas las impresiones de su vida, sus lecturas, sus estudios, el estado de su salud, y hasta los más insignificantes incidentes personales,—nos asombra la extensión y la asiduidad de su labor intelectual.

Sólo esa infatigable tenacidad puede explicarnos la enorme masa de escritos que ha dejado en una vida corta en que, durante muchos años, ocupó puestos políticos de una absorbente actividad.

Además del *Campanario*, de *Lucía*, de *Teudo*, del *Bandido*, de *Jnani*, de la traducción del *Británico* de Racine, de un drama

sobre *Juana de Nápoles*, de una leyenda titulada *Huastemagu*, de una traducción de los *Celos infundados* de Molière, y dos dramas originales: *Una venganza* y *Cora o la Virgen del Sol*, nos ha dejado una memoria que abraza la historia de Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo, y sabemos que destruyó cuatro o cinco dramas, cuyos títulos es todo lo que ha llegado hasta nosotros. Esos dramas destruidos se llamaban: *Caupolicán 1.º*, *Caupolicán 2.º*, *El mal pagador*, *El castillo de Mazzini*. Y todavía entre sus obras póstumas figura otro drama, titulado *Don Francisco de Meneses*.

Obra enorme realizada por un hombre cuya vida sólo abrazó 43 años escasos.

Su primera producción de algún aliento se publicó en EL SEMANARIO. Era una leyenda del siglo XVIII, titulada el *Campanario*. «Abundan en ella—dice Amunátegui—retratos copiados del natural. por mano de maestro, y cuadros acabados de las costumbres coloniales». Y más adelante añade: «nos parece que los desenlaces del *Campanario*, del *Bandido* y de *Jnani*, dejan algo que desear, sobre todo el de los dos primeros. Hay en ellos demasiados horrores: el fin es muy trágico. El poeta se convierte en un Robespierre literario; no se satisface con una sola víctima sino una hecatombe. El telón cae sobre los cadáveres de casi todos los actores».

Diversa fué, sin embargo, la impresión que produjo el *Campanario* en aquella época de natural benevolencia. Con esa producción subió a una gran altura el prestigio literario de su autor, que ese mismo año fué nombrado oficial mayor del Ministerio de Justicia, y, al año siguiente miembro de la Universidad y secretario general de la misma institución.

Su prestigio literario empujaba visiblemente su fortuna, y en 1845 lo llevaba al puesto de Intendente de Valdivia, y al año siguiente lo hacía figurar como Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, puesto que ocupó desde principios de Febrero de 1847 hasta mediados de Junio de 1849, en que el Ministerio Vial cayó despedazado.

En medio de los trabajos administrativos y las agitaciones de la vida política, continuaba Sanfuentes asiduamente consagrado al cultivo de las letras.

En 1850 dió a luz el primer tomo de sus *Leyendas y obras dramáticas*, tomo que comprende: *El Bandido*, *El Jnani*, una traducción en verso del *Británico* de Racine, y un drama original, también en verso, titulado *Juana de Nápoles*.

De todas esas producciones este último drama es la única que presenta algún relieve, y que marca algún progreso en las for-

mas literarias de su autor; siempre apagadas, sin embargo; siempre frías, en medio de su tranquila corrección.

La figura de aquella reina encantadora, desgraciada y ligera que daba muerte a su esposo y moría ella misma sobre las gradas del trono; esa figura de una belleza fascinadora y de una loca frivolidad, caliente, a veces la pesada atmósfera del drama, le da ciertos movimientos de pasión, ciertos arranques de una audacia excepcional debajo de la pluma de Sanfuentes.

Ese mismo año daba también a luz su memoria titulada: *Chile, desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*, lánguida y fría exposición de un período tormentoso de nuestra historia política, y a que hasta el señor Amunátegui reprocha la falta de animación y movimiento.

Hay en las notas mismas de Sanfuentes detalles pintorescos, rasgos vivísimos que habrían dado a su cuadro histórico una impresión más palpitante y verdadera, pero que su arte académico no supo aprovechar.

En 1853, Sanfuentes publicaba en EL MUSEO una nueva leyenda, titulada *Huastemagu*, cuyo drama se desarrolla alrededor del platónico amor de un araucano por una hermosa monja que ha robado en un convento de Osorno. La virtud trascendental de aquella monja domina los brutales y ciegos arranques del salvaje, que abandona por fin su *ruca* y su vida de los bosques, para seguir como esclavo a su cautiva.

En 1855, Sanfuentes era nombrado Ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago, y al año siguiente sucedía a don Ventura Blanco Encalada en el cargo de decano de la Facultad de Humanidades, cargo para el cual fué reelegido en los dos períodos siguientes.

En 1857, publicó en los folletines de EL FERROCARRIL una larga leyenda titulada *Ricardo y Lucía o la destrucción del Imperial*, impresa después en dos volúmenes; y, otra leyenda, en LA REVISTA DE CIENCIAS Y LETRAS titulada *Teudo o memorias de un solitario*.

Una evolución política llevó ese mismo año a Sanfuentes al Ministerio de Septiembre de 1857, que encabezaba don Jerónimo Urmeneta, gabinete que debía ser rápidamente devorado por sus propias disensiones y las insalvables dificultades que pretendía conciliar.

Los honores no tardaron mucho en volver a golpear la puerta del ministro caído.

En Marzo de 1858 la oposición lo elegía Diputado por el departamento de Quillota, y en Abril de ese mismo año, el Gobierno

lo nombró Ministro de la Corte Suprema, en reemplazo de don Ramón Luis Irarrázaval.

Desde su sillón de Juez, Sanfuentes vió pasar tranquilamente la tempestad revolucionaria, que agitó al país en esos años. Sumergido en el cumplimiento de sus deberes judiciales, en sus lecturas, y en sus incesantes tareas literarias, esperaba llegase una hora favorable, una situación en que le fuera posible volver a la vida activa del político, sin exponerse a las violencias de la lucha o a ser envuelto en el oleaje de una desecha tempestad.

Pero, antes que llegara esa nueva situación, llegó la muerte. A mediados de Julio de 1860, falleció el autor de *El Campanario*.

* * *

En aquella ardiente polémica de EL SEMANARIO, acompañaba a Sanfuentes un joven escritor que iba a adquirir más adelante una popularidad ruidosa y duradera. Ese joven escritor era don José Joaquín Vallejo, quien no había sido tratado por la fortuna con la misma pródiga generosidad que su compañero de armas en las letras.

Vallejo nació en una oscura familia de provincia, y, con orgullosa modestia, nos ha dejado él mismo una tierna y viva pintura de ese humilde hogar.

«Mi padre fué platero,—escribía a un amigo, a propósito de torpes alusiones a su cuna que le habían sido lanzada en la prensa. En el mismo sitio en que él tuvo su taller, tengo hoy mi lindo gabinetito, donde te escribo esta carta y he escrito mis *Jotabeches*.»

El terremoto que asoló a Copiapó el 10 de Mayo de 1819, hizo emigrar a La Serena la familia de Vallejo. Allí recibió su primera educación, y de allí vino a Santiago, honrosamente elegido por la Municipalidad de La Serena, para ocupar en el Liceo de Mora la beca que correspondía a ese departamento.

«Hemos oído, dice el señor Amunátegui, a algunos de sus discípulos, que Vallejo fué muy distinguido y apreciado por Mora quien lo puso en relaciones con el general don José Manuel Borgoño, el cual le protegió en cuanto pudo.»

La vuelta de los conservadores al poder trajo, como ya hemos dicho la inevitable clausura del Liceo y la ruina de su generoso protector.

Vallejo se empeñó, sin embargo, en continuar sus estudios en el Instituto Nacional; pero la estrechez de sus recursos lo obligó a abandonar esos propósitos, y a entrar como dependiente en una tienda

De esa humilde situación lo levantó la protección de sus amigos, quienes le consiguieron del general Prieto el nombramiento de secretario de la Intendencia del Maule. Fué a ocupar ese puesto en 1835, y en él lo encontramos todavía tranquilamente instalado, en estrechas y cordiales relaciones con su jefe a fines de 1839.

Pero, a principios del año siguiente, aquella cordialidad desaparece, y se levanta entre ellos una querrela inexorable.

Vallejo perseguía al Intendente con la mordacidad de sus sátiras picantes, con las aceradas burlas de su ingenio; el Intendente se servía para vengar sus ofensas de todos los recursos que ponía en sus manos el poder. En esa lucha, Vallejo fué a dar a una prisión, y de esa cárcel salió el escritor y, casi decimos, su política.

Los artículos agresivos y chispeantes que publicó Vallejo en contra del Intendente del Maule, en *EL MERCURIO* de Valparaíso y en *EL BUZÓN* de Santiago, son las primeras producciones de su pluma que han llegado hasta nosotros, y en ellas, el escritor humorista se descubre con todas sus risueñas y peligrosas facultades.

Larra y Zorrilla habían despertado entre nosotros un vivísimo entusiasmo, y su asidua lectura ha dejado huellas muy claramente perceptibles en los escritores de aquel tiempo. Larra fué el fascinador modelo de Vallejo: en él bebió el amor a la corrección de las formas españolas y cierto afectado desdén por esas formas; un escrupuloso refinamiento en la observancia del diccionario y la gramática al mismo tiempo que una perenne protesta en contra de sus despóticas y caprichosas prescripciones. En él bebió esa inspiración salada y amarga, esa dolorosa ironía envuelta siempre en una risueña tristeza; y en él aprendió el manejo de la anécdota punzante y mordaz, de que había sacado tan brillante partido en sus polémicas el satírico español.

En los primeros escritos de Vallejo a que hemos aludido y en los que publicó poco después en *LA GUERRA A LA TIRANÍA* no se mostraba más que el aspecto hiriente y acerado de su pluma, que en sus artículos de costumbres descubriría después el lado patético de los escritores humoristas.

Vallejo se servía entonces de su pluma como de una arma en las luchas políticas, y era para él entonces la política algo esencialmente personal y que giraba en torno del Intendente con quien se encontraba en guerra abierta.

Vallejo encabezaba la ardiente oposición que se había levantado en el Maule y, sin embargo, no tuvo dificultad para presentarse al general don Manuel Bulnes, candidato entonces a la Presidencia de la República, para ofrecerle un decidido apoyo

en favor del Gobierno, si éste separaba simplemente al Intendente del mando de la provincia, y como esa separación fuera negada por los hombres de gobierno, Vallejo se alistó entre sus más implacables y virulentos adversarios.

La política del escritor de LA GUERRA A LA TIRANÍA estaba, pues, sujeta a un criterio esencialmente personal, y en sus verdaderos móviles obedecía entonces a la inspiración de rencores lugareños.

El fracaso electoral del partido en que Vallejo había militado lo determinó a volverse a Copiapó en busca de fortuna. Principió allí a ganar la vida como minero y *tinterillo*, y en medio de su prosperidad creciente, imitando los artículos de costumbres del crítico español, principió a publicar en EL MERCURIO sus primeros *Jotabeches*. Gozaba ya de una extensa reputación como escritor festivo, cuando hizo Sarmiento su provocadora aparición en nuestra arena literaria, y ya hemos dicho que Vallejo fué entonces su más poderoso y tenaz contradictor y que fué el primero en dar a aquella lucha literaria los agrios caracteres de una contienda que afectaba el amor propio nacional.

Hasta 1845 continuó Vallejo colaborando en EL MERCURIO. En esa fecha principió a publicar un periódico semanal titulado EL COPIAPINO, destinado a promover los intereses mineros de la provincia de Atacama y a hacer una guerra inexorable a los abusos de los agentes subalternos del poder.

El periódico de Vallejo tuvo una tormentosa aparición, desde el primer momento suscitó a su redactor ásperas dificultades personales que un año más tarde le obligaron a alejarse de la lucha y a guardar un largo silencio literario que sólo mucho después vino a interrumpir, volviendo a recoger su pluma risueña de crítico social.

Entre tanto la fortuna le había sonreído y Vallejo se encontraba en situación de poder aspirar al dispendioso honor de representar en el Congreso a los departamentos de Vallenar y de Freirina.

Apoyado por sus amigos con resuelta energía obtuvo un triunfo espléndido, saliendo elegido como Diputado de oposición en una reñida lucha electoral.

Su carrera parlamentaria no correspondió a las esperanzas que el fecundo escritor había hecho concebir. En la legislatura de 1849 y 50 hizo tardías y a veces una desgraciada aparición en el debate, lo que explica que en 1851 se alejara completamente de la Cámara, y que, a pesar de haber recibido en 1852 la representación de los departamentos de Constitución y de Cauquenes, no ocupara nunca su asiento en el Congreso.

En este último año fué nombrado Encargado de Negocios de Chile en Bolivia.

El general Belzú, Presidente entonces de Bolivia, había colocado en un difícil pie las relaciones amistosas de estos dos países y dado un agrio sesgo a cuestión de límites, cuyas asperezas para él se complicaban con pretendidas ofensas que el Gobierno de Chile había hecho a su Gobierno.

En aquella situación no consiguió Vallejo ni siquiera ser oficialmente recibido, y después de un duro cambio de notas con el Ministro de Relaciones Exteriores tuvo que pedir su pasaporte.

Vuelto a Chile se fué a residir en Copiapó, abandonando para siempre la política y las letras.

En medio de las sonrisas de la fortuna y de todas las facilidades de la vida, una sombría displicencia invadía su espíritu; no era esa tristeza el fruto amargo de los desengaños que había recogido, tanto como un síntoma de la penosa enfermedad que devoraba su organismo, y que concluyó su vida en Septiembre de 1858.

* * *

En medio de las ruidosas polémicas que había levantado EL SEMANARIO, apareció en el teatro una elegante figura literaria.

El 28 de Agosto de 1842, subía a la escena un drama titulado *Los Amores del Poeta*, y cuando el público aclamaba al autor, se presentó en el proscenio un joven que no había llegado aún a los 30 años, de hermosa figura y que recibía los aplausos con esa aristocrática mezcla de embarazo y abandono del hombre de mundo que pisa por accidente el escenario.

El autor de aquel drama era el hijo mayor del señor Bello, nacido en Londres en 1815, y que llegaba en ese momento a la cumbre de una vida literaria destinada a ser tan brillante como rápida.

En esa época el teatro había llegado a ser la más interesante y viva de las distracciones sociales. Las salas se sentían estrechas para contener el auditorio que asistía a la representación de los dramas de Víctor Hugo y de Dumas, de Larra y de Bretón de los Herreros, de Ducange y de Ventura de la Vega, animados por el juego escénico de Casacuberta y la Miranda.

Al vivo interés que el público sentía por los espectáculos teatrales, se añadía la noche que subió a la escena *Los Amores del Poeta*, el picante interés que despertaba el joven escritor, cuya vida de brillante hombre de mundo había cruzado por esa penumbra misteriosa de las leyendas galantes.

En el drama de Carlos Bello, el público iba a buscar una in-

discreta huella del autor, un eco palpitante de sus propios dramas; y las maliciosas miradas de la crónica pretenden haber divisado el drama real al través de los provocadores y espesos velos con que el poeta lo envolvía en el proscenio.

Y en efecto, el argumento parece calculado para ocultar situaciones reales y desfigurar el carácter y los hechos, está lleno de absurdos demasiado resaltantes para que no sea permitido suponerlos voluntarios, y casi calculados para despertar con fuerza la sospecha.

El drama se desarrolla en las inmediaciones de París. Un poeta célebre, hermoso y brillante, ama a una viuda de diez y nueve años, con una pasión que toca los límites ardientes del delirio, pero que en medio de todas sus locuras no alcanza hasta llegar al matrimonio. Un coronel de ejército, formidable espadachín, se arroja en medio de ese drama y arranca a la viuda una carta en que ésta le pide a su amante que la olvide y que se aleje, intimando a aquella mujer con la amenaza de desafiar al poeta y darle muerte.

Este sospecha el origen de aquella forzada y cruel separación y yendo al encuentro del espadachín lo provoca a un duelo y le atraviesa el corazón con una bala.

¿Por qué pasa la escena en París? preguntaba Sarmiento en *EL MERCURIO*. ¿Qué justifica esa influencia extraña que ejerce el coronel sobre la amante? preguntaba *EL SEMANARIO*. Pero éstas y otras interrogaciones encontraban en el público una sonrisa maliciosa, y continuaba el drama con todos sus absurdos necesarios, en medio de aplausos, que la crítica fría y lejana, sin conocer el secreto de ese enigma, no puede encontrar justificados.

Se formaría, sin embargo, una idea inexacta del mérito de aquella producción el que la juzgara solamente por el valor de la trama en que se apoya, prescindiendo de la capa de poesía y de pasión con que el poeta ha tenido la fortuna de cubrirla y que explican el vivo interés que para los jóvenes lectores conserva todavía.

A una obra de arte de un carácter más elevado y duradero, quiso ligar su nombre el aplaudido escritor y eligió como héroe de su nuevo drama a César Borgia, ese fascinador demonio de la historia, que supo cubrir con cierta grandeza elegante sus crímenes y miserias de ambición.

El perfume que mezclaba a sus venenos, embriaga todavía a los que se acercan a sus víctimas y produce una extraña perturbación en el criterio moral de los que pretenden juzgarlo.

Carlos Bello sufrió la fascinación de ese monstruo elegante, y alrededor de ese personaje desenvolvió una intriga dramá-

tica. Tocaba ya a su término la obra cuando la muerte lo vino a sorprender. Don Juan Bello tomó el manuscrito de la herencia literaria de su hermano, y proponiéndose terminarlo lo llevó en sus viajes. Yendo de aquí a allá las hojas se extraviaron y del drama desaparecido sólo conocemos ahora muy poco más que el título: *Inés de Mantua*, y el ambicioso sueño que perseguía su autor al escribirlo.

Prescindiendo de esos dramas, unas cuantas poesías fugitivas, un atrevido y desgraciado ensayo de psicología moral titulado *El Loco*, una biografía de don Agustín Vial Santelices, y el título de una novela en prosa, es todo lo que nos ha quedado del joven escritor que falleció el 26 de octubre de 1854, llevando a su tumba prematura, fundadas y hermosas esperanzas.

* * *

.....
 La actividad literaria del teatro y de la prensa de 1842, se reflejó también en el certamen que la Sociedad Literaria abrió en ese año

Don Santiago Lindsay, don Ramón Francisco Ovalle, don Francisco Bilbao y don Juan Bello, hicieron entonces su juvenil aparición en nuestras letras.

Presentaron las tres primeras composiciones poéticas y el último ensayo en prosa, que obtuvieron los premios del concurso

Santiago Lindsay, que había nacido en 1825, contaba entonces 17 años escasos y esa era también, más o menos la edad de Ovalle y de Bilbao.

El entusiasmo infantil, es todo lo que tenemos derecho de buscar en las producciones presentadas al certamen y que son un significativo documento de la irradiación social que las letras habían adquirido. La juventud literaria sólo existe en medio de una atmósfera social que la estimule.

Santiago Lindsay desarrolló después como escritor político aptitudes que no haría sospechar la ardorosa fogosidad de sus ensayos de poeta. Se reflejaba, por el contrario, en sus escritos, la tranquilidad profunda de un espíritu que huía de la imaginación y sus arranques, para encerrarse en el frío marco de la lógica.

Era un hombre de prensa respetable, de formas correctas y corteses, que buscaba en la fuerza del raciocinio la elocuencia, y en la difusión de sus ideas el éxito supremo que pueda alcanzar un escritor.

La diplomacia y la administración pública, a que prestó desde muy temprano sus servicios, sólo le permitieron hacer una vida literaria accidental.

.....

* * *

El movimiento intelectual de 1842 debía reflejarse todavía de un modo más eficaz y duradero en la profunda variación que sufrió entonces la organización universitaria y nuestro sistema de enseñanza.

El 28 de Diciembre de 1842, don Antonio Varas fué nombrado rector del Instituto Nacional.

El joven rector que alcanzaba apenas a contar 25 años, había tomado una participación activa en el movimiento literario. Su gabinete de trabajo había sido el centro de reunión de la redacción del SEMANARIO, y se distinguía entre los jóvenes escritores de aquel tiempo por la extraña mezcla de precoz seriedad y audacia revolucionaria que constituían el fondo de su talento y de su carácter vigoroso.

La entrada de Varas en la dirección del Instituto, coincide con la reforma de la enseñanza secundaria que consagró el decreto de 25 de febrero de 1843.

Según ese decreto, la enseñanza secundaria debía comprender: 1.º lenguas latina, castellana, inglesa y francesa; 2.º dibujo; 3.º aritmética, álgebra, geometría y trigonometría; 4.º religión; 5.º cosmografía, geografía e historia; 6.º elementos de historia natural, física y química; 7.º retórica, y 8.º filosofía; estableciendo, además, una academia de ejercicios literarios para los alumnos de 6.º año, que debían cursar literatura latina con ejercicios por escrito, filosofía, mental y moral e historia de América y en especial de Chile.

Aquella importante y bien calculada innovación estaba condenada a fracasar por la falta de profesores preparados y los métodos defectuosos de enseñanza.

Varas luchó tenazmente con los obstáculos que le oponía la rutina, se empeñó en dar un carácter esencialmente práctico al estudio y en restringir el aprendizaje de memoria, pero tuvo que declararse vencido por la falta de cooperación y de elementos para llevar adelante su propósito.

«Pero, como dice el señor Lastarria historiando estos sucesos, el acontecimiento más importante que da testimonio de aquella aspiración al desarrollo intelectual, es la instalación de la Universidad de Chile que había sido creada por ley de 19

de Noviembre de 1842 (1) que se inauguró solemnemente el 17 de Septiembre de 1843, en el general de la antigua Universidad de San Felipe, que servía entonces de sala de sesiones a la Cámara de Diputados, a pesar de conservar sus viejas decoraciones, entre las cuales figuraban los retratos de Santo Tomás de Aquino y el de su contradictor el sutil Escoto, el de Aristóteles y el del maestro de las sentencias Pedro Lombardo, además de otros y de Heráclito, que llorando, y Demócrito, que riendo, se asomaba a uno y otro lado de la entrada principal, como para indicar que allí había por qué reír y también algo que hacía llorar.

«La instalación se hizo por el Presidente de la República, acompañado de sus ministros, de comisiones de ambas Cámaras legislativas, de los tribunales y demás corporaciones civiles y militares, y en presencia de los ochenta y seis miembros que el Gobierno había nombrado para las cinco facultades y de los veinte y dos doctores que quedaban de la Universidad de San Felipe, varios de los cuales se presentaron con borlas y capelos, a la antigua. Después de un breve discurso del Ministro de Instrucción Pública y del que leyó el nuevo rector don Andrés Bello, toda la concurrencia se trasladó a la Catedral, donde se cantó el *Te Deum* con gran pompa y en seguida a la sala de Gobierno donde se terminó la ceremonia. Esta fué una verdadera fiesta cívica que contribuyó a la conmemoración del trigésimo tercio aniversario de nuestra independencia.»

En este pintoresco y vigoroso bosquejo el señor Lastarria nos diseña la importancia que se daba a la instalación de nuestra Universidad, que debía ser el centro activo y el árbitro supremo de nuestro desarrollo intelectual, pero que, como todas las instituciones de su género, debía más tarde traicionar las legítimas y ambiciosas esperanzas que al nacer había despertado.

Pero de todos modos, al instalarse la Universidad, representaba la inteligencia del país, y servía de centro a todas nuestras reputaciones literarias.

Al inaugurarse la Universidad pronunció el señor don Andrés Bello un discurso que ha sido después comentado con viveza, y que se ha tratado de exhibir como la profesión de fe literaria del eminente escritor venezolano.

Por nuestra parte no miramos ese interesante documento como una exposición personal de las ideas de su autor, sino

(1) La ley que mandó fundar la Universidad es de 17 de Abril de 1839.

más bien como una síntesis de las ideas que en ese tiempo flotaban en la atmósfera.

En ese discurso oficial, el señor Bello debía exponer el criterio que servía de base a la nueva institución, las doctrinas y tendencias que estaba destinada a propagar y sostener.

Es verdad que en medio de esas ideas oficiales formuladas en un lenguaje oficial, asoman las cuestiones ardientes que alimentaban las vivas controversias de aquella época, y que en un momento el señor Bello refleja en su discurso emociones profundamente personales, llegando hasta levantar el velo de una íntima región del sentimiento.

Después de recordar que «las letras y las ciencias son, (después de la humilde y contenta resignación del alma religiosa) el mejor preparativo para la hora de la desgracia»; después de recordar que Sócrates ilumina su cárcel con sublimes especulaciones sobre los destinos humanos, que Dante compone en el destierro su Divina Comedia y Chenier escribe sus últimas versos al subir al patíbulo, añade el señor Bello: «yo mismo aun siguiendo de tan lejos a sus favorecidos adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios y saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida y conservan todavía algunos matices a el alma, como la flor que hermosea las ruinas».

Pero ni esa nota personal y discordante, ni la ambigua apreciación que hizo el señor Bello en su discurso de las cuestiones que agitaban nuestro naciente mundo literario, bastan para despojar a esa disertación académica de su carácter esencialmente impersonal.

Desde este punto de vista consideramos, pues, el discurso inaugural de la Universidad como una elegante y amable exposición del criterio y las doctrinas dominantes, cuando lo pronunciaba el señor Bello.

Padecían una extraña ilusión los que aguardaban que el señor Bello convirtiera en aquella ceremonia, su discurso en una crítica de las poderosas y respetables tendencias del pasado, y era natural que «el representante de la sabiduría entre nosotros, pusiera al frente de las nuevas esperanzas las tablas de la antigua ley».

* * *

El movimiento literario de la época que vamos historiando había alcanzado y arrastrado al clero, que sentía la necesidad de buscar en la prensa un apoyo para las creencias religiosas

minadas por una sorda propaganda que no tardaría en asomar audazmente la cabeza.

Obedeciendo a ese propósito de doctrina y propaganda apareció en 1843 la REVISTA CATÓLICA, órgano oficial de la arquidiócesis, y cuya dirección se entregó a dos hombres que debían desempeñar un papel muy prominente en nuestra iglesia y en nuestro desarrollo intelectual.

Era uno de éstos don Rafael Valentín Valdivieso, que durante treinta años ocupó la Sede Arzobispal, y era el otro don Hipólito Salas, que durante muchos años debía después desempeñar el obispado de Concepción.

Un fuerte espíritu eclesiástico era el lazo que asociaba a esos dos hombres de la misma empresa, venciendo violentamente contradicciones de carácter que había acentuado en ellos las diversas condiciones de su vida.

Don Rafael Valentín Valdivieso había nacido en el seno de una de nuestras más poderosas familias coloniales, y respirado los primeros años de su vida en esa atmósfera penetrante de una orgullosa y altanera tradición aristocrática.

A los veinte años había terminado con brillo sus estudios de abogado y la Corte de Apelaciones lo nombraba defensor de menores. A los veintiocho años ocupaba un asiento en ese alto tribunal, y ejercía una visible influencia como regidor municipal.

En medio de esa carrera, en que una espléndida prosperidad le sonreía, el señor Valdivieso se detiene y como si hubiera experimentado una brusca variación en sus ideas, abandona la vida civil con todas sus brillantes y ya cercanas perspectivas y toma el hábito eclesiástico.

Hizo su profesión de fe religiosa el 15 de Agosto de 1834, cuando apenas contaba 30 años de edad; pero al tomar el hábito no buscaba el joven sacerdote la penumbra silenciosa y soñadora del convento, sino un campo de acción en que desarrollar la actividad vigorosa de su espíritu, al servicio de un cuerpo de doctrina que inspiraba su alma con viveza.

Siendo ya sacerdote ocupó un puesto en el Congreso, y en él se distinguió por la actividad y energía de su acción política.

Al mismo tiempo que el señor Valdivieso se arrojaba en brazos de esas ásperas luchas de partido, se consagraba con rara abnegación al desempeño de su deber sacerdotal. Daba misiones en las regiones más apartadas del norte y sur de la República y se conquistaba un alto rango en la oratoria sagrada. Una prueba del homenaje que se rendía a su talento, es que se encomendara a ese joven sacerdote la oración fúnebre de las

exequias de Portales, que figura entre las más distinguidas producciones del talento nacional en este género.

En víspera de la aparición de la REVISTA, sostenía el SEMANARIO una polémica tremenda con Sarmiento provocada por uno de esos accidentes a que estaba naturalmente expuesta a cada paso, la pluma llena de traviesas alusiones del escritor argentino.

Dando cuenta Sarmiento de la representación de *Adel el Zegrí*, para pintar el carácter de la monja que figura en ese drama, había dicho que era «una monja Zañartu, que vivía maldiciendo día y noche la vida monástica y echando menos los goces del mundo».

Esta alusión hirió al señor Valdivieso en lo más vivo, lo hería como sacerdote y como pariente de la monja, y para recoger esa alusión se lanzó en una polémica con el crítico argentino en que la frialdad risueña no estuvo de su parte.

Con la misma pluma con que escribió sus aceradas agresiones en contra de Sarmiento, pudo alcanzar a escribir el señor Valdivieso su tranquila exposición de los propósitos a que iba a obedecer la dirección de la REVISTA.

Su permanencia al frente de ese periódico fué luego interrumpida por la consagración de otros deberes eclesiásticos.

En 1843 la muerte del señor Vicuña dejó vacante la Sede episcopal, que después de la renuncia de don José Alejo Eyzaguirre, debía ocupar el señor Valdivieso.

Su nueva situación lo alejó de nuestra prensa y desde entonces el escritor desaparece bajo los severos y rígidos pliegues del manto episcopal, y sólo en algunos de sus discursos deja ver sus poderosas y brillantes facultades.

En sus escritos de la REVISTA el señor Valdivieso desplegaba un estilo esmerado, y cierta amplitud y entonación ciceroniana, que envuelve como una suelta trapería, su pesada y enorme erudición teológica.

Su colega en la redacción de la REVISTA era un hombre de otro temple, formado en una escuela muy diversa.

Don Hipólito Salas nació en el Olivar de Colchagua en 1812, en el seno de una modesta familia, cruelmente maltratada por la suerte. Los principios de su vida tuvieron todas las dificultades y asperezas de la situación social en que nació.

Salas conservó durante el curso entero de su vida, el sello vigoroso de la dura escuela en que se había desarrollado su carácter, y bajo la capa de un príncipe de la iglesia, se dejaba entrever a cada paso al luchador enérgico y resuelto, y ese orgullo arrogante de los que llegan por sí solos a una alta situación.

El ardor de sus pasiones, la vehemencia de su espíritu, lo hacían encontrar fácilmente expresiones de una extraña solemnidad, que hacía recordar a la distancia los grandes golpes de ala de Bossuet.

Al pasar por su pluma, y sobre todo, al pasar por sus labios, tomaban las ideas cierto aire de pompa religiosa sin perder la energía y la impetuosidad de la pasión.

Con una voz poderosa, acentuada por un gesto dramático, lanzaba en el púlpito sus ideas, haciendo habitualmente con el brazo el movimiento del labrador que arroja semillas en el surco. Su figura misma contribuía al vivo efecto que producía en su auditorio.

El contraste entre las dos atmósferas sociales en que Valdivieso y Salas habían respirado en sus primeros años, y la diversidad profunda del carácter de los dos, se reflejaba visiblemente en sus escritos. El arzobispo de Santiago era un escritor correcto y castigado, que pesaba tranquila y friamente el valor de sus palabras y se sometía sin reservas a las más escrupulosas leyes del lenguaje. El obispo de la Concepción se arrojaba en las impetuosas corriente de la lucha, prescindiendo de la corrección y la elegancia de las formas, sin desdeñar el auxilio de las expresiones vulgares, siempre que traducían sus ideas con viveza.

Pero los dos obispos, desde el principio de su vida, persiguieron con igual tenacidad, propósitos que debían más adelante consagrarse con la organización de la Sociedad de Santo Tomás de Cantorbery.

Las arrogantes doctrinas del célebre primado de Inglaterra eran la bandera que los dos sirvieron en la prensa, y que trataron de propagar de una manera todavía más directa y personal organizando el INSTITUTO NOCTURNO, en donde germinaron las primeras semillas de la ardiente lucha entre la Iglesia y el Estado.

* * *

Suprimido EL SEMANARIO, apareció el 1.º de Junio de 1843. otra publicación literaria que llevaba por título EL CREPÚSCULO.

Don Juan Nepomuceno Espejo y don Juan José Cárdenas fueron sus primeros directores, reemplazando después a este último don Cristóbal Valdés. En esa publicación colaboraban don Francisco de Paula Matta, don Andrés Chacón, don Jacinto Chacón, don Hermógenes Irisarri, don Santiago Lindsay,

don Francisco Solano Astaburuaga, don Juan Bello, don Francisco Bello, doña Mercedes Marín del Solar.

El director de ese periódico, don Juan Nepomuceno Espejo, entraba con esa publicación en el diarismo a que durante largos años vivió atado. Era uno de esos espíritus románticos y ardientes, que no ven siempre con claridad la línea que separa la realidad y la fantasía, que viven persiguiendo quimeras inaccesibles y haciendo a sus ideales, estériles, pero generosos sacrificios. Era una naturaleza de poeta, arrojada en medio de las duras pasiones de la vida política, naturaleza que vivía de entusiasmo y se embriagaba con sus propios sueños.

El eco de las grandes palabras que la revolución francesa había arrojado al viento de la historia, vibraban constantemente en sus oídos, resonaban vivas, palpitantes y sonoras en su espíritu.

En vastas lecturas había recogido un extenso caudal de ideas que desparramaba en sus escritos, animadas con el color y el relieve de una rica fantasía.

Después de redactar *EL CREPÚSCULO* en 1844 fundó *EL SIGLO* y se hizo cargo de la *GACETA DEL COMERCIO* en que permaneció hasta 1846.

Al año siguiente redactó *EL PROGRESO DE SANTIAGO*, diario que abandonó en 1849, para correr tras los fascinadores mirajes de los placeres que se acababan de descubrir en California.

En esa incesante y larga vida de diarista, Espejo se había conquistado un gran prestigio popular.

El brillo de sus imágenes, el ardor de su pluma y su palabra, la audacia de sus doctrinas políticas y el reflejo revolucionario que envolvía como una atmósfera a ese eterno luchador en contra de todos los poderes constituídos, le daban a Espejo cierta fascinación para las masas.

Cuando volvió a su patria, después de muchos años de ausencia y aventuras, encontró intacta la reputación literaria de otros tiempos, pero su reaparición en *LA VOZ DE CHILE*, no contribuyó a aumentar su fortuna literaria.

La cultura social había rápidamente progresado y exigía al escritor algo más que la viveza de emociones; la educación política había dado un paso considerable, y no bastaban ya para satisfacer a los espíritus, las brillantes formas y las generosas paradojas de los publicistas de la Francia revolucionaria.

En el Congreso experimentó también una depreciación considerable su fama de orador. En las legislaturas de 1864, 70 y 73, en que fué sucesivamente elegido diputado, ocupó una situación muy inferior a la que de él esperaba su partido. La elo-

cuencia tribunicia de Espejo, que sabía encender y dominar las pasiones tumultuosas de la plaza pública, no pudo adaptarse a las condiciones frías y razonadas de la discusión parlamentaria. Espejo tuvo el raro talento de encerrarse en un silencio imperturbable, y reducir su cooperación política a una decidida adhesión a su partido dentro del Congreso y a una activa y eficaz propaganda fuera de él.

Su compañero en la dirección del CREPÚSCULO, don Cristóbal Valdés, formaba con él ese vivo contraste de inclinaciones y carácter, tan habitual entre los que se asocian para dirigir empresas literarias de este género.

Valdés tenía la frialdad del puritano, esa especie de entusiasmo helado y tenaz del doctrinario, que no arde, que no se inflama, pero que tampoco se fatiga. Tenía su espíritu una tendencia esencialmente positiva y ha sido el primero de los escritores chilenos que ha manifestado una sistemática adversión a las fórmulas políticas.

Terminó sus estudios de abogado en 1841, cuando contaba 20 años escasos, y muy pocos meses después se había conquistado una celebridad ruidosa en nuestro foro.

Habitaba entonces el solitario peñón de Juan Fernández la tribu de los Maurelios. Formaba esa tribu una sola familia patriarcalmente gobernada. Un irlandés Osborn trató de resistir sediciosamente la autoridad del patriarca. Fué ejecutado. El juez de Valparaíso condenó a los Maurelios por ese acto, y Valdés se presentó a la Corte Suprema a defenderlos, mereciendo con su hábil alegato que el presidente del Tribunal bajase de su sillón a felicitar al joven abogado, manifestación que no había tenido nunca precedentes.

La viva irradiación intelectual de aquella época atrajo la inteligencia del joven abogado hacia el movimiento literario. Publicó en el CREPÚSCULO una novela y un estudio biográfico de Manuel Rodríguez, dejando ver en el primero de sus ensayos, que sólo había mirado el movimiento social a la distancia y que no había llegado todavía a la edad en que las pasiones se revelan y la encantadora y tremenda Esfinge descubre al hombre su secreto; y, dejando ver en su estudio biográfico la fascinación, que naturalmente ejerce sobre las imaginaciones juveniles, la figura de ese caballero errante de las campañas de la guerra de la independencia, representante heroico y completo del insurgente americano.

Cuando apareció en 1848 la REVISTA DE SANTIAGO, el espíritu de Valdés había ya adquirido su dirección definitiva y

se despliega vigorosamente en una serie de trabajos titulados: *Estudios históricos económicos*.

Allí es donde, como ya hemos dicho, se revela la originalidad profunda de su espíritu y la tendencia positiva de su pluma.

«Los estudios de economía entre nosotros, decía él, deben tener una tendencia práctica más bien que científica. Es necesario hacerlos sobre la estéril superficie de las cosas y no con el brillante aparato de las teorías. Debemos emplear el método analítico y partir de los hechos y los elementos de una sociedad para deducir la teoría que nos convenga: emplear el método sintético y aplicar teorías deducidas de otros hechos, es errar a cada momento, es crear un monstruo social. Las repúblicas americanas, por su posición geográfica, por su industria, por el rol que están llamadas a desempeñar en el inmenso drama de la humanidad, deben tener un sistema nuevo de economía, porque muy poco tienen de común con la Europa en los ramos de su administración, en la producción y en la distribución de su riqueza.»

Esos estudios conquistaron una sólida reputación al joven escritor y le abrieron las puertas del Congreso en la legislatura de 1849. Eran aquellas horas políticas difíciles; eran horas de pasión y de viva lucha de partido, que condenaban a una prudente reserva a los hombres del razonado y frío temple de Valdés.

Apenas había pasado el oleaje de esa profunda conmoción política y se principiaba a abrir para Valdés un campo de acción más apropiado, la muerte lo vino a sorprender en 1853.

Desapareció con él, de la historia literaria de aquella época, una personalidad aparte, un hombre aislado en ese movimiento que visiblemente obedecía al dominio brillante y perturbador de las teorías: un espíritu que miraba las doctrinas al través de las realidades de la vida, y no los hechos al través de una doctrina.

Entre los colaboradores del CREPÚSCULO figuraba don Hermógenes de Irisarri, hijo del célebre escritor y diplomático don Antonio José de Irisarri, una de las glorias literarias más eminentes de la América española.

Desde sus primeras producciones Irisarri dejó ver que era su ideal, para servirnos de las expresiones de Chenier, con ideas nuevas hacer versos antiguos. La educación clásica que había recibido al lado de su padre estampó un sello indeleble en las formas literarias de Irisarri, pero estrechó el vuelo de su imaginación, comprimió su fantasía con violencia.

A pesar de que Irisarri poseía una asombrosa facilidad de ver-

sificador, ese afán de pulir y retocar sus versos con esmero, no sólo han hecho que sea muy escasa su obra literaria, sino también le dan el aire de una producción difícil y forzada.

Sus traducciones de Alfredo de Vigny y de Víctor Hugo, ocupan tal vez el primer puesto en el legado que ha hecho a nuestras letras. La inspiración de los poetas franceses está allí admirablemente vaciada en el espléndido molde de las formas españolas; y como era natural, el verso mismo aparece en ellas más fácil y espontáneo que las elaboradas estrofas que su propia inspiración le sugería.

Como prosador, Irisarri nos ha dejado una biografía del general Mackenna, las *Cartas sobre el teatro moderno*, que dió a luz en LA SEMANA en 1859, y una serie de artículos de redacción política en los diarios.

En su prosa brilla, como en sus versos, la corrección elegante y esmerada, el arte ingenioso y paciente de un letrado, hermosas cualidades que hacen olvidar la falta de espontaneidad y de viveza, de ese algo alado y caliente que tiene la palabra improvisada.

Pero con el hábito de la pluma, esa eterna persecución de las delicadezas del ingenio, se fué lenta y naturalmente transformando en una desenfrenada pasión por los *concetti*, el retruécano y los juegos de palabras, en que se evaporaban las últimas llamaradas de un talento distinguido.

.....

* * *

Pero, entre todos los trabajos que aparecieron en el CREPÚSCULO, hay dos que flotan sobre la superficie de nuestra historia literaria, que se eleva el uno hacia las cimas del arte, como una serena aspiración del alma hacia el ideal religioso, y cuyas raíces hunde el otro en la región sombría de donde brotan los dolores humanos, los problemas sociales, el cruel desequilibrio de la vida moderna; la primera de esas producciones era la *Oración por todos* de don Andrés Bello, la segunda era la *Sociabilidad Chilena* de Francisco Bilbao.

La *Oración por todos* es una imitación de Víctor Hugo, que despierta la impresión solemne y religiosa de un viejo templo gótico, en que el sentimiento y el arte elevan juntos sus manos hacia el cielo.

La *Sociabilidad Chilena* es una ardiente y rápida enunciación de los problemas sociales, una página desgredada en que vibra la nota desgarradora de la indignación de una alma jo-

ven y evangélica, en presencia de una sociedad que despedaza sus ideales: era un grito de guerra lanzado en contra de las ideas y las preocupaciones dominantes y que produjo una extraña y tremenda explosión en los espíritus. El autor fué arrastrado a un jurado de imprenta, que lo condenó, como blasfemo e inmoral en tercer grado, a pagar una multa de mil doscientos pesos; fué necesario suspender la publicación del periódico en que había aparecido el artículo; el Consejo de la Universidad decretó la expulsión de Bilbao de sus aulas. Se siente la corriente de odio y de hostilidad social que debía necesariamente circular al rededor de estos hechos.

Y sin embargo, contaba apenas 21 años el escritor que arrojaba su nombre al viento de la persecución y del escándalo; contaba apenas 21 años el autor del escrito que se creía necesario combatir, poniendo en juego todo ese formidable aparato de las viejas guerras religiosas. Un estado intelectual completo se deja entrever en ese rasgo: una sociedad entera en esa persecución desenfrenada.

Pero, al mismo tiempo que un orden de ideas se levantaba en contra de Bilbao, surgía otro orden de ideas en su apoyo; al mismo tiempo que el jurado lo condenaba como blasfemo y como inmoral en tercer grado, la multitud lo aclamaba como a un símbolo; y la multa que le imponía la justicia, la pagaba el pueblo.

El 20 de Junio de 1844—el día del jurado—aparecieron bruscamente en la superficie de nuestra sociedad dos corrientes opuestas: que desde entonces se deberían continuar combatiendo abiertamente.

Recordando más tarde Bilbao aquellos hechos, decía: «Puse la planta al borde del continente prometido y quemé mis naves. Entré al mundo tenebroso de la revolución, penetré en el bosque social, donde los Druidas de Chile, celebran sus misterios; y el bosque, los Druidas y el altar se estremecieron, al soplo de la palabra juvenil.

«Ese fué el proceso de mi *Sociabilidad Chilena*.

«Ese escrito fué una proyección del siglo XVIII lanzado por una alma juvenil. Es mi recuerdo. Fué entonces cuando sufrí, cuando mi corazón se abrió a los dolores desconocidos, cuando tuve que cargar con toda maldición, con todo anatema, con todo insulto, con todo ridículo, lanzado por todos los medios, bajo todas las formas, e incesantes como la complacencia de la venganza en la prensa, que devora, pero que no puede aniquilar.»

Y con razón después de recordar Bilbao las punzantes amar-

guras de la hostilidad que despertó, recordaba con cariñosa complacencia la adhesión de sus amigos y las entusiastas manifestaciones populares, y que si se había cerrado para él la prensa de Santiago, le había abierto sus puertas la prensa de Valparaíso.

Después de redactar durante algunos meses la GACETA DEL COMERCIO, salió de Chile en Octubre de 1844, junto con don Francisco y don Manuel Antonio Matta, que, como él, se dirigían a completar sus estudios en Europa.

Llegó a Francia seis meses después, llegó en Febrero de 1845, en los momentos en que en la sociedad de ese país fermentaban los gérmenes del movimiento revolucionario de 1848. Aquella atmósfera social debía desarrollar con viveza las tendencias de Bilbao, incrustar en su espíritu sus doctrinas sociales y políticas.

Michelet, Quinet, y sobre todo, Lammenais, fueron sus maestros favoritos durante los cinco años que duró su residencia en París.

En 1850 volvió a Chile, sin haber alcanzado a presenciar, por consiguiente, el tremendo e inevitable desenlace de las paradojas desorganizadas, que arrojaron la revolución a los pies de un dictador.

Al llegar a Chile encontró Bilbao intactas y vivas las antiguas adhesiones, y enormemente debilitado el poder y el calor de los odios religiosos por el rápido desarrollo de nuestra sociedad en que, por todas partes, se había difundido el sentimiento de una respetuosa tolerancia.

Encontraba por otra parte la atmósfera política excepcionalmente preparada en su favor.

En Octubre de 1849 celebraban una sesión preparatoria los organizadores del «Club del Progreso», primer centro de reunión de los agitadores y de la oposición activa de ese tiempo. Allí se agrupaban los restos del antiguo pipiolismo, fervientes adoradores del pasado; los espíritus inquietos, adoradores más fervientes todavía del porvenir y del ideal; los políticos prácticos que veían asomar la posibilidad de apoderarse del gobierno para hacerlo servir a sus ideas, sus pasiones o intereses; y por fin, alrededor de ese núcleo se agrupaban los ofendidos, los chasqueados, todo ese polvo humano que el carro del poder levanta en su camino.

Entre los elementos de aquella asociación se encontraban esparcidos hombres de un espíritu juvenil y apasionado que devoraba la ambición de parodiar las figuras de la Francia revolucionaria.

Entre ellos se distinguía Santiago Arcos, «mozo de veintiocho años, de estatura más que mediana, vestido con lujoso desaliño y que tenía en su acento un dejo pronunciado de andaluz.» Había nacido en Chile y en el palacio episcopal; había sido educado en Francia y en medio de esa atmósfera de revoluciones y de utopías que calentaron Fourier, Owen, y los violentos sectarios de Proudhon. Su espíritu era una amalgama extravagante de la doble atmósfera de su cuna y de su escuela.

En Febrero de 1848, volvía a Chile después de una ausencia de veinte años. Había viajado y había visto mucho; había leído mucho; había pensado en sus horas perdidas, y como era natural, en esas horas lo había fascinado el brillo de las más extravagantes paradojas.

Arcos era una especie de Alcibíades, una mezcla de griego y de italiano, de maquiavelismo y suspicacia; con un espíritu inquieto, organizador y sagaz, poderoso en las artes de la intriga política, lo miraba todo con desdén y con frialdad, y acentuaba siempre sus palabras con la sonrisa irónica, ligera y vibrante del escéptico.

Era la perfecta encarnación de una de esas dagas venecianas, que esconden una lámina de acero envenenado en una vaina de terciopelo; como ellas ocultaba un carácter temible bajo la sedosa superficie de un ligero cortesano.

Fué un activo colaborador de nuestra prensa política, y después de su expatriación de Chile en 1852, prodigó sus escritos en la República Argentina y en diversas revistas europeas.

La única obra considerable de Arcos que ha llegado hasta nosotros, es su estudio histórico sobre la República Argentina, publicado en francés en 1865 y ese libro no da una idea exacta de sus picantes y vivas formas literarias.

En sus artículos Arcos se mostraba como un escritor brillante y temerario, desencuadrado y reflexivo, dejando asomar en medio de los arranques de un implacable visionario la sagacidad de un estadista.

Su estudio histórico de la República Argentina es una apotheosis paradójica de la guerra civil, en que desarrolla su «profunda y consoladora convicción de que toda lucha lleva, en último término a un progreso», y en que hace contrastar la situación del Paraguay, donde la guerra civil no ha penetrado jamás, con la situación de la República Argentina, eternamente agitada por convulsiones interiores, para poner en evidencia las ventajas de una perenne agitación política.

Arcos ha desarrollado esa tesis revolucionaria con cierto

frío metodismo extraño en sus escritos, y sólo a lampos deja ver la mordacidad ingeniosa de su pluma.

En Septiembre de 1874 dió trágico desenlace a su existencia arrojándose al Sena al mismo tiempo que se atravesaba las sienas de un balazo. Estaba cansado, hastiado, *blasé*, de una vida que la enfermedad atormentaba con dolores, sin esperanza y sin remedio.

Pero hacia 1849 Arcos estaba muy lejos de los días sombríos en que puso término a su vida. Era entonces el prestigioso y audaz nivelador del «Club del Progreso». Sus planes económicos estaban perfectamente calculados para despertar el entusiasmo entre las masas descontentas y halagar los instintos egoístas de la plebe. Su predicación constante por un demagogo aristocrático, que sabía dar a su palabra las formas incisivas de una sátira risueña, que hablaba con autoridad desdeñosa y se conducía con una cautela italiana, pudo haber llevado a su auditorio a los abismos del crimen, si una mano más poderosa que la suya no los hubiese impulsado hacia otro abismo, en cuyo fondo había, por lo menos, algo generoso.

Desde el momento en que Francisco Bilbao pisa nuestras playas (Febrero de 1850) se agrupan a su rededor no sólo la juventud y la clase obrera, en que había dejado recuerdos entusiastas, sino también políticos de diversos colores que esperaban atraerlo a su causa o moderar la acción del poderoso tribuno en contra suya.

La juventud y la clase obrera gravitaban hacia él de una manera espontánea y completamente natural. Bilbao se presentaba envuelto en una atmósfera de fascinación:—era joven, había sufrido, tenía un carácter levantado y una elocuencia arrobadora.

Su presencia predisponía en favor suyo: su expatriación y sus luchas eran una leyenda popular; su carácter resuelto, entusiasta, sincero y candoroso, servía de base a una oratoria, cuyos defectos mismos aumentaban su eficacia entre las masas.

Al calor de ese espíritu ardiente se desarrollaron las fuerzas del movimiento popular, que había principiado a sentirse comprimido en los salones del «Club del Progreso».

Santiago Arcos que tenía una mirada clara y un espíritu organizador, creyó que había llegado el momento oportuno para realizar uno de sus proyectos favoritos, que era el de envolver la sociedad entera en una red de conventillos carbonarios, y buscó el apoyo de Bilbao en favor de sus propósitos.

De ese acuerdo entre los dos agitadores nació la «Sociedad de

la Igualdad» que debía tener una existencia rápida y ruidosa, y dejar una huella tenaz en nuestra vida.

Pero la profunda divergencia que separaba las naturalezas de Arcos y Bilbao, debía romper entre ellos la armonía.

Desde el día que Bilbao inició su activa y celosa propaganda principiaron a perder influencia las teorías niveladoras de Santiago Arcos. La facilidad con que esas teorías interesadas y egoístas se evaporaron al calor de las aspiraciones hacia un ideal más generoso; la facilidad con que las masas olvidaron los consejos del interés para no pensar más que en la libertad, en la igualdad, en la fraternidad, es una hermosa prueba de la pureza moral de los espíritus.

En efecto, esa metamorfosis fué rápida. Los mismos círculos y los mismos hombres que poco antes se preocupaban solamente de su malestar físico y su estrecha situación social, cambiaron bruscamente de preocupaciones y lenguaje. A las teorías empapadas en odio sucedieron los sueños de un amor universal, y a las reparticiones de tierras y ganados, sucedieron las visiones risueñas de una Arcadia, que Bilbao auguraba con dramática elocuencia.

La nueva institución alcanzó a adquirir en poco tiempo un considerable desarrollo y a hundir profundamente sus raíces en la clase obrera.

EL AMIGO DEL PUEBLO y LA BARRA sirvieron de órganos a aquella sociedad. En el primero de esos periódicos publicó Bilbao los *Boletines del Espíritu*; y en el segundo una traducción de las *Palabras de un Creyente*. En los *Boletines del Espíritu* Bilbao había tratado de seguir las huellas de Lammenais; hacía, como su maestro, brotar desde el fondo de una vaga reminiscencia histórica, un grito desgarrador y penetrante que alcanzaba las más altas entonaciones del lirismo; era el grito de la sociedad que hería la injusticia, de un sentimiento violentamente comprimido o de un ideal despedazado por la vida.

La armonía de la frase, el ruido material de las palabras, la poética vaguedad del sentimiento que expresaban, la emoción generosa que palpitaba en su fondo, eran el secreto y el arte de esas páginas.

La REVISTA CATOLICA publicó un artículo editorial condenando esos escritos: el arzobispo de Santiago lanzó una pastoral en contra de ellos. Para combatir a Bilbao al frente de una poderosa y amenazadora situación, se ponían en juego resortes muy diversos de lo que se habían empleado pocos años antes, para combatir al autor de la *Sociabilidad Chilena*, marcando gráfica-

mente ese contraste, el rápido desarrollo de la cultura social de este país.

Apenas disuelta la «Sociedad de la Igualdad» en que Bilbao había encontrado un campo apropiado para desplegar su fascinadora elocuencia de tribuno, estalló el motín del veinte de Abril de 1851, cuyo fracaso arrojó a Bilbao en el destierro.

En el Perú, Bilbao trató de organizar sociedades análogas a la que había fundado entre nosotros, que como propósito directo perseguían la emancipación de los esclavos. Pero sabiendo que su propia libertad estaba amenazada, buscó un asilo en la Legación francesa, de donde salió a principios de 1852, después de contraer con el Presidente Echeñique el compromiso de suspender su propaganda en la prensa y en los clubs. Bilbao cumplió fielmente su pacto de silencio, pero a pesar de eso se vió incluído entre los proscritos del motín de 1854 y obligado a buscar refugio en Guayaquil.

La prisión de su padre lo decidió a volver a Lima, en donde se encontraba cuando estalló la revolución encabezada por Castillo, a que prestó una cooperación eficaz y personal, que le valió las simpatías y el apoyo del caudillo victorioso.

Publicó entonces el *Gobierno de la Libertad* y el *Mensaje del Proscrito*, folleto en que desarrollaba mal sonantes doctrinas religiosas y políticas, que despertaron pasiones violentas en su contra, le atrajeron procesos y obligaron a alejarse del país.

En Junio de 1855 vuelve a Europa y durante su permanencia, que duró dos años, en el viejo continente dió a luz un *Estudio sobre Lammenais* y varios artículos en LIBRE RECHERCHE que servía de órgano, en Bruselas, a los proscritos del Imperio.

En 1857 vuelve a América y se va a establecer en Buenos Aires, en donde funda la REVISTA DEL NUEVO MUNDO, redacta EL ORDEN, se incorpora en el «Club Literario», forma el «Club Racionalista», organiza una sociedad para trabajar por la emancipación moral del Paraguay, y desarrolla una asombrosa actividad en medio de los crueles sufrimientos de la enfermedad que minaba su organismo.

La *América en peligro* y el *Evangelio americano*, dos folletos de esa época fueron publicados en los momentos en que el ejército francés entraba en México y la escuadrilla española se apoderaba de las Chinchas; pero en esas páginas como en todas las que salieron de la pluma de Bilbao, alrededor de los hechos se desenvuelve una amplia propaganda de doctrina.

Sorprende en esas páginas la entonación ardiente y el indomable espíritu de lucha de su autor que las escribía sobre su lecho de muerte.

«A fines de 1857, decía Madame Quinet en sus *Memorias del destierro*, encontrándose Bilbao en un paquebot, una mujer cayó por accidente al río en un lugar que es más peligroso que el océano, Bilbao se arroja entre las olas, consigue salvar esa desconocida, pero sus esfuerzos sobrehumanos produjeron la ruptura de un vaso del pecho. La mujer del pueblo estaba salvada, pero la vida de su libertador fué desde entonces una lenta agonía», que vino a terminar el 19 de Febrero de 1865.

* * *

Poco después del ruidoso jurado de la *Sociabilidad Chilena*, y cuando fermentaba todavía la viva agitación que produjo en los espíritus, presentó don Victorino Lastarria a la Universidad, su memoria titulada: *Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*.

En ese libro su autor se proponía «examinar la manera cómo obró la civilización española en la conquista y en la organización española, para comprender su acción y su influencia en la sociedad actual, y sobre todo en la revolución de nuestra independencia, a fin de corregir aquella civilización en lo que tiene de opuesto a la organización democrática adoptada».

En ese interesante trabajo bosqueja Lastarria el carácter especial de la conquista de Chile, da una idea del sistema colonial español y estudia en seguida la influencia de ese sistema sobre la política, la condición social de los chilenos, sus costumbres privadas, su carácter, sus industrias, y, por último, la influencia que ha ejercido ese sistema en la revolución de la independencia.

Lastarria ha desplegado en esas páginas las más bellas cualidades de escritor y pensador. Abraza los hechos con vigor y expone la síntesis que de ellos, a su juicio, se desprende, con una notable claridad y una brillante transparencia de lenguaje.

Como en todos los trabajos de alguna importancia de aquella época, se siente en este el esfuerzo del esmero, esa trepidación del cuidado, ese ir y venir de la lima, que persigue un ideal de corrección desesperante.

Pero hay en el estudio de Lastarria una profundidad de intención, que ninguno de los escritores de su tiempo había alcanzado y ni siquiera pretendido. Ese vuelo audaz y ambicioso, en regiones inaccesibles para el vulgo y en que sólo se pueden sostener una inteligencia poderosa, ha valido a esta memoria, un puesto prominente en nuestras letras.

En el discurso que precede a ese trabajo, combate Lastarria

el sombrío fatalismo histórico de la escuela de Herder y de Vico, y la generación providencial de los sucesos de la escuela de Bossuet, y desenvuelve con apasionado brillo la doctrina de los que no ven en la historia, ni la mano de un destino ciego, ni de una Providencia tutelar, sino un lógico encadenamiento de sucesos, el imperio de la causa y los efectos naturales, la reacción del hombre sobre el mundo material, y la del mundo material sobre el espíritu.

Esa concepción moderna de la historia, aun cuando haya tenido lejanos y geniales precursores, no era la que dominaba en esa época; por el contrario, era mirada como una temeraria y audaz innovación.

A estas doctrinas filosóficas enlazaba Lastarria en su discurso doctrinas literarias, sobre la forma que se debía dar a las composiciones de este género.

El talento de Lastarria, por una aparente contradicción, no se plegaba a las narraciones de la historia. En sus novelas, y sobre todo en su charla, ha manifestado los dotes de un brillante narrador. Daba a sus pinturas una viveza un movimiento y un colorido extraordinario; pintaba a los hombres y los acontecimientos con rasgos felices, pero le era extraña esa paciencia metódica, que es el alma de un investigador de los sucesos del pasado.

Y por el contrario, su tendencia intelectual lo llevaba a suprimir la parte material de los sucesos y a reducir la historia en cuanto fuera posible, al estudio de las ideas que habían producido los acontecimientos.

Concebida la historia en esa forma, para juzgar los sucesos y los hombres se debía proceder con un doble criterio; o bien, apreciando cada acontecimiento con el criterio de la época en que se había producido, o con el criterio de nuestro tiempo.

Lastarria se levantaba a combatir abiertamente un criterio en que encontraban, a su juicio, absolución, las más odiosas aberraciones del pasado.

Haciendo suyas las apreciaciones de Altemeyer, decía: «nosotros tomamos los hechos tales como son, no los torcemos en todos los sesgos para hacerlos producir lo que no contienen, no los pegamos a nuestras pequeñas visitas, a nuestros pequeños juicios, a nuestros intereses egoístas, a nuestras malas pasiones. Se ha formado a nuestros ojos en Bélgica una escuela histórica, cuyas intenciones no son un misterio para nadie. Esta escuela retrocede espantada delante de todo lo que de lejos o de cerca toca a la filosofía, y ella es a quien justamente se puede reprochar el falsificar deliberadamente la historia, de poner

en ésta ideas peligrosas, de apoyar un sistema hostil a la libertad y al progreso; de haber concebido la rehabilitación de Felipe II y de los cadalsos del Duque de Alba; de haber rodeado de una aureola de amor y de veneración al reinado miserable y degradante de Alberto y de Isabel, y la administración de todos aquellos sátrapas españoles y austriacos para quienes nuestra patria no era sino una mercancía; inventores de esta política de corrupción y degradante que ha conducido a la ruina, al olvido de todos los nobles sentimientos que distinguían a nuestros grandes antepasados».

Y después de citar estas palabras, añadía Lastarria en sus *Recuerdos Literarios*: «Ojalá no hubiera tenido justa aplicación tan enérgico apóstrofe a la situación que estamos recordando! Precisamente tales eran las doctrinas, tal la tendencia, tal el rumbo que señalaban a los futuros historiadores, los que combatían entonces nuestra filosofía; y esas doctrinas, esa tendencia son las que han prevalecido. No es este momento la crítica de las numerosas obras históricas que se han publicado en Chile bajo el magisterio y la dominación de las ideas sustentadas por los que se espantaban de nuestra filosofía en 1844 y 1847; pero ábrase cualquiera de ellas y se verá cuanto prevalecen las ideas peligrosas, la hostilidad sistemática a la libertad y al progreso, la rehabilitación de nuestros opresores, los pequeños axiomas morales y políticos, y el criterio arbitrario del régimen de gobierno que lo ha dominado todo en los últimos cincuenta años, desacertado casi siempre, inmoral a veces, opresor o meticuloso alternativamente. Los pocos libros históricos que han salido de esa senda son tal vez los menos aplaudidos, los más olvidados».

En las transcripciones que acabamos de hacer, creemos que no sólo se reflejan los propósitos a que ha obedecido Lastarria en su obra histórica, su espíritu, su filosofía, su criterio; que no sólo se ve el lado brillante de su procedimiento literario, sino también el lado peligroso.

En 1847 el autor de las *Investigaciones*, presentó a un certamen universitario, su *Bosquejo histórico de la constitución del gobierno de Chile, durante el primer período de la revolución, desde 1810 hasta 1814*.

La investigación histórica nos ha puesto en posesión de datos incomparablemente más completos que los que tuvo a la vista el autor de ese *Bosquejo*, y nos permite ahora rectificar apreciaciones avanzadas por el señor Lastarria en su trabajo; pero las líneas generales de su cuadro, las conclusiones funda-

mentales de su estudio, no han sido alteradas por esas investigaciones posteriores.

No sucede otro tanto con el estudio sobre *Portales* que publicó el señor Lastarria en 1861. La proximidad de los sucesos, el ardor de luchas políticas en que el escritor había tenido una participación directa y personal, no le permitían juzgar los hombres y los partidos con la tranquilidad de espíritu que exige la justicia.

El ministro que había servido de caudillo, a la reacción conservadora y entronizado su partido en el poder, era, para el señor Lastarria, la viva encarnación de doctrinas irritantes, de todo un orden político que había combatido con pasión. El escritor desaparece delante del hombre de partido, y la historia toma entre sus manos las formas ásperas y amargas del panfleto.

En la *América* ha trazado el señor Lastarria el más extenso de sus cuadros históricos. Abre el libro con una exposición «de las teorías y sistemas de los primeros publicistas europeos para conocer la situación actual de la ciencia política en Europa, en cuanto al Estado y los derechos individuales, cuyo conjunto forma lo que llamamos libertad».

Siguiendo a Laboulaye, presenta un cuadro de las teorías de Guillermo Humboldt, de Mill, de Eoetvoes y de Julio Simon, «que son sin duda los escritores contemporáneos que más profundamente han tratado la cuestión de la libertad y del Estado, en Alemania, en Inglaterra y en Francia», completando este estudio con una apreciación de las doctrinas políticas del mismo Laboulaye.

De esa exposición brotaba, no sólo la distancia enorme que separa las concepciones políticas del antiguo y del nuevo continente, sino también el antagonismo entre los gobiernos de Europa y los de América.

La invasión de México por el ejército francés, el golpe de mano de España en la costa del Pacífico, el protectorado del Imperio francés en el Ecuador, esa serie de aventuras y de tentativas de reacción monárquica en América, eran sucesos palpitantes en los momentos en que el señor Lastarria escribía su estudio sobre América, y eran sucesos que daban el aparente color de la verdad a un profundo antagonismo de intereses entre los pueblos de ambos continentes, y que arrojaba los ejércitos de las naciones europeas sobre las playas del mundo americano.

En la segunda parte de su *América*, el señor Lastarria desenvuelve el largo y dramático período de las revoluciones y guerras de América, el período de la organización política y social, en

que el criterio de la independencia del espíritu, viene a reemplazar el criterio absolutista del coloniaje español.

La tercera parte de ese libro nos da cuenta de la situación de las repúblicas hispanoamericanas hace veinte años, juzgando los sucesos y los problemas que entonces se agitaban, a la luz de las doctrinas liberales de su autor, que a veces lo arrastran a hacer críticas crueles cuya injusticia el tiempo ha puesto en transparencia.

Las páginas que el señor Lastarria ha consagrado en su *América* al Brasil, produjeron una viva impresión en ese Imperio, no sólo por el alto puesto que ocupaba el autor en las letras hispanoamericanas, sino también por la elevada situación diplomática en que, en esos momentos, se encontraba.

El gobierno brasileiro llegó a creer necesario hacer publicar una refutación de ese trabajo, rindiendo así un alto homenaje a la autoridad y el prestigio de Lastarria.

La obra histórica de Lastarria contiene todavía un libro más, cuya primera parte sólo publicó en 1853: la *Historia constitucional del medio siglo*.

«En medio de las vicisitudes de la política ardiente, nos dice el mismo en sus *Recuerdos Literarios*, y tratando de acortar las amargas horas del destierro o de la persecución, sin libros muchas veces sin más elementos auxiliar que nuestra combatida teoría, escribimos la *Historia constitucional del medio siglo*, revista histórica de los progresos del sistema representativo en Europa y América, durante los primeros cincuenta años del siglo diez y nueve.»

Entraba en ese trabajo el autor a explorar un campo que había sido recorrido por los más brillantes pensadores europeos; y aunque daba a los sucesos el interesante color de un criterio democrático, no era eso bastante para compensar la inevitable desventaja del escritor americano que hace la historia del movimiento europeo.

Mucho más vivo fué el interés que despertaron los *Recuerdos Literarios* que el señor Lastarria publicó en 1878, como respuesta a una apreciación que había deslizado don Isidoro Errázuziz, sobre los orígenes del movimiento literario de 1842. Esas palabras mortificantes, lo hicieron tomar la pluma para defender del olvido su obra y su acción en nuestro desarrollo intelectual; «para rechazar una mortaja que no quiere llevar, estando vivo», para servirnos de sus pintorescas y amargas expresiones.

En este libro, el señor Lastarria ha hecho la historia de sus trabajos y del papel que ha desempeñado en nuestro movimiento literario, y aunque domina en su libro el rigor inflexible de

su criterio político, tiene generosa benevolencia para juzgar a sus antiguos adversarios.

No siempre los recuerdos coinciden completamente con los hechos y a veces el señor Lastarria se ve obligado a hacer graves sacrificios a la tesis política que desenvuelve en su libro; pero, ese trabajo pone de relieve la devoción al estudio de su autor y rara aptitud de ir progresando y modificando su criterio con una frescura juvenil, aun en los últimos años de una vida larga y trabajada.

Partiendo de estudios y concepciones metafísicas, llega al positivismo de la escuela filosófica de Comte; partiendo de Ahrens llega a Mill. ¡Hermosa y rara facultad que pone en evidencia la amplitud de su talento y tenacidad con que perseguía su desarrollo intelectual!—AUGUSTO ORREGO LUCO.

Revista del Progreso.—Tomo IV.—Santiago 1890.—Págs. 101 a 150.

MEDINA Y LA HISTORIOGRAFIA AMERICANA

UN ENSAYO SOBRE LA APLICACIÓN DEL MÉTODO

CON harta frecuencia obsérvase que poco hay tan ocasionado a falsas interpretaciones como la aplicación del método en las ciencias. No obstante, nada parece más sencillo, sobre todo, si se conoce la universalidad de las leyes que rigen los fenómenos científicos. El proceso mental de la observación y de la inducción para llegar a establecer los principios generales del conocimiento, apenas se convierte en método, en sistema, en doctrina, no deja de tener, en la mayor parte de las veces, algún vicio de raciocinio que los filósofos y los matemáticos han llamado, en forma hasta cierto punto paradójal, cálculo de las probabilidades del error.

Si tales desvaríos pueden deslizarse en algunas ciencias cuya causalidad es invariable, por haberlo así demostrado la experimentación y la comprobación directa, calcúlese de cuanta trascendencia serán los quebrantos del razonamiento en el dominio de las ciencias históricas. El método en ellas es siempre problemático. Carece de leyes inmutables. No existe lo fenomenal, y el raciocinio es movable como la arena. Toda conclusión es puramente transitoria, como que queda reducida

al sentido voluble de la interpretación del hombre, dominado por el incentivo ardiente de sus pasiones y sentimientos.

Casi siempre la historia adopta las formas del pensamiento de cada época. Ayer fué escuela de moral. Más tarde fuente de enseñanza política y social. Hoy se orienta hacia el sentido económico. Es decir, responde a las inquietudes espirituales del momento. ¿Qué será mañana?

Sus métodos, por otra parte, puramente objetivos, sólo ponen a prueba la bondad y solidez del criterio del que los usa para inferir del hecho incompleto y fragmentario que arroja un documento mutilado, la adivinación, por decirlo así, de la que debió ser la verdad meridiana. Ni la heurística ni la hermenéutica pueden dar las formas definitivas del conocimiento exacto de un suceso. Sólo nos aproximamos a él después de un largo proceso en la depuración de las fuentes, en el cotejo de los textos, en la valorización del testimonio presencial y en el examen riguroso de la documentación. Uno piensa que Renan, al llamar a la historia «ciencia de las probabilidades» estaba en lo cierto, porque, precisamente, si hay algo incierto, es el método en ella.

Nada más complejo que la aplicación del método en lo que se ha dado en llamar la historia de América. Es quizás en toda la historia de la civilización moderna, el más difícil de llegar a establecer. Los elementos que debieron servir para fijarlo, para desentrañar el fondo de verdad de los sucesos, o se han perdido o sólo los conocemos por vagas y remotas referencias. O bien han permanecido sustraídos, hasta hace poco, a la compulsa de una crítica severa, o, por último, el espíritu brutal de la pasión, ha enturbiado la posibilidad certera de un juicio.

Así en el libro como en el documento. Y acaso la pasión sea lo más grave. La raza de gigantes que iba a iniciar en el siglo XVI la epopeya del descubrimiento y conquista del continente nuevo, se nos presenta ahora, con todo su extraordinario relieve de heroicidad, como la más henchida de tormentosos sentimientos. La mueve el orgullo, que es como una lacra que domina todo el vasto y magnífico escenario donde desenvuelve su obra. La agita el misticismo, que confunde la virtud cristiana con el crimen. La religiosidad fanática de la cruz se auna con el elemento civil y el clerical para alzar la palabra divina del perdón en el instante mismo del sacrificio. La superioridad moral de su fuerza avasalladora, no nos dejó entrever en toda su amplitud el fenómeno social de las poblaciones autóctonas. Las destruye. Las aniquila. Incendia y extermina las preciosidades

de sus templos religiosos, donde flotaba el sentimiento trágico de una civilización que se nos ha ocurrido llamar bárbara.

El español conquistador está dominado por el violento impulso de la arrogancia. Es la arrogancia castellana que va de lo heroico a las formas mansas de lo estoico. Hasta en el efectismo literario esa arrogancia encuentra formas de manifestarse. ¿Para qué hablar aquí del pundonor caballeresco, prolongación del ideal de la Edad Media? En su nombre el español conquistador nos deja ejemplo de desprendimiento y bizarría moral, dignos de un romano. También, cuando asume la representación del derecho se coloca en una situación extrema. La ley suprema de la monarquía de Castilla, aquella ley que hace la autoridad intangible, porque es el dogma de la majestad real, superior al hombre, inmanente, impera como un mandato brutal. Ni convence ni razona: obliga. El conquistador desprecia por eso las vidas ajenas y apenas si cuida la suya. Esa ley es tan rígida, tan violenta, tan cruel, que en manos del togado tiene siempre un dilema: o es arbitraria, o se inclina a un ciego favoritismo. De este modo, en virtud de las actitudes tiranas de la ley, el hombre de la conquista se torna levantisco, indisciplinado, ferozmente individualista. Ahoga su conciencia en el placer de la venganza. Sólo se disciplina cuando forma levadas dispuestas a realizar epopéyicas hazañas para la conquista de un fabuloso eldorado. Y no falta, sin embargo, en este cuadro de rapacidad, un romántico que busque una fuente de Juvencio.

«Aquí—decía el viejo La Gasca—no hay manera de sujetar los hombres. Tienen así como hambre de poder y de riqueza. Todo lo maltratan por estas cosas tan pasajeras. Y uno como vuestro leal vasallo, sólo quiere ordenar la tierra de estos hombres, que ya en el desenfreno, ni a V. M. quieren». El obispo fray Diego Humanzoro escribía al Rey ya en plena colonia chilena: «Vuestros vasallos mienten porque les conviene aumentar sus hazañas, y también porque el diablo les ha hecho creer que mintiendo son más grandes a los ojos de los hombres humildes. Nadie dice la verdad porque les parece como cosa temeraria». Y el virrey Hurtado de Mendoza ¿no hablaba de que «la malicia queda más maliciosa», (textual), en los procesos y relaciones de los soldados, oidores, curas y magistrados? Y un santo, el arzobispo de Lima, Santo Toribio de Mogrovejo, le hablaba así al rey para persuadirlo, con sus palabras ingenuas, de la maldad de las gentes: «Mire V. M. que los hombres parecen venidos del infierno y las mujeres de aquel hondo lugar, porque no hay licencia que no cometan contra la verdad de Dios y de la Tierra, que en fin, por la lejura de Dios de ellos, no sería de tanta gra-

vedad la ofensa, como por la Tierra que pisan ofendiéndola, que pudiera tragarlos, sin esperanza de hacer cosa de justicia. Y es que viven de tal manera asidos a los odios y a la envidia, a las maldiciones e infamias, los unos con los otros, que nadie quiere ensalzar al otro porque en esto les va algo así como la misma vida».

Así es todo el largo proceso de la historia de América, porque así es la psicología brava de sus hombres. Es un puño fuerte de opresión y una estela de sangre. La verdad parece ocultarse en las largas sabanas. Se la lleva la corriente torrentosa de los ríos increíbles. Se escurre por las altísimas montañas del Andes, o se anida perdida en las rumorosas florestas de los trópicos. Sólo queda en las ciudades (en la plaza de armas, en el claustro, en los cuarteles, en los tribunales y en el solio del magistrado), el sordo murmullo de la envidia, del rencor. Hasta en la casona que sirve de hogar, acecha la impostura y la calumnia. La lujuria naturalmente tiene también su parte. Frailes solicitantes, se atrincheran en el confesonario; oidores enamorados burlan doncellas; militares aguerridos se amanceban con la india triste y dócil. Como para hacer más siniestro el cuadro de esta enturbiada época, siempre asoma en todas partes el calesín verde de la Inquisición. Evocadora de tormentos, de amargos procesos, al paso del carruaje, las gentes sienten el hielo de la muerte. El solo nombre del Santo Tribunal les horroriza. Las inquietudes intelectuales sólo vibran en los poetas culteranos, en los historiadores amantes de la tierra, en el novenario perenne que llena las prensas coloniales. Por eso, ninguna historia existe, como esta de América, con más singular relieve de emoción. Los tonos no tienen gamas intermedias. Contrastan bruscamente. Aquí nació la tragedia moderna con más virtualidad en la parte humana que la que fué la tragedia griega.

En este infierno de pasiones contradictorias, de sentimientos sublevados, de lascivia roja, de mentira permanente, de encanallamiento perpetuo, ¿cómo se hizo la historia de América? ¿Cómo la concibieron y la hicieron los cronistas? Los que no estuvieron en el continente nos han dejado una impresión que parece verdadera. Los que conocieron a los hombres tiñeron sus juicios en el rebalse del elogio o en la diatriba de la enemistad. Un humanista milanés, hombre tipo del Renacimiento, andador incansable de cortes, Pedro Mártir de Anglería, amigo de papas, cardenales y reyes, es el primero que, con curiosidad periodística, nos consigna, a modo de albricias, sus datos e impresiones del descubrimiento de América. Espíritu zahorí y diligente, ávido de noticias, en sus *Epístolas*, en sus *Décadas*, en el *Opus Episto-*

larum y, especialmente, en las *Décadas de Orbe Novo*, nos traza con la precipitación vehemente del periodista noticiero, los más acentuados rasgos de la epopeya que iba a comenzar para transformarse luego en drama. Conoció a Colón y registró sus papeles. Nos dió una visión bastante comprensiva de la tierra descubierta. Después del Almirante, Pedro Mártir es el segundo poeta en prosa de la magna hazaña. A Colón le arrancó el espectáculo soberbio de la naturaleza del Nuevo Continente sus más emocionados acentos. Era el contraste de dos mundos, la visión primera de lo desconocido, lo que puso en su pluma esa nota de lirismo. Cantó con inspiración saturada de vehemencia, lo que sus ojos maravillados vieron en la selva exuberante, en el río cristalino, en el mar espeso de los sargazos, en las noches voluptuosas y serenas de los trópicos. A Pedro Mártir le iba a llamar la atención la historia natural, los ritos y creencias del indígena, en los cuales se entretiene con cierta curiosidad sensual y lujurante. Los más remotos vestigios de la antropología americana encuentran en este humanista, que escribía en pésimo castellano, un cultivador entusiasta. Por desgracia, el sabio milanés veía las cosas con el criterio ligero y novedoso del periodista, y a fe que fué un precursor del género. Por muy crasos que sean los errores en que incurriera Pedro Mártir como cosmógrafo que hablaba de latitudes desconocidas; por más defectuosa que sea su descripción de la historia natural americana y de las creencias y supersticiones de los indígenas, pueden y deben disculparse por las imprecisas fuentes de información de que dispuso. Hay que concederle a su obra un valor permanente, porque aparece inspirada en una ardiente admiración al Almirante de Castilla, cuyos papeles hurgó, cuyas conversaciones sintió, y cuyo retrato moral se desprende nítido de su *Opus Epistolarum*. Los mismos errores de las *Epístolas*, provienen de su condición de periodista, y él, sin alterarse, a la pata la llana, como quien así lo dijera, se corrige con naturalidad, con un desenfado que por el incesante afán de perseguir la verdad, lo torna hacia nosotros cariñoso amigo.

A su lado Andrés Bernáldez, cura de los palacios, es otra piedra básica de la primitiva historia americana. No viajó al Nuevo Mundo al igual que Pedro Mártir, ni supo de las tragedias que la colonización ya comenzaba a hacer sentir. Pero tenía un espíritu claro, sagacísimo y la brillantez pintoresca de los antiguos narradores. Recibió sus informaciones de manos de Colón; y a sus viajes, al recuerdo de su vida pobre y misérrima, a sus andanzas desventuradas y a sus proyectos de iluso que sólo cuajan en Santa Fe, le consagró once capítulos en la *Historia de los Re-*

yes Católicos, que la crítica reconoce insuperables por el mérito de haber sido escritos a la vista de documentos auténticos, y haber compulsado la tradición oral.

Un frescor suave de evangélica dulzura cruza por las páginas de Andrés Bernáldez y Pedro Mártir. Es que todavía en los cronistas de ese período, el sabor de sangre caliente no irrumpe como signo de conquista. Es necesario llegar a Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés para sentir ese momento. Hombre de una actividad estupenda, de un vigor físico intelectual superior a toda ponderación, de una energía como era la de esos hombres que parecían salidos de las leyendas del Olimpo, doce veces cruzó el Océano para venir a América en varios y señalados cargos de la administración y de la guerra, dándose tiempo, en medio de una actividad febrilísima, para escribir aquel monumento de la historiografía moderna que se llama la *Historia General y Natural de las Indias*, libro magnífico, duro en su factura, crudo en el estilo, sabio en la abundancia de noticias y, sobre todo, espejo en donde quedan representados los caracteres morales, confusos y heterogéneos, de los hombres de la epopeya y del drama de América. Vasto panorama de la obra de España en el Nuevo Mundo, soberbio exponente de la psicología del pueblo conquistador. Nada hay comparable para el historiador moderno que busca la interpretación de una edad, como las páginas de este narrador en quien, a las veces, la pasión nos hace sentir cuan difícil es llegar a establecer el sentido exacto de los actores que presenta y de los sucesos que detalla.

Más fuerte por el tono de protesta que ella representa contra la colonización, es la obra de Las Casas, espíritu terco, de ideas fijas y preconcebidas, violento hasta en su papel de apóstol y evangelizador. En su *Historia General de las Indias*, con más relieve que Oviedo, nos ha dejado una impresión de la psicología turbia de los hijos de Castilla. Pero donde la pluma de este fraile *Protector de los Indios* toca los arrebatos de la rebelión del alma, es en la *Destrucción de las Indias*, libro controvertido, negado por la España en su parte sustantiva, pero cierto en sus noticias, no obstante los visos de una exageración que cuadraba a perfección con el carácter soberanamente terco y tenaz del amigo y compañero de Colón.

En esas obras, en las de Oviedo principalmente, y en las de Las Casas en otro orden de cosas, está, por decirlo así, la suma y substancia de la crónica americana de la colonización contada por testigos oculares, por actores de los sucesos, por hombres que al mismo tiempo que hacían la historia la escribían; teniendo

en menos, en algún menosprecio, no por desidia, sino por tendencia espiritual, el sentido de la relación documental.

El gran Herrera, que nunca estuvo en América, que era literato y escritor de mérito, pero flojo en los afanes de la redacción, legó al mundo la *Historia General de los Hechos de los Castellanos*, en que la masa de papeles, de informaciones documentales de primera mano, la hace tanto más apreciable cuanto su autor, por pereza o por ajustarse a un método científico que al ser así le haría insigne honor, sólo se limitó a ponerlos en buen estilo y a facilitar su lectura mediante una interpretación que la crítica hoy puede aprovechar con éxito singular.

Tales son las fuentes primitivas de la historiografía americana, en las cuales la humanidad aprendió a conocer el fenómeno del descubrimiento, conquista y población del continente. El método, como bien se comprende, apenas tiene sentido en la obra de los cronistas. El espíritu crítico que suele encontrarse en ellos está de acuerdo con las ideas y preocupaciones de la época; el sentido de la independencia del criterio, de la imparcialidad, no podía exigírseles a individuos que al conseguir el logro de la colonización con el esfuerzo de sus poderosas voluntades, asumían después el carácter de jueces, relatando y juzgando los hombres y los hechos.

La verdad es constante como la ola. Y las ondas de las aguas que se suceden de un pequeño círculo a otro más amplio y cada vez más amplio, es como la perenne renovación del ideal que aspira a la perfección eterna. Así, no era raro que de la misma patria hacedera de la empresa sobrehumana de la civilización de un mundo, salieran los primeros aportes para la rectificación del gran arsenal histórico que significó la obra de los cronistas. Esta tarea la inicia un erudito llamado Andrés González Barcia, en un aspecto modesto, pero el más interesante por los expurgos bibliográficos de joyas preciosas que pone a disposición de la crítica. Y es él quien prepara, con la publicación de los *Historiadores primitivos de Indias*, el campo de la iniciación del período de la historiografía crítica americana.

Pero González Barcia no entendió su papel de bibliógrafo como un simple amator de textos. Algo más culto que la generalidad de los hombres de su época en la península, lector infatigable de las obras americanas hasta entonces publicadas o inéditas hasta el siglo XVIII, su siglo, adicionó los tratados primitivos de los cronistas con notas y referencias de un valor inestimable. Tiene un mérito mayor aun: como bibliógrafo eruditísimo, puso al día la obra madre del fundador de la bibliografía americana, don Antonio León de Pinelo, el famoso

Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental. Es lástima que González Barcia citara muchas veces de memoria, pero lo mismo había hecho el autor peruano del primer ensayo de una bibliografía de las obras relativas al Nuevo Mundo, algunas de ellas escritas por americanos. Este es el mérito de González Barcia como divulgador de la rama de la ciencia historiográfica que se llama americanista.

Desde ese momento también se opera en la historiografía de América un movimiento tan rigurosamente crítico, tan estrictamente ajustado al método más férreo, que comienza a mirar con desconfianza el valor del testimonio de los libros para entrar al examen cuidadoso y prolijo de la documentación. Formalmente aquí comienza la aplicación del método en la historia americana, método que, mejorándolo, tratarían de llevar a un alto grado de perfección tanto HARRISSE como MEDINA.

El principio universal de la duda, a pesar de la opinión contraria de las autoridades más respetables en la materia, habría de producir en breve los más espléndidos resultados. El nombre de ese innovador radical en el siglo XVIII es el de Juan Bautista Muñoz, el último de los cronistas oficiales de Indias. Muñoz era valenciano, con lo cual queremos decir que el don de la imaginación estaba en él. Pero no tenía una imaginación desordenada, tan sólo apta a las inspiraciones de la poesía; antes por el contrario, la suya vinculábase a los estudios filosóficos, a las grandes y sutiles cuestiones del humanismo. De ahí la solidez de su juicio, su admirable sentido crítico y las excelencias del método que aplicara. El se propuso establecer documentalmente—como habría de hacerlo después Medina—todo el proceso de los orígenes de la dominación española. Ya no bastaban los libros para la certificación de los sucesos; era menester que ellos encontraran su prueba básica, concreta, en los papeles, cartas, oficios, relaciones, sumarios y procesos.

¡Cálculése el inmenso valor que para desentrañar la psicología del hombre de la conquista, significaba entonces y significa en nuestros días un procedimiento semejante! Muñoz procedió movido de un alto espíritu patrio. En esos días las glorias de España, después de la aparición de la obra del inglés Robertson intitulada *Historia de América*, quedaban maltrechas y vilipendiadas, y es claro que el orgullo de la raza necesitó de una vindicación muy amplia. La ciencia ganó con ella, porque así fué dable que Carlos III abriera de par en par los archivos, y entregara al público el dominio de los tesoros escondidos. Por suerte, Muñoz fué encargado, como cronista de Indias, de la rebusca de los testimonios que el soberano, por intermedio de

este humanista, iba a presentar para contradecir las afirmaciones de Robertson. En esta peregrinación demoró el valenciano siete años, durante los cuales no dejó rincón de biblioteca y archivo peninsular que no hurgara. Su acopio de documentación, para ilustrar los puntos más oscuros de nuestra historia, fué extenso, variado, concluyente; pero, por desgracia, apenas publicado el primer volumen de la *Historia del Nuevo Mundo*, obra más bien retórica que erudita, el célebre humanista rindió el ánimo, dejando a la posteridad la valiosa herencia de su archivo en el cual han bebido y siguen bebiendo los nuevos historiógrafos.

En el siglo XIX y escriben los cuatro más grandes americanistas de todos los tiempos: Martín Fernández de Navarrete, Alejandro de Humboldt, Henry Harrisse y José Toribio Medina. A ellos se les debe la aplicación definitiva del método científico en la investigación documental, bibliográfica y crítica de nuestra historia. Ellos lo fijaron de una manera cierta. Lo problemático, lo inseguro, lo dudoso, en las manos de estos hombres, encontró las vías más directas de una verificación, y abrieron a la ciencia nuevos e inmensos horizontes. Fernández de Navarrete reconstruyó, etapa por etapa, la historia del desarrollo de la geografía del nuevo continente. La náutica de los españoles y su arte de navegar, aparecen expuestos a la luz de una crítica tan recta como segura. La obra en que este marino, gloria de España, vació su ciencia, es una de las compilaciones más sabias que haya logrado la cultura moderna. Llámase *Colección de Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. Título muy largo y fatigoso, que apenas nos da idea de su notable contenido. De este libro habría de decir el hombre más sabio de su siglo, la primera autoridad de la ciencia, Alejandro de Humboldt, que era «*honra de la sabiduría de un pueblo*». Tal elogio lo escribía el mismo autor de aquel monumento intitulado *Examen crítico de la historia de la Geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la Astronomía Náutica de los siglos XV y XVII*, el mismo Alejandro de Humboldt, que hubo de servirse en todo y para todos los puntos fundamentales de la obra de Navarrete, como que en ella se encuentra el cimiento y la poderosa argumentación en que se apoya. El gran alemán, que parecía llevar como de frente todos los conocimientos humanos, haciendo servir los unos de ilustración y complemento a los otros, al decir de uno de sus críticos, ensanchó la perspectiva de la historia fijando las causas científicas que preparan el descubrimiento de América, y los pormenores concernientes a la vida y carácter de Colón; estudió los viajes verdaderos o supuestos de Américo Vespucio, y la cro-

nología de los primitivos descubrimientos de los españoles en el nuevo continente.

No puede hablarse aquí de algunos otros historiadores y eruditos de importancia menor, que si bien muy distinguidos y de alta significación, que no entran en los límites de este ensayo; ni tampoco sería propio citar, siquiera no más fuera de simple referencia, un buen número de historiógrafos locales, que han contribuído con sabios trabajos a la puntualización de algunos de los problemas secundarios de la historiografía del mundo de Colón. Pero hay una figura que, en la segunda mitad del siglo XIX, aparece violenta y desbordante en el campo del americanismo, y que tiene con Medina más de un punto de semejanza en la vocación intelectual y en la rigidez del método científico.

Se habrá entendido que hablamos de Harrisse. Era francés de nacimiento, nacionalizado ciudadano norteamericano, de origen judío por sus padres rusos. Abogado como Medina, bibliógrafo como el sabio chileno, historiador de los viajes de los españoles, no tuvo, sin embargo, ni la mansedumbre ni la modestia de nuestro compatriota. Al contrario; en Harrisse, su alto y desmesurado amor propio, su orgullo incontenible y feroz, la certeza de su brillante inteligencia y de su aplastante espíritu razonador de que estaba tan plenamente convencido, le hicieron personaje insoportable en su tiempo; pero nadie podrá negarle los títulos con que le recuerda el americanismo del cual fué príncipe, sin duda, hasta que Medina le arrebatara el cetro en el dominio de sus mismos estudios. A él se debe la *Biblioteca Americana Vetustísima*, ensayo crítico bibliográfico, preñado de erudición y sana crítica, que abarca desde 1492 hasta 1551, libro fundamental, pero rehecho de fondo a superficie por Medina.

Con Navarrete, Humboldt y Harrisse se cierra el primer período crítico moderno, por decirlo así, del americanismo en el siglo XIX. Las líneas generales del método quedaban trazadas. Sólo cabía ahora particularizarlo en los accidentes que aquellos hombres de ciencia no pudieron conseguir. Pues bien; a partir de fines del siglo XIX hasta nuestros días, hasta ayer no más en que murió, José Toribio Medina llevó de frente todos, absolutamente todos, los problemas capitales y sustantivos de la historiografía americana. Nacido en 1852 y educado en la tradición de Bello que todavía imperaba pura entre nosotros, la vocación de su espíritu le lleva como por intuición al cultivo de las ciencias naturales. Todavía no se despertaba en él el gusto, el afán de los estudios que habrían de hacer su nombre perdurable y magnífica la fama de sus libros.

Se olvida con frecuencia por los biógrafos y por los críticos de

Medina esta su primera iniciación intelectual, y es interesante subrayarla porque de ella arranca una parte del valor permanente de su inmensa labor. Medina, al entrar al campo de las ciencias históricas, en la cual habría de ser gran señor y príncipe indiscutible, llevaba de antemano la fijeza de juicio que da el método que él había desenvuelto en las ciencias naturales. Su paso por ellas quedó señalado por varios descubrimientos novedosos. Una especie encontrada y descrita por Medina lleva su nombre dado por el Doctor Phillippi. Era entonces demasiado joven. Acababa de recibir su título de abogado. Un accidente, dentro de las mismas disciplinas de zoólogo que cultivara, le puso entre las manos a los primeros cronistas chilenos. Buscaba antecedentes entomológicos para sus estudios. Pero en Medina había una sensibilidad virtuosa y casi sentimental por el estudio, y la lectura de los historiadores primitivos despertó en su alma, no como se ha creído el rumbo definitivo de su carrera, sino el deseo de llegar a conocer profundamente la historia del hombre aborígen en el suelo chileno. Se hizo etnólogo y antropólogo. Así, en busca de materiales para descifrar el enigma misterioso e insondable del habitante nacional, recorren la tierra del país, y acumulando los materiales necesarios para un libro intitulado *Los Aborígenes de Chile*, que publica mucho después, cuando ya habían aparecido algunos de sus libros históricos.

Ciertos detalles psicológicos en la vida de los grandes hombres suelen explicar con claridad su historia espiritual; y por cierto que en el caso de Medina es preciso buscar algunas de sus cualidades morales e intelectuales en la que fué su ascendencia. Su padre fué un hombre culto, que en momentos de abatimiento y soledad, en plena juventud, anduvo enredado con las musas. Fué un poeta romántico, que cantó con acentos doloridos los sentimientos en boga de su tiempo. Ni buenos ni malos, en sus versos pueden encontrarse reminiscencias de una esperanza de bienestar y de grandeza que acaso nunca llegaron al logro apetecido, como lo imaginaba el poeta. Abogado y más tarde juez de virtudes superiores por la rectitud y honradez que demostrara en la carrera de magistrado, el natural de su temperamento aveníase mal con las funciones que le deparó la vida. Amigo de la lectura, de la charla, de la vida social, el sino del destino no pareció sino contrariarle las que fueron sus mejores condiciones de hombre jovial y de mundo. Cuando todavía no frisaba en los cuarenta de Mañara, la parálisis entorpeció sus miembros y quedó reducido a la impotencia física. Esa inteligencia viva, brillante, que denotaba su origen andaluz, vivió una exis-

tencia de martirio, que había de prolongarse por largos años hasta que la muerte cortara el aliento del infeliz inválido.

La tenacidad de Medina para el trabajo, la energía del carácter, la voluntad de acero nunca reducida, no fueron condiciones heredadas de su padre. A él le debió la inteligencia, la extraordinaria memoria sin igual de que estaba dotado, la reflexión honda y certera, la imaginación chispeante y ese don de mundo que manaba de su aparente áspera corteza. Esas otras condiciones provenían de su madre. Su abuelo materno era de ascendencia vasca. Fué uno de los más ricos mineros del norte en los tiempos en que Copiapó era como una montaña de plata. La tenacidad del abuelo para buscar en las rugosas quebradas de las cordilleras las vetas del metal soñado, la inquebrantable energía para no ceder ante los obstáculos y conseguir el fin deseado ¿no son, acaso, las mismas que Medina nos descubre como investigador, a quien ni siquiera arredra la pesadumbre física de una tarea que, al concebirla, parecía propia de una legión de hombres? A mí me decía un día como queriendo impulsarme al camino oscuro, pero noble, que él había recorrido: «No debes dejar pasar una mañana sin hacer un apunte, una tarde sin escribir una página, una noche sin leer una línea». He ahí su sistema. Su madre, en otro sentido, había hecho otro tanto, cuando los azares de la vida la obligaron a convertirse en el timón de su hogar desgraciado por la invalidez del esposo.

Un viaje al Perú, como Secretario de la Legación de Chile, puso a Medina en el camino de las investigaciones propiamente históricas. En este instante decisivo de su vida, se inicia su vocación. En una carta escrita a su padre le dice a este respecto:

«Me he visto obligado a no poder continuar en esta ciudad (Lima), mis estudios de las ciencias naturales y de la antropología, por lo cual, para matar el tiempo, me he dedicado a recorrer los archivos y las bibliotecas para ver manera de encontrar algo útil para Chile, y también porque creo que en ellos puedo hallar antecedentes que sirvan a mis puntos de vista sobre los primeros habitantes del país». Es decir, la historia para Medina hasta entonces, es como una ciencia auxiliar que sirve para corroborar sus hipótesis de carácter antropológico. ¡Curiosa situación la suya! Posiblemente el campo en que espigaba no le fué favorable a sus pretensiones en la amplitud que él lo deseaba, y por ello se engolfó en la compulsión estricta de la historiografía.

Lima era entonces el centro de un movimiento intelectual interesante. Medina convivió en los cenáculos literarios que juntaban los nombres de Ricardo Palma, Manuel de Odriozola, González Vigil y tantos otros. Y allí inicia, en la ciudad de los

virreyes, sus primeras colaboraciones en *El Correo del Perú*. ¿Qué escribe? Orienta sus estudios hacia la historia literaria; se vislumbran los capítulos primeros de ese gran libro que todavía queda en pie, que habría de llamarse *Historia de la Literatura Colonial de Chile*. Por esos trabajos vemos cuán remota es su devoción a Ercilla. En los primeros artículos consagrados al poeta vizcaíno, está como la síntesis de su obra maestra de la mayor edad: el estudio monumental de *La Araucana* y de la vida del cantor de las guerras de Arauco.

El orfebre ama sobre todas las cosas el oficio que cultiva. La razón de su vida parece unirse a él. Es el amor puro que no agosta ni seca la virtud de los cinceles, el que mueve su alma en un afán renovado de belleza. En Medina, descubierta la pasión, el vuelo se torna incontenible. Necesita otro escenario, otro mundo. Y corre a Estados Unidos, Francia, Londres, Alemania y España. Sevilla es como la consagración de su ideal. Sabe que en sus calles morunas, estrechas, rumorosas de alegría y pintadas de color, más allá del Alcázar, cerca de la Giralda, donde pasan mujeres de ojazos negros entonando una canción, envueltas en mantones de Manila con gamas de perlas y rubíes, hay un lugar de silencio, de paz y recogimiento donde anidan los siglos de la historia sus leyendas, y en cuyos fríos anaqueles ha quedado sepultada la vida palpitante de lo que fué lo heroico, grande y sublime. ¡Oh! qué magnífica impresión recibió el joven, todavía adolescente, al transponer los umbrales centenarios del Archivo de Indias. Sobrecogido, tímido, tembloroso, la vieja casona mandada construir por el rey de reyes, Felipe II, iba a entregarle generosa los secretos de ese mundo muerto que fué la historia de América. Las horas son escasas para el estudioso; las vigiliass lo encuentran sin que se sucedan las vísperas; las tardes declinan con cielos de arreboles, y el muchacho está siempre inclinado sobre un viejo, amarillento, desgajado pergamino.

Fructuosa estancia la suya. A la vuelta al terruño, hartas las maletas de papeles y de libros, henchida la cabeza de proyectos, entrega su primera y definitiva obra que es así como su consagración: *La Historia de la Literatura Colonial de Chile*, libro de juventud, premiado por esta Universidad. Revaluar el pensamiento de los escritores del período de la dominación española, desde Ercilla hasta Lacunza, desde Oña a Barrenechea de Alviz, desde Núñez de Pineda hasta Molina, he ahí lo que significa esa obra de alta crítica literaria, de investigación ordenada y circunspecta, de revisión de juicios y opiniones.

Quiere la ciencia aunar siempre sus resultados, y el hombre que la cultiva sólo ve en ella su continuidad eterna. La prepa-

ración de la *Historia de la Literatura Colonial de Chile* había significado para Medina una labor previa de investigación bibliográfica, de compulsas de textos, de crítica de ediciones, de desciframiento de problemas que aparecían confusos y mal estudiados. El bibliógrafo nació de aquí. Persuadido de que no era posible establecer la historia literaria de América sin que antes se hiciera el recuento, por así decirlo, de la producción intelectual del continente, a este tiempo pertenece su plan de historiar el curso de las vicisitudes de la imprenta en el Nuevo Mundo.

Es evidente que el año 1886 marca en la vida de Medina el punto medio exacto de una nueva orientación en su carrera de historiógrafo. Hasta entonces su obra aparece exclusivamente consagrada a ilustrar la historia de su patria. El deseo de Medina, su aspiración más vehemente, lo que podría decirse era su ideal, no era otra cosa que la de escribir una historia general de Chile durante el coloniaje. Para conseguir ese fin comenzó a editar la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile*, sobre la cual no tengo para qué detenerme en probar su valor, ni en exaltar la fidelidad paleográfica con que han sido publicadas sus piezas, puesto que Thayer Ojeda y Amunátegui Solar han pronunciado juicios severamente justos y exactos. En la *Colección de Historiadores de Chile* reinició la publicación de los antiguos cronistas, acompañando a los textos sabiamente depurados y anotados, prolijas biografías de sus autores. Sin embargo, y sin dejar ni por un momento de mano sus labores de la Historia de Chile, Medina abarca repentinamente toda la historia de América, entiéndase bien, la historia general del continente y la local de cada uno de sus países. Esta violenta evolución de Medina en el cambio de sus estudios, es la obra de una mujer. Clotilde de Veaux inspiró a Augusto Comte para escribir la Sociología, sacándolo de la especulación filosófica de ideas sin mayor originalidad en su tiempo. Mercedes Ibáñez de Medina, la esposa del historiador, es quien abre al erudito un horizonte que, por modestia, nunca hasta entonces se atrevió a explorar.

He señalado, precisamente, el año de 1886 como decisivo en este aspecto de la carrera del escritor, porque desde entonces, a partir de su matrimonio, se ve el propósito de dejar la historia de la tierra hogareña para penetrar en cuestiones de interés universal más amplio y permanente.

Las mujeres chilenas del tiempo de la señora de Medina, no valían mucho por su cultura ni por la perspicacia de la inteligencia. Se sentían aptas para ser fieles y cariñosas esposas, tiernas y sacrificadas madres en esta tierra que fué hogar de

purísimas virtudes. Una mujer chilena en la segunda mitad del siglo XIX, vivía intelectualmente divorciada del esposo. No había para ella más que la casa, la familia y la iglesia. La señora de Medina, educada en otro ambiente, fuera de las fronteras, es desde ese momento la heroína anónima de los trabajos del historiador, la inspiradora discreta y la colaboradora afectuosa de su obra. Hay algo de extraordinario en esta mujer que ahogó su feminidad en el cultivo de los libros para seguir las huellas del esposo. Aquí debe recordársele con cariño y con respeto, porque acrecentó la gloria de su patria primero, y después la del grande hombre. A ella le pertenece, pues, una parte de ese nimbo de luz.

Hemos querido traer estos datos para explicar siquiera la trayectoria moral de la obra de Medina. Ahora que estamos en ella, debemos repetir la interrogación que nos hicimos: ¿Cómo entendieron la historia de América los hombres que iniciaron la razón crítica de ésta? Medina comprendió que había de abarcarla en su totalidad. Ya no eran las grandes cuestiones las que debían ser dilucidadas. Sabía que si allí había puntos oscuros que él mismo corrigió, era preciso, sobre todo, llegar a revisar el método de Muñoz y de Harrisse.

Medina corrigió a Navarrete y Harrisse. Esas obras que parecían inamovibles en la historia de la geografía, el sabio chileno las adicionó y las revolucionó con sus libros sobre Caboto, del cual dijera Harrisse que había superado el suyo. Orellana, Vasco Núñez de Balboa, Magallanes, Juan Díaz de Solís, Pancaldo, Juan Fernández, Diego García, Gonzalo de Acosta, Esteban Gómez, encuentran en este erudito al historiador feliz y afortunado de los grandes y poéticos náuticos españoles.

Apenas si puede hablarse en una disertación como ésta, del que fué espejo maravilloso de bibliógrafos. Harrisse había creído agotar el tema en su ya citada *Biblioteca Americana Vetustísima*, y parecía difícil seguirlo siquiera o completarlo. Medina iba a agregar a su *Biblioteca Hispano Americana*, en una obra nueva por su factura, 1,040 títulos más.

Todo adquiere en Medina proporciones gigantescas. Al enumerar su labor, el sustantivo y el adverbio ya no encuentran sentido de individualidad. Y, sin embargo, hay algo más que decir: la inquisición. La inquisición es un fenómeno social de la época, muy propio y característico del tiempo español. Para un liberal de escuela, el estudio de esos procesos ¿no ponía el aguijón de una campaña? Pues nada; la honradez del historiógrafo, sin sentir la pasión sectaria de una época ultramontana en que se pedía a gritos la condenación de la iglesia, encuentra

en Medina un expositor que sirve a una y otra tendencia. He ahí su honradez espiritual. Al revisar la historia de América, y al expurgarla, encontró todavía que para completar el cuadro le faltaba algo: el estudio de las monedas y medallas. Hoy que la historia se orienta hacia un sentido económico, Medina será el que explique en esos sus libros, cuál ha sido el valor del oro, y las enseñanzas amargas que se desprenden de su conquista.

No se puede hablar de este hombre sin esquematizar su obra en una clasificación que revele de golpe su importancia. Quien desee estudiarla tendrá que llegar a un esquema de su labor de erudito que es, como decía el director del Museo Británico, Garnett, compendio y síntesis de la vida entera de todo un continente. Esa tarea ha sido ya realizada con muy diverso criterio. La acometió primero Armando Donoso en un ensayo crítico sobre la obra del polígrafo chileno, publicada en el libro intitulado *La otra América*. Allí clasifica la producción de Medina en ocho categorías de fuentes, por decirlo así, que enumera en esta forma: PUBLICACIONES DE ORDEN CIENTÍFICO: entomológico, folklórico, arqueológico, etnográfico, docente, cartográfico, como los artículos sobre los insectos enemigos en Chile, el mito popular El Piuchén, Los restos indígenas de Pichelemu, y los libros Los aborígenes de Chile, La instrucción pública en Chile, Ensayos acerca de una mapoteca chilena. PUBLICACIONES DE CARÁCTER HISTÓRICO-DOCUMENTAL: relativas a la América española y a las islas Filipinas, como son todas las que se refieren al Tribunal del Santo Oficio en Chile, Lima, México, etc. PUBLICACIONES DE CARÁCTER BIBLIOGRÁFICO AMERICANO: cuales las siguientes: *Biblioteca hispanoamericana*, *Biblioteca hispanochilena*, y todos los volúmenes relativos a la historia y la bibliografía de la imprenta en la América Española.—PUBLICACIONES DE DOCUMENTOS Y REIMPRESIONES HISTÓRICAS Y LITERARIAS: tales la *Colección de documentos inéditos* y la *Colección de historiadores*, cuyos once primeros volúmenes fueron publicados por Barros Arana, Amunátegui y Montt; las ediciones de Pedro de Oña, la *Doctrina cristiana en lengua guatemalteca*, *La Araucana*, etc.—PUBLICACIONES DE CARÁCTER HISTÓRICO-GEOGRÁFICO: Así, los libros *Viajes de Diego García de Moguer al Río de la Plata*, *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España*, *El descubrimiento del Océano Pacífico*, *Vasco Núñez de Balboa y sus compañeros*, *Descubrimiento del Río de las Amazonas*, *Hernando de Magallanes*.—PUBLICACIONES SOBRE NUMISMÁTICA: Los estudios sobre numismática argentina, medallas coloniales hispanoamericanas; los libros *Medallas de proclamaciones y juras*, las *Monedas obsidionales*, *Monedas coloniales*

de Chile, *Medallas del Almirante Vernon*.—PUBLICACIONES DE ERUDICIÓN LITERARIA: *Historia de la Literatura colonial de Chile*, los tres volúmenes consagrados a la vida de Ercilla y las ilustraciones de *La Araucana*, *El disfrazado autor del Quijote*, impreso en Tarragona, la *Novela de la tía Fingida*, la *Literatura Femenina en Chile*.—PUBLICACIONES RELATIVAS A LA HISTORIA DE CHILE: Tomando en cuenta sus numerosos prólogos, anotaciones, estudios, traducciones de muchos libros que tratan sobre Chile, es preciso recordar sus libros *Cosas de la Colonia*, *Diccionario biográfico colonial de Chile* y los Jesuitas expulsos de América en 1767, abundantes en curiosas noticias del país.

Tal es la clasificación de la vasta obra de Medina realizada por Donoso. Como toda clasificación es arbitraria, por ser una forma de categoría del espíritu. La de Omer Emeth (Emilio Vaisse), publicada en 1924 en el homenaje que la Sociedad Chilena de Historia y Geografía tributó a Medina al enterar cincuenta años de labor literaria, es más bien un estudio de los materiales que sirvieron al escritor para levantar el gigantesco edificio de su construcción intelectual. La que nosotros damos a continuación no tiene otro objeto que presentar clasificada, con distinto criterio, la labor del polígrafo. No la creemos ni mejor ni peor que la de Donoso, ni la reputamos tampoco definitiva. Puede considerársela, en todo caso, como un ensayo más completo que las que le han precedido. Héla aquí (1):

1. *Crítica Literaria*: María, apuntes para un juicio crítico (1 y 288). El amor en la Araucana (6). Ercilla juzgado por la Araucana (10). La Crónica de 1810, por don Miguel Luis Amunátegui (108). Una nueva edición francesa de La Araucana (117). Un libro raro: El temblor de Lima (192). Dos Comedias Famosas y un Auto Sacramental, basados principalmente en La Araucana de Ercilla, anotadas y precedidas de un Prólogo sobre la Historia de América como fuente del teatro antiguo español (238 y 254). El disfrazado autor del «Quijote» impreso en Tarragona fué Fray Alonso Fernández (260). El Lauso de Galatea de Cervantes es Ercilla (266). Novela de la

(1) El número entre paréntesis que lleva cada título corresponde al que se encuentra en las dos siguientes bibliografías de Medina: *Catálogo de las publicaciones de D. José Toribio Medina (1873-1914) por Víctor M. Chiappa. Continuado hasta el día y seguido de una bio-bibliografía por Guillermo Feliú Cruz*, Santiago, 1924. Comprende este inventario desde el N.º 1 al 306.

La segunda de estas publicaciones lleva por título: *Bibliografía de Don José Toribio Medina. Notas críticas, por Guillermo Feliú Cruz*. Buenos Aires, 1931.—Comprende desde el N.º 308 al 408. Hemos creído de interés señalar los números para quien desee mayores informaciones bibliográficas.

Tía Fingida. Con anotaciones a su texto y un estudio crítico acerca de quien fué su autor (275). Escritores hispanoamericanos celebrados por Lope de Vega en el Laurel de Apolo (285). Cantos XVIII y XIX de Armas Antárticas, poema de D. Juan de Miramontes y Zuazola, que reimprime con un breve prólogo y notas críticas e históricas (307). Amarilis y un viejo problema literario en la poesía Americana (312). El Licenciado Pedro de Oña. Estudio biográfico crítico. Por Enrique Matta Vial. Con un prólogo (315). Una traducción de Petrarca hecha en América en el Siglo XVI (320). Aurelio Díaz Meza: Leyendas y Episodios Chilenos. Crónicas de la Conquista. Tomo primero. Prólogo de D. J. T. Medina (323, 372 y 380). Viaje del Parnaso compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Edición crítica anotada por J. T. Medina (328-329). Las mujeres de «La Araucana» de Ercilla (368-369). La Araucana. Ilustraciones: estudios críticos sobre Ercilla.

2. *Historia Natural*: Los insectos enemigos en Chile (2 y 287). El Piuchén (3). Motivos para la fundación de una Sociedad Entomológica chilena (4).

3. *Traducciones*: a) *Simples*; b) *Con prólogos, adiciones y notas*.

a) H. W. Longfellow. Evangelina. Cuento de la Arcadia (5 y 101). Diario de un joven norteamericano detenido en Chile durante el período revolucionario de 1817 a 1819. Traducido del inglés (92). Dos obras de Viajeros Norteamericanos traducidas al castellano (259). Santiago y Valparaíso ahora un siglo. Relato de un viajero inglés (291 y 292).

b) Memorias de un oficial de marina inglés al servicio de Chile, durante los años de 1821-1829 (295). Insurrección en Magallanes. Relación del apresamiento y escapada del Capitán Chas. H. Brown, del poder de los penados chilenos. Traducción y anotaciones (296).

4. *Biografías*: a) *Colectivas* y b) *Individuales*.

a) Los Errázuriz. Notas biográficas y documentos para la historia de esta familia en Chile durante la colonia (90). Diccionario biográfico colonial de Chile (165). Noticias biobibliográficas de los Jesuitas expulsos de América en 1767 (235). Cuatro muertos ilustres (249 y 324). Escritores hispanoamericanos celebrados por Lope de Vega en el Laurel de Apolo (285). Can-

tos panegíricos a los Invictos Héroes, Maestres de Campo, Abuelos, Bisabuelos y Padre del Muy Insigne Doctor don Tomás Pizarro Cajal. Tercera edición ilustrada con notas biográficas, por J. T. Medina (348). Los estudiantes forasteros en la Real Universidad de San Felipe de Santiago de Chile (370). La Araucana. Ilustraciones. Los compañeros de Ercilla.

b) Fray Miguel de Aguirre (6). Fernando Alvarez de Toledo (7). El Capitán de fragata, Arturo Prat. Estudio sobre su vida, por Ramón Guerrero Vergara, antiguo teniente de Marina; y... (15). Francisco de Aguirre en Tucumán: Un documento interesante para la Historia Argentina (69) Juan Núñez de Prado y Francisco de Villagra en la ciudad del Barco: Un documento interesante para la Historia Argentina (74). Juan Díaz de Solís. Estudio histórico (75). Juan Díaz de Solís. Estudio histórico. (Documentos y bibliografía) (76). D. José Mariano Beristain de Souza. Estudio bio-bibliográfico (83). Santo Toribio de Mogrovejo, Arzobispo de Lima (capítulo incompleto de un libro inédito) (169). Un precursor chileno de la revolución de la Independencia de América (205 y 206). Fray Diego de Landa inquisidor de los indios de Yucatán (213). El Proceso de don Carlos de Mendoza (218). El viaje de Ercilla al Estrecho de Magallanes (219). Biografía del general de brigada don José Rondizzoni (223). El Vicealmirante, don Patricio Lynch (229). Juan Gómez de Almagro, el que aprobó «La Araucana». Esbozo biográfico (246). El Primer poema que trata del descubrimiento del Nuevo Mundo. Reimpresión de la parte correspondiente del Carlo Famoso de don Luis Zapata, con breve prólogo biográfico y cien compendiosas notas críticas-históricas (247). El Testamento de Francisco Caro de Torres (256). Bartolomé Ruiz de Andrade, primer piloto del Mar del Sur. Estudio histórico (276). El Preceptor de Ercilla. Ilustraciones históricas de «La Araucana». Nota bio-bibliográfica de Juan Cristóbal Calvete de la Estrella (277 y 325). Noticia biográfica sobre Fray Antonio Sors y su Historia del Reino de Chile situado en la América Meridional (284). Don Juan Francisco de Sobrecasas, autor de la Relación de la isla de Juan Fernández (293). Apuntes para una Biografía de don Antonio Quintanilla (313). Vida de Sor Ana Guerra de Jesús (337). D. Manuel Antonio Talavera primer cronista de la Revolución de la Independencia de Chile. Esbozo biográfico (350-351). La Expedición de Corso del Comodoro Guillermo Brown, en aguas del Pacífico. Octubre de 1815-Junio de 1816 (363).

5. *Folklore*: Los Araucanos y la Astrología (8). Los Ro-

mances basados en La Araucana. Con su texto y anotaciones y un estudio de los que se conocen sobre la América del Sur anteriores a la publicación de la Primera Parte de aquel Poema (264). Paremiología Chilena. Discurso leído por D. Ramón A. Laval en su incorporación el 30 de Noviembre de 1923, y contestación de D. José Toribio Medina (308-309).

6. *Recopilaciones Documentales*: Memorias del Reino de Chile y de don Francisco Meneses. Escribíalas el P. Fray Juan de Jesús María. Publicadas con una introducción biográfica y algunas notas. (9). Las guerras de Chile. Poema histórico por el Sargento Mayor, don Juan de Mendoza Monteagudo. Publicado con una introducción, notas e ilustraciones (28). Histórica relación del Reino de Chile y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús, por Alonso Ovalle. Reimpresión con una introducción biográfica y algunas notas (30-31). Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo, 1518-1818 (32, 39, 40, 41, 64, 65, 71, 72, 73, 77, 78, 79, 95, 96, 98, 103, 104, 105, 118, 119, 120, 122, 123, 125, 126, 127, 135, 136 y 139). Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional. Tomo XII. Histórica relación del reino de Chile por el jesuíta Alonso de Ovalle. Con una introducción biográfica y notas (34 y 35). Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional. Tomo XIV. Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile, por el jesuíta Felipe Gómez de Vidaurre. Con una introducción biográfica y notas (36 y 37). Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional. Tomo XVI. Desengaño y reparo de la guerra de Chile, por Alonso González de Nájera. Con una introducción biográfica (38). Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile. Por el Maestro de Campo, Alonso González de Nájera. Publicado con una introducción biográfica (43). (Tirada especial). Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile, por Felipe Gómez de Vidaurre. Publicada con una introducción biográfica y notas (44 y 45). Descubrimiento del Río de las Amazonas según la relación hasta ahora inédita de Fray Gaspar de Carvajal con otros documentos referentes a Francisco de Orellana y sus compañeros. Publicada con una introducción histórica y algunas ilustraciones (60). Una expedición española a la tierra de los Bacallaos en 1541 (70). Relación diaria del viaje de Jacobo Le Maire y de Guillermo Cornelio Schouten en que descubrieron nuevo estrecho y pasaje del Mar del Norte al Mar del Sur, a la parte austral

del Estrecho de Magallanes. Reimpresa con una nota-bibliográfica (82). Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional. Tomo XVII. Actas del Cabildo de Santiago. Tomo II. Con un prólogo (88, 99, 110, 111, 128, 129, 140, 157, 158, 166, 167, 168, 180, 181, 183, 191, 195, 208, 214, 216, 222, 239, en lo relativo a las actas del Cabildo). Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional. Tomo XXIII. Historia de Chile, por don José Pérez García. Con un prólogo (112 y 113). Historia natural militar, civil y sagrada del Reino de Chile en su descubrimiento, conquista, gobierno, población, predicación evangélica, erección de catedrales y pacificación. Su autor, don José Pérez García. Con una noticia biográfica del autor (115 y 116). Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo XXVI. Historia de Chile, por el P. Miguel de Olivares. Compendio de la Historia de Chile por don Juan Ignacio Molina (130). Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo XXVII. Relaciones de Chile, sacadas de los antiguos cronistas de Indias y otros autores (131). Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo XXIX. Relaciones de Chile, sacadas de los antiguos cronistas de Indias y otros autores (141). Actas del Cabildo de Santiago durante el período llamado de la Patria Vieja (1810-1814), publicadas con ocasión de la celebración del primer centenario de la independencia de Chile (196). Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo XLV. Los Holandeses en Chile (303). Nicolao de Albenino. Verdadera relación de lo sucedido en los Reinos e provincias del Perú desde la ida a ellos del Virrey Blasco Núñez Vela, hasta el desbarato y muerte de Gonçalo Picarro. Reproducción facsímil con una introducción de José Toribio Medina (385). Documentos de Ercilla (La Araucana).

7.—HISTORIA.—a) *Social*.—b) *De la cultura*.—c) *Literaria*.—d) *De la Geografía*.—e) *Crítica histórica*.

a) Los Morenos y los Briceños. Un pleito de frailes en 1700 (11). Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima (1569-1820) (23-24). Cosas de la Colonia. Apuntes para la crónica del siglo XVIII en Chile (42 y 194), Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile (50 y 51). El Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en las Islas Filipinas (100). Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Car-

tagena de las Indias (102). El Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en la Provincia del Plata (106). Historia del Santo Oficio de la Inquisición en México (163). La primitiva inquisición americana (226).

b) La Instrucción pública en Chile desde sus orígenes hasta la fundación de la Universidad de San Felipe (160 y 161). Introducción de la Imprenta en América. Carta que al señor D. José Gestoso y Pérez dirige J. T. Medina (189). La cultura intelectual en Chile durante el período colonial (193). Las matemáticas en la Universidad de San Felipe (357). Historia de la Real Universidad de San Felipe de Santiago de Chile. (364-365). La Medicina y los Médicos en la Real Universidad de San Felipe (366-367).

c) Historia de la literatura colonial de Chile (12-14). El positivismo en Chile (114). La literatura femenina en Chile (294).

d) Los viajes de Diego García de Moguer al Río de la Plata. Estudio histórico (173). El portugués Gonzalo de Acosta al servicio de España. Estudio histórico (174). El portugués Esteban Gómez al servicio de España. Estudio histórico (175). Algunas noticias de León Pancaldo y de su tentativa para ir desde Cádiz al Perú por el estrecho de Magallanes en los años de 1537-1538. Estudio histórico (176). El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España y especialmente de su proyectado viaje a las Molucas por el Estrecho de Magallanes y al reconocimiento de la costa del Continente hasta la gobernación de Pedrarias (177 y 178). El descubrimiento de Chile por los frisios en el siglo XI (187). El descubrimiento del Océano Pacífico. Vasco Núñez de Balboa, (215 y 224). El piloto Juan Fernández descubridor de las islas que llevan su nombre, y Juan Jufre armador de la expedición que hizo en busca de otras en el Mar del Sur. Estudio histórico (263). El descubrimiento del Océano Pacífico. Fernando de Magallanes, y sus compañeros (280 y 281). Cartografía Hispano-Colonial de Chile. Texto. Con noticias históricas (317). Cartografía Hispano-Colonial de Chile. Atlas. 1924 (318).

e) El Acta del Cabildo abierto del 18 de Septiembre de 1810 (202 y 391). Carta a don Enrique Matta Vial sobre la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. (207). Sobre el valor histórico del cuadro «Descubrimiento de Chile» del señor Pedro Subercaseaux (221). El Acta del Cabildo abierto del 18 de Septiembre de 1810 (234). Sobre el retrato de Diego de Almagro (236). Cervantes en Portugal (338) Escritores Americanos celebrados por Cervantes en el Canto de Calíope (340). Catálogo de la Colección de Manuscritos relativos a la Historia

de América. Formada por Joaquín García Icazbalceta. Anotado y adicionado por Federico Gómez Orozco. (349). Don García Hurtado de Mendoza a través de la Historia y de la Leyenda (336 y 362). Cómo se llamaron los padres de don Juan Ignacio Molina (375-376). Los que firmaron el Acta del Cabildo Abierto del 18 de Septiembre de 1810 (377). La colección de manuscritos americanos de don Benjamín Vicuña Mackenna (387). El Acta del Cabildo Abierto del 18 de Septiembre de 1810 (389). El Escudo de Armas de la Ciudad de Santiago de Chile (390).

8.—*Geografía y Cartografía*: Geografía antigua de Chile (16). Ensayo acerca de una Mapoteca chilena o sea de una colección de los títulos de los mapas, planos y vistas relativas a Chile arreglados cronológicamente. Con una introducción histórica acerca de la geografía y cartografía del país (46). Catálogo de la colección de mapas, planos y vistas relativas a Chile de la Biblioteca de J. T. Medina (47). Descripción de las Indias Occidentales por Martín Fernández de Enciso. Sacada de la Suma de Geografía de este autor y reimpressa con un prólogo bibliográfico (81). Relación diaria del viaje de Jacobo Le Maire y de Guillermo Cornelio Schouten en que descubrieron nuevo estrecho y pasaje del Mar del Norte al Mar del Sur, a la parte austral del Estrecho de Magallanes. Reimpresa con una nota bibliográfica (82). Primer viaje de exploración a la isla de Tenqueguén. Diario y derrotero de don Manuel Brizuela, que se imprime ahora por primera vez, con una sumaria noticia de los antecedentes que lo motivaron (250). Geografía antigua de Chile. Nomenclatura de nombres geográficos indígenas de Chile (286).

9.—*Etnología, antropología y etnografía*.—Chile. Sus aborígenes origen de su nombre (17). Los aborígenes de Chile (20). Los Conchales de las Cruces. Nuevos materiales para el estudio del hombre prehistórico en Chile (89). La momia de Chuquicamata (133 y 268). Los restos indígenas de Pichilemu (172). Una lechuza simbólica, Contribución al estudio de los aborígenes de Chile (282). Algunas piezas notables del rescate de Atahualpa (346). ¿Para qué pueden haber servido las piedras de horadación inconclusa? (360).

10.—*Viajes y relaciones de viajeros*.—Una excursión a Tarapacá (18). Visita a los Juzgados de Tarapacá (19 y 227). Una visita al Convento de La Rábida (57). Cartas escritas durante una residencia de tres años en Chile, en las que se cuen-

tan los hechos más culminantes de las luchas de la revolución en aquel país; con un interesante relato de la pérdida de una nave y de un bergantín de guerra chilenos a consecuencia de un motín, y del arresto y penalidades que sufrieron durante seis meses en las casamatas del Callao varios ciudadanos de los Estados Unidos. Por Samuel Johnston, que estuvo al servicio de los patriotas. Traducidas del inglés (253). Santiago y Valparaíso ahora un siglo. Relato de un viajero inglés. (291). Santiago y Valparaíso ahora un siglo. (Relato de un viajero inglés) (292). Relación del Viaje de Hendrick Brouwer a Valdivia en 1643. Versión castellana y prólogo (311). Relación de un Viaje a Chile en 1698 desde Cádiz, por Mar y por Tierra, escrita en italiano por el P. Antonio María Fanelli, de la Compañía de Jesús, Versión castellana de Elvira Zolezzi, precedida de una noticia bio-bibliográfica (378).

11.—*Bibliografía e historia de la Imprenta en América y Oceanía.*—Índice de los documentos existentes en el Archivo del Ministerio de lo Interior (21). Biblioteca Americana. Catálogo breve de mi colección de libros relativos a la América latina con un ensayo de bibliografía de Chile durante el período colonial (25). Catálogo de una pequeña colección de libros antiguos sobre la América Española (26). Ediciones de La Araucana (29). Ensayo acerca de una mapoteca chilena o sea de una colección de los títulos de los mapas, planos y vistas relativos a Chile arreglados cronológicamente. Con una introducción histórica acerca de la geografía y cartografía del país (46). Catálogo de la colección de mapas planos y vistas relativos a Chile de la Biblioteca de J. T. Medina (47). La Imprenta en Lima (Epítome) (49). La Imprenta en América Virreinato del Río de la Plata (Epítome) (52). Bibliografía de La Imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta Febrero de 1817 (53). Historia y bibliografía de la Imprenta en el antiguo Virreinato del Río de la Plata (55). Ensayo de una bibliografía de las obras de don José Miguel Carrera (56). La Imprenta en México (Epítome) (58). Catálogo de libros españoles, cuya descripción bibliográfica solicita José Toribio Medina (59). Nota bibliográfica sobre un libro impreso en Macao en 1590 (61). El primer periódico publicado en Filipinas y sus orígenes (63). Brevísimo epítome de la Imprenta en Manila (1593-1810) (67). La Imprenta en Manila desde sus orígenes hasta 1810 (68). Biblioteca hispano-americana septentrional o Catálogo y noticia de los literatos que o nacidos o educados o florecientes en la América Septentrional han dado a luz algún escrito o lo han preparado para la

prensa. La escribía el Dr. José Mariano Beristain de Souza. Comprende los anónimos que dejó escritos el autor, las adiciones del Dr. Osoreo y otras añadidas posteriormente por las personas que se expresan. José Toribio Medina publicólo ahora con una introducción bio-bibliográfica (84). Bibliografía de la Lengua Araucana (85). Bibliografía española de las Islas Filipinas (1523-1820) (86). Biblioteca Hispano-Chilena (1523-1817). (87, 91 y 93). Biblioteca Hispano-Americana (1493-1810) (94-109-121-132-138-142-170). La Imprenta en la Habana (1707-1810). Notas bibliográficas (143). La Imprenta en Cartagena de las Indias (1809-1820). Notas bibliográficas (144). Notas bibliográficas referentes a las primeras producciones de la Imprenta en algunas ciudades de la América española (Ambato, Angostura, Curazao, Guayaquil, Maracaibo, Nueva Orleans, Nueva Valencia, Panamá, Popayán, Puerto España, Puerto Rico, Querétaro, Santa Marta, Santiago de Cuba, Santo Domingo, Tunja y otros lugares). (1754-1823) (145). La Imprenta en Veracruz (1794-1821). Notas bibliográficas (146). La Imprenta en Mérida de Yucatán (1813-1821). Notas bibliográficas (147). La Imprenta en Oaxaca (1720-1820). Notas bibliográficas (148). La Imprenta en Caracas (1808-1821). Notas bibliográficas (149). La Imprenta en Bogotá (1739-1821). Notas bibliográficas (150). La Imprenta en Quito (1760-1818). Notas bibliográficas (151). La Imprenta en Arequipa, El Cuzco, Trujillo y otros pueblos del Perú durante las campañas de la Independencia (1820-1825). Notas bibliográficas (152). La Imprenta en Guadalajara de México (1793-1821). Notas bibliográficas (153). La Imprenta en Manila desde sus orígenes hasta 1810. Adiciones y ampliaciones (154). La Imprenta en Lima (1584-1824) 155-156-159-164. La Imprenta en la Puebla de los Angeles (1640-1821) (179). La Imprenta en Guatemala (1660-1821) (198). La Imprenta en México (1539-1821) (171-182-190-197-201-204 y 212). Catálogo de obras americanas y de algunas relativas al Oriente en su mayor parte antigua (228). Índice alfabético de los nombres de los principales personajes que se encuentran en la Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile (230). Un folleto de propaganda, hasta ahora desconocido, sobre la Revolución de la Independencia (241). Un incunable limeño hasta ahora no descrito. Reimpreso a plana y renglón, con un Prólogo (245). La Primera muestra tipográfica salida de las prensas de la América del Sur. Reimpresión foto-litográfica, con un breve prólogo (248). Ensayo de una bibliografía extranjera de Santos y Venerables Americanos (265). Bibliografía de don José Miguel Carrera (283). Cervantes en las letras chilenas. Notas biblio-

gráficas (297 y 298). Notas bibliográficas sobre algunos incurables hallados en Chile. Por Fernando Bruner Prieto. Con un prólogo (302). Algo sobre los orígenes de la Imprenta en Buenos Aires. (304, 306 y 310). Quiénes fueron los autores, hasta ahora ignorados, de dos libros ingleses que interesan a América (314- y 319). Biblioteca Chilena de Traductores (321-322). Diccionario de Anónimos y Seudónimos Hispanoamericanos (326-327). Catálogo breve de la Biblioteca Americana que obsequia a la Nacional de Santiago J. T. Medina (334-335). Biblioteca Hispanoamericana de la Orden de San Francisco (347). Catálogo breve de la Biblioteca Americana que obsequia a la Nacional de Santiago J. T. Medina. Tomo III. Manuscritos originales (374). Bibliografía de las Lenguas Quechua y Aymará (381). Bibliografía de la Lengua Guaraní (382).

12.—*Paleografía*: Documentos históricos sobre Chile, hallados últimamente en España (22). En busca de datos para la Historia de Chile (27). Vida de doña Ana Guerra de Jesús. Escrita por el P. Antonio de Siria reimpresa a plana y renglón. Precedida de un breve prólogo (330). Buenos Aires Reconquistada. Poema Endecasílabo por don Juan Ventura de Portogueda. Reimpreso a Plana y Renglón de la Edición Mexicana de 1808. Con una noticia preliminar (333). Una carta desconocida de Pedro de Valdivia (371). Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del Descubrimiento y Conquista de Chile. (Edición facsimilar dispuesta y anotada por J. T. Medina (373).

13. *Recopilaciones literarias*:: Versos de José del P. Medina. Recopilados y publicados por su hijo (48). Relación en verso de un combate entre araucanos y españoles ocurrido en Chile en 1759. Por Fr. Pedro Merino de Heredia. Reimpreso de la rarísima edición de Lima de 1767 con algunas notas históricas (107). El Temblor de Lima de 1609 por el Licenciado Pedro de Oña. Edición facsimilar precedida de una noticia de El Vasauo, poema inédito del mismo autor (184). La Araucana de D. Alonso de Ercilla y Zúñiga. Edición del Centenario ilustrada con grabados, documentos, notas históricas y bibliográficas y una biografía del Autor. (199, 217, 243, 251, 258). El Epítome chileno de Santiago de Tesillo. Reimpresión facsimilar a plana y renglón de la edición príncipe, con un breve prólogo (209). Imago Vechiana. Poema latino del P. Gabriel Cossart. Versión castellana de Emilio Vaïsse. (Reproducción facsimilar con una lámina (244). El primer poema que trata del descubrimiento del Nuevo Mundo. Reimpresión de la parte

correspondiente del Carlo Famoso de don Luis Zapata, con breve prólogo biográfico y cien compendiosas notas críticas históricas (247). Arauco Domado de Pedro de Oña. Edición crítica de la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española (252). Cantos XVIII y XIX de Armas Antárticas, poema de D. Juan de Miramontes y Zuazola, reimpresso con un breve prólogo y notas críticas históricas (307).

14. *Numismática Americana*: Monedas y medallas hispanoamericanas (54). Numismática argentina. Las medallas de proclamación de los Reyes de España en el antiguo virreinato del Río de la Plata. Carta abierta al señor Alejandro Rosa (66). Medallas coloniales Hispanoamericanas (124). Las Medallas Chilenas (134). Las Monedas Chilenas (137). Las monedas usadas por los indios de América al tiempo de su descubrimiento, según los antiguos documentos y cronistas españoles (188, 211 y 232). La primera casa de Moneda que hubo en América (203). Bibliografía numismática colonial Hispano-Americana (210). Medallas de Proclamaciones y Juras de los Reyes de España en América (255). Manual ilustrado de Numismática Chilena. La Colonia (267). Las Medallas del Almirante Vernon (269). Las monedas coloniales de Chile (270). Las monedas coloniales hispanoamericanas (271). Medallas coloniales hispanoamericanas. Nuevos materiales para su estudio (272). Las monedas obsidionales de Chile (273). Las Monedas obsidionales hispanoamericanas (274). Numismática argentina (289). Las Medallas de la Revolución de la Independencia (290). Medallas Europeas relativas a América (316).

15. *Lenguas aborígenes americanas*: Doctrina cristiana y catecismo con un confesionario arte y vocabulario breves en lengua Allentiac, por el Padre Luis de Valdivia de la Compañía de Jesús. Reimpresso todo a plana y renglón, con una reseña de la vida y obras del autor (62). Nueve sermones en lengua de Chile por el P. Luis de Valdivia de la Compañía de Jesús. Reimpresos a plana y renglón del único ejemplar conocido y precedidos de una bibliografía de la misma lengua (80). —Bibliografía de la Lengua Araucana (85). Doctrina cristiana en lengua guatemalteca, ordenada por el reverendísimo señor don Francisco Marroquín, primer obispo de Guatemala, del Consejo de Su Magestad, etc. Con parecer de los intérpretes de las sagradas religiones del señor Santo Domingo y San Francisco. Fr. Juan de Torres y Fr. Pedro de Betanzos. Reim-

presa a plana y renglón del único ejemplar conocido y precedida de una biografía de su autor (162). Fragmentos de la Doctrina Cristiana en Lengua Millcayac del P. Luis de Valdivia. Unicos que hasta ahora se conozcan, sacados de la edición de Lima de 1607 y reimpresos en facsímil con un prólogo (261). Fray José Antonio de San Alberto. Carta a los indios infieles Chiriguanos (1790?). Nota preliminar, biografía y bibliografía de J. T. Medina (354).

16. *Discursos académicos*: Discurso pronunciado en el acto de inauguración de las sesiones del XVII Congreso de Americanistas por el eminente publicista José Toribio Medina, delegado de Chile (185). Discurso pronunciado en el Jockey Club por el delegado del Gobierno de Chile al Congreso de Americanistas», doctor José Toribio Medina, en el banquete ofrecido a los delegados oficiales extranjeros por la Facultad Filosofía y Letras (186). Sesión general celebrada por la Sociedad Chilena de Historia y Geografía el 21 de Diciembre de 1903, con el objeto de hacer entrega al señor don José Toribio Medina de la medalla anual de oro de la Sociedad. (Discursos de don Crescente Errázuriz, don José Toribio Medina y don Domingo Amunátegui Solar) (220). Cervantes americanista: lo que dijo de los hombres y cosas de América (237). Discurso leído por el señor don José Toribio Medina en contestación al del señor don Domingo Amunátegui Solar al recibirse en la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española (240). Sesión general celebrada por la Sociedad Chilena de Historia y Geografía el 27 de Diciembre de 1914 con objeto de hacer entrega al señor don Gonzalo Bulnes de la medalla anual oro de la Sociedad (242). Colón y Magallanes, Discurso pronunciado en la sesión solemne celebrada por la Universidad de Chile en conmemoración del Cuarto Centenario del descubrimiento de América (279). Palabras de agradecimiento. Discurso pronunciado en el homenaje que la Universidad de Chile rindió a don José Toribio Medina con ocasión del cincuentenario de su vida de escritor, el 25 de Agosto de 1923 (299 y 305). Discurso leído por don Ramón A. Laval en su incorporación el 30 de Noviembre de 1923 y contestación de don José Toribio Medina (301).

17. *Lexicografía*: Voces chilenas de los reinos animal y vegetal que pudieran incluirse en el Diccionario de la Lengua Castellana y propone para su examen a la Academia Chilena J. T. Medina (257). Glosario gramatical-lexicográfico de La

Araucana (262). Voces Chilenas y Chilenismos incluídos en la XV Edición del Diccionario de la Real Academia Española, entresacados por J. T. Medina (331-332). Cinco obras antiguas y raras, hasta hoy desconocidas, que interesan al estudio de la filología Castellana (339). En defensa de siete voces chilenas registradas en el Diccionario de la Real Academia Española y cuya supresión se solicita por un autor nacional. Los Americanismos del Diccionario de la Real Academia Española (355-356). Nuevos chilenismos registrados en el Diccionario Manual e Ilustrado de la Real Academia de la Lengua, con indicación de Barbarismos, Galicismos, Neologismos, Vulgarismos y del mal uso de ciertos vocablos reunidos y en parte comentados por J. T. Medina (358-359). Chilenismos. Apuntes Lexicográficos (361).

18. *Ensayos varios*: Opúsculos varios de J. T. Medina. Reunidos y Editados por Juan Borchet (341, 342, 343, 344).

19. *Autobiografía*: Carta de don José Toribio Medina a don Narciso Binayán sobre los orígenes y fundación de la Junta de Historia y Numismática Americana (278). Carta de don José T. Medina al Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de la Plata, don Enrique Mouchet, dándole las gracias por el homenaje de que va a ser objeto en esa Universidad (300). Sesión solemene de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, celebrada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el día 6 de Octubre de 1929, con motivo de la entrega a don José Toribio Medina, de la Gran Cruz de Alfonso XII, que le fué concedida por el Gobierno Español. *Anales de la Universidad de Chile*, N.º 384. Contiene el discurso del señor Medina (379).

Después de esta simple enunciación de títulos de libros clasificados con cierta sistemática, parecen exactas estas palabras de Altamira, cuando dijo: «Las obras históricas que sin cesar publica Medina, pudieran en rigor agruparse formando una biblioteca que llevase el nombre del autor; y en verdad aunque éste no lo haya hecho así, el público mentalmente los reúne y asocia todas bajo el sello que les imprime la actividad personal de quien las produce».

Se ha dicho que en la obra de Medina faltó siempre una nota de belleza. Se ha repetido que la suya es como la expresión de un paisaje desértico, frío, con una igualdad de tono desesperante en su prolongación infinita. Pero no podía ser de otro

modo. El sabía de la ausencia de una fisonomía artística en sus libros, y lo sabía con dolor. La emoción estética en la historia y en la ciencia, ante el rigorismo del método actual, la entendía como la representación de la verdad. Si Medina hubiera pensado con algún egoísmo en hacer estudios de reconstitución, de interpretación, de síntesis acabadas, de tesis subyugantes, habría agostado para otros, muchos de los elementos que generosamente entregó. Temblaba cuando veía cómo se iban rehaciendo cada día las conclusiones aligeradas de un Taine, de un Menéndez Pelayo, de un Mommsen y tantos otros, y no quería que su esfuerzo fuera mañana derrumbado por la crítica. En eso cifraba su orgullo y por eso trabajaba con desdén de la forma y del arte. Sin embargo, cualquiera que sean esos defectos externos, no puede negarse que háy también una gran belleza moral en este afán benedictino de buscar la verdad, y hay también belleza en el sacrificio, que tomó a veces formas heroicas de entregar, depuradas, las fuentes en que habrán de beber las generaciones futuras. Así, mientras muchos libros de arte en la composición y de belleza en el pensamiento filosófico e histórico, morirán inevitablemente por ser trabajos de interpretación de las corrientes intelectuales del momento y porque el espíritu que los inspiró pasó de moda, la esencia de la obra de Medina vivirá durante siglos, porque en ella está la mejor forma de la sabiduría imperecedera, la verdad. Y seguirá siempre alimentando las más vastas creaciones de la inteligencia.—
G U I L L E R M O F E L I Ú C R U Z .

S I M O N B O L I V A R

PANORAMA DE SU VIDA, DE SU OBRA Y DE SU ACCIÓN
AMERICANA (1)

I

«**B**OLÍVAR, gran capitán, gran poeta, gran orador, todo a la vez, es la prodigiosa multiplicidad de las facultades del genio...» Con estas palabras Vicuña Mackenna ha sintetizado integralmente al Libertador. Frases ardidadas de entusiasmo completan el retrato. «¡Bolívar! añade el máximo chileno. ¡Cuán

(1) Conferencia leída en la inauguración de la Sociedad Bolivariana de Chile, en la Universidad del Estado, el 24 de Julio de 1933, día en que se cumplió el 150° aniversario del nacimiento del Libertador.

gran figura en todos los siglos y en todas las naciones!» «Desde Cumaná a Potosí nada le ha detenido. Ha destrozado virreynatos, ha borrado todas las líneas de las demarcaciones geográficas: ¡ha rehecho el mundo!» «Su caballo ha bebido las aguas del Orinoco, del Amazonas y del Plata...» «Bolívar apenas cabe en el estuario del más grande de los ríos de la América... Bolívar es el vuelo, el ave, el águila de las sabanas que se remonta hasta los astros y hace resonar bajo la bóveda del firmamento, los roncós gritos de sus victorias».

José Martí no quedó más corto en el elogio. «De hijo en hijo,—ha escrito—mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas».

Y Rodó, el orfebre que cinceló en oro viejo sus pensamientos, dijo en la más hermosa y pura de sus oraciones: «Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la pátina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anahuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la Naturaleza o cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques, mil veces deshojados, y de las ciudades, veinte veces reconstruídas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños si los alcanzáramos a prefigurar, miríadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen, todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar».

He aquí el genio del Libertador comprendido y descrito por algunos de los espíritus más altos de nuestra América. Palabras que tienen resonancia de bronces de guerra, conceptos esculpidos en el mármol más puro, ¿qué más cabría agregar? Bolívar, sin embargo, encierra en su personalidad multiforme, en la extensión de su genio no superado en esta raza nuestra, tan pródiga en hombres y en ideas grandes, facetas y matices que no agotarán tan fácilmente sus devotos, y hay en su vida materia para incrementar casi indefinidamente el número de sus títulos bibliográficos.

Bolívar todo lo fué a la vez. Capitán de ejércitos que supieron de reveses y de innúmeros triunfos, jefe de soldados que no conocieron la fatiga ni el desaliento, organizador de estados, legislador original, unificador de la Gran Colombia, diplomático

notable, poeta de estructura romántica, orador de verba recia, épico descriptor de sus propias hazañas, generoso en lo íntimo hasta morir sin camisa después de haber derrochado en sus campañas cuanto poseyó—oro y bravura, energía y capacidad—. Todo lo fué, casi todo lo hizo. . . ¡Sus sueños lograron prolongarse en el tiempo sin término! . . .

II

Pero Bolívar tiene un antecesor histórico, sin cuya previa actuación y obra su tarea habría sido más difícil y la empresa de la independencia americana hubiera encontrado tropiezos mayores. Ese antecesor, ese hombre cuya misión era anunciar la llegada del tiempo de la libertad y preparar sus caminos, se llamó don Francisco de Miranda.

El Precursor facilitó, en verdad, la obra del Libertador. Ambos necesitaron completarse, y ambos, nacidos en tierra venezolana, fueron dignos el uno del otro.

La vida de Miranda constituye una gigantesca lección de energía.

Nacido en Caracas en 1750, a la edad de veinte años se trasladó a España en donde presta servicios militares. Combate, viaja, y luego, instalado en Londres en 1789, el año de la Revolución de Francia, inicia de lleno su apostolado americano. Siente que la hora se aproxima, que es menester despertar los espíritus con toques de alba, que es indispensable golpear en las conciencias retardadas. Y se entrega por entero, con el ardor de una gran convicción, con la fuerza fanática de un iluminado, a luchar por la independencia de América. Y no cesa un punto, no se da un momento de tregua. Cada jornada suya está plena, cada hora, cada minuto pertenece a la causa. Por ella combate, ella lo impulsa al pie del trono de Catalina II a solicitar la ayuda de la autocracia y a la corte de Saint James en demanda del apoyo inglés. Traba relaciones con Pitt el joven, cultiva a los personajes más poderosos de su tiempo, pone en juego los recursos más atrevidos, las más hábiles combinaciones diplomáticas. Y no retrocede. Cada fracaso, cada repulsa, cada retardo lo encuentran confiado y sonriente. Es el apostolado de una vida entera. En una mano la pluma y en la otra la espada. Un día ofrece sus servicios a Francia y en sus ejércitos gana las palas de divisionario. Compañero de Dumoriez y amigo de Petion, general de la República, héroe en los campos de batalla, vencedor en Valmi—en donde hoy el bronce consagra su recuerdo—y en Amberes, cuya capitulación decide; obtiene

el mando en jefe del Ejército del Norte, dirige luego el sitio de Maestrich y alcanza en Marzo de 1793 la victoria de Pellenberg. Mas su estrella militar se eclipsa, cae con los hombres de la Gironda, sufre prisiones, es desterrado. No importa. Un día Napoleón colocará su nombre en el Arco de Triunfo, entre los héroes magnos de la epopeya francesa.

Y Miranda retorna de lleno a sus proyectos de emancipación. En Londres funda su célebre Logia libertaria y da lecciones a O'Higgins. Recorre las cancillerías; propone la creación de un gran imperio independiente, en América. La fortuna parece sonreírle de nuevo. El gabinete de Londres le ayuda; el presidente Jefferson de los Estados Unidos se muestra favorable a la autonomía americana. Miranda, a la cabeza de una expedición libertadora, desembarca en la costa de Venezuela. No era tiempo aun y el Precursor hubo de tornar a Europa, vencido pero no desalentado.

Seis años después fué esa inmensa alborada del año grande. 1810 vió desencadenarse de un extremo a otro de Sud América la tormenta emancipadora. Los Andes se estremecieron y en Caracas surgió Bolívar. La epopeya de América iba a comenzar.

Bolívar, delegado de Venezuela, partió a Londres en misión especial. Y Miranda retornó a América y desenvainó de nuevo su espada de revolucionario. Fué el jefe militar de la primera República y llegó a ser su dictador. La suerte de las armas continuó, sin embargo, siéndole adversa. No le estaba reservada la gloria del triunfo final; manos con mayor fortuna, pero no más dignas que la suya, habrían de empuñar reciamente la espada libertadora.

Cayó, fué entregado al enemigo y sufrió largo martirio en cárceles de España. En la Carraca de Cádiz, en la madrugada del 14 de Julio de 1816 exhaló el último suspiro el precursor de la libertad y de la unidad americana.

Han corrido los años. La historia comienza a hacer justicia a los manes de este hombre genial que supo batirse con su propio destino y fué superior a los acontecimientos, a la fatalidad, a la muerte misma.

III

Miranda es el antecesor de Bolívar, hemos dicho.

El Precursor había despejado el camino al Libertador.

Y el Libertador vino y la Libertad fué.

Paseemos la mirada por el panorama de su vida. Examinemos a vuelo de pájaro esa vida casi única cuyos ángulos de luz se

proyectan en un continente entero y arrojan sobre nuestra historia tan magno prestigio.

En Caracas, en esa Caracas colonial que a fines del XVIII dormía su sueño de tres siglos, y tras de las rejas de laboreado hierro vizcaíno sentía crecer la hierba, en tanto las generaciones de hombres cruzaban el escenario del vivir sin apenas advertirlo—tal era la pereza vegetativa de aquel tiempo en que, empero, algunos hombres de genio lograron absorber las fuerzas espirituales gestadas con formidable potencia de tierra virgen—vino al mundo el Libertador el 24 de Julio de 1773 en el hogar del coronel don Juan Vicente de Bolívar y Ponte y de doña María de la Concepción Palacios y Blanco. Pusiéronle en las pilas bautismales Simón José Antonio de la Santísima Trinidad, nombres de príncipe, y pasó los años de la infancia en brazos de la negra Hipólita, esclava de su casa por la que sintió amor de hijo. Y fué así como en la cuna se aunaron blasones que más tarde miraría él mismo con amable burla, al auténtico amor de lo que es carne y espíritu de pueblo, alma y sangre de trabajadores. Así han solido nacer y forjarse los grandes demócratas de la historia.

Corrió la niñez de Bolívar desprovista de alegría. Huérfano a poco andar, su educación no fué de las más cuidadas y no demostró, en verdad, interés por mejorarla. Tuvo, sin embargo, dos grandes maestros: don Simón Rodríguez, singular personaje con gustos de filósofo (era fanático de Juan Jacobo) y extravagancias de hombre superior, y don Andrés Bello, nuestro Andrés Bello, también venezolano de cuna, de cuyos labios recibió las primeras lecciones de Geografía.

A medio ilustrarse, pues, ese hombre que andando los años logró notable auto-culturación, lanzóse por los caminos del mundo. Era la época de la adolescencia, la época en que la vida desparrama sobre nuestros senderos un soplo divino y la sangre, martillando en las venas, asegura a cada hombre su primogenitura sobre el mundo. ¡Diez y siete años! Una miniatura de esa época lo muestra pleno de seducción casi femenina; los cabellos ensortijados caen sobre la frente, largas pestañas velan los ojos y el rostro de óvalo suave se hunde en enorme cuello de raso prendido por una flor. Veinte años más tarde el pincel lo mostrará hundido de mejillas, seco y amarillo de piel, recio y apretado de carnes, fulgurantes los ojos, pleno de una fuerza de super-macho y de super-jefe. Los soles de la mitad de América lo han tostado. Las privaciones y el dolor de pensar han tallado en granito su cuerpo, vientos de tempestad han raleado sus cabellos. No es ya un hombre, es un centauro, una

fuerza desencadenada, un semi-dios galopando en corceles de fuego sobre las llanuras ilimites de América. Es el super-hombre de Nietzsche, que dijera García Calderón. En esos veinte años el adolescente tuvo tiempo de forjarse una personalidad y de independizar un mundo.

Bolívar viajó por España, estudió, contrajo matrimonio con una hermosa compatriota—doña Teresa Toro—que habría de morir casi niña a poco andar. Y fué ese episodio de amor el romántico bautizo de su vida, porque retornó de su patria a Europa y paseó por sus cortes, desde el Escorial a Versalles, las soledades de un dolor que su fantasía cultivó a maravilla—eran los tiempos de Werther, el triste caballero de Goethe.— Y el dandy se hizo calavera, y viajando con tren de príncipe pródigo derrochó una fortuna... Brillaba en el viejo mundo la estrella de Bonaparte. Atraído por el magnetismo de aquel hombre que devoraba los grados geográficos y deshacía a puntapiés el mapa político de Europa, presencié en Milán la segunda coronación del César, y en compañía de Simón Rodríguez, a orillas del Anio, subió al Monte Sacro, pronunciando allí estas palabras que la historia ha recogido: «Juro delante de Ud.; juro por el Dios de mis padres; juro por mi honor, juro por la Patria que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español».

Vino el año grande. 1810 vió el estremecimiento de un mundo que adquiere conciencia y se prepara a ser libre, a vivir de sí mismo y para sí mismo. Bolívar estuvo junto a los próceres. Fué de los primeros en alzar su voz y su espada contra la metrópoli. Y en obediencia a las instrucciones de la Junta de Gobierno de Caracas, partió a Londres, acompañado de López Méndez y Bello.

El novel embajador se expidió espléndidamente. Llamó la atención del gran mundo londinense por su lujo, y del gobierno británico, por su talento. Obtuvo de aquella diplomacia fina y calculadora lo más y lo mejor que era dable obtener, comprometiendo al mismo tiempo el regreso de Miranda a la tierra natal. En Londres, bajo la bruma de Londres, se abrazaron por primera vez el Precursor y el Libertador. Fué aquella quizá la única época en que los dos caudillos de América se vieron próximos, pues la vida y los acontecimientos debían apartarlos y aun oponerlos.

En Venezuela, la primera República se formó, luchó y cayó siguiendo un proceso fatal de acciones y reacciones, como en casi todo el continente del Sur. Don Francisco de Miranda fué

su jefe, su generalísimo, su dictador. Pero más que su empeño pudo el cansancio de la larga jornada...

Bolívar tuvo un rol secundario en aquel tiempo. Cuéntase, no obstante, una anécdota que lo retrata de cuerpo entero. Cuando en la tarde del 26 de Marzo de 1812, Jueves Santo como aquel otro en que se constituyera el primer gobierno criollo, tembló la tierra y la ciudad se asentó sobre sus cimientos de barro, el pánico ganó todas las almas. Los hombres aterrados se agrupaban junto a las iglesias en ruina, en afán de penitencia. En medio del desastre y de los aullidos de la gente, surgió Bolívar, espada en mano, y abriéndose paso entre las víctimas y los sobrevivientes gritó: «Si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y la someteremos».

El tratado de Vitoria puso fin a la primera República Venezolana. Firmado que fué por Miranda, tuvo Bolívar, llevado de su ardiente espíritu y de las impulsiones de su juventud, pues recién cumplía treinta años, el único gesto oscuro de su vida, y digo oscuro en el sentido de pasional, de no generoso, rasgo casi inexplicable en vida que dominó un signo de tan alto desprendimiento. Fué la prisión del Precursor en la que tomó parte directa el Libertador...

Mas, sigamos, sin detenernos aquí, su destino prodigioso.

Después del vencimiento, la emigración. Bolívar pasó a Cartagena de Indias, y en seguida obtuvo del Congreso de Nueva Granada el mando de un ejército que pequeño por el número de sus soldados debía él tornarlo grande por la extensión de sus hazañas, Y comienza la increíble campaña de 1813 a la cabeza de 500 hombres, abriéndose en ella la lista de sus triunfos militares... Los pueblos se insurreccionaban a su paso y tras de sus banderas seguían los paisanos en armas. Caracas recibió al caudillo como a un héroe y le hizo jefe supremo, dispensándole de inmediato aquel título que la posteridad le ha confirmado. ¡Libertador le llamaron sus compatriotas, y fué el Libertador!

La estrella ascendía en medio de crisis inevitables. A los primeros triunfos siguieron los reveses, y Boves, el infatigable Boves, se cruzó en su camino. Después de la brillante jornada de Carabobo, la derrota detuvo el paso de su caballo. Y fué el desastre. Caracas escapó de sus manos; la reacción se impuso. Era aquel año de 1814 en que Mackenna caía destrozado por un sino adverso y O'Higgins, nuestro bizarro y republicano O'Higgins, mordía el polvo de Rancagua.

1814 fué también el año del terror. Establecido por los españoles, aceptado por Bolívar en el triste pero necesario decreto

de Trujillo, comenzó la locura de la sangre, que dijera Mancini. Las ciudades fueron asoladas, los prisioneros de ambos campos ejecutados; se dió muerte a los viejos, a las mujeres, a los niños. Un soplo apocalíptico pasó por la tierra venezolana y los hombres se tornaron fieras...

Pudo más el fanatismo; fué, con todo, más fuerte la reacción que reconquistaba posiciones centenarias, y deshechas sus huestes, Bolívar volvió a Nueva Granada, presentándose al Congreso de Tunja para exponer su conducta que mereció general aprobación. Pasó en seguida a Bogotá a poner paz en los bandos desacordados. El año de 1815 lo vió en pie defendiendo a Cartagena. No logró imponerse y forzado por las circunstancias se trasladó a Jamaica, donde escribió su célebre carta profética, y a Haití, cuyo gobierno le brindó generosa ayuda.

La campaña de 1816 abre nuevas etapas. La victoria sonríe, la victoria se eclipsa, la victoria tiene para el Libertador veleidades femeninas. Mas, ved a Bolívar a caballo, resistiendo al sol de los arenales, al hielo de los páramos, a la fiebre de las llanuras y al apunamiento de las cumbres. Con las carnes hechas mármol y el alma ardida, con las botas pegadas a sus muslos de hierro y la mano soldada a su tizona. ¡Ahí está! Vedlo de pie sobre los estribos. Su mirada de fuego se pasea por el mundo de Colón; su fe es de aquellas que allanan las montañas; su voluntad domina a los insurrectos, impulsa a los tímidos, aviva a los tardos. Millones de hombres clavan en él su esperanza, la esperanza suprema. Don Quijote, el señor Don Quijote, cuya figura fué triste porque era emblema de todo lo puro entre los hombres, que vale decir entre las pasiones dominadoras y la carne sufriente y vencida, parecía alentar en él con lo mejor de la humanidad. Acaso también alentaba aquel Rui Díaz de Vivar a quien sus contemporáneos llamaron el Cid Campeador, porque de ambos tuvo Bolívar y la locura de ambos, en su alma encarnada, cuajó en esos nombres de Carabobo, Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho...

Los años de 1817 a 1824 lo vieron cabalgar sobre las tierras de Venezuela, de Colombia, de Ecuador y del Perú, del Alto y Bajo Perú. Los españoles retrocedían ante él, y por los pueblos estremecidos, hambreados, exhaustos, pasó el divino soplo de la libertad. Porque la libertad seguía las huellas de su caballo de guerra. ¿No ha dicho José Martí que «Bolívar recorrió más tierras con las banderas de la libertad que ningún conquistador con las de la tiranía»?

El Libertador no sólo liberta, construye y organiza también; crea repúblicas; establece, bajo la base de gobiernos fuertes,

los cimientos de las futuras democracias; dicta constituciones, dicta códigos, legisla, administra justicia, forja hombres y almas, funda ciudades, funda países, improvisa ejércitos y ofrece a los hombres de buena voluntad el mensaje de la época futura...

Bolívar en su carrera política logró dar cima a su empresa de formar la Gran Colombia. Y unidos por lazos federales, se encontraron Venezuela, Colombia y Ecuador. Era una base para la soñada unidad general. ¿Quién otro, cabe decir, hubiese logrado, en la Revolución, un éxito semejante?

1824 vió a Colombia unida espiritualmente con el Perú y con Bolivia, la nueva nación fundada por el prócer. ¡Cinco repúblicas vinculadas por la fuerza de comunes aspiraciones, de lengua y tradiciones similares, libertadas por el empuje de una misma voluntad, de una sola voluntad! Fué aquella la hora del cenit. Bolívar desde lo alto del Chimborazo podía cerrar los ojos y vivir su *Delirio*, y luego, abriéndolos, divisar a millones de hombres que lo aclamaban como a un dios humano...

Su vida pública parecía terminar allí. América era libre. Secundado, en cierto modo, por San Martín, libertador de Chile; por Sucre, aquel a quien Vicuña Mackenna llamara el Washington del Sur; por O'Higgins, el hombre de todos los desprendimientos altos; por el uruguayo Artigas, por Mackenna y por tantos otros próceres que agigantándose a sí mismos agigantaron su época, Bolívar había emancipado a casi toda la América española. ¿Qué más faltaba a su gloria? Bolívar en el Chimborazo debió meditar... Sí, algo quedaba por hacer. Ese algo que cuatro generaciones de hombres no han logrado todavía: ¡La Unidad!

Bolívar cedió al vértigo de su gloria. Se creyó grande como un dios, infalible y necesario como un dios, y tornó a Colombia a apretar entre sus manos el cetro de la dictadura. Y fué dictador. Y al serlo comenzó a descender...

En Bogotá empieza esa tercera etapa de su vida, en que lo alto se quebranta, en que el espíritu siente la fatiga de tanta empresa enorme, de un derroche tan formidable de energías y de genio. Sus compatriotas murmuran. Le llaman tirano, conspiran contra su autoridad, hasta maldicen de su nombre. Los más fieles comienzan a desertar; los apetitos deleznable se avivan y Páez se rebela en Venezuela y el propio Santander se le opone en Nueva Granada. Una noche sus enemigos llegan hasta el palacio de San Carlos decididos a darle muerte, y para salvarse salta por una ventana en tanto le guarda las espaldas una mujer, la mujer de todo ese período de su vida, aquella que

sus amigos llamaban Manuelita la Bella, y que las crónicas contemporáneas bautizaron con el título de la Libertadora del Libertador... En la epopeya del gran americano comenzaba a atardecer...

¡Qué bien marcadas están esa y todas las etapas de su vida! La adolescencia: una gran alba de oro y un poema de amor; vida señorial, sueños heroicos culminados en el Monte Sacro. 1810: el año grande y el supremo despertar; embajada magnífica en Londres y primeras acciones de guerra. Luego las campañas militares de 1813 a 1821. Sufrimientos indecibles, energía imponderable, super energía, super heroísmo, super optimismo. La guerra sin medios ni soldados, la guerra contra el enemigo extranjero y contra los propios compatriotas. De 1821 a 1824, las supremas campañas libertadoras. Pueblos en delirio, muchedumbres histerizadas que le abren calle en las entradas triunfales. El incienso quemado por pueblos puestos de rodillas. Es el cenit. Imposible ir más lejos. ¿Acaso algún hombre ha logrado subir más alto? 1824 a 1826, la organización de los pueblos bolivarianos. 1826 a 1830, la dictadura, la reacción adversa, la ingratitud de hombres y de pueblos sin memoria. Y luego la marcha hacia el país sombrío, el éxodo, el dramático éxodo que culmina en Santa Marta.

Y Bolívar siguió, paso a paso, esa ruta. Fué enérgico, fué soberbio, fué poderoso, y bebió finalmente el cáliz amargo. Lo bebió a grandes sorbos, con pasión grande, porque todo había de ser grande en esa vida. Y herido de muerte, herido por la traición de aquellos a quienes más había amado, con calentura que del alma abrasada pasará a las carnes deshechas, Bolívar, seguido de unos pocos fieles se encamina al ostracismo. Hidalga hospitalidad española lo acoge en Santa Marta. Está junto al mar. El horizonte ilímite le recuerda la fugitividad de los hombres y de sus obras. Y piensa, con sorda tristeza, que acaso él mismo ha arado sobre el mar...

La hora se aproxima, la vida arde en llamaradas dolorosas cuyo fulgor ya no emociona a los hombres que su espada y su genio libertó. Un día, en San Pedro Alejandrino, su mano, firme aun, traza la suprema despedida: «Al desaparecer de en medio de vosotros—expresa a los pueblos colombianos—mi cariño me dice que debo hacer manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia: todos deben trabajar por el bien inestimable de la unión...»

Cuéntase que en aquella etapa postrera, al llegar a San Pedro Alejandrino, preguntó a su huésped, el español Mier, qué libros tenía, y luego paseando sus ojos por los anaqueles, exclamó:

«¡Cómo! Si aquí tiene Ud. la historia de la Humanidad! Aquí está *Gil Blas*, el hombre tal cual es; aquí tiene Ud. el *Quijote*, el hombre como debiera ser...»

Y más tarde, acaso bajo la sombra de los árboles que velaron su agonía, añadió estas palabras: «Jesucristo, don Quijote de la Mancha y yo hemos sido los más insignes majaderos de este mundo!...»

El 17 de Diciembre de 1830 se extinguió serenamente la vida de Simón Bolívar, a los cuarenta y siete años de su edad.

IV

Hemos contemplado panorámicamente la vida del Libertador. Acerquémonos ahora al hombre.

Seco y recio de cuerpo, potentísimo en lo espiritual, autocrático en el mando, energético en grado superlativo, este hombre que tanto como los más raros y principales de la historia humana puede ser llamado monstruo de la naturaleza, juntó las más excelsas virtudes a los dones singularísimos de su genio. Era en lo íntimo, en el trato familiar de los campamentos donde corrió lo mejor de su vida, y aun en los palacios de sus sedes gubernativas, profundamente simpático. Tenía el don magnético de atraer. Era convincente, halagador cuando parecía preciso, fino como el más perfecto diplomático o rudo y colérico hasta la violencia. Sobrio, los placeres capuanos contaron raramente en su vida, y el amor—pasado el episodio romántico de su matrimonio—sólo tuvo parte prudencial. Sin embargo, la sensualidad se desataba a veces; pero siempre consiguió dominarla. Como en las vidas de los grandes realizadores—César, Napoleón, Lenin—el tiempo del amor se diluía en las preocupaciones absorbentes, y así en Bolívar sólo se conoce un amor continuado: el de aquella hermosa Manuela Sáenz que desde un balcón de Quito arrojara, en alguna mañana triunfal, una corona de laurel sobre su cabeza.

Vivía y comía frugalmente. Una mala hamaca le servía de lecho cuando tenía tiempo de reposar y un trozo de carne, con algunos sorbos de agua, solía bastar a su sustento. Pero, cuando se improvisaba algún festín criollo, en celebración de victorias militares o políticas, apuraba la bota de vino y entonces su alegría era estruendosa... A veces después del primer brindis saltaba sobre la mesa del banquete, sus ojos eran ascuas, sus cabellos flotaban al viento, y los brazos subrayaban la elocuencia de las frases, vigorosas, pasionales... Cuéntase de cierta vez en que a los postres de opípara comida, trepando a la mesa

dió una vuelta por entre los cristales, con cuidado de no romper ninguno, y dijo: «Así trataré a los españoles que se declaren por la libertad!» Y luego dió otra vuelta, haciendo añicos loza y cristales con sus pesadas botas de campaña. «Así, señores, añadió, trataré a aquellos que combatan la causa de la libertad!»

Entre sus cualidades personales, con ser muchas, no era la menor su desprendimiento. La generosidad de Bolívar raya en inverosímil. Lo daba todo. Era una mano abierta en ofrenda sin término. Su fortuna rodó entera por entre los dedos, sirviendo a la causa que dirigía, a los amigos, a los caídos, a las víctimas de la guerra, a cuantos a él ocurrían en demanda de ayuda, de justicia o de pan. Escuchad, por ejemplo, este párrafo de carta a su amigo Fernando Peñalver, fecha el 24 de Mayo de 1821: «He sabido con mucho sentimiento, por el portador, que Ud. se halla en extrema miseria; y como no tengo un maravedí de qué disponer, le envío a Ud. la adjunta orden para mi criado, que tiene mi equipaje, para que se lo entregue, lo venda y se socorra»... En Noviembre de ese mismo año cedió más de un tercio de su sueldo anual—que era de sólo treinta mil pesos— a la viuda del ilustre Camilo Torres. Y aquella dádiva fué tan delicada que la hizo, en forma de cesión de parte de sus propias rentas, por intermedio del encargado del poder ejecutivo.

Su complejo carácter, su alma extraña y múltiple, hecha de miles de facetas contradictorias, no estaban exentos de fanatismo. Acaso en esa fuerza fanática que lo alienta, que empuja su brazo, que agita y consume su espíritu, que dinamiza su cuerpo, resida uno de los más eficaces motores de su potencialidad. No hay que hacer disquisiciones médicas, ni hablar de anomalías psíquicas, porque la psicosis, en escala variable, domina a los hombres y al mundo, empuja a la humanidad por el camino de las grandes hazañas, o envenena con miserias e incomprensión la vida del hombre. En el caso de Bolívar es menester buscar antecedentes en una Teresa de Jesús, en un Colón, en un Cortés... Decid que realizó fanáticamente su tarea y a ello atribuid una parte del secreto de su éxito, porque nada grande se hizo nunca sin pasión, ni movimiento alguno pudo ser transcendente o eficaz si sus animadores no sintieron esa voluptuosidad que empuja a las renunciaciones, a las supremas abnegaciones de sí mismo...

Y si queréis hallar la fuente vital del Libertador, no será menester ahondar mucho. En España está, en esa España que veinte repúblicas reconocen hoy con orgullo, porque Bolívar es español hasta lo hondo de su alma, como Rui Díaz, como Cor-

tés, como Pizarro. Como todos ellos pertenece a esa familia de aventureros sublimes para cuyo espíritu ni la imaginación, ni la audacia, ni la naturaleza tuvieron límites. Español por su hidalga generosidad, español en lo heroico, español en sus virtudes y hasta en sus defectos, es Bolívar como una gran síntesis de esa España que produjo al Cid e inventó a Don Quijote.

Empero, muchas de sus cualidades y no pocos atributos de su genio los debe a América. Su imaginación es de nuestro trópico, su espíritu realista es americano, su potencia de trabajo afinsa en las fuerzas vírgenes de este continente...

Lo español y lo americano se aunaron en este maravilloso espécimen que es como un modelo y como un anuncio de los hombres y de los tiempos que vendrán.

¡Qué hombre aquél!

Añadamos que fué un solitario. Siendo comunicativo, magnánimo, condescendiente y dado a la plática y al trato de la buena camaradería en horas de expansión, su soledad espiritual fué casi absoluta. Lo temían y lo envidiaban. Pocos lo comprendieron. Los que más cerca estuvieron de su espíritu, como aquel Girardot que fué el bayardo de Colombia, recibieron temprano el abrazo de la muerte. El mismo Sucre, el gran lugar teniente, el vencedor de Ayacucho, apartado por las necesidades de la guerra, hubo de caer en la flor de su edad... Solo en medio de los campamentos, solo en medio de los camaradas, solo en medio de su pueblo, el libertador, como el Moisés de Alfredo de Vigny, hubo de sentir un día el peso de aquella soledad abismal, la fatiga enorme de su fardo de grandeza.

V

Aproximémonos más, aun, al genio de Bolívar. Examinemos al guerrero, al estadista, al escritor...

Capitán, gran capitán. Sus admiradores lo han parangonado con Federico el Grande, con Washington y con Napoleón. Se ha dicho que fué mayor hombre de guerra que el caudillo de la libertad norteamericana. Y es verdad. Se ha dicho que su abnegación y su generosidad fueron mayores, pues que renunció a la enorme recompensa monetaria ofrecida por el Perú. Y también es verdad. Montalvo lo comparó con Napoleón, pero no se atrevió a afirmar rotundamente su pensamiento. Del corso tuvo la penetración clarividente, el cálculo sabio, la osadía ilimitada. De Federico el Grande, la energía sobrehumana, la energía que ningún desastre es capaz de abatir. Federico combatió contra un enemigo cinco veces superior en número. Bolívar lu-

chó no sólo con el enemigo externo sino también con sus propios compatriotas, suerte común por otra parte a todos los libertadores sudamericanos. «Una sola de sus creaciones, la gran Colombia, que tiene 112,000 leguas cuadradas,—escribe Blanco Fombona—es más vasta que todas las conquistas de Napoleón. La historia no conoce guerrero cuyo caballo de batalla haya ido más lejos y cuyo teatro militar fuera tan extenso».

Gran estratega, empleó en sus batallas el método de Napoleón adaptado a las necesidades del mundo sudamericano, a la naturaleza y a los hombres. Es decir, creó una táctica bolivariana. Tal el chileno Lautaro, ese único capitán de la historia que muriera invicto, había creado su propia táctica en el período de la lucha épica entre los araucanos y los españoles.

Pero es menester considerar otras circunstancias para juzgar a Bolívar como jefe militar. Entre ellas el medio en que actuó. Napoleón tuvo lugar tenientes de primer orden, grandes cabezas capaces no sólo de obedecer sino de inspirar ideas; sin esa colaboración su carrera hubiese sido otra. Actuó en un medio que varios siglos de jerarquía habían disciplinado. En cambio, ¡cuán diverso el medio de Bolívar! Sus soldados carecían de vestuario, y a menudo de armas. La naturaleza obraba en contra de ellos y eran con frecuencia mayores las listas de los hospitales de campaña que los efectivos en acción. Abramos la correspondencia del prócer. En 1820 dice al general Soublette estas palabras: «La lucha no nos ha dejado más que la vida, y esta es de ningún precio para hombres desesperados». En carta del año siguiente, a Santander: «este ejército es un saco roto, donde entran todos los meses mil hombres y se vuelven a ir a sus casas, al hospital y al cementerio, a causa del clima, de la miseria y de la incuria».

¡Con qué elementos, con qué hombres realiza el Libertador sus campañas! De esos oficiales y aun de la mayoría de sus lugar tenientes sólo puede esperarse valor personal, casi nunca ayuda oportuna o cumplimiento exacto de lo mandado. Para saber de la capacidad general escuchad estos fragmentos de carta: «Yo me quedo para poder preparar la nueva expedición, porque cada día me convengo más que sin mi autoridad no se hace nada, y que donde no estoy yo todo sale tuerto»... «si yo hubiera estado en Bogotá los soldados no tendrían despedazados todos los pies, y no marcharían ahora, así despedazados, sin alpargatas, al Juanambú»... «Si yo hubiera estado en Cartagena, Montilla no habría mandado fusiles de un calibre y municiones de otro, y aun estando yo aquí, no hallo el modo de contener la

progresión del mal... A pesar de que no hago más que cavilar noche y día, soñando y pensando sin cesar»...

Varios de sus generales, con torpe y atrevida insolencia pretendían emular al jefe. Los más obedecían las órdenes como les parecía mejor y alguno hubo, el malogrado Piar, que se lanzó en abierta conspiración. Bolívar no tuvo más que sentenciarlo a muerte... Sólo Sucre, que era el más ilustre y sin disputa el más abnegado, supo mostrarse a la altura de la confianza dispensada por el Libertador...

¿Creéis que con hombres semejantes Julio César hubiera pasado el Rubicón?

Todo ello, la sobrehumana energía, la visión militar, la constancia, las empresas realizadas, y más que todo el hecho de haber combatido durante cerca de tres lustros en nombre de la libertad y por la libertad, me permiten hoy señalar a Bolívar—sin miedo de exageración—como al más grande de los capitanes de la Historia.

También fué grande el hombre de Estado.

Bolívar tuvo una superior visión de la política. Penetró a fondo la psicología de los pueblos americanos, la psicología de todos sus componentes, adivinó el porvenir que les aguardaba y trabajó—a sabiendas de que su esfuerzo inmediato se frustraría, y esto es lo admirable—en pro de la unión general de la América, que su empuje, principalmente, había libertado.

Bolívar tenía ideas precisas acerca del arte de gobernar. Buscaba una suerte de subordinación o, mejor dicho, de ajustamiento del ideal a la realidad. Su filosofía política, sólida, intuitiva y originalísima en él, le hacía prever la crisis futura del mundo democrático forjado por los hombres de 1789.

«El sistema de gobierno más perfecto—escribía—es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política.»

Y a propósito del sistema que las circunstancias aconsejaban: «Sus bases deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad, para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas y las costumbres políticas».

Hay en sus discursos políticos—entre ellos en el del Congreso de Angostura—aforismos y pensamientos hondísimos.

Dice: «Son los hombres, no los principios los que forman los gobiernos». «De la libertad absoluta se desciende siempre al

poder absoluto, y el medio entre estos dos términos es la suprema libertad social». «... Que la fuerza pública se contenga en los límites que la razón y el interés prescriben; que la voluntad nacional se contenga en los límites que un justo poder le señala...»

Su visión, adentrándose en el tiempo futuro, tenía percepciones asombrantes: «Ni nosotros, ni la generación que nos suceda—habló en 1822—verá el brillo de la América que estamos fundando. Yo considero a la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes; al fin habrá una nueva casta de todas las razas que producirá la homogeneidad del pueblo».

¿Queréis más? ¿Queréis oír formular un programa de gobierno, notable para su época?: «Para formar un gobierno estable, se requiere la base de un espíritu nacional que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública. La sangre de nuestros ciudadanos es diferente: mezclémosla para unirla... Se debe fomentar la inmigración de las gentes de Europa y de la América del Norte, para que se establezcan aquí, trayendo sus artes y sus ciencias. Estas ventajas, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y los matrimonios con europeos y angloamericanos cambiarían todo el carácter del pueblo y lo harían ilustrado y próspero... Nos faltan mecánicos y agricultores, que son los que el país necesita para adelantar y prosperar».

Diplomático, Bolívar condujo las negociaciones de este carácter y manejó las relaciones exteriores de los países bolivarianos, mientras los tuvo bajo su control, con un tacto y una fineza realmente notables. La entrevista de Guayaquil muestra hasta qué punto era diplomático, y señala a la vez, ante la historia, el noble desprendimiento y el puro americanismo de aquel grande hombre que se llamó José de San Martín.

Legislador, se preocupó de modificar las leyes españolas, de ajustarlas a la realidad de aquel tiempo, de llenar en lo posible los vacíos más notorios y aun, en muchas materias, quiso y pudo adelantarse a su siglo.

Constitucionalista, tuvo concepciones originales y muy curiosas. Redactó la Constitución de Bolivia. Dió a su propio país Cartas Fundamentales. Pero vale reconocer que en esos ensayos no estuvo a la altura de su genio.

Libertario, aun en plena dictadura no dejó Bolívar de estimar que sólo circunstancias excepcionales podían hacerla tolerable. En 1820, en lo mejor de sus campañas militares, decía a un jefe enemigo: «Siempre es grande, siempre es noble, siempre es justo conspirar contra la tiranía, contra la usurpa-

ción y contra una guerra desoladora e inicua. El hombre de honor no tiene más patria que aquella en que se protegen los derechos de los ciudadanos y se respeta el carácter sagrado de la Humanidad: la nuestra es la madre de todos los hombres libres y justos, sin distinción de origen y condición».

Conviene, a propósito, señalar que en lo hondo de su espíritu Bolívar amaba la paz. No perdió oportunidad de procurarla en condiciones que asegurasen la independencia de Hispano América. De ello se encuentran no pocas pruebas en la edición oficial que Vicente Lecuna ha hecho de las cartas del Libertador. Un título más a la admiración de los americanos, porque es preciso decir, en forma rotunda, que Bolívar no es sólo de Venezuela o de Colombia. Bolívar es chileno y argentino y brasilero. Bolívar es típicamente un prócer y un ciudadano integral de nuestra América.

Ya que del hombre de Estado hablamos debe también reconocerse que supo dar a la juventud su verdadera importancia. Comprendió, mejor que ninguno de sus contemporáneos, que el espíritu innovador, que la fuerza revolucionaria es propia de la juventud. Y en los campamentos y en el gobierno procuró rodearse de hombres jóvenes y fué un signo matinal el que presidió su vida toda. Sin embargo, a pesar del concurso juvenil, que no fué tan extenso como era menester, circunstancias especiales hubieron de malograr en buena parte su obra política. Es forzoso dejar en claro que sus realizaciones y sus propósitos se vieron constantemente limitados y en veces anulados por fuerzas extrañas a él mismo. Ciertamente es que la gloria pareció cegarlos y un día se creyó infalible y topoderoso, pero de ello tuvieron culpa los espíritus rastreros que se esmeraban en llenar su camino de incienso. Por ventura, los puñales de esos mismos sujetos se afilaban en la sombra al tiempo de su caída...

¿Qué se opuso al éxito? Los propios gobernados. El material humano de toda América era de mala calidad. Faltaban hombres, faltaba disciplina social, faltaba cultura mínima... Y la clase gobernante, plena de suficiencia, de oscurantismo, de incapacidad, mantenía el tono anárquico, sembrando entre las masas del pueblo, compuestas de parias más que de hombres, la desconfianza y el espíritu de rebelión. El mestizaje dominante, integrado por los antiguos realistas y por toda esa morralla que se arroja siempre a los pies de los vencedores y esteriliza los mejores esfuerzos, hizo fracasar los propósitos del Libertador. Bien lo comprendió este, con antelación, cuando decía en carta a Santander: «Amigo, por nuestras venas no corre sangre, sino el vicio mezclado con el miedo y el error».

Más tarde habría de exclamar amargamente: «Los que han servido a la Revolución han arado en el mar...» Y aun: «No hay buena fe en América, ni entre los hombres, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía; la vida, un tormento.»

El sino político de Bolívar estaba trazado de antemano. Sus propios discípulos y amigos se encargarían de crucificarlo.

Pasemos del político al escritor. Y reconozcamos que en este arte fué también maestro. ¡Y qué maestro! Pluma fácil, incisiva, apasionada; imaginación tropical, elegancia y claridad en el estilo, hondura en el pensamiento. ¿A qué pedir más? Aquella página que se llama *El Delirio* está a la altura de las mejores producciones de Musset, de Lamartine, de Espronceda, de cualquier maestro del Romanticismo. El «Moisés» de Vigny, no es más grande.

Tenía vena poética, original y poderosa, que las alternativas de su vida no lograron agotar. Si no en obras puramente artísticas, se vació con frecuencia en sus proclamas, en sus cartas y en sus oraciones. Muestra de ese énfasis heroico que electrizaba a sus hombres es el Boletín de la última victoria de sus armas: «La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo. ¡Soldados colombianos, centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo!»

Lleva razón Blanco-Fombona cuando dice: «Por tener un exquisito temperamento de artista, por la cultura adquirida, por la violencia de sus pasiones, por el vuelo de su pensar y porque se abandonó cuando escribía a su temperamento de escritor, Bolívar es, en punto a letras, lo más alto de su época en lengua de Castilla. Con Bolívar se realiza la revolución de independencia en las letras castellanas, o, para no salir de casa, en las letras americanas. Fué también en literatura, el Libertador».

VI

Para completar el panorama de Bolívar es indispensable exhibir uno de los aspectos más luminosos y trascendentes de su acción política: su americanismo. En seguida hemos de relacionarlo con las grandes iniciativas de este orden.

Bolívar preconizó la unión americana. Realizó gestiones múltiples en tal sentido. Celebró tratados, envió agentes diplomá-

ticos a las nuevas repúblicas y dió todo su apoyo moral al Congreso de Panamá de 1826, que es el primer esfuerzo grande realizado en favor de la Federación en Sud América. ¿Quién imaginó este Congreso? No cabe duda de que el argentino Montegudo participó de modo importante en su gestación, mereciendo por ello—y en ese aspecto—ser señalado como uno de los más eficaces colaboradores de Bolívar. La historia le debe la justicia de reconocerlo.

El Congreso de Panamá fué estéril en sus resultados. Ni las circunstancias ni la realidad política de aquel tiempo permitían otra cosa. Bolívar, empero, debió sufrir hondo desencanto.

Las otras tentativas, hechas con posterioridad a la muerte del Libertador, no fueron más felices. Fracasó igualmente el Congreso de Plenipotenciarios, celebrado en Lima en Enero de 1848, y no tuvo mayor fortuna, a pesar de su extrema limitación, el Tratado Tripartito de 1856 entre Chile, Perú y Ecuador.

Antes de esas tentativas, antes del Congreso de Panamá—que constituye, en todo caso, una magna fecha—se había firmado en París, el 27 de Diciembre de 1797, el Pacto de los Americanos. Dice, a propósito de él, Vicuña Mackenna: «La providencia, lo había marcado con su infalible dedo. La libertad de un mundo iba a salir del caos de los siglos... Miranda, el inspirador de aquel sublime complot, es el designado, es el apóstol. Después será el ejecutor y el mártir». Y agrega estas palabras, que encierran un justo homenaje, no realizado todavía: «La América libre debe un monumento, eterno como los siglos, a don Francisco Miranda, Colón indígena, descubridor en el mundo nuevo de un mundo de libertad».

Miranda fué en todo sentido el Precursor. Ya a fines del siglo XVIII, cuando a los estampidos de la Revolución Francesa se estremecían las cadenas del mundo, había discurrido la formación de un Imperio independiente en América, en una América políticamente unida, y a cuya cabeza gobernaría un Inca.

Fracasados todos los proyectos, triunfantes los partidos reaccionarios en las nuevas Repúblicas, la torpe intervención del Gabinete de Isabel II en la política sudamericana tuvo la virtud de despertar las conciencias dormidas y de crear un ambiente favorable al empeño unificador. Y Vicuña Mackenna, comprendiendo que la hora podía ser propicia, inició, a través del continente, una campaña en pro de la unidad americana. Su palabra resonó en la Alameda de Santiago, en las calles de Lima, en la plaza de Panamá, en los teatros de Nueva York, y en los salones de Washington. Se puso en comunicación con

hombres y jefes de Estado de todo el Sur, recibiendo el entusiasta apoyo de aquel gran argentino que se llamó Domingo Faustino Sarmiento y el del general peruano Mariano Ignacio Prado con quien había estrechado amistad en los campamentos revolucionarios de Chíncha Alta.

Corría el año de 1866. Vicuña propuso que la guerra sostenida con España fuera llevada a la Isla de Cuba, a fin de obtener la independencia de aquella colonia y en seguida la de Puerto Rico. Animó a los antillanos, fundó en Nueva York su célebre periódico *La Voz de América* y consiguió interesar en su empresa a los gobiernos de Venezuela y del Perú. Una expedición militar, compuesta de peruanos, de chilenos y de venezolanos, debía llevarla a término con ayuda de los cubanos que parecían prontos a insurreccionarse.

Fracasada en su gestación aquella empresa, y de retorno en Chile, Vicuña Mackenna, en compañía de José Victorino Lastarria, de Manuel Antonio Matta, de Isidoro Errázuriz y de otros chilenos eminentes, prosiguió su campaña americanista en la sociedad de Unión Americana que todos ellos habían fundado en Santiago.

Y en 1867, la Sociedad aprobó *Bases de Unión Americana* encaminadas sabiamente a establecer los fundamentos de la Federación Continental como raíz de una futura unidad. Ese documento, hoy casi desconocido, a pesar de las ilustres firmas que lo suscribieron, es todo lo que en apariencia queda de aquel magno proyecto.

¿Sólo en polvo de archivos podían venir a parar los sueños de un Bolívar, de un Miranda, de un Vicuña Mackenna?

El panorama de nuestro tiempo es sombrío por demás. Pavorosas inquietudes económicas, políticas y sociales, sacuden a todos los pueblos de América. Los gobernantes se aíslan envueltos en vendas doradas. Las gentes tiemblan y un alarido de dolor humano parece resonar de un confín a otro de esta América que un Colón descubrió y un Bolívar y un Washington libertaron.

Se avecinan horas cuya importancia podemos fácilmente percibir. Un espíritu nuevo caracteriza a las generaciones jóvenes que pronto han de tomar sobre sus hombros todas las responsabilidades del devenir americano. No es ya quimérico prever que el proceso de unificación continental entrará pronto en la más interesante de sus faces.

América unida en máxima confederación, que comprenderá un día a los americanos de habla castellana, portuguesa e in-

glesa, se perfila entre las brumas del futuro y el contorno arquitectónico del grande edificio parece iluminado ya por los primeros reflejos del sol que va a nacer.

La hora de América se aproxima. Sepamos escrutarla. Sepamos superar los prejuicios políticos y las limitaciones de orden económico y social. ¡Qué el espíritu eterno de Bolívar, de este Bolívar que la posteridad continúa aclamando, como en las epopéyicas jornadas de la primera independencia, sea con nosotros y nos ilumine!

Y para nosotros sea, como una voz de orden, este llamado que brota de lo más hondo de la nueva conciencia americana: ¡América sin barreras económicas ni políticas! ¡América para todos los americanos! ¡América Unida!... —E. O R R E G O V.

ORIENTACION VITAL (1)

Nuestras vidas son los ríos...

LEGA un momento en que la faena toca a su fin, por este día. Acaso sea la hora del crepúsculo. Las cuitas que nos obligaron a concentrar toda nuestra energía en el trabajo acaso no sean tan imperativas en este minuto. Nos libertamos transitoriamente de ellas y nos damos a meditar. Acaso yo atraviere por uno de esos instantes, y tal sea la causa de que os invite a meditar conmigo sobre este problema que hoy me preocupa a mí, como a casi todas las gentes del mundo: ¿Qué hay que hacer, qué hemos de hacer nosotros para aliviar esa desorientación terrible que desquicia a la humanidad de hoy?

Una fracción infinitesimal de la humanidad somos; es decir, que si yo ni tú ni los otros existiéramos no habría humanidad. Luego, esa desorientación en parte es obra tuya y mía.

Porque la mayoría de existencias individuales derivan sin rumbo, la humanidad vacila. Entonces el problema puede plantearse en otra forma: hace falta orientar nuestra propia vida.

¿Hacia dónde conducirla? Pero ¿es verdad que podemos guiarla? ¿No está su derrotero trazado por leyes inmutables?

«Nuestras vidas son los ríos—que van a dar a la mar—que es el morir...» ha dicho el poeta. Sí: nacimiento, apogeo, muerte, esos son los puntos cardinales de la ruta. Mas, entre ellos, las aguas de ese río pueden volcarse como avalanchas arrasadoras,

(1) (Leído en la inauguración de la Extensión Cultural de los Liceos de Talca).

inmovilizarse en pantanos mefíticos, agostarse en el desierto, transformar los eriales en hortos y jardines, y pueden saltar en cascadas para convertirse en energía y en luz.

Cualquiera que sea el sitio que habitemos en el mundo, el pedazo social en que nos hallemos, el grado de civilización de que seamos partícipes, tenemos que hacer un uso de la vida, uso que en cierta proporción depende de nuestra voluntad y en gran parte de la presión que sobre nosotros ejercen el círculo de gentes que nos rodea, las circunstancias históricas porque atraviesa nuestra nación y el tipo de cultura contemporáneo. Y digamos entre paréntesis: el hombre alcanza la plenitud de su significado sólo cuando llega a vivir en función de su yo íntimo, de su familia y de su medio, de su raza y del mundo.

Desde el hombre primitivo

Cómo orientarnos con respecto al mundo, he aquí específicamente nuestro tema de hoy. Y para abordarlo, recordemos el camino que ha hecho. Desde el hombre primitivo, el de las cavernas. Todo para él eran dificultades, temores, misterios. Dificultad para descubrir cubil en una gruta protegida de las inclemencias del tiempo, para coger su alimento entre las bestias feroces, para abrigarse en el invierno, para hallar su camino en la oscuridad. En todos los elementos creía ver demonios malignos; como no sabía aplacar la cólera de las tempestades, se aterraba con los eclipses, desconocía las causas de las plagas, imaginaba que los dioses le exigían para favorecerlo sacrificios humanos. Le dominaba el terror de lo desconocido. Estaba solo, y pequeño, e ignorante ante el misterio inmenso. Cuando descubrió el fuego—el fuego que devora, pero que al mismo tiempo reconforta y da luz—hizo de él un dios. Luego, la gruta llegó a ser estrecha para contener la prole, la selva o el campo no brindaron todo el alimento que se necesitaba. Por instinto de defensa, de conservación, mató y blandió la quijada contra su hermano. La ley que imperó fué la del más fuerte; el que vencía mataba al otro o lo uncía de esclavo o de bestia de carga. Temor, crueldad, poderío implacable del más fuerte esa fué la ley común.

Se apretaba su imaginación, se encogían sus esperanzas a fuerza de temores. Los mares fueron surcados al principio sólo al abrigo de la costa: el Océano era el mar ignoto poblado de monstruos. En las montañas acechaban las potencias maléficas. Sólo en las llanuras fértiles, tibias, pobladas de hierbas y de ár-

boles generosos escanciaron el primer sorbo de la dulzura de vivir.

El precio de la cultura

Cientos o más siglos han transcurrido desde entonces, siglo de luchas, de sacrificios, en que han prosperado y decaído civilizaciones, en que han sido jubilosamente aceptados primero y rechazados después regímenes políticos, formas de gobierno, credos religiosos, sistemas científicos. Cada generación concibió una esperanza para mejorar o embellecer la vida y a costa de dolores la realizó. Sus hijos la recibieron como herencia natural, a la cual no se asigna mayor precio, porque sus esperanzas estaban cifradas en algo mejor, más allá, siempre más allá. Y todo ha sido fugaz y perecedero en el mundo, menos esta ansia de superación, este anhelo de algo mejor que lo que poseemos, algo mejor que muchos no saben qué es, pero cuya necesidad sienten desde lo más profundo de sus entrañas. Este camino de la barbarie a la cultura ha sido preciso conquistarlo dificultosamente paso a paso, minuto a minuto, generación tras generación. Nunca hemos logrado nada sin esfuerzo. Nunca ha llegado el hombre a una verdad sin errar primero cientos de veces; nunca a un estado de paz sin una guerra anterior; nunca a una conquista de libertad sin que los cadalsos se tiñeran de sangre; nunca a un credo de moral más puro sin haber envenenado a Sócrates y crucificado al Nazareno.

¡Dolor! Dolor ha sido el precio de cada etapa del progreso. Con tributos de sangre han nacido y se han transformado las instituciones políticas, desde la teocracia caldea hasta los plebiscitos democráticos. Así, el derecho y las costumbres, desde la ley del «ojo por ojo y diente por diente» hasta los códigos modernos. Así las ciencias, desde la astrología de los hechiceros hasta las teorías de Einstein. Del salvaje que limitaba su visión a la caverna, ha surgido el hombre que es hoy ciudadano del mundo y mañana navegante de los sistemas planetarios. Las fuerzas que antes parecían demoníacas y monstruosas se acogen a nosotros como aliadas. Esta es la cultura.

La falla de la civilización

¿Perfecta? No, mil veces no. No hay necesidad de un análisis sutil para descubrir sus fallas. Desde luego es desequilibrada: el conocimiento de la naturaleza exterior y el dominio de la materia inerte han progresado con muchísima más rapidez que el

conocimiento del hombre mismo, de las leyes que rigen el progreso de suyo y de las que permitirían establecer el reinado de la paz, del amor y de la dicha como patrimonio de todos los hombres. Mientras triunfa la mecánica hacen crisis la moral, la economía y la política.

La máquina está matando al hombre, dicen. Pero se equivocan: la máquina es un utensilio y cada uno de ellos ha marcado siempre una etapa de liberación. Recuérdese si no los molinos, que antes que el amo entendiera que el agua podía voltearlos, eran accionados por esclavos; recuérdese si no los barcos movidos con el sudor de los galeotes, antes que los impulsaran la vela y el vapor. El triunfo de la máquina será la liberación del proletariado. El nos indica que en este período de cultura el mundo no necesita ya de esa clase de faena servil y manual.

Todo cambio brusco de un sistema de trabajo a otro ha provocado crisis económicas profundas. Y ésta es una de las mayores, porque va acompañada de otros desequilibrios en el campo moral y en el político.

No hay duda que si existen hoy más de treinta millones de cesantes, es decir, de hombres que se desvitalizan día a día por carencia de alimento suficiente para ellos y su prole, porque no tienen abrigo, ni viviendas, ni ese *mínimum* de bienestar a que el hijo de este siglo tiene derecho, no hay duda de que el sistema económico actual debe transformarse radicalmente. Mala distribución de los productos, declaran sesudos financistas. Posiblemente algo más: que el deseo de bienestar no ha corrido a parejas con la posibilidad de obtenerlo; que no hemos creado suficiente riqueza para que ese *mínimum* de exigencias vitales anejas a la civilización sean patrimonio general... Aun los países fastuosos, si repartieran sus haberes por igual entre los ciudadanos, no alcanzarían a proporcionarle permanentemente el *standard* de un artesano acomodado. Además, de una equitativa distribución, se requiere un mayor trabajo fructífero para todos.

No obstante, la desorientación mundial no decrecerá sólo con medidas de orden económico.

Malestar político y moral

Desde luego, continuará el malestar político. El sistema democrático, de representación popular, ayer panacea, hoy se pone en todas partes en tela de juicio. El individualismo liberal de la mitad de la centuria pasada ha sido supeditada en el concepto de los más, por el socialismo de estado, y éste—con el nombre de

facismo, hitlerismo y comunismo va hacia las dictaduras unipersonales o colegiadas.

Y más preñado aún de amenazas que la inquietud política se presenta el problema ético. Grupos considerables de la generación nueva desestiman los valores espirituales legados por sus mayores aun antes de aquilatarlos con su experiencia. No tienen fe en nada ni en nadie. Buscan el placer fácil para olvidarse de ellos mismos y del espectáculo de la miseria y del odio humanos; se substraen a todo sacrificio; se alejan de todo esfuerzo, intentan quebrar la cadena de solidaridad que nos ata con los esfuerzos interrumpidos que han fructificado en la cultura.

Los más inteligentes asumen el papel de espectadores. Discuten, hablan, analizan, pero no bajan desde su balcón al campo donde se lucha, se brega, y se siembran esperanzas para el mañana... Los más generosos perdonan a Lenin su despotismo sanguinario en amor de la fe de una cultura menos implacable para el mísero y el desheredado. Los ávidos inventan estrategias para adueñarse rápidamente de riquezas o de poder. Son muy pocos los que sienten que su papel no es ese, que deben alistarse en las filas de una cruzada que liberte al mundo del caos, de la confusión, del dolor y de las miserias actuales, y éstos ignoran cómo lograrlo. Son como una nave que siente sus velas henchidas por el viento, pero cuyo piloto hubiese perdido las cartas de navegar.

El derrotero

Cuando un barco fija su rumbo, no lo hace en relación con el oleaje que le cerca, ni con la dirección de la corriente que lo impulsa sino que mira hacia las estrellas. Lejos, lejos de la movilidad halla el derrotero. Así el hombre. No son los menudos quehaceres, las diarias zozobras, las que indican la ruta de una existencia: es el ideal. Y esto es lo que falta a la generación de hoy: un ideal, una fe tan intensa que sea un placer vivir por ella y morir por ella.

El espectador que mira pasar el tráfigo humano, acaso con una sonrisa de ironía en los labios, que analiza agudamente, que critica tal vez con sabiduría, pero que no se afilia con los unos ni con los otros, porque es más cómodo no empeñarse en lucha alguna, ese es sencillamente un desertor en la conquista de la cultura, un eslabón estéril en la cadena de la especie. Quien se repantiga holgadamente en el sitio que le permiten sus circunstancias, cierra los ojos al malestar ambiente y desoye el clamor de la miseria, ese—cualquiera que sean su saber y su talento—

es un fardo muerto para el vuelo humano. Y el que actúa sin rumbo, llevado hoy de una pasión, mañana de un egoísmo, al otro día de un interés personal, no hace sino incrementar con la propia, la desorientación del mundo.

Es preciso definir nuestro credo, y en seguida quererlo con toda la energía de que seamos capaces. «Sólo la conciencia de un propósito que es más potente que cualquier hombre y digno de todos juntos, puede inspirar y fortificar las almas». Y hay que sentar plaza de soldado en esta marcha hacia un orden de cosas menos imperfecto. No basta laborar en el aislamiento. No. Mano a mano, codo a codo con el que sufre y desespera como nosotros. Porque somos naturaleza febles, vacilantes y tornadizas necesitamos de la compañía que nos aliente cuando desfallezcamos, nos impulse cuando nos seduzca la pereza, y, sobre todo, que dé a nuestra acción esa fuerza de colectividad que jamás pudiéramos extraer de nuestro humilde valor personal. Y permitidme, amigos míos, hablar sin ambajes ni eufemismos, porque usarlos sería ofender la grandeza de este tema que es el más importante de todos en una vida humana.

El Reino de Dios y el Reino del Hombre

Hablemos del Reino de Dios. ¿Cómo lo han definido? Es un sitio, nos dicen, donde todos gozarán por igual de una dicha perenne, donde todos serán regidos por un amor infinito, donde todos desentrañarán el misterio del tiempo y del insondable espacio. Y este reino está más allá de la muerte.

Pero ¿no es exactamente el mismo el reino del hombre? Es el camino que ha venido siguiendo la civilización. También aspira a que aquí sobre la tierra desaparezcan el odio, el miedo, la injusticia, la esclavitud, la miseria, madres de los dolores, a que luzca un día en que todos, por el hecho de ser hombres, canten la alegría de vivir; en que todos se consideren solidarios y hermanos; donde a fuerza de sabiduría pacientemente acumulada durante siglos, se logre penetrar en los arcanos del tiempo y del espacio. Más allá de la muerte. Si, acaso se llegue a él más allá de la muerte de muchas generaciones que tuvieron como signo en su estandarte la fe en el Reino de Dios o del Hombre.

Somos aún muy ignorantes. Todavía nos cercan el miedo y el recelo. Por eso no acertamos a darnos cuenta de que el que cree en el Reino de Dios y el que cree en el Reino del Hombre no son enemigos sino que predicán en idiomas distintos una misma doctrina eterna.

Y ese ha de ser el ideal que dicte nuestras normas de conducta:

todo aquello que tienda a disminuir la injusticia, la esclavitud, la miseria, la ignorancia, la desdicha humana es bueno. Todo aquello que tienda a aumentar la confianza entre los hombres, su solidaridad, su entendimiento mutuo, su fraternidad, su dicha perenne, es mejor.

No creo, sin embargo, que este proceso de ennoblecimiento pueda realizarse por imposición de fuera hacia dentro, por dictaduras, ni por revoluciones. Pasarán muchos siglos. Sí. El camino será eterno. Pero no hay duda que éste es el camino.

El papel de la educación

La educación debería ayudar al joven a proseguirlo. La educación no se imparte solamente en los colegios. Mucho más influyente que el maestro suele ser la familia, el amigo, el medio en que se vive, los ejemplos, la prensa, los libros, las sollicitaciones de la calle, del club o del cine. De modo que no hay que inscribir a cuenta solamente de los maestros la desorientación actual. No es absolución. Por el contrario, mientras más medito en ello, más me convengo de que los sistemas pedagógicos de todo el mundo adolecen de errores imperdonables.

Decía en un párrafo inicial que el hombre conocía mejor las leyes de la materia inerte que las que rigen su propio yo. Ignoramos, por ejemplo, en virtud de qué reacciones un mismo acto en un hombre inspira odio, en otro envidia, en éste admiración, en el de más allá amor. Se nos escapan las fórmulas para curar al criminal, ni siquiera al iracundo. No sabemos inyectar energía al pusilánime, ni talento al atrasado mental. Y son tan indecisas aun las conquistas de la psicología, que la educación no ha podido hallar aún esas leyes que pudieran fijar su órbita como Copérnico las del sistema planetario.

Ha debido la educación ponerse al servicio de las opiniones dominantes y en realidad no ha dirigido al hombre. Como el antiguo pedagogo hace todavía papeles de esclavo. La época ha sido de conquistas intelectuales; la escuela ha obedecido esa tendencia. Ha super intelectualizado sus programas y hecho de sus alumnos capaces de investigar, de analizar, de discernir sutilmente, esos ejemplares de espectadores a quienes llamábamos tráfugas de la lucha por el progreso.

La culpa de ocuparse demasiado del conocimiento y muy poco del cultivo de la voluntad y del enraízamiento profundo de un ideal capaz de orientar y dar significado a la existencia. Yo querría que el joven egresado de las aulas sintiese tan claramente como su propia voz la de la civilización humana, que compren-

diera su deuda con el pasado, con las incontables generaciones de hombres que se sacrificaron para legarle un standard de existencia emergido dificultosamente de la barbarie; que sintiera su solidaridad con el presente, tanto que fuera capaz de poner su voluntad perseverante al servicio del mundo, y que comprendiese su obligación hacia el futuro humano. Un joven que ante la injusticia, la miseria, el dolor, auscultase su conciencia y se preguntara: ¿en que he pecado yo para que mi hermano sufra? Y se hiciera cruzado del Reino de Dios o del Reino del Hombre sobre la tierra.

Los obstáculos

Comprendo que no son pequeños los obstáculos que se oponen a tan magna decisión. Fuera están la bellísima diversidad del mundo que nos hechiza con sus paisajes, con la música del viento aventurero y la fragancia de las selvas desconocidas. Dentro se alzan la pereza—sirena que nos tienta a cada instante con su opio de far niente—la inconstancia, el ansia de tareas menos sacrificadoras que éstas de salir por el mundo, un poco a la manera de don Quijote, caballero de una cruzada de siglos; la necesidad de uncirnos a la brega cotidiana, las tentaciones de la riqueza y del poder material. Y más pequeño, pero no menos nocivo, el peligro de ser, como afirma el dicho vulgar candil de la calle y oscuridad de la casa: por aliviar los dolores del mundo no tener tiempo para enjugar las lágrimas de nuestro prójimo más cercano; por libertar a un pueblo, esclavizar a los que más de cerca nos rodean; por dar bienestar y riqueza al mañana, infligir miseria y servidumbre a los de hoy. «Nuestro espíritu está pegado a la carne, y la carne a la costumbre». Para ser cruzados hemos también de comenzar por libertarnos.

Educación interior es lo que necesitamos más. Ser capaces de disciplinarnos voluntariamente, de hallar placer en la faena que consideramos indispensable.

«Alas, todos pedimos alas (canta el poeta mejicano) pero ninguno sabe arrojar el lastre en el momento oportuno»... Precisa vivir alerta para seleccionar en todo instante aquello que nos aproxima, de aquello que nos desvía de nuestra meta lejana. Y para ello no bastan las letras, ni las artes, ni las ciencias. Se puede ser a la vez un pedagogo diplomado y un desquiciador de almas. Por sobre la profesión y el oficio está la clase de vida que llevamos. Esta es la que nos arrojará entre las tráfugas o nos hermanará con los cruzados.

Creo

Yo creo firmemente que tortuosos como parezcan los senderos de hoy, nos llevan, sin embargo, hacia la realización del reino ideal. Creo que nuestra tarea es la de disminuir los dolores inútiles y aumentar la concordia y el amor entre los hombres. No expreso nada nuevo. Repito en burdo lenguaje una lección que unos desdeñan, otros no comprenden y algunos olvidaron. Pero me bastaría para juzgar que no he vivido este día en vano, que uno solo de los oyentes, uno solo de los jóvenes que me escuchan, acordase la voz de su íntimo yo con esta mía, e hiciera de su juventud un estandarte de cruzado, en la lucha perenne por un reino mejor.—AMANDA LABARCA H.

LA VERDAD DEL VIAJERO**I**

LA verdad, sí. La verdad, que es mucho más fácil que la mentira. Para decir mentira hay que inventar. Si no, lo cogen a uno. El que dice mentiras sin inventar es, genéricamente, un tonto. ¡Si lo sabré yo, andaluz! El andaluz no miente. Exagera. Es imaginativo, sonoro y fino, como llamaba Rubén Darío, es decir, que vibra ante la más leve vibración que se produce fuera de él. Y vibra como una cuerda de guitarra, ampliando, extendiendo. De ahí, lo que cuenta un asturiano como cinco, lo cuenta un andaluz como diez. Pero después de todo esto, es tan fácil decir la verdad, que apenas se incomoda uno para exponerla. Yo no hubiera aceptado el simpático encargo de escribir, para esta especial ocasión, si no hubiera pensado desde el primer momento decir la verdad. Allá los que quieran, respondiendo a entrevistas deshilvanadas, verter elogios a granel y luego, al salir, decir lo contrario. La verdad, aunque, claro está, la verdad del viajero.

Yo sabía cosas de Chile, mucho antes de pensar en venir. Mucho antes de estudiar esa geografía elemental que dice, sin verdad, por supuesto, que después de la capital, las principales ciudades son Antofagasta, Coquimbo y Valparaíso, por este orden. Lo recuerdo perfectamente, desde aquellos nueve o diez años míos. Sabía mucho antes, por la sencilla razón de que en

mi casa, en el balcón más céntrico, allá en el paseo fronterero al puerto mediterráneo natal, ondeaba con frecuencia la bandera chilena. A mí me gustaba ayudar al criado a izarla, y después, me quedaba asomado un rato largo (los labios me llegaban a la altura de la baranda), para ver el efecto que producía en los niños que pasaban por la calle aquella bandera grande, con sus colores tan aptos para conmoverse debajo del cielo de mi tierra, oreada por la brisilla del mar. Empecé a coleccionar sellos de correo y tuve páginas y páginas de mi álbum llenas de los de Chile. Aquellos sellos grandes, con las batallas pintadas, con aquellos caballitos blancos y negros tan bien dibujados, me seducían. Y los otros, los que tenían retratos de Colón, con un bonete, que se me antojaba un cura; y un caballero de bigote cano, debajo del que ponía: Bulnes. Y un militar con patillas que se llamaba O'Higgins. Yo arrancaba estos sellos apenas llegaban los grandes paquetones de un periódico que me aburría, pero que mi padre hojeaba siempre: el *Diario Oficial de la República de Chile*. Y en el despacho de él, (aquí se diría despacho por una tienda, ya lo sé; y tienda por otra cosa, también lo sé), campeaba un retrato fotográfico, de perfil, dedicado y firmado. Nunca me acordaba del nombre, ni podía descifrar las letras, pero todos los días lo preguntaba: ¿«Cómo se llama ese caballero»? y me respondían: «No dés la lata. Se llama don Pedro Montt».

Mi padre fué Cónsul de Chile en Málaga. No recuerdo si cónsul o vicecónsul, pero él mandaba más. Esto era lo interesante para mí, en esos días. Que mandara más. Y en algunos ceremoniosos días, recuerdo que al salir con su sombrero de copa, repetía: ¿Han colocado la bandera de Chile en el balcón? Y yo quería, sin más razones, a Chile, más que a ninguna otra nación del mundo, después de España, y cuando jugábamos a los soldados, una pequeña banderita de Chile se colocaba junto a la española en mi campo de batalla. Leía yo por aquel entonces una novela grande que estaba encuadernada por entregas en la biblioteca de mi abuelo. El tomo era de 1868. La novela, que desde entonces no he vuelto a ver, se titulaba: «Aventuras y desgracias de la señora Libarona en el Gran Chaco». Y traía estampas de familias de indios atacadas por un jaguar y muchas de un tal Ibarra, un hombre cruel, perseguidor de la señora Libarona y los suyos, atormentador sin piedad, decorado con unos grandes mostachos. Busqué en un mapa el Gran Chaco. Y me pareció, porque era un mapa físico, sin límites ni fronteras, que el Gran Chaco formaba un área de Chile. Y le

pregunté a mi padre: «¿Son así las gentes en Chile, como este Ibarra»? Y siempre influyó en mí la respuesta: «Chile es la nación más civilizada de América del Sur». Esto se me quedó grabado y muchos años después, la idea estaba intacta, mientras yo cursaba las mediaciones del bachillerato.

Más tarde,—portaría yo unos catorce años—mi padre tuvo una acumulación de quehaceres, que le obligó a dimitir el puesto consular. Mi colección de sellos de Chile estaba bien completa. Y aquella bandera sirvió, para hacerme una capa de torero. Mi pasión de entonces. Torear. Usé mucho, en corridas de cornamenta de mimbre, aquella capa bien aireada por tantos días de fiesta, azul, blanca y roja. La estrella había desaparecido. Era un capote de corrida, de faena, duro, que no tuvo una sola rasgadura, a pesar de que yo toreaba metido en la cuna, es decir, entre los pitones. Llegó a servirme en alguna becerrada, ya con animalillos medio bravos, con los cuernos más chicos que los de la cornamenta de mimbre, pero con más empuje en la embestida. Me había acostumbrado al manejo de aquel capote, y hacía con él reboleras y verónicas. De este modo, la bandera de Chile me acompañó, como elemento esencial de mis diversiones, durante mucho tiempo. Hasta que me convencí de que los toros estaban un poco reñidos, en cuanto a tiempo, con el preparatorio de la carrera de leyes.

Esta es la verdad de lo que yo sabía de Chile—y ya era bastante—, en los días claros de mi niñez. Y cuando me dió por hacer los primeros versos, y por conocer nombres de gente que hiciera versos, o prosa y guardarlos en la memoria para repetirlos cuando llegara la ocasión, la literatura chilena me presentaba un panorama sobremanera corto. En un libro de trozos escogidos que guardaba desde el primer año, venían con el adjetivo «Chileno» entre paréntesis, después del nombre, unos versos, muy pocos. Y eran de Guillermo Matta, de Carlos Walker Martínez y de A. Blest Gana. Poco después odié a Guillermo Matta por un soneto a Pizarro, que descubrí por casualidad. No supe más de la literatura chilena en mucho tiempo.

Y al llegar a Madrid, cuando ya me creía un hombrecito culto, hecho y derecho, y cuando ya me sonaban a familiares Jorge Isaacs, Asunción Silva, Darío, Larreta, Acuña, Díaz Mirón, Gálvez, Herrera Reissig y Lugones, pensaba también en una poetisa portorriqueña llamada Gabriela Mistral de quien había conocido algunos versos. La verdad, creí mucho tiempo que Gabriela Mistral era de Puerto Rico. La verdad, no sé por qué,

pero no podía añadir su nombre a los de Walker. Matta y Blest Gana, en cuanto a nacionalidad.

II

No hay más razón que la geográfica, quiero decir que yo no encuentro más razón que esa, para la indeterminación de la obra literaria chilena en Europa. Ahora ya hemos salido de esos años ligeros y volátiles de la niñez. La verdad del viajero es desde este momento una verdad más cercana, más precisa y mejor definida. Mientras cualquier muchacho sabe por allá qué poetas son mejicanos, argentinos o uruguayos, se arma un batiburrillo en cuanto se refiere a este litoral del Pacífico. Y coloca sus nombres indistintamente, aquí o allá, y los fija, según su antojo, gratuitamente, en cualquier parte, donde le plazca. Hablo, por cierto, de aquellos como yo, que no disfrutasen de una honda cultura americana. Es decir casi todos, por culpa de la abundancia. Esta abundancia que hacía, cuando llegaba un libro de poesías hispanoamericano, decir: Otro más. Los conocemos. . . .

La culpa de esto, ya lo sabemos todos, los de aquí, y los de allá, quienes la tienen. Esos libros de poemas macarrónicos que se imprimen a troche y moche, y que llevan, después de un farrago insoportable de renglones rimados, un conjunto de opiniones de gente más o menos célebre sobre la obra del tal autor. No se puede tener idea de lo lamentable que resulta esa facilidad de opinar sobre una obra cualquiera, ante la sola petición del escritor y poner un nombre que tiene cierta fama y consideración, bajo un elogio desmesurado, a un currinche sin importancia. Así, el camino está lleno de broza y es necesario pararse un poco a ver como sigue la línea, para no abandonarlo y echar por otro. Creo también, que la falta de comunicación comercial inmediata debe influir mucho en este desconocimiento y en esta mezcla de criterios. Es raro, pero cuando uno tiene más o menos al dedillo la literatura europea, proporcionalmente conoce nombres del lado del atlántico y sabe ubicarlos en su sitio correspondiente. Exceptuando a individuos del tamaño de un Montalvo, por ejemplo, lo demás se confunde, y es difícil delimitar quien es peruano, chileno, ecuatoriano, colombiano, si no se preocupa uno de averiguarlo particularmente. Si no quisiera decir la verdad del viajero, diría en este momento algo muy latiguillesco, algo muy oratorio. Los caminos del acercamiento espiritual están abiertos y grandes. . . etcétera. Pero rehuyo la oratoria decimonónica.

Confieso con toda ingenuidad que al llegar aquí, sólo conocía dos o tres nombres de la literatura nacional. (Ya sé, ya veo algún crítico sagaz diciendo: «¡Qué ignorante!» Está bien). Estos nombres eran los de Armando Donoso y Eduardo Barrios, por haberlos visto en libros editados en España. Otro era el de Joaquín Edwards Bello. Alguien me prestó «El chileno en Madrid». El otro nombre que conocía, a través de lectura de escasos poemas, que me bastaron para comprender su valor, era Pablo Neruda. Advierto que este último me era conocido además por que se hablaba de él con harta frecuencia siempre admirativamente, excepcionalmente, en los grupos de amigos poetas de mi generación. Ninguno de nosotros le conocía personalmente. Sabíamos que estaba en Ceylán, y que era chileno. Y que su poesía era de la mejor poesía en español de nuestros días. (Ya sé que hoy es amigo mío. Lo advierto para salidas posibles. También soy amigo de un vecino comerciante en cereales y no puedo decir, por mucho que me esfuerce, que es un poeta). Si se añade a estos nombres el de Vicente Huidobro, podemos parar de cuenta. Todo lo demás lo había visto por encima—y olvidado pronto—en Max Daireaux.

¿Por qué? Pregunto por qué no llega allí, con aviso y cartel, el resto de la obra literaria chilena. Por qué no se reparte—y si se repartiera bien, se vendería—la obra de otros escritores. Al decir el resto, no quiero expresar lo que sobra, sino lo que no se conoce. De esta labor si que debía ocuparse la sociedad de escritores. Labor de verdadera aproximación, de intercambio, y conocimiento. Sobre todo me refiero a ese sector de puro tuétano americano, interesante para la demostración de un pueblo. A lo directamente inspirado en la tierra.

III

Impresión de llegada. Son raras las ciudades que tienen las estaciones de ferrocarril en buena situación de salida. Para un Quai d'Orsay existen en París una Gare de l'Est y una Gare du Nord que desembocan en sectores de escasa belleza. Salir de la estación Mapocho y meterme corriendo, al camino rápido del taxi, por una serie de calles con poca luz, me llenó de tristeza. Era de noche, venía cansado y a pesar de todo salí a pasear un poco. La impresión fué de franca simpatía. ¡«Pero qué andaluz es esto»!, me iba repitiendo para mis adentros. Se me antojaba estar en un Cádiz, más grande, con más anuncios luminosos y mejores edificios. Fué un trecho céntrico el que recorrí y que-

dé satisfecho. Me gustaba. Al día siguiente, a pleno sol en alto, volví a salir a la calle. Naturalmente no conocía a nadie. Pero me pareció que conocía a muchos. Parados en una esquina veía al general gobernador de Málaga, charlando con un tío mío. Más allá encontré a mis primas. Al comprar cigarrillos descubrí el dueño del estanco de calle de las Sierpes, en Sevilla. Tomé un taxi y el conductor me pareció el mismo que me había llevado a la estación en Madrid. No me hubiera extrañado encontrarme al Duque de Alba y al jefe de la minoría radical-socialista del parlamento español. Pregunté por una calle y me la señalaron amablemente. En Andalucía tal vez me hubieran acompañado hasta la propia calle. Pero eso está un poco demás. Lo único que notaba diferente, que me hacía trasponer la idea de extranjería, era que todos los que escuchaba, me hablaban con un tono demasiado melifluo, para mis oídos acostumbrados a lo duro. Fuí a comprar un periódico y el chico que me lo vendió se llevó en pago, además de su precio, un magnífico pañuelo de seda que ostentaba con orgullo mi bolsillo pectoral. ¡Hombre!

Y me sentía bien. ¡Qué calma! De repente, unos aeroplanos comenzaron a zumbiar por encima de mi cabeza. La gente se paraba y los miraba riendo. «Estarán haciendo prácticas», me dije. Pero escuché algún comentario. «Van a tomarse la Moneda. Son los de la escuela de aviación»... ¿La Moneda? ¿Cómo será eso? ¿Qué los aviadores quieren tomarse la moneda? A lo mejor yo no entiendo tan bien como me imaginaba este lenguaje. Volví al hotel, desasosegado. ¿Qué es la moneda? ¿Quieren decirme, por favor?... Y me enteré de que era el palacio presidencial. Y ví que había revolución. ¡Diablos! Mi padre me decía que aquí nunca había revolución, que esto era un ejemplo de orden y firmeza. Volví a salir y vi soldados de caballería, lanceros, mejor dicho, patrullando. Me dijeron que eran carabineros. ¿Carabineros? ¿Algo de contrabando, quizá? Estaba hecho un lío. Decidí irme al hotel. Cerca de él, pasó rozándome un auto magnífico, con una sirena desconcertante. Me dí cuenta de que era una ambulancia. Una ambulancia como he visto pocas, de comodidad y lujo, en todo el mundo. Al entrar en mi habitación ví el almanaque: ¡Cuatro de Junio! Llegar a Santiago y sentir el virus revolucionario fué todo uno.

Pero dejemos esto. Para huir de la cotidiana discusión política, no hay mejor medio que asomarse al paisaje. La salvación está en el paisaje. Mirando, desde la azotea del hotel, la cordillera nevada, se me alejó, por puente de plata la idea de que algo se conmovía en la ciudad. Así como Dostoieswky, decía, mirando una noche blanca: «Pero es posible que bajo tan bello dosel

vivan seres llenos de perversidad y malicia?» yo pensaba que parecía imposible que existiendo terrazas frente a aquel paisaje hubiera quién se preocupara de algo más. Mal sistema, si queréis, en política. ¡Cristo! ¡qué montañas!... Mi ojo estaba acostumbrado a los horizontes cambiantes, de serranía y llanada, de verde y pardo, al monte pelado y a la huerta estallante de brillo. Pero no conocía esta mole extensa, compacta, suave en su grandeza, caída en dejadez solemne. Me venía el pensamiento de que tenía que hacer algo y lo desechaba. Allí estaba toda mi vista concentrada, diluyéndose, sin saber qué hacer, recogida en un campo de nieve ondulada, en una roca gris, en la nube que se enganchaba los jirones más bajos en los picos más altos. ¿Hubiera querido un horizonte más extenso? Quizá se me ocurría, pero para qué más extensión que el resbalar por planos de cristal, *ski* de mi vista, *bobsleigh* de mis dos ojos equilibrándose en las andanadas, conteniendo la respiración en las caídas presurosas. Ya lo sabía yo. Si me iba mal en ciertos días, con quedarme al caer la tarde, mirando un rato la cordillera, estaba todo arreglado. Y me hice íntimo amigo del gigante, y desde entonces nos hemos ido tomando confianza. Salvando las diferencias por supuesto.

Supuse que los habitantes se pasarían el tiempo deseando escalar las montañas, pisar su nieve, asomarse a sus barrancos y ascender a lo alto, mirando al otro lado de la cadena. Me imaginé caravanas extensas, dominicales y llenas de aire limpio, camino de la montaña. Pensé adherirme inmediatamente a estas gentes. Vivir aquí y tener impulsos de subir, debe ser todo uno. Y pensé que a la grandeza que repartía el paisaje, debía corresponder una grandeza artística por igual, amplia, abierta y gigantesca.

IV

Hace bastantes años, cuando las revistas publicaban unas historietas fotográficas, reales, con un mismo personaje en varias actitudes, diciendo sandeces más o menos preparadas (Nadar, fué un prodigio en esta producción), se estilaba también sacar confesiones a las celebridades, sometiéndolas, antes de que naciera la entrevista, a un cuestionario impreso, con espacios de puntos suspensivos para la respuesta. De todo ello, al ser devuelto, se hacía un cliché y se publicaba. A todos le preguntaban lo mismo. ¿Qué color prefiere? ¿Cuál es su flor predilecta? ¿Qué tipo de mujer le gusta más? ¿Si no fuera usted francés (o tártaro) que le gustaría ser...? Respondían el biólogo, el pintor, el político, el poeta y la cortesana, todos por el mismo modelo.

Cosas del siglo que terminaba. Cosas de aquella centuria que inspiró a Bretón de los Herreros:

Oh, siglo del vapor y del buen tono;
Oh venturoso siglo diecinueve,
O por mejor decir, decimonono.....

Pues bien, esas preguntas se me podían haber hecho a mi al llegar a Chile u otras por el estilo. Pongámonos a la altura de las fotografías de Nadar y de las encuestas de la «Vie Heureuse». Si me hubieran preguntado al día siguiente:

P.—¿Qué es lo que más le impresionó a usted al llegar a Chile?

Yo.—La cordillera y las mujeres. O si quiere, mejor, las mujeres y la cordillera.

P.—¿Qué efecto le hizo a usted la llegada?

Yo.—La cordillera y las mujeres.

P.—¿Cómo encuentra usted la literatura chilena?

Yo.—La cordillera y las mujeres.

P.—¿Quiere decirnos algo sobre su idea hispanoamericana?

Yo.—Me gustan las mujeres chilenas y la cordillera.

Y así una página. Ustedes sabrán perdonarme. Ignoraba casi todo.

Pero el redactor ha regresado con una sola de las preguntas, en vista del fracaso que han tenido las demás, en su apreciación. Esa pregunta es: ¿Cómo encuentra usted la literatura chilena?

Ni yo soy crítico ni quien tal vió, para abarcar en un golpe de vista todo un panorama literario. Ni podría, por cierto, hacer un recuento completo de valores, ya que mi conocimiento al llegar era escaso, y lo que he conocido después, si bien he ido procurando apreciarlo todo, no me da motivos para hablar en general. Elementalmente, hallé una cosa. Personal si se quiere, o extraliteraria, pero íntimamente ligada con la literatura. La cordialidad. Quizá con una rarísima excepción, a lo más dos excepciones, he hallado en los escritores chilenos una falta de postura literaria, una sencillez afable en el trato, una simpatía extraordinaria que me hizo apreciarlos desde la primera topada.

Después, ya entrando en la materia, puedo decir, resumiendo, y a grandes saltos: que no pretendo sentar cátedra ni adoctrinar, porque ni puedo, ni tengo pretensiones de poder hacerlo. Voy a decir lo que me parece bien y lo que me parece mal. Sin paliativos en ningún orden, ajustándome a la verdad del viajero.

Mas ¡ay! (qué diría Fernández y González) la cosa presenta peligro de aburrimiento. Hay un cartel con dos piernas cruzadas y una cabeza soñolienta que dice: No tocar este tema; peligro de pesadez. Veo el letrero y me quedo desorientado. Sin norte, sin

sur, sin este, y sin aquel. Si pudiera establecer aquí algo que me fué surgiendo por afán de síntesis, sin torcer ni un ápice mis pareceres, con respecto a los escritores franceses y españoles, a los mayores en años y en categoría viviente, a los que logré reducir a un cuadro nominal repetido, lo haría de buen grado. Clasificaba por esa casualidad simpática de los nombres, lo que más me placía entre ellos. En Francia, tres Paul, tres Marcel, tres André y dos Jean: Valery, Claudel, Morand; Proust, Prevost, Arland; Gide, Maurois, Rivoire; Giraudoux y Cocteau... Por lo que se refiere a esos mayores de edad en mi predilección literaria española, se reducía la sinopsis a un Miguel y cuatro Ramones: Unamuno; Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Gómez de la Serna y (Juan) Ramón Jiménez. Pamplinas, al fin, pero pamplinas que resumen, entretienen y sobre todo, son verdad.

Para huir del cartel temeroso, quisiera resumir—es decir, daros el trabajo de resumir—las iniciales de los párrafos siguientes: El juego puede distraer tanto como unas palabras cruzadas o un acertijo enrevesado. A continuación van unas frases, separadas por puntos y aparte; cogiendo las letras iniciales de cada una de estas palabras que forman cada párrafo, se obtendrá, al final de la cláusula, el nombre representativo de lo que dice la frase. En ellas van encerradas, por este truco, las figuras que me parecen bien de las letras chilenas. Y en el párrafo de donde hay que sacar las iniciales, la opinión que su obra me produce. Vamos al caso:

1. Poesía Alta. Belleza Lírica Optima. Nueva Expresión Romántica Universal. Designio Americano. (*Hágase el nombre con las iniciales. Lo mismo en los que siguen*).

2. Poder Expresivo Dominante. Reacción Ordenada Para Reglar Artísticamente Dominios Oscuros.

3. Variación Iconoclasta Constante. Espíritu Nunca Tardío. En Humanidad. Ultima Idea Destacada O Balbuceada Recogida Obligatoriamente.

4. Me Agrada Reconocer Indudables Aciertos, Numerosas Obtenciones; Los Ambientes Típicos O Regionales Resultan Excelentes.

5. Jews Of América, Quacks, Ugly Indians, Naked Evil Devils, Were All Running, Dancing, Singing... (*La pesadilla del autor!*).

6. Recoge Ondas Supremas, Alturas Maravillosas, Elevaciones Luminosas. Desciende, Eliminando Lirismos Vacíos, A La Luz Enterrada.

7. El Romance Nativo Está Sabiamente Tratado. Original

Manera Obtenida No Teniendo En Nimiedad El Germen Racial Olvidado.

8. Aunque Numéricamente Tiene Obra, No Intentemos Ordenarla. Avanzando, Conseguirá Escribir Victoriosamente El Drama Oligárquico,

9. Escritor De Una Atrayente Rudeza Dominada. Otro Buen Ambientador. Resulta Romántico, Incluso Obstruyendo Sentimentalismos.

Aquí termino la lista de las averiguaciones. Y debiendo terminar del todo, para que el cartel no vuelva con sus colores a peripatear ante mis ojos, no lo haré tan inmediatamente que me quede sin desembuchar algunas apreciaciones—o depreciaciones—que vienen como el anillo al dedo. Una de ellas, que no requería mayor tormento explicativo, es la determinación de lo que me interesa, es decir: la juventud, la novedad. No por nuevo y joven, sino por oposición a lo caduco y agonizante. Caducar no es pasar, puesto que ya sabemos cuantos viven y seguirán viviendo por encima del tiempo. Es simple cuestión de interés. De los nombres que forman los juegos de palabra antecedentes, los que me interesan son los que representan una auténtica juventud. Los otros me podrán parecer más o menos apreciables. Lo mismo acontece con esos nombres de franceses y españoles que cité. Me parecen bien, pero interesarme, a lo mejor me interesan menos que un Ribemont- Dessaignes o un Bretón. A pesar de ser surrealistas. Bueno; es el caso, que el viajero se ciñe de nuevo a la verdad y declarando su interés por la juventud literaria chilena, admirando algunos de sus componentes lo más posible, halla en ella una falta de cohesión, de ánimo y de ganas de trabajar (literariamente) deplorables. La juventud tendría que comenzar a moverse y a empujar, levemente, suavemente al menos, para que se deshiciera la arcilla incoherente de algunos ídolos mal amasados. Por desgracia, no existen en ella estas cualidades, salvo escasas, escasísimas excepciones. Teniendo gentes de gran talento y de extraordinaria sensibilidad, pierden su fuerza los hechos por el solo placer de estarse quietos.

Hay dos estatuas en Santiago que representan claros varones de la historia nacional, meritorios y dignos, pero cuya factura en piedra o bronce, su colocación decorativa, me sugiere comparaciones. La una está situada enfrente del Palacio de los Tribunales y la otra cerca de la Universidad, mirando Alameda abajo. De esos claros varones hay en cada estatua uno sentado y otro de pie. Apenas un espacio mínimo permite al sentado estirar sus piernas y al que está de pie variar de postura. Y se me antoja que los dos que permanecen levantados, piden con todas las ve-

ras de su alma al del sillón que les ceda un momento la comodidad, que les deje desperezar un rato sus músculos, porque van a caer abajo de un momento a otro. El que está sentado se hace el sordo. Y así, en equilibrio casi indiferente, se mantienen desde hace años y se mantendrán mucho tiempo. Excluyo completamente todo nombre de conmemoración o alusión directa a lo que representan las estatuas. No me refiero a los patricios glorificados sino a la factura que dió el escultor (y luego amplió el arquitecto) a esos monumentos representativos. La angustia que me produce pensar que los del alto pedestal fueran de carne y hueso, se me hace palpable y se me aparece como un ejemplo bien claro de dos generaciones literarias chilenas. Hay que dar al traste con algo para quedar cómodos. Para descansar hay que conquistar antes el sitio apacible y grato.

V

Poco después de llegado contemplé (incluso tomé parte en ella) una polémica o curso de opiniones sobre la crítica literaria. Propiamente no tuvo carácter polémico, pues la diversidad de criterios no llegó a enfrentar. Hoy, pasado algún tiempo, mantengo posiciones generales que ocupé. Mas, como no era aquello sino una vista de conjunto, y apenas rocé la visión particularista, añado un colofón a lo mantenido. He ido notando en algún representante de esta crítica una posición de independencia que me admira. En otros, una buena voluntad que me subyuga. Me doy cuenta de que no es tan fácil hacer una crónica de libros nacionales como antes pensaba que fuera. La situación del crítico, sin cambiar elementalmente para mí, ha variado en accidentes de innegable apreciación. Lo que no llego a comprender es que se tenga la necesidad de criticarlo todo; de ensartar un largo artículo para comentar una porquería escrita. Mi extrañeza fué de ese aspecto. Creía que para criticar se necesitaba interesarse por lo criticado, o pasar de largo. De ahí vienen la mayoría de las equivocaciones. Recientemente, un escritor, crítico, dedicó un largo artículo a comentar un libro que él llamaba el peor libro del año. Al poco tiempo la empresa editorial anunciaba el libro diciendo: Por haber sido criticado de esa manera por el señor Tal, el libro Cual, comienza a venderse a granel. Supongo que no será cierto. En primer lugar, el libro, que leí a grandes saltos, me pareció no el peor del año, sino el peor de la década. O en la fila de los peores, que son muchos. En segundo lugar, el anuncio editorial me pareció absurdo. En tercero y último lugar, me pareció que el crítico no tenía necesidad de ocu-

parse de semejante obra, ni de pergeñar dos renglones en su honor. Claro que este mismo crítico se ha extasiado ante poesías que son de lo peor de la centuria. De todo esto sale una desorientación espantosa. Debía de haber menos crítica de libros y menos críticos. Más selección para los aciertos y más desprecio para las pifias. Y sobre todo, ¡eso sí, por favor!, no se metan en cosas que salen fuera de una capacidad captadora. Si no se atreven a hacer una crítica de un tratado de Otorinolaringología o de Cálculo Infinitesimal, porque no entienden de eso, ¿por qué se meten a hacerla de poesía, pongo por caso? Viene a ser tan particular una cosa como las otras. Hay un crítico de poesía chileno (no escribe en los diarios, lo advierto) que él mismo se confiesa un *poco retrasado ante el cambiante panorama literario del momento*. Y, sin embargo, llena páginas de juzgamientos (juicios, no) acerca de la poesía de este momento cambiante. Es la cuestión del caballero sentado sobre la alta estatua. El que está de pie, que ve más lejos, por encima de los tejados, seguirá de pie mientras a su cofrade no se le ocurra levantarse.

VI

El viajero se calla. Y ahora recuerda, después de haber titulado a su artículo «La verdad del Viajero» que un compatriota y maestro suyo, José Ortega y Gasset dijo en una ocasión: «La verdad del viajero es su error». ¡Pámpanos! ¡No haberse acordado antes! Pero ya está hecho. Interpreténtenlo ustedes como quieran. A lo mejor todo es verdad del viajero en ese sentido. De un viajero que quiere a estas tierras entrañablemente, cada día más. Porque de ellas tuve lo mejor que podían darme: mi mujer. Y a este paisaje di lo mejor que podía darle yo: mi hijo.
—J O S É M A R Í A S O U V I R O N.

EL FRACASO DE LA DEMOCRACIA

POSIBLEMENTE, cuando se plantea el problema tan discutido en nuestros días, del fracaso de la democracia, se olvida precisar lo suficiente que, en realidad, no se trata de negar que el pueblo deba gobernarse a sí mismo. Siempre será un principio fundamental que el gobierno debe ser del pueblo y que debe gobernarse para el pueblo. Pero, lo que ahora se discute es, en primer lugar, si la forma que tiene actualmente

la democracia liberal individualista realiza ese ideal o si se ha apartado de él. Se discute también si ese principio puede, únicamente, tener la forma democrática del siglo XIX, o si hay, en cambio, dadas las condiciones económicas actuales, otras formas que se acercan más a aquel ideal propuesto. Varios países han dado ya una respuesta práctica a estas cuestiones, desalojando a la democracia liberal y reemplazándola, transitoriamente, por un régimen que, según los programas, deberá restaurar al pueblo en sus derechos que no encuentran plena satisfacción en el sistema democrático liberal.

Se suele invocar en favor del régimen imperante el hecho de haber dado al mundo días de esplendor. En realidad, no vale la pena entrar a considerar esta cuestión, pues sería apartarse del problema que se plantea. En efecto, lo que interesa a los hombres de hoy no es establecer lo que el sistema ha sido en las épocas pasadas sino lo que puede dar en nuestros días. Mas, para juzgar con acierto del asunto, conviene recordar que el régimen político de una época no es algo, que se produzca arbitrariamente, sin conexión alguna con las demás formas de la actividad social en una época determinada.

La organización de toda sociedad estatal encuentra su expresión externa en diversas organizaciones conexas. En primer término, se requiere la existencia de una determinada estructura económica; sobre ésta se organiza el régimen político que, en consecuencia no puede ser arbitrario, sino que está determinado por la forma económica. Sobre la estructura política se crea la organización administrativa para realizar el gobierno. Y finalmente, por sobre todo esto, y para dar unidad o soldar, por decirlo así, estos diversos elementos se requiere la existencia de una idea que trasciende en todo el sistema y le da su orientación y su fuerza vital.

Cada uno de estos elementos, el económico, el político, el administrativo y el ideológico, evolucionan según sus leyes propias, por lo cual llega un momento en que se pierde entre ellos la íntima conexión orgánica. En tales casos se hace preciso reajustar los diversos planos que han quedado distanciados por un natural desplazamiento. Pues bien, este desplazamiento, esta falta de correspondencia entre los diversos elementos integrantes de la sociedad es lo que determina, en ciertas épocas, el malestar colectivo que se llama una crisis, y que afecta con más o menos fuerza los campos: económico, político, administrativo e ideológico.

En tales momentos, comienza, o más exactamente, se agudiza la lucha del hombre por acomodarse a la nueva realidad social.

Se desarrollan lo que se llama las «ideas nuevas» que naturalmente, encuentran una gran resistencia de parte de los que han labrado su prosperidad en el régimen combatido y que temen que cambiado ese régimen no puedan conseguir en el nuevo estado de cosas un bienestar como el que ya han alcanzado. Se tiene la tendencia natural a estimar que las «ideas nuevas» son erróneas porque son diferentes de las antiguas; y se llega a considerar perfectamente lógico combatir esas ideas por todos los medios y, especialmente, por la fuerza, que es el de resultados más inmediatos.

En general, no puede desconocerse que las llamadas «ideas nuevas» perturban el orden establecido y alarman a los amantes de ese orden. Pero, en realidad, las ideas nuevas no tratan de ir a un desorden—dentro del cual no puede concebirse el progreso humano—sino que tratan de pasar a otro orden que, andando el tiempo, tendrá también numerosos amantes y devotos tan fervientes como los que tiene el régimen que se debate en la crisis.

No parece que los hombres puedan clasificarse en amantes del orden y amantes del desorden. Todos aman el orden, pero no todos el mismo orden. Así para los hombres que han logrado su bienestar en el régimen capitalista actual este es el orden; pero, en cambio, los que experimentan las consecuencias ineludibles de las injusticias a que ha llegado el régimen, estiman que este es desorden, y, por tanto, no pueden apoyarlo.

Por otra parte, no hay por qué intranquilizarse mucho con estos cambios. La historia no es otra cosa que una larga sucesión de «alteraciones del orden establecido». No cabe dudar, por ejemplo, que para los bramanes el budismo significó una desagradable perturbación del orden; que el orden pagano fué perturbado profundamente por el cristianismo; que los germanos perturbaron el orden jurídico y social de Roma. El feudalismo fué perturbado, con violenta resistencia de los señores feudales, por la naciente monarquía; y finalmente, esta monarquía perturbadora fué perturbada por la revolución del siglo XVIII. En la esfera del derecho privado las perturbaciones no han sido menos importantes, sin que por ello nosotros nos sintamos especialmente afectados. Un griego de la época clásica, por ejemplo, encontraría abominablemente revolucionario y absurdo nuestro sistema de familia, basado en la relación de sangre. Para él la única familia digna de este nombre sagrado sería la formada por individuos de cualquier procedencia, pero ligados por los vínculos de un culto religioso común.

Hacia cualquier parte que miremos en la historia no hallamos,

pues, sino cambios. Ignoro qué razón especial podría invocarse para que la democracia tipo siglo XIX y sus instituciones quedaran inmóviles en la corriente del tiempo, desafiando todos los cambios sobrevenidos a su alrededor como consecuencia del natural progreso del espíritu humano en los dominios de la ciencia y de la técnica.

Si la democracia liberal produjo los resultados magníficos que recuerdan sus defensores, ello se debe a que era en su tiempo un sistema que ajustaba perfectamente con la economía de su época. Pero cuando esta economía ha pasado del tipo rural o agrícola al tipo industrial de nuestros días, o sea, cuando la empresa tipo ha dejado de ser la empresa agrícola y ha pasado a ser reemplazada por la empresa industrial, no cabe aplicar las mismas normas. La solución de nuestros problemas no puede ir a buscarse en los pensadores del siglo XVIII, o en las recetas de los economistas de la escuela de Manchester por la sencilla razón de que ellos no conocieron nuestros problemas. Al mundo actual le corresponde resolver sus problemas en la misma forma fundamental como aquellos hombres resolvieron los de su tiempo, o sea, creando las normas propias del caso y sin tratar de imponer a su época las normas que otrora usaron los persas, los asirios o los egipcios.

Si se llega a la conclusión que se hace necesario modificar el régimen político para ajustarlo a las condiciones económicas creadas por los nuevos medios de trabajo humano, queda todavía por resolver la parte más difícil de la cuestión. Ella es la relativa a establecer qué sistema habrá de reemplazar al actual. Desde luego, cabe responder que será sin duda, un sistema que no tenga los defectos que se critican al actualmente en vigencia. Son muchos los que en presencia de los abusos del régimen capitalista aceptan una modificación del sistema económico, en la medida necesaria para impedir esos abusos; pero esas mismas personas se suelen manifestar inflexibles en lo que respecta a mantener el sistema político imperante. Ahora bien, imponer o aceptar un cambio en la vida económica sin que ello se refleje en lo político, es imponer un régimen de pura arbitrariedad y de desorden.

Los partidarios de los regímenes de siglos pasados se creen detentadores exclusivos de la cordura y del sentido de la realidad, frente a los innovadores que recomiendan nuevos sistemas. Es posible que muchos de los innovadores sean ilusos y que la realidad modifique muchas de sus concepciones; pero son igualmente ilusos y, además perjudiciales, los que pretenden prolongar el pasado sobre el presente, imponiendo instituciones que

no encuadran en la realidad económica del momento. Los primeros van hacia adelante, aunque haya que corregir orientaciones en el camino; los segundos, impiden la marcha y retardan la evolución de los pueblos, imponiéndole formas e ideas que han perdido su eficacia.

Se puede, pues, pecar gravemente contra la cordura y el sentido de la realidad de dos maneras: la primera, imponiendo instituciones destinadas a las generaciones venideras; la segunda, con instituciones que sirvieron a las necesidades de las generaciones pasadas. No se puede, por tanto, precisar sin equivocaciones, todos los detalles del sistema que va a reemplazar al actual. No es posible aplicar a la realidad un sistema único, invariable y dogmático. Sin embargo, hay ciertos principios estables, ciertas normas que orientan la marcha de los pueblos hacia lo desconocido. El sistema será la resultante de la aplicación de esos principios directores, contenidos en las modernas doctrinas políticas, a la realidad movible. Se puede esperar, así, la formación de una nueva sociedad en la cual el individualismo liberal anarquista de la época actual sea reemplazado por un claro sentido de la cooperación y de la interdependencia que existe necesariamente entre los individuos de la sociedad humana. Conocidos como son los defectos económicos y políticos del capitalismo, la cuestión estriba en suprimir esos defectos de una manera adecuada a las modalidades de cada pueblo. Pero suprimirlos de manera que no puedan volver a producirse los resultados que ahora se lamentan. No importan los ensayos y las correcciones, pues la historia de los hombres, la historia del pensamiento y la historia de la Naturaleza son una serie ininterrumpida de ensayos

* * *

La democracia liberal individualista es la estructura política que corresponde al régimen económico capitalista. La suerte final de ambos está tan ligada que toda modificación de uno importa también una modificación en el otro. Pues bien, cada vez son menos los que piensan que es posible conservar la democracia parlamentaria tal como la entendió el siglo XIX y que actualmente no realiza el ideal del gobierno del pueblo y para el pueblo. Ante este hecho, suele hablarse de los errores de la Revolución Francesa; pero cabe hacer presente que las instituciones de la Revolución Francesa no son erróneas. El error está en querer aplicar aquellas instituciones a una época que es completamente diferente por la economía. Sería poco lógico pensar que

los revolucionarios franceses tenían la intención de dar desde el siglo XVIII instituciones para el siglo XX. Indudablemente se ocuparon sólo de ellos y establecieron las instituciones que les convenían, atendidas las circunstancias del medio.

No es difícil darse cuenta de que el pueblo tiene escasa intervención en la designación de las autoridades sujetas al sistema de elecciones. En realidad, el pueblo sólo interviene en una etapa en que todo ya está decidido; y es empleado sólo como un medio para dar forma legal a lo resuelto por los grupos directores. No parece que sea necesario detenerse a recordar los abusos de toda especie que hacen de una elección un vago simbolismo de democracia. La historia de todos los países está llena de estos escándalos. Y la corrupción ha alcanzado extremos tales que la compra de votos ha pasado a ser un hecho ampliamente aceptado. Puede decirse, que hoy día todo gobierno que no es generado por el dinero es considerado espurio. En la práctica, la única violencia aceptable sobre la conciencia ciudadana es la del dinero. Si para llegar al poder se aplica la fuerza material se estima que se hace violencia al pueblo. Apoderarse del poder por la fuerza del dinero—que es más poderosa que todas, pues con ella se puede comprar la fuerza material—es perfectamente democrático. He aquí, por cierto, el más delicado y valioso homenaje que el régimen político puede hacer al sistema económico capitalista que le sirve de base.

En todos los parlamentos del mundo son seguramente muy escasos los que están allí por efectiva y limpia voluntad popular. La mayoría sabe de sobra a qué maquinaciones debe su cargo y cuántas inversiones representa, ya pagadas con dineros propios ya con fondos del Estado por medio de puesto o prebendas. Sin embargo, a pesar de todo, es probable que se crean sinceramente depositarios de la soberanía popular. La realidad queda así oculta tras una simple ficción de representación popular. Sólo por metáfora cabe llamar democráticos estos sistemas electorales. Con el mismo fundamento se podría llamar democrático al espectáculo ofrecido por un prestidigitador, en atención a que no sólo se hace ante el público sino que éste sube de vez en cuando al escenario para colaborar en el espectáculo y ponerse, además, en ridículo.

Pero no sólo desde este punto de vista general se puede ver que la democracia parlamentaria no corresponde a una efectiva participación del pueblo en el gobierno, sino que también pueden señalarse circunstancias en que se ponen de manifiesto otras ficciones en orden a lo que se llama voluntad de la mayoría. Localizando la cuestión en nuestro parlamento—por falta de datos

recientes y completos sobre otros países—se pueden tener algunas comprobaciones curiosas.

La población que en Chile tiene aptitudes para intervenir en los asuntos públicos, o sea mayor de veintiún años y que sabe leer y escribir, llega a 803,320 individuos; de éstos sólo el 42,7% intervino en las últimas elecciones y el 57,3% de esta población apta no tuvo participación alguna en el acto electoral (1).

En las elecciones para Diputados votaron 323,785 ciudadanos; y los diputados elegidos obtuvieron, asignando a cada uno la cifra repartidora, representan una cuota de 191,147 electores. Los votos que no obtuvieron representación en las urnas alcanzaron a 132,638. En consecuencia, se tiene que la Cámara representa una cuota de 191,147 electores; y que el resto de los ciudadanos que no están representados, ya porque no intervinieron, ya porque no obtuvieron representación alguna, alcanza a 744,811 personas. O sea, dicho de otro modo, los elegidos representan el 23,79% de la población apta para tener representación en la Cámara. En realidad no hay razones muy claras para que sólo sea considerado pueblo depositario de la soberanía este 23,79% despreciando la fracción de 76,21%.

La Cámara de Diputados representa la mayoría (191,147), de la minoría inscrita que participó en la votación (323,785). Dentro de esa mayoría cada diputado representa por término medio, 1,336 electores. En consecuencia, basta que 22 Diputados se abstengan o rechacen una moción para que ésta no represente la mayoría de votantes, dentro de la minoría de inscritos participantes. En efecto, esos 22 Diputados representan 22,392 electores; y restada esta cantidad del total de votos que representa la Cámara (191,147) se tiene la cifra de 161,775 votos o sea menos de la mitad de los electores que concurrieron al acto electoral del 30 de Octubre pasado. (La mitad de esos electores es 161,892).

En consecuencia, una decisión adoptada por una aplastante mayoría de toda la Cámara menos 22 opositores no representa la voluntad de la mayoría que participó en las elecciones generales últimas.

Si se toman las cifras individuales de votos que corresponden a cada Diputado, según la cuota o cifra repartidora de cada circunscripción, se tienen también algunos casos en que el mecanismo fundamental de la voluntad de la mayoría del pueblo no funciona. Así, por ejemplo, los Diputados por Santiago, en las

(1) Las cifras son tomadas del Boletín de Estadística y los cálculos hechos sobre esas mismas cifras.

tres circunscripciones, representan 32,339 votos lo que da un promedio de 1,155 votos por cada uno de los 28 Diputados. Ahora bien dentro del régimen parlamentario 8 de esos diputados valen naturalmente más que siete o seis y ganarán una votación la cual se tendrá por la expresión de la voluntad de la mayoría del pueblo. Sin embargo, puede ocurrir el siguiente caso:

8 Diputados por Santiago representan 9,240 votos.

7 Diputados por Concepción representan 11,907 votos.

6 Diputados por Valparaíso representan 11,124 votos.

Los 12 Diputados por Valparaíso representan 22,248. Para supeditar este número de electores se necesitan 19 (y fracción) Diputados por Santiago. Sin embargo, en la Cámara esos doce Diputados de Valparaíso son vencidos por 13 Diputados de Santiago que representan sólo 14,915 votos. Así se tiene que la minoría de 14,915 votos pasa a ser mayoría que se impone sobre 22,248 votos en virtud de una ficción del sistema.

Para supeditar en una votación a los 28 Diputados por Santiago se necesitan naturalmente 29 otros Diputados. En el caso de que éstos sean los de Valparaíso, Concepción, San Fernando y Laja se tendría:

Valparaíso.	12	Diputados representan	22,248	votos
Concepción.	7	»	11,907	»
San Fernando.	4	»	6,452	»
Laja.	6	»	9,624	»
	<hr/>		<hr/>	
	29		50,231	

O sea, que se necesitan en este caso cincuenta mil votos para supeditar a treinta y dos mil. Ahora, suponiendo empate entre los 28 Diputados por Santiago y otros tantos de las provincias indicadas, se tendría:

Santiago.	28	Diputados	32,339	votos
Provincias.	28	»	48,337	»

O sea, se considera empate cuando hay efectivamente una mayoría de casi 16,000 electores (15,998).

En la hipótesis de que los 28 Diputados por Santiago se hallaran frente a 27 Diputados de las circunscripciones señaladas ganarían una votación y se tendría:

Santiago.	28	Diputados	32,339	votos
Provincias.	27	»	46,523	»

O sea, se tendría una diferencia de 14,184 votos en favor de los vencidos. Una diferencia tal que daría para elegir 7 Diputados por Valparaíso y uno por Temuco que representa una cifra de 1,202 votos; o bien, toda la representación parlamentaria de Concepción que elige 7 y toda la de Constitución y Cauquenes que elige dos.

El Partido Conservador, solo, frente al Partido Radical ganaría una votación por decisión de mayoría; pero obtuvo en las elecciones 1,194 votos menos que el Partido Radical. Es decir, una vez más la minoría efectiva resultaría triunfante sobre la mayoría transformada en minoría. El Partido Radical obtuvo la más alta cuota de votos en las elecciones y representa dentro de la Cámara el 21,8%; el Partido Conservador que obtuvo la segunda cuota de votos representa el 23,5% de la composición de la Cámara. El primero obtuvo el 17,3% de los sufragios y el segundo, el 16,8%.

En el Senado pueden presentarse también casos semejantes. Por ejemplo, el señor Matte Hurtado, Senador por Santiago representa 14,734 votos; o sea el solo representa más votos que los cinco Senadores por la agrupación de Tarapacá y Antofagasta que, entre todos, representan 14,295 votos; y más también que los cinco Senadores por la agrupación de Atacama y Coquimbo que en conjunto obtuvieron 11,300 votos. Sería largo indicar todas las posibilidades de diferencias injustas que pueden ocurrir en votaciones en las que toman parte con el mismo valor de decisión personas que tiene tan diferente masa de opinión en su favor.

En consecuencia, de todo lo expuesto se tiene que el régimen democrático representativo, tal como se le ejercita actualmente, se basa en una acumulación de ficciones, a saber: 1) Suponer que sólo los inscritos son el pueblo y que en ellos reside la soberanía; 2) Suponer que lo único que debe tomarse en cuenta al gobernar es el número aun cuando éste sea sólo aparente como acaba de verse en varios casos; 3) Suponer que hay elección por parte del pueblo cuando sólo hay compra de votos o violencias personales y presiones de autoridad; y 4) Establecer igualdad entre la razón que es calidad y el número que es sólo cantidad.

Finalmente, el parlamento, tal como se genera en las democracias actuales, presenta un grave defecto orgánico que le imposibilita para intervenir con acierto en los problemas que reclaman una solución técnica y no política. Nacidos en el campo de la política, nutridos de sus procedimientos y adiestrados exclusivamente en sus manejos no ven en los problemas sino el mero aspecto político; y cuando el asunto no tiene un aspecto de esta

naturaleza o se lo hacen tomar, desnaturalizándolo, o se desinteresan de la cuestión y proceden guiados sólo por vagas impresiones del momento.

Seguramente a un industrial de tejidos, por ejemplo, no se le ocurrirá consultar para un asunto técnico de su industria a un albañil, a un chofer, a un abogado, a un médico o a un dentista, sino que se dirigirá a los que por sus conocimientos sean capaces de resolver efectivamente el problema. Igual cosa hará a su vez el albañil para sus asuntos; el abogado para los suyos; y lo mismo el comerciante o el banquero. Nadie querrá exponer su negocio o industria con la intervención de los profanos a ella. Pues bien, este sistema que nadie quiere aplicar a sus negocios propios se aplica de preferencia en los grandes problemas del Estado. En un reciente debate de nuestra Cámara acerca de un tratado que afecta a la industria agrícola se pudo ver claramente este defecto fundamental en un breve episodio de la discusión. Hablaba un Diputado agricultor y fué interrumpido por una observación que posiblemente no tenía valor desde el punto de vista técnico. El orador interrumpido contestó a ella con una interrogación: ¿el H. Diputado es profesional? Esa sencilla interrogación cae sobre el verdadero punto débil del sistema parlamentario actual.

Así ocurre que, dentro de este sistema, en un problema agrícola intervienen personas de muy distinta preparación en el asunto y todos sus votos valen igualmente. Lo mismo pasa en cualquiera otra materia, la educacional, por ejemplo, en la que las opiniones de los profesores tienen el mismo valor que la de los agricultores, ingenieros o médicos y aun de personas que no han frecuentado en su juventud los Liceos ni las Universidades. Fácil es comprender y aun palpar en la vida diaria los graves inconvenientes que resultan de este hecho el cual ha contribuído, sin duda en mucha parte, a quitar al sistema parlamentario su antiguo prestigio.

Para este grave mal, la democracia liberal no tiene remedio alguno, pues para ello tendría que cambiar las bases de la organización del legislativo y transformar el parlamento en una Cámara gremial.—LUIS D. CRUZ OCAMPO.

LOS HOMBRES COMO SIMBOLOS

RICARDO JAIMES FREYRE

STEPHAN ZWEIG habría buscado para su vasta tipología del espíritu, donde se alean las fuerzas distintas y enérgicas de

la personalidad, esta figura singular y aristocrática de Ricardo Jaimes Freyre, gran señor de las letras americanas.

Y la habría buscado porque en el desaparecido autor de «Castalia Bárbara», confluyen justamente aquellas calidades eminentes del individuo que, como en un poderoso bajo relieve, destacan al hombre sobre la masa oscura de las muchedumbres.

Más allá del estadista, de las finas y sutiles mallas de la diplomacia, del vaso armonioso de los versos o del austero evangelio de la enseñanza, tocamos la secreta virtud de este privilegiado espíritu, que siendo orador, parlamentario, poeta, historiador, plenipotenciario, periodista, político y maestro, afirmó todos los minutos el señorío de su recia personalidad en el universo activo de la sociedad.

Así los hombres del Renacimiento, desbordantes de savia vital, tallaban cada día la soberbia escultura del individuo: compartiendo en el tiempo aptitudes, agotando el caudal de las humanas tentativas, enriqueciéndose por la experiencia y llevando el ejercicio del ser a los más opuestos extremos.

Aquella constante de energía, que es el distintivo más eficaz del siglo XV, brindó a la humanidad totalidades tan excelsas como las de Lorenzo el Magnífico, diplomata, músico, príncipe, banquero, poeta y comerciante; Miguel Angel, maestro de escultores y pintores, estratega, poeta e ingeniero militar; el Papa Julio II, tenaz y ardido defensor de la unidad italiana, estadista, consumado político, notable animador de las artes; Macchiavello, servidor de príncipes, político activísimo, filósofo escéptico, consejero de Estado de César Borgia e historiador de aguda mirada. Y sobrepasando la estatura desmedida de sus contemporáneos, el genio de Leonardo, que es el genio del Renacimiento, abarcando todas las artes, invadiendo todas las ciencias, arrancando secretos a la naturaleza, anticipando portentosos descubrimientos científicos, preparando la gran levadura para que dos siglos más tarde la Europa concentrara en Goethe el espíritu máximo de la cultura occidental.

Distante del genio renacentista; distante también del escenario fastuoso y magnífico donde se movieron sus radiantes expresiones individuales, el hombre del siglo XX, urgido por el vértigo de una civilización que hinca en la celeridad sus raíces, reducido en todas sus vivencias por las inmensas marejadas de la multitud, que quiere humillarlo para imponerle la absurda y tremenda ley de su uniformidad, sólo puede actuar en función de símbolo para realizar al individuo. Como Cunninghame Graham, el nuevo Quijote de la vieja Europa, cuyas virtudes inactuales

hacen de su figura y de su obra una valencia simbólica antes que una realidad viviente.

¿Cómo no hablar, entonces, de esos valores simbólicos que sobre las fauces negras de la sima, ponen el resplandor fugaz de su energía y de su noble orgullo humano? Despojados del prestigio pretérito, lejos del fondo luminoso de los antiguos horizontes, ausentes de sus vidas, pompa y esplendor, estos últimos sobrevivientes en el vasto naufragio de la conciencia individual, se afirman estoicamente sobre su inmediata y trágica verdad. Para afrontar los peligros y desafiar a las grandes masas monótonas que se rebelan, desconociendo las leyes que fraguaron el ser.

El genio poético de Ricardo Jaimes Freyre, vibra en la polífona armonía de «Castalia Bárbara», «Los Sueños son Vida», «La Hija de Jefhté» y «Los Conquistadores»; la noble y sobria belleza de su prosa en «Historia del Tucumán Colonial», «Historia de la Edad Media y de los Tiempos Modernos», «Aspectos del Brasil» y otros trabajos que le conceden ejecutoria para figurar entre los escritores sobresalientes de habla hispana.

Mas el hombre, ¿dónde está el hombre? ¿Dónde el espíritu que resistiendo el análisis proustiano, pudiera decir: yo soy el hombre? El hombre es, justamente, la virtud más eminente del poeta desaparecido.

Doble sabiduría, su ambición persigue realizar armoniosamente al hombre de acción con el hombre de pensamiento. Eterna y profunda fórmula que expresa el secreto poderío en la historia del individuo y mediante la cual Jaimes Freyre será estadista en su patria, poeta en la América, hombre de mundo en el esplendor de los salones o en el remolino brusco de las rúas.

Desde la bohemia vaciada en rebeldías con que hizo su aparición el modernismo en la América sureña; junto a Darío y a Lugones, aventajándole en genio poético el primero para ceder ambos en personalidad al boliviano; o en las polémicas fogosas que registraba «La Revista de América», donde todos tres lucharon con denuedo por el remozamiento estético del continente, afirmó invariablemente una enérgica voluntad que repudiaba el oro trémulo de los licores, una clara conciencia hendida por el arte y el conocimiento; y aquella señorial aristocracia que jamás perdonaron los sicofantes enardecidos de la sociedad o de las letras, pero respetada y comprendida siempre donde la nobleza de alma preside la convivencia humana.

El hombre, en Jaimes Freyre, es la indomable energía que talló los versos impecables de «Castalia Bárbara». Es la búsqueda insatisfecha de la perfección estética, que colmó sus horas con

amargas ansiedades para darle después la miel dorada de los éxitos finales. O el deseo tenaz que conmueve las fuerzas oscuras del espíritu; hondo y sagrado deseo de alcanzar la verdad que para Lessing es más satisfactorio que la verdad misma.

Vasto en espíritu, el hombre, en Jaimes Freyre, tuvo singulares condiciones físicas.

Mediana la estatura. Erguido el torso varonil. Alta la frente. Señorial el porte. De rasgos firmes y duros el rostro; apretada la piel; cruzados de vivacidad y altaneros los ojos. Decorando la imponentia del rostro, el escorzo atrevido de los mostachos mosqueteriles. Y luego el clásico chambergo alado voluntariosamente curvado sobre la rebelde y crinada melena. Solemne el gesto, la voz sonora y grave, fluían las palabras con majestad y cuando el orador ocupaba la tribuna, toda la arquitectura humana se sacudía al imperio de una eléctrica fuerza y dotaba al hombre de notable poder persuasivo, cuando no suspendía la atención del auditorio con el rasgo violento de la diestra nerviosa o la fiebre iracunda de los ojos ardidados.

Ministro de Bolivia en Washington, donde el numeroso cuerpo diplomático opaca la actuación de los representantes sudamericanos y en especial de las pequeñas repúblicas, Jaimes Freyre impone rápidamente la severa arrogancia de su porte. Alguna vez en que, respetando los rígidos formulismos del protocolo, se hallen reunidos los ministros de diversas potencias, esperando pacientemente el momento de su ingreso al recinto de la Casa Blanca, descenderá el plenipotenciario boliviano de su automóvil, y ante la estupefacción de colegas y asistentes, cruzará marcialmente sobre el pavimento, dará un manotón al cordón que impedía la entrada y con gesto decisivo y voz airada dirá: «El Ministro de Bolivia no hace antesala para nadie».

Pero este gran señor de las airadas y definitivas actitudes, tiene también el orgullo de todas las conciencias superiores. Y si ayer tuvo la entereza suficiente para honrar su elevada investidura, tendrá mañana, al desempeñar la plenipotencia en Río de Janeiro, el orgullo y la dignidad suficientes para rechazar una advertencia del mandatario de su patria y enviarle junto con la renuncia de su cargo un cable altanero desconociéndole todo derecho de amonestación. Canciller de la república, durante el gobierno del Dr. Saavedra, en 1923, planteará resueltamente la revisión del Tratado de 1904. Parlamentario, sostendrá encendidos debates. Político o diplomático, maestro, poeta u hombre de mundo, estará siempre erguido en su natural distinción, revestido de aquella fría y segura serenidad que le permitió afrontar desdeñosamente situaciones y obstáculos.

El fondo más humano y patético de Jaimes Freyre, descansa en el noble e ilimitado amor que tenía por los suyos. Aquella íntima y profunda ternura familiar que prestigia singularmente la bondad secreta de su espíritu.

Alejado largos lapsos del escenario político y social de su patria, buscó en la Argentina asilos temporales que le fueron generosamente brindados. Presidente del Departamento de Educación en Tucumán, escribió allí su famosa y meritoria obra histórica que le valiera un importante premio. Muchos años más tarde, cuando despertando de sus éxtasis fugaces la aguja del destino marcó amargos sinsabores para el ilustre y voluntario exilado, Tucumán acudió noblemente en su ayuda, pagando una deuda de gratitud antaño contraída.

Austero para recibir las mercedes de la vida, es igualmente digno en soportar sus rigores. Así el príncipe de las letras americanas en la aurora del modernismo, tiene el orgullo capaz de ocultar la miseria final de su existencia, porque la aristocracia de su espíritu otorga la limosna, pero no solicita la dádiva.

Y una noche de Abril, sola en el centro del mundo, la carne vacilante deja evadir el alma radiosa y triunfal de este gran americano, que al enseñarnos las eternas virtudes del individuo, sin jamás perder el sentimiento de la propia dignidad, tuvo la sabiduría de encontrar un sentido estético a su vida, para dar calidades perdurables a su obra y a su nombre, donde la personalidad, por múltiple y brillante, es un símbolo de aquel Renacimiento que parece alejarse cada vez mayormente de los hombres.
—FERNANDO DIEZ DE MEDINA.

La Paz—Bolivia—1933.

(Especial para ATENEA).

EL MATERIALISMO HISTORICO Y LA ETNOGRAFIA MODERNA

(Continuación)

SOLAMENTE en ciertas ocasiones, como la de una caza comunal, en que toman parte todos los hombres hábiles, hay una repartición equitativa de lo producido por todos en conjunto y como en las grandes reuniones y fiestas comunales, a las cuales asisten todos los parientes y en que todos aportan su

parte para el consumo. Pero de aquí al comunismo hay un largo paso.

En numerosas tribus de hortelanos, cuya constitución social era matriarcal y totémica, con costumbres exogámicas, existía una rigurosa separación de los sexos, en cuanto a los solteros del clan. Los jóvenes que aun no se casaban, no vivían en las casas de los padres. Se construían grandes casas comunales para los solteros y aun cuando comían en las habitaciones de sus madres, no se ponían en contacto con las mujeres del clan, otras que sus propias madres. Era estrictamente prohibida toda comunicación familiar o íntima entre hermanos y hermanas y entre primos y primas, después de llegar a la pubertad, aunque podrían tener relaciones con mujeres de otros clanes. En estas tribus, los casados vivían aparte en chozas, alejadas de las casas comunales de los solteros. En algunas partes existían casas comunales para las mujeres solteras, cuidadas y vigiladas por ancianas o viudas. Las solteras estaban sometidas a las mismas restricciones como los jóvenes solteros. Bajo este régimen eran comunes las sociedades secretas, tanto de hombres como de mujeres, en las cuales no se admitían miembros del sexo contrario, ni siquiera su presencia durante las reuniones.

Más adelante, Engels trata de explicar la transición del matriarcado al patriarcado, hecho que llama «*la gran derrota del sexo femenino*». Sin embargo, no está muy clara en su explicación de cómo sucedió semejante cambio. Estima que el móvil principal fué la necesidad de que los hijos heredaran los bienes paternos, ya que los padres eran ya los dueños de la propiedad. Mientras subsistía la costumbre de filiación materna, los hijos y especialmente las hijas podían heredar únicamente los bienes de la madre y en ningún caso los del padre, porque éstos pasaban a sus hermanos uterinos o a los hijos de sus hermanas, que siempre eran de su propia sangre.

Engels explica su idea como sigue: «A medida que iba en aumento la fortuna, por una parte daba al hombre una posición más importante que a la mujer en la familia, y, por otra parte, hacía nacer la idea en él de valerse por esta ventaja para derribar en provecho de los hijos el orden de suceder establecido. Pero esto no pudo hacerse mientras permaneció vigente la filiación de derecho materno, la cual tenía que ser abolida y lo fué. Eso no fué tan difícil como hoy parece; porque aquella revolución (una de las mayores que la humanidad ha visto), no tuvo necesidad de tocar ni a uno solo de los miembros vivos de la *gens*. Todos los miembros de ésta podían seguir siendo después lo que habían sido antes. Bastó decir simplemente que en lo venidero

los descendientes de un miembro masculino permanecían en la *gens*, pero los de un miembro femenino saldrían de ella, pasando a la *gens* del padre. Así quedaron abolidos la filiación femenina y el derecho hereditario materno, sustituyéndolos la filiación masculina y el derecho hereditario paterno».

Esta es una resolución muy simplista del problema, pero es completamente *a priori* y reñido con la verdad. Sorprende que el autor, después de haber dado una relación más o menos exacta de las principales condiciones reinantes en el matriarcado, puede de repente olvidarlas y dar rienda suelta a su imaginación. Parte de la base del matriarcado universal anterior al patriarcado, y por tanto que el último debería en todo caso salir de la etapa anterior. Hemos demostrado ya la falacia de esta concepción, pero admitimos que existen numerosísimos ejemplos en que el patriarcado haya salido de un estado matriarcal anterior.

La etnografía nos enseña que el matriarcado y la filiación materna sólo aparecen con los comienzos de la vida sedentaria y del cultivo de las plantas alimenticias. En tiempos anteriores eran las mujeres las encargadas de recolectar la alimentación vegetal natural, mientras los hombres se dedicaban a la caza o a la pesca. Con la introducción del cultivo de las plantas, en vez de buscarlas por los campos, la mujer se encargaba de estas nuevas faenas. Los hombres cuando más las ayudaban a rozar, romper la tierra y cercarla. Para poder cuidar sus siembras, se hizo necesario que la mujer habitara por un tiempo más o menos largo en las inmediaciones de ellas y así se acostumbraban a construir habitaciones más estables, que se ocupaban durante una buena parte del año, aunque era frecuente que, después de las cosechas, las familias vagasen nuevamente como cazadores nómades, especialmente en los meses de invierno, para volver otra vez a sus tierras de siembra. Pero, a medida que las cosechas se hacían más abundantes y como era imposible llevarlas todas en sus peregrinaciones, las mujeres comenzaron a quedarse permanentemente en sus nuevos hogares y cuidaban con más esmero los predios que cultivaban. Con un cultivo más extensivo y a la vez más intensivo, poco a poco, la mujer pasó a ser la principal productora en la familia y se la miraba como la dueña del hogar y del predio que cultivaba. Con esto conquistó mayor prestigio y gradualmente principió a hacer sentir su influencia en la comunidad, hasta ponerse socialmente al nivel de los hombres y a menudo superándolos. Al hacerse sedentaria, se había identificado con su predio, no abandonaba su hogar para casarse y el hombre que deseaba contraer matrimonio con ella tenía que ir a vivir en el hogar de ella.

Cuando esta costumbre se hizo general y todas las mujeres de un clan se dedicaron a la horticultura, llegaron a ser las primeras propietarias (cada una de su hogar y predio). Desde el estado anterior se había introducido el totemismo y la exogamia y todas las mujeres de un clan eran todas consanguíneas entre sí, sus maridos tenían que pertenecer a otros clanes y, por tanto, dentro de la comunidad que pertenecía a las mujeres, eran todos extraños. Estos hechos convirtieron a la mujer en elemento más importante de la comunidad a la vez que era el elemento más estable. Los varones nacidos en el clan solamente permanecían en él durante su vida de solteros. Al casarse, se trasladaban al clan de sus respectivas mujeres, pero las hijas permanecían en el clan de origen. Dado este estado de cosas, todos los hijos se miraban como pertenecientes al clan de sus madres y se apellidaban con el nombre del tótem de ellas, estableciéndose la filiación materna, en vez de la filiación de la horda, como generalmente sucedía antes.

Con el trascurso del tiempo y por una serie de motivos, algunos de los cuales detalla Engels, los hombres comenzaron a cansarse de la situación subordinada que llevaban en el seno del clan materno e ingeniaron diversos medios para emanciparse de la tutela de las mujeres, pero no en la forma que ha imaginado nuestro autor.

Antes de todo, comenzaron a interesarse más en la agricultura, o más bien en la horticultura, ocupándose de ella en todas las tareas más pesadas, aunque dejaron la siembra siempre en manos de las mujeres, por motivos religiosos y supersticiosos que analizaremos más tarde. Poco a poco los jóvenes solteros iban adquiriendo o preparando predios propios dentro de sus propios clanes y en vez de ir como antes a servir en un clan femenino extraño, traían a sus mujeres a su propio clan donde construían un nuevo hogar dentro de su propio predio. Se entabló así una lucha entre los hombres y las mujeres. Como era natural, éstas últimas no aceptaron de buenas a primeras, la idea de volver a ocupar un lugar secundario en la comunidad y se oponían al cambio con todas sus energías. Sin embargo, los hombres contaban con dos armas formidables para vencer lentamente esta resistencia—la fuerza bruta y el interés,—el rapto de mujeres de otras tribus y la compra o compensación cuando deseaban mujeres de la misma tribu. No obstante, este cambio de las costumbres tradicionales no se efectuó sin grandes dificultades. Pasaron muchas generaciones antes de que se hiciera habitual y en muchas partes nunca logró establecerse. Pero, con todo, no se consiguió, por lo general, cambiar la filiación, sino después de una prolongada

lucha, salvo en aquellos casos en que por invasiones o conquistas efectuadas por pueblos de otro régimen, se provocaron cambios bruscos en las costumbres de las tribus sometidas. Como antes y quizá durante algunos milenios, la filiación de aquellos pueblos que se hallaban en el estado de transición entre el matriarcado y el patriarcado continuaba en la línea materna, a pesar de haberse consolidado la posición del padre como jefe de la familia y como propietario. En esta resistencia el principal móvil era religioso y en gran parte totémico, como en seguida explicaremos. El factor económico o material entraba directa o indirectamente muy poco en la concepción que dificultaba el cambio fundamental de régimen.

Con la emancipación parcial, o estado de transición, los hombres podrían adquirir, tanto por el robo como por la compra, varias mujeres y se inició con esto el sistema de la poligamia. No debemos suponer que todos los hombres fuesen polígamos, sino simplemente la posibilidad de que cualquiera de ellos podría llegar a serlo. No habrían mujeres suficientes para que todos los hombres tuviesen más de una esposa. Como antes, la inmensa mayoría eran monógamos y únicamente los más poderosos o los que habían acumulado más bienes, pudieron darse el lujo de poseer más de una mujer.

Esta costumbre introdujo en el seno de la familia polígama, una serie de complicaciones que antes no se conocían. Cuando las mujeres, como sucedía a menudo, eran de distintos clanes y tótemes, y como todavía prevalecía la filiación materna, se formaba dentro de la familia paterna (grupo que, a pesar de ser ficticio, se formaba en todas las agrupaciones), una reunión heterogénea de personas que no eran todos parientes consanguíneos. Los hijos de cada mujer heredaban el apellido y el tótem de ella, pertenecían a su clan y no tenían parentesco de sangre con los demás miembros de la familia paterna, aun cuando eran todos hijos del mismo padre. Al morir una de estas mujeres, sus hijos eran llevados por sus parientes consanguíneos, desmembrándose de esta manera la familia paterna. Igualmente, al morir el marido, las mujeres con sus hijos volvían a su clan de origen y quedaba completamente disuelta la familia formada por el padre. Con el tiempo, y para evitar esta disolución, se adoptó en muchas partes un nuevo medio, que no dió los resultados que se esperaban. Se comenzó a mirar a las mujeres que el marido había raptado o comprado, como de su propiedad, y, como tal, podían ser heredadas. Pero como los padres no tenían hijos legales, las heredaban los parientes varones consanguíneos más cercanos. Los hermanos carnales o, a falta de ellos, los sobrinos

hijos de las hermanas uterinas, quedándose de esta manera dentro del clan del marido. Cuando un hombre se casaba con varias mujeres, la primera, casi siempre, se consideraba como la principal o jefe. Con el tiempo, y siempre con la idea de consolidar la familia paterna, se concedió el derecho de herencia de los bienes del padre a los hijos varones de la principal mujer. El mayor de ellos heredaba las mujeres de su padre, excluyendo a su propia madre y a cualquiera otra mujer del mismo clan y tótem de ella.

Naturalmente estas nuevas costumbres ayudaban a afianzar al padre como jefe de la familia, a la vez que aumentaba el número de sus parientes por afinidad y sus relaciones amistosas con los miembros de otras agrupaciones. Sin embargo, no se pudo derribar la barrera de la filiación materna, la que, como hemos dicho, persistía, a pesar de todo, por muchas generaciones y aun milenios en algunas partes. Y la razón era ésta. Centro de los conceptos animistas y de las ideas religiosas en un tiempo universales, figuraba en primer término el *culto de los antepasados*, el que, a su vez, estaba íntimamente ligado con el totemismo. La fundadora del linaje, la primera abuela era la aliada del tótem del clan o grupo consanguíneo que ella había iniciado. Estas dos entidades eran los seres tutelares del clan, sus protectores, y tenían poderes sobrehumanos en cuya potencia confiaban todos sus descendientes epónimos. ¿Cómo sería posible entonces ofender a estos seres potentes, cambiándolos por otros? La cosa no era siquiera imaginable. No se trataba ya de cambios materiales, siempre más fáciles de aceptar que los espirituales, sino de desarraigar las convicciones en que se fundaba todo su sistema social y religioso. Es evidente que semejante proceso sólo podría desenvolverse muy lentamente.

No debe olvidarse que la mentalidad de los pueblos que no han llegado a una cultura avanzada es, antes de todo, colectiva. El individuo, desde su nacimiento es sujeto al grupo a que forma parte, el cual le impone sus costumbres, sus creencias, su género de vida, etc. Determina también el carácter social, no el individual de la propiedad, regula la colaboración de todos en las prácticas religiosas y mágicas, cuyo fin principal es la prosperidad del grupo. En el terreno intelectual se traduce por *el procedimiento absoluto de la costumbre y de la tradición, de las que nadie se atreve a apartarse y cuya estricta observación justifica todas las creencias*» (1).

Es siempre la tradición y la costumbre, no los principios ni los deseos, que constituyen la base de la acción, el fundamento

(1) Kreglinger, Ricardo. *La Mentalité Primitive*. 1921.

de las exigencias sociales. Todo esto no está de acuerdo con la teoría expresada por Engels de la relativa rapidez y facilidad del cambio de una filiación a otra. Sin embargo, pudo efectuarse, a veces, pero por causas no previstas por él, principal entre las cuales se puede citar la conquista de un pueblo matriarcal por otro patriarcal y la imposición de las costumbres de éste último, o bien la amalgamación de dos pueblos contiguos de distinta organización social, en que el más débil asimila las costumbres del más fuerte o más culto. De otra manera, la evolución es muy lenta y pasa por muchas modificaciones antes de lograr el cambio de la filiación. Tenemos el ejemplo de los pueblos andinos, aun los más adelantados, como los incas, quienes tenían establecidas una monarquía y una nobleza, ambas hereditarias y, sin embargo, persistía entre ellos, hasta mucho después de la conquista española, la filiación materna, aun en la dinastía real, a pesar de todo lo que se ha escrito del patriarcado en este pueblo (1).

Igual cosa pasaba entre los araucanos en tiempo de la conquista. Aunque el padre era nominalmente jefe de la familia y de la propiedad mueble e inmueble, compraba a sus mujeres y las llevaba a su domicilio; sin embargo, los hijos no eran de él, sino de la madre y a la muerte de ella volvían al clan de donde ella originaba. Sólo a comienzos del siglo XIX, después del establecimiento de la República chilena y debido a la Constitución y las leyes que reconocían la herencia de la propiedad de padres a hijos, se cambió la filiación materna por la paterna, aunque el totemismo como institución había desaparecido hace más de siglo y medio. Los choctás, pueblo de agricultores de los Estados Unidos, sólo influídos por la civilización de los blancos, introdujeron, poco a poco, la costumbre de que el padre cediera en vida sus bienes a su hijo, para evitar así que a su muerte pasaran a manos del clan materno.

Lo mismo se hizo generalmente, hacia 1850, entre los iroqueses menominees, objibwas y crows, según confirma Morgan:

(1) Sobre este punto hemos dado amplios detalles y documentación en nuestra obra «Los Incas, sus Orígenes y sus Ayllus». Allí probamos que la idea del patriarcado incaico y la descendencia de padre a hijo eran puros mitos, pues todos los monarcas llevaban el apellido de sus madres y no el de sus padres. La costumbre entre los últimos Incas DE CASARSE CON SUS HERMANAS era simplemente una tentativa de establecer una dinastía con su propio apellido; tentativa que fracasó por cuanto los nobles, quienes tenían el derecho de elegir el monarca, no siempre elegían el hijo de la hermana y así, siendo de otra mujer, el apellido no era igual al del padre. Al ser hijo de una mujer del mismo clan del padre el apellido del hijo sería igual entre padre e hijo.

«Actualmente se inicia entre los indios de posición, cierta repugnancia contra la herencia de la comunidad del clan. Algunos la han suprimido, instituyendo en su lugar la línea de herencia exclusiva de los hijos».

Krische escribe: «Muy fuertes son los restos de matriarcado en la más típica raza de negros africanos, los pueblos llamados bantus, que pertenecen íntegramente a los agricultores superiores. Entre ellos rige todavía la línea materna de sus clanes matriarcales y en algunas tribus existen curiosas instituciones, en que predominan las mujeres. No existe, sin embargo, el matriarcado auténtico, sino el predominio de los hombres, con poligamia, venta de mujeres y propiedad de las tierras por los varones, y la situación de la mujer es de opresión».

Todo esto comprueba que la transición del matriarcado al patriarcado no era un proceso rápido y sencillo, sino, al contrario muy complejo y en general muy lento, pasando por muchas peripecias y alternativas, antes de que el hombre lograra afianzar bien su situación y conseguir que sus hijos fuesen legalmente conocidos como tales.

Refiriéndose a este mismo punto, dice Krische: «Cabría pensar que el hombre no se conformó con seguir ejerciendo obstinadamente su actividad de cazador, la cual, poco a poco, iba quedando atrasada y era cada vez más pobre en resultados, dejando de paso a la mujer todas las ventajas económicas, sino que más bien, antes de ser desplazado del papel decisivo que representaba, reconoció la superioridad de la nueva técnica productiva y se agarró él mismo el azadón. A esto hay que oponer que en todas las revoluciones de la técnica de la producción rige la regla de que la gran masa se entrega al destino de su clase y que muy pocos son capaces de arrancarse al impulso sugestivo del anquilosamiento, de la ley de inercia cuya vigencia es universal, de la dulce costumbre, de la íntima vinculación a lo establecido, a lo conocido».

«No ha sido posible comprobar en ninguna parte la existencia de un evidente predominio femenino en forma de un Estado de mujeres. La ley de la inercia se mostró tan fuerte, los poderes contrarios hicieron notar su influjo tan pronto nuevamente que tampoco en esta situación—la más propicia en el penoso proceso de su destino—fué capaz la mujer de imponer su dominio en la misma medida en que el hombre lo hizo. Aun en los más claros regímenes matriarcales, conocemos la importancia especial del hermano mayor de la madre, de caudillos masculinos y de jefes guerreros. El influjo de la mujer se evidencia, sobre todo,

en la atribución de la propiedad—producto de su mano diligente— y en la línea materna, en la maternidad fuertemente acusada.»

«Junto a las condiciones previas y causas sociológicas y psicológicas de esta creación única de la época del matriarcado, debe mencionarse un motivo fisiológico. La sexualidad impone distintas exigencias corporales al hombre y a la mujer, constituyendo una causa, no inesencial, de la diversa actitud de los sexos ante el proceso de producción. La vida sexual no constituye para el hombre impedimento físico. Sin la carga del embarazo y de la crianza, no encuentra dificultad en su apetencia de juego, en el ansia de lo nuevo, en el instinto errante, en la tendencia de moverse de un lado a otro, en el goce de nuevas impresiones.

«Sería equivocado medir la importancia de la época matriarcal, sólo teniendo en cuenta el corto espacio de su verdadera vigencia. Los efectos y las huellas del régimen matriarcal se mantuvieron hasta bien avanzada la cultura urbana. Se desconocen con frecuencia el papel histórico cultural de la época del matriarcado y sus efectos ulteriores. Algunos pretenden que la verdadera esclavitud de la mujer sólo tuvo lugar en la época patriarcal posterior a la época matriarcal. Otros juzgan la cosa de manera parecida, al situar la estructura de clases, a partir de la época del patriarcado, oponiendo a los tiempos de encarnizadas y constantes luchas de clases y desafortunados sistemas de tiranía que se iniciaron con la introducción del patriarcado, los tiempos comunistas matriarcales y primitivos, animados de un espíritu ideal de comunidad.»

«Y lógicamente adoptan, con frecuencia, este punto de vista, algunos que, reconociendo la evolución, admiten en realidad un proceso circular, según el cual la sociedad se inicia con el comunismo y, pasando por las distintas fases de la sociedad de clases, va a parar al comunismo nuevamente.»

«No puede considerarse la sociedad primitiva como una sociedad justa. Era, por el contrario, una sociedad en que imponía su despotismo la jerarquía de los hombres mayores. Tampoco era la sociedad matriarcal una sociedad sin contrastes. Era la época de la empeñada lucha entre los sexos por el influjo decisivo y es indudable que el hombre, hasta entonces predominante, no cedió sin lucha sus derechos a la mujer. En vez de—como se ha defendido frecuentemente—una sociedad de fuerte comunidad al principio, dividida después por constantes luchas de clases, vemos una sociedad llena de luchas económicas desde sus comienzos y en la cual constituyeron, al principio la clase dominante los hombres mayores. En la época del matriarcado disputaron el predominio los hombres mayores con las mujeres, especialmente

con las viejas. Ocuparon nuevamente su lugar más tarde los hombres que otra vez disponían de los medios de producción, sobre todo los hombres mayores bajo el influjo del proceso hereditario privado y los miembros de las capas sociales propietarias. Estos constituyeron la delgada capa superior frente a la gran masa sometida de la capa inferior» (1).

Durante el período de transición entre el estado del matriarcado y el patriarcado y aun durante éste último, las mujeres solteras tuvieron mayor libertad y en muchísimas tribus disponían libremente de sus personas. El tener hijos antes de casarse no se consideraba baldón y, al contrario, frecuentemente aumentaba el valor de la mujer, por ser una comprobación de su fecundidad. Esta libertad cesaba, sin embargo, al casarse y el adulterio femenino era severamente sancionado, al igual del adulterio masculino durante el matriarcado. La mujer, por el hecho de ser comprada, se miraba como propiedad particular del marido, quien podía, no obstante prestarla a algún amigo o visitante de otro clan. Esta costumbre de prestación de la mujer o de una hija, llegó a hacerse común entre algunas tribus, a la par que la venta o traspaso de la mujer a otro hombre en ciertos casos.

Muchos misioneros han protestado de frecuentes actos inmorales y aun incestuosos entre algunos pueblos exogámicos, pero creemos que en la mayoría de los casos, los denuncios han venido a hacerse debido a una mala interpretación de la constitución de los clanes totémicos donde existe la poligamia. Nuestras investigaciones entre los indios araucanos, peruanos y bolivianos, donde tales denuncios eran muy frecuentes entre los cronistas y misioneros del siglo XVI, nos han convencido de que semejantes actos incestuosos lo eran solamente para los europeos, acostumbrados a la familia monogámica bilateral. Los indios que contaban la consanguinidad sólo por el lado materno, estimaban el incesto de otra manera. El hecho de tener relaciones sexuales con hermanos de padre, habidos en otra mujer, no constituía una unión incestuosa, porque eran de otro clan y tótem y no ligados por sangre con ellos. Igualmente las relaciones con otras mujeres del padre que no fuesen su propia madre o miembros del clan de ella, tampoco era incestuosa. Semejantes actos, aunque generalmente vituperados, no tenían ninguna sanción.

La libertad de los sexos es, por otra parte, casi desconocida en la horda primitiva. «Entre los negritos (pigmeos) weddas, senoi, varias tribus del sureste de Australia y del Brasil, se estima y

(1) Krische, Paul. Ob. cit.

hasta se impone la castidad de mozos y mozas; en los pueblos primitivos, en que gocen de cierta libertad, cesa ésta con el matrimonio y no hay solterones». Dice Telésforo de Aranzadi, en una nota de su traducción al español de la «Etnografía» de Haberlandt, y dicho concepto es el de todos los que han investigado la vida de estos pueblos primitivos en los tiempos modernos.

Esto nos demuestra el peligro de interpretar todo lo que se observa con el criterio de civilización, sin tomar en cuenta la diferente mentalidad de los pueblos primitivos o poco evolucionados culturalmente.

Con la restitución del hombre a su lugar, como jefe de la familia, aun mucho antes del abandono completo de la filiación materna, y, con su dedicación al cultivo de las plantas, comenzó una época de trabajos más extensivo. La introducción de la poligamia proporcionaba al hombre que podía obtener dos o más mujeres, mayor ayuda en estas tareas y pudo cultivar un predio de mayores dimensiones. Con esto pudo, a menudo, producir un excedente de alimentos vegetales, el cual le era fácil cambiar por otros productos, con sus vecinos o con los de otras agrupaciones, iniciándose de esta manera un sistema de intercambios que después se desarrolló en un activo comercio, aumentando así sus riquezas. Las tareas estacionales de la agricultura, permitía a la mujer dedicarse a otros trabajos. Así en épocas anteriores, había inventado la cestería, la alfarería, el tejido de las fibras vegetales, etc., y estas pequeñas industrias caseras fueron aprovechadas por el hombre en su incipiente comercio.

El resultado favorable del cultivo más extensivo, motivó otro cambio transcendental en la constitución de la sociedad, con la introducción de la esclavitud. Antes, durante las guerras, se daba muerte a los prisioneros tomados, cuando éstos eran varones, conservando a las mujeres; ahora los esclavizaban y los obligaban a trabajar en las faenas agrícolas. Por un lado aumentaba así la riqueza de los propietarios y por otro, creaba una nueva clase social, los esclavos. Este hecho también dió origen a la *nobleza*, la que en sus comienzos no era otra cosa que una *plutocracia*, la cual, al convertirse más tarde en hereditaria, llegó a constituir la *aristocracia*. Cada una de estas inovaciones evolutivas acrecentaba el poder del hombre en el clan, pero no fueron suficientes, en muchos casos, para derrocar la filiación materna en aquellos pueblos que habían pasado por el matriarcado.

Esto se consiguió, con frecuencia después de largo lapso, por una serie de circunstancias, que variaban de un lugar a otro y según la época. En algunas partes se debía a la invasión y con-

quista por pueblos cazadores o ganaderos patriarcales que impusieron su organización social a los conquistados; en otras, por contactos comerciales e influencias culturales de vecinos más adelantados, por la decadencia del totemismo y la disolución o modificación estructural del clan, por la fusión de dos pueblos en uno de los cuales existía ya el régimen patriarcal. Influían también el interés, la modificación lenta de las ideas religiosas, el cambio de las costumbres económicas, el desenvolvimiento de la psicología y un sinnúmero de factores de diversa índole que, obrando en conjunto, hacen posible toda evolución. En muchos casos, algunos o todos estos factores habían obrado en tiempos prehistóricos y es difícil o imposible saber de qué manera funcionaban; en otros, aun en tiempos más recientes, queda dudosa por falta de observación directa de los historiadores. Así es que todas las diferentes versiones de la manera cómo se efectuó esta transición en las antiguas culturas egipcias, sumera, babilónica, minoica, misénica, etrusca, etc., que se extienden por algunos milenios dentro de la prehistoria, son bastante hipotéticas y hasta cierto punto arbitrarias, fundadas en la tradición legendaria y fragmentaria, o en deducciones a base de investigaciones arqueológicas bastante incompletas e inseguras.

No faltan documentos como las escrituras cuneiformes asirio-babilónicas sobre ladrillos, los geroglifos egipcios grabados en piedra, los papiros de la misma procedencia, las palmas hindúes. Por ellos conocemos algo de la vida social de aquellos tiempos, pero pertenecen, en su mayor parte, a la última época de la protohistoria, de tránsito a la historia, cuando en todos estos países se hallaba establecido el patriarcado.

Luego también, no hay que olvidar que muchas de las antiguas civilizaciones no pasaron, en cuanto sabemos, por la fase del matriarcado. Esto se puede decir de un gran número de pueblos, habitantes de las estepas, sabanas, altas mesetas y regiones desérticas, que pasaron de la etapa de cazadores superiores a la de ganaderos, sin haberse dedicado a la agricultura. Dicha etapa se ha llamado con frecuencia la del nomadismo pastoril.

La unidad económica más pequeña es la familia singular. Descansa sobre el casamiento de un hombre con una mujer, o a veces con varias, adquiridas por compra en linajes forasteros. Como ama de la casa figura la primera mujer, cuando ellas son varias, quedando las demás subordinadas a ella. Cuando el hombre es rico, suele tener casa aparte cada mujer, para sí y sus hijos. Como los hijos, al casarse, continúan viviendo en el campamento de su padre, éste llega a convertirse en una gran agrupación y la familia que se apoya ya sobre la sucesión hereditaria

Vasculina se estructura con un carácter patriarcal. Así fueron constituidas las tribus semitas de que nos habla el libro de la «Génesis», y así están actualmente estructuradas las grandes familias kirguises y kurdos de la Asia Central, los beduinos de la Arabia, etc., y si algunas de ellas se dedican accesoriamente al cultivo de una que otra planta que les rinde una corta alimentación vegetal y sobre todo el pan, es de una manera esporádica y secundaria y no de mayor importancia económica.

Unicamente bien entrada la época histórica, hallamos relaciones más o menos detalladas de las verdaderas organizaciones sociales de aquellos pueblos, cuya civilización había desarrollado un sistema de escritura y aun de éstas no podemos estar bien seguros de que la interpretación de los acontecimientos históricos sea exacta. En prueba de ello, no tenemos más que comparar las numerosísimas teorías que se han publicado para explicar el nacimiento, grandeza, decadencia y caída de las civilizaciones clásicas griega y romana y aun las más modernas historias de las naciones posteriores, como Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia, etc., en que los autores están en completa discordancia sobre muchos puntos capitales. Desgraciadamente ha sido, con demasiada frecuencia, la costumbre de defender puntos de vista o preconcepciones y no de buscar la verdad, sin preocuparse de formar conclusiones anticipadas. Raras veces se ha podido desprenderse previamente de los prejuicios particulares. Sólo en las últimas décadas, las investigaciones científicas, etnográficas, arqueológicas y sociológicas, se han hecho sobre una base dialéctica, con el impulso de buscar la verdad donde se hallare, sin preocupaciones ni prejuicios, fundando las conclusiones sobre hechos concretos y no sobre ideas, un sistema objetivo y no subjetivo, de la misma manera adoptada para el estudio de las ciencias naturales. Es indudable que este método, aplicado a la prehistoria deja muchas lagunas, pero algunas de ellas han sido llenadas por las investigaciones efectuadas sobre los pueblos actuales que ocupan un grado social y económico similar o idéntico a los de las épocas lejanas y aun primitivas.

Sin duda, las teorías nuevas tienen que ser en parte constructivas y aun apriorísticas, pero no en el mismo grado que antes, y luego quedan controladas por la crítica y por las nuevas investigaciones sobre los puntos oscuros o dudosos.

No pretendemos seguir adelante en el terreno verdaderamente histórico del desarrollo de las civilizaciones. Nuestra intención ha sido más bien indicar algunos puntos poco divulgados que se relacionan con los fenómenos sociales de los pueblos primitivos y puestos en claro por las investigaciones modernas. Y, justa-

mente son estos puntos que, si en nada modifican el método del materialismo histórico, a lo menos hacen cambiar esencialmente la estructuración social y aun la base de la doctrina propuestas por los iniciadores del método para explicar la evolución de la sociedad y sostenida hoy por la mayoría de los marxistas.

Al principio de este estudio, llamamos la atención hacia el postulado que da por sentado que la base de toda sociedad sea el factor económico y decimos que este factor no era exclusivo, al mismo tiempo que admitimos que se encontraba entre los factores primordiales. Insistimos en que la base misma de la sociedad estaba también subordinada en parte a los instintos y a las ideas. Demostramos que la economía de un pueblo, a menudo, se modificaba por las supersticiones derivadas del miedo, del amor sexual, por el egoísmo. Hemos indicado también como los fenómenos sociales que llamamos totemismo y exogamia, producen cambios radicales, no solamente en la situación económica de un pueblo, sino también en la estructuración de la sociedad, a pesar de no descansar en el materialismo sino en la psicología de un pueblo, en sus sentimientos espirituales y morales. No es más que un sofismo argüir que sin la vida material y económica no pueden existir ni la espiritualidad ni la moralidad. La humanidad nace con un cúmulo de necesidades, tanto materiales como psíquicas y no es más que un juego de metafísica adelantar las unas para posponer las otras.

Volvemos a insistir que las ideas, por primitivas e infantiles que parezcan, comenzaron a obrar conjuntamente con las necesidades económicas y en gran parte modelaron la forma en que dichas necesidades se satisficieron. Más adelante tendremos ocasión de recurrir nuevamente a este punto, entretanto seguiremos con nuestra crítica de la obra de Engels.

Habla de la manera como nació la *familia monogámica* moderna, la cual, en su concepto, se derivó de la *familia sindiásmica*. En sus argumentos sobre este punto no es más feliz que en los anteriores, y no pudo serlo, porque fallaba cada eslabón de la cadena que quería elaborar. Supone que el matrimonio monogámico aparece por primera vez en la historia a comienzos de la época clásica griega. Hemos demostrado el error de semejante suposición y que, un poco antes, al hablar de la poligamia, no pudo menos que confesarlo, cuando dice: «como el número de hombres y mujeres (dejando a un lado lo que influyen en ello las instituciones sociales), ha seguido siendo casi iguales, desde luego es imposible que se generalice una u otra de estas formas de matrimonio (poligamia y poliandria)... La poligamia es un pri-

vilegio de los ricos y de los grandes y se recluta, sobre todo, por la compra de esclavas; la masa del pueblo es monógama».

La verdadera diferencia entre la familia monógama de los pueblos primitivos y aun los más civilizados de los tiempos clásicos, comparada con la de hoy, no estriba en la mayor o menor esclavitud de la mujer ni en las costumbres sexuales relajadas de los pueblos griego y romano, sino en un factor que se le escapó a Engels, como se les había escapado a Bachofen, Morgan, Bebel y en general a todos los que escribieron sobre el origen de la familia en aquella época. Dicho factor, que ha sido de suma importancia en la constitución social de la mayoría de los pueblos europeos y sus derivados, fué el cambio del concepto de la consanguinidad antes unilateral, ahora bilateral. Esto se hizo posible solamente después de la completa decadencia del totemismo y no sucedió en todas partes al mismo tiempo. La familia bilateral hizo su aparición en Europa paulatinamente y no se generalizó hasta la edad media, y aun quedaban pueblos con familias constituídas unilateralmente hasta bien entrado el siglo XVII.

Debido a todos estos hechos, el concepto del Estado moderno no ha evolucionado por una línea ascendiente continua, sino más bien por una serie de evoluciones parciales, a veces con rapidez, a menudo con lentitud, según las exigencias de los acontecimientos, las condiciones especiales, el ambiente local y la psicología o idiosincrasia de la población. Tampoco puede decirse que la forma en que se ha desarrollado ha obedecido siempre a leyes económicas. El egoísmo y la personalidad de determinados individuos o castas han ejercido potentes influencias en la estructuración del Estado, no siempre con móviles económicos, aun cuando los resultados de tales movimientos hayan modificado posteriormente la economía material del pueblo en cuestión. Han influído asimismo las pasiones, como la venganza, la ambición, la gloria, el fanatismo, otros tantos móviles que frecuentemente nada tienen que ver con el factor económico. Sin embargo, todos éstos y otras causales aun, pueden iniciar la estructuración de un Estado e imprimir un rumbo a su evolución posterior.

Al tratar de relacionar la etnografía con el materialismo histórico, no debemos olvidar que Marx, aunque insista en que todo movimiento social debe explicarse por el desarrollo económico de la sociedad, también advierte que no lo es sino en «último análisis», en otras palabras, que dicho movimiento puede ser el resultante de varios otros factores intermedios, aun cuando no se descubre de inmediato las verdaderas causales

Aceptamos este postulado, siempre con la reserva que antes hemos indicado, de que, en nuestro concepto, algunos de estos factores que estima intermedios, tienen una acción simultánea con la necesidad económica y aun a veces la subrogan

Es evidente que lo que ha impedido que muchos investigadores hayan aceptado el método del materialismo y aun menos la doctrina, ha sido las deducciones socialistas que Marx y Engels han sacado de ellos. Pero, como dice Seligman: «El hecho de que las concepciones económicas de Marx sean erróneas, no tiene ninguna relación con la verdad o falsedad de su filosofía de la historia» (1)

Aceptamos también la teoría de que la evolución no procede sin saltos, es decir, que no siempre es paulatina y constante en una sola línea. Los saltos o sean las interrupciones más o menos bruscas de la evolución son inevitables. Este hecho, llamado a veces *mutación* o cambio de una forma a otra, es bien conocido y aceptado en las ciencias naturales y es igualmente cierto cuando se le aplica a la evolución social o histórica. El reconocimiento de este hecho y su aplicación a la doctrina evolucionista es la base de la dialéctica.

Decir que una cosa está y no está, que aparece y desaparece a un mismo tiempo, es ostensiblemente una paradoja, y sin embargo, expresa un concepto dialéctico. En un punto espacial, la bala disparada de un rifle está y no está, en un mismo instante ha aparecido y ha desaparecido, y no se trata de un pensamiento o una idea, sino de un hecho real y material. En el mundo social, una revolución puede derribar un régimen en un breve lapso y conseguir en pocas horas un estado nuevo que, por medio de un evolución paulatina, habría demorado años, decenios o aun siglos. Aquí entonces se produce un salto, una interrupción en el desarrollo normal de la sociedad y la ruptura de una serie de fenómenos sociales que dependían de la continuidad evolutiva de las condiciones anteriores

A pesar de haber sido uno de los iniciadores de la doctrina del materialismo histórico y uno de los grandes defensores del método dialéctico, Engels los abandona, para aceptar la línea recta de una evolución paulatina y progresiva en el desarrollo de su tesis sobre el «Origen de la Familia».

Para los historiadores y sociólogos de antaño, la humanidad, en su desenvolvimiento social, había pasado por tres fases sucesivas—la caza o la pesca, la ganadería y, por último, la agricultura. Toda una sucesión cronológica regular y normal. Todos los

(1) Seligman, Ob. cit. p. 109.

pueblos cultos habían pasado por estos tres estados con la misma sencillez y fatalidad con que todos los individuos pasan por la juventud, la edad madura y la vejez; toda una jerarquía de orden irreversible. El salvajismo, la barbarie, la civilización. Y Engels, como todos de su tiempo, aceptaba, sin mayor examen, esta orden y esta cronología

Es solamente durante los últimos cuarenta años que se ha comenzado a sentir la insuficiencia de este dictamen. Desde entonces el prejuicio de circunscribirse a esta evolución lineal de la humanidad se ha hecho manifiesto. La multiplicación de las observaciones, el aumento de la documentación científica acerca de los pueblos primitivos, han demostrado la necesidad de distinguir estados más numerosos, o para hablar con mayor precisión, de buscar tipos económicos de sociedades humanas menos simples que los de pescadores, cazadores, ganaderos y agricultores.

Hahn (1) distingue en vez de tres, siete tipos de sociedades humanas netamente diferenciados.

1.º Los recolectores, que viven de productos vegetales y pequeños animales que encuentran a su paso, sin emplear instrumentos, útiles o armas.

2.º Los cazadores, grupo bastante variado, vivían algunos, quizá los menos, puramente de la caza, mientras que otros, al mismo tiempo que cazaban, recolectaban los productos naturales que se ofrecían espontáneamente; otros aun alternaban entre la caza y la pesca y, por último, algunos agregaban a su profesión principal, los rudimentos del cultivo de las plantas o de una ganadería primitiva.

3.º Los pescadores, quienes se sujetaban a las idénticas subdivisiones

4.º Los agricultores nómades o cazadores agricultores.

5.º Los agricultores sedentarios inferiores, quienes se dedicaban accesoriamente a la caza, al comercio o a la ganadería.

6.º Los agricultores superiores, quienes usaban de abonos, del riego y del arado.

7.º Los pastores nómades que erraban de parte en parte con sus ganados.—R I C A R D O E. L A T C H A M.

(1) Hahn, Eduardo. Kultur des Menscheit. 1905.

(Continuará)

LOS LIBROS

NOVELA

VÁMONOS CON PANCHO VILLA, de *Rafael F. Muñoz* (1).

Los mexicanos tienen una serie de novelas de su revolución, sólo comparable a las que poseen los rusos.

En «El Aguila y la Serpiente» de Martín Luis Guzmán se ve un Pancho Villa siempre vencedor, jefe invencible de la famosa División del Norte; terrible y mitológico.

En «Vámonos con Pancho Villa», aparece el caudillo derrotado, con una pierna herida, más fácil de ser observado, más humano; pero tan peligroso y admirable como en sus mejores tiempos. Ya no es el amo de México. Combatido por la ciudad y el campo, por sus compatriotas y por los yanquis. Derrotado por Obregón, perseguido por Pershing, seguido por un puñado de leales de los cuales desconfía al extremo de ultimar a balazos al primero que se le acerca sin ser llamado; ya no es «el hombre que necesitamos», como decía de él Vasconcelos, sino simplemente el bandolero «Pancho Pistolas», por quien el gobernador Gameros ofrece cincuenta mil pesos de plata al que lo mate o lo entregue vivo.

Empieza la novela de Rafael F. Muñoz con el relato cinematográfico de las peripecias de un grupo de revolucionarios a las órdenes de Pancho Villa—todavía el Villa de los buenos tiempos—que son conocidos con el apodo de «Los leones de San Marcos». En los capítulos iniciales nos cuenta el autor las ha-

(1) Editorial Espasa Calpe. Madrid 1931.

zañas de estos seis revolucionarios, que van pereciendo con rara uniformidad hasta quedar sólo uno, el más viejo: Tiburcio Maya. Este es el elegido por el autor para dar las mayores pruebas de lealtad a Villa, ahora derrotado y prófugo.

El autor ha novelado ciertos episodios auténticos de la revolución, ya dados a conocer en México por la información periodística. Para dar unidad al relato Rafael Muñoz desarrolla todos los acontecimientos que quiere hacer resaltar, alrededor de la muerte sucesiva de sus seis personajes.

Hay capítulos como «El círculo de la muerte» que se parece por su bárbara grandeza a la «Fiesta de las balas», que aparece en la novela de Martín Luis Guzmán. Ese mismo episodio ha sido novelado con ligeras variantes en «La ruleta de la muerte», capítulo de «Campamento», novela de Gregorio López y Fuentes.

En «Vámonos con Pancho Villa», aparece retratado el caudillo en toda su épica barbarie y auténtica y feroz humanidad:

«Tenía una cabeza ancha de parietales boludos sobre las orejas, y la cara bermeja como un sol al tocar el horizonte...» (Pág. 120).

«Villa se complacía en demostrar su prodigiosa memoria: como a Tiburcio, decía conocer a cada uno de sus hombres; recordaba las veces que habían estado cerca de él en la pelea, en las caminatas por los desiertos; sus fidelidades y sus traiciones, sus cobardías y sus heroísmos, sus éxitos, sus crímenes...» (Pág. 121).

«Ahora imagínate—le decía Pancho Villa a Tiburcio Maya—que un día se te sale un tiro, y como pegarle a cualquier otro, me pegas a mí y me rajas las mulleras, y que te devuelves a tu rancho. No encontrarás a tu mujer—asesinada por el mismo Pancho Villa delante de Tiburcio Maya—y entonces dirás: ¿qué salí ganando con matar al jefe que me quería tanto? Por mi culpa siguen oprimiendo al pueblo, porque mi general Villa era el único que podía haberlo libertado... Pobrecito de mi general Villa tan buena gente que era...»

«La voz de Villa se fué haciendo llorona, porque él siempre fué muy fácil de emocionarse, como esos borrachitos que no so-

portan una mala cara, que lloran y abrazan jurando amor eterno...».

«Espérate tantito: cualquier día te dicen que dan cincuenta mil pesos al que me mate o me entregue. Es cierto, los ofrecen, pero vale más «un toma» que «cien te daré», no creas que al que se presente diciendo que me ha matado, le van aflojar luego las platas. A lo mejor no se las dan ni aunque lo pruebe con mi cabeza, que es por lo que dan cincuenta mil pesos, creyendo que el resto de mi cuerpo no vale nada...»

«Si no me muero, mejor para todos, pero si me sucede, les voy a pedir que me hagan un juramento: que no me hagan enterrar; sino que hacen un montón de palos secos, me suben arriba y me meten en el fuego; cuando se acabe, revisan bien que no quede ni un pedacito de mi cuerpo porque no quiero que los «bolillos» se los lleven a Estados Unidos, para decir: «Aquí está Pancho Villa, lo agarramos vivo, pero se nos fué una bala y ahora se está pudriendo». Capaces son de vender mi cuerpo y de ponerse a ver cómo era mi cabeza por dentro». (Pág. 241).

El famoso compadre de Pancho Villa: Diego Urbina aparece también retratado con singular realismo.

«Era el jefe duranguense un tipo de mestizo, de facciones regulares y un abundoso bigote que le cubría la boca; había logrado fama de cruel y digno compadre de Pancho Villa. Tenía brazos y manos entorpecidos por una extraña enfermedad, sin duda principio de parálisis, atribuída por sus enemigos al hecho de haberse atrevido a tomar durante el saqueo de las iglesias de Durango algunos vasos destinados a las más sagradas ceremonias del culto, de los que extrajo el contenido con sus propios dedos musculosos, ávidos ante el oro y las yemas de cálices y copones. Sus orejas rojas y deformes, parecían dos crestas de gallo pegadas a la gran cabeza redonda, y en su cuerpo robusto alentaba un alma felina y despiadada...».

En Tiburcio Maya el viejo «León de San Marcos», nos da el autor una síntesis del revolucionario puro y capaz de los mayores sacrificios por defender a su jefe; símbolo para él de la revolución misma. Posiblemente se le puedan hacer algunos reparos a Muñoz por haber hecho de Tiburcio Maya un personaje de

doble psicología. Así en los primeros capítulos se muestra terco y justiciero, y aun deserta de las filas villistas, por haber ordenado Diego Urbina que quemaran vivo a su amigo Rodrigo Perea, por tener éste las viruelas. En esa ocasión nos muestra Muñoz a su personaje, en un arranque de valiente indignación frente a las órdenes de Urbina:

«¿Pero quemarlo vivo? ¿Qué se han vuelto ustedes locos? ¿Este es el premio a un soldado de la revolución? ¿Es este un ejército de hombres o una tropa de perros—Tiburcio llegó a levantar la mano con el puño cerrado—haciendo vibrar la más terrible de las amenazas. Entonces Urbina se paró frente a él, convertido en amo de hombres». (Pág. 90).

Sin embargo, cuando más adelante Villa va en su busca y le mata delante de sus ojos a su mujer y a su hija, para que él y su hijo puedan seguirlo con mayor libertad, Tiburcio Maya no protesta y se va «con el pecho saliente, los hombres echados hacia atrás y la cabeza levantada al viento, dispuesto a dar la vida por Francisco Villa.»

Esto nos parece excesivo. Ciertamente es que después, en repetidas ocasiones tiene Tiburcio la tentación de echarse su 30-30 a la cara y despachar a su jefe, pero se arrepiente siempre. Al final de la obra cuando el general Pershing invade a México para castigar a Villa, la lealtad de Tiburcio Maya se hace heroica y sublime, y así queda de manifiesto en el diálogo que sostiene con un sargento americano, que le ofrece mil recompensas con tal que les diga dónde está Villa. Tiburcio se encuentra con los pies llagados por el suplicio, en un hospital americano:

—«¿Mujer? ¿Hijos? Me los asesinó Pancho Villa.

El sargento se quedó con la boca abierta no acertando a comprender.

¿Pancho Villa matarlos? ¿Tú seguir a Villa?

—Sí.

—¿Tú obedecer Villa? ¿Tú defenderlo?

—Sí.

—¿Tú estar loco?

—Loco... Sí.

—Oh, yo no creerte, tú tener calentura otra vez, yo si un hombre matar mujer, yo matar ese hombre, yo no defenderlo.

—Yo sí».

«El tenía una sola manera de vengarse: de hombre a hombre. Le hubiera dicho: «Pancho Villa, es Ud. el peor bandido que conozco; me ha asesinado a mi mujer y a mi hija. Ud. trae pistola al cinto y yo también: vamos a ver quien tira primero: a la una, a las dos... » Pero no lo delataría jamás, para que diez mil hombres, con cañones, con ametralladoras, con aeroplanos, sitiaran la cueva donde se encuentra.

—«Si nosotros encontramos Villa vivo, obligarlo a pedirte perdón. Nosotros retratarlo pidiendo perdón a Tiburcio, por haberle matado mujer. Tú ser único hombre del mundo ante quien Villa hincarse. Tú humillarlo.

—Yo no.

—Mira mexicano: tú no decir palabra: nada más tú no poner el dedo en este plano. Si tu juraste no hablar, tú no hablar; pero tú no juraste no poner el dedo... ¿Dónde está Pancho? ¡Díme, díme!

—No.

El sargento perdió el dominio de sí mismo, y con las dos manos apretó el cuello a Tiburcio, sacándolo a tirones.

—You dam fool! ¡Maldito tonto! Tú dejar esa cama a soldados americanos heridos. Tú largarte al infierno a esperar a Pancho Villa...».

Este es Tiburcio Maya, a quien los carrancistas, después de un interrogatorio igualmente infructuoso, lo cuelgan sobre las aguas sollozantes del Papigóchic.

Tiburcio Maya representa la esencia misma de esta novela mexicana; la lealtad incondicional al caudillo, pese a la crueldad y salvajismo con que éste trata a sus propios leales.

«Vámonos con Pancho Villa» es la novela que pinta el fin penoso de un gran caudillo, y además es el grito del revolucionario que no sabe a ciencia cierta qué significa la revolución; pero que la ve encarnarse en un jefe, bárbaro e inconsciente como él, pero a la vez grande y admirable en su brutalidad, y dotado—a pesar de todo—de altos atributos de hombre.—*Juan Uribe Echevarría.*

CAMPAMENTO.—Novela de *Gregorio López y Fuentes* (1).

«Campamento» es lo cotidiano en el guerrear. Las pequeñas miserias, los heroísmos imperceptibles que forman el diario vivir revolucionario. No es una novela heroica, mas bien podríamos caracterizarla como la novela de las costumbres revolucionarias.

En sus páginas se puede apreciar lo revuelta que fué la revolución mexicana. A cada momento tropas federales se «chquetean», es decir, se pasan a los contingentes rebeldes, y esto lo hacen no por convicciones profundas, sino sencillamente porque el triunfo está próximo y conviene estar entre los vencedores.

El movimiento revolucionario hace actuar a los hombres—sus partidarios o sus enemigos—sin mostrar grandes preferencias. A todos los cobija y de todos se sirve. Triunfan muchas veces los contrarrevolucionarios, sin embargo la revolución ha triunfado. Ya no se puede pensar como se pensaba antes. En todos los espíritus han madurado, rápidamente un sinnúmero de nuevas vivencias y modos de apreciar. La revolución se ha hecho.

La revolución en su período de lucha, es para el hombre que actúa a favor de ella o en su contra, un cierto número de acontecimientos favorables o desfavorables que le tiene que acontecer. Por eso es genial en su inconsciencia la contestación de Demetrio Macías—el héroe de «Los de abajo»—al general Natera.

«—¡Cierto como hay Dios, compañero; sigue la bola! ¡Ahora Villa contra Carranza!—dijo Natera.

—Se trata, a lo que parece, de seguir peleando, habló Macías. Bueno pos a darle; ya sabe, mi general, que por mi lado no hay portillo.

«—Bien ¿y de parte de quién se va a poner?»

Demetrio, muy perplejo, se llevó las manos a los cabellos y se rascó breves instantes.

(1) Editorial Espasa Calpe. Madrid, 1931.

—Mire, a mí no me haga preguntas, que no soy escuelante. . .

— . . . La aguilita que traigo en el sombrero usted me la dió. . . Bueno, pos ya sabe que no más me dice: Demetrio haces esto, y esto y esto. . . ¡y se acabó el cuento!»

Y también tiene razón a su modo—en la misma obra el loco Valderrama:

—«¿Villa? . . . ¿Obregón? ¿Carranza? . . . ¡X . . . Y . . . Z! . . . ¿Qué se me da a mí? . . . ¡Amo la Revolución como amo al volcán que irrumpe! ¡El volcán porque es volcán; a la Revolución porque es Revolución! . . . ¿Pero las piedras, que quedan arriba o abajo, después del cataclismo? ¿qué me importan a mí? . . .»

La revolución va despojándose de 100 ropajes equívocos hasta tomar el auténtico, el único que corresponde a lo que existe en los hombres y en los acontecimientos que en ella participan. Revolución: raza buscándose en períodos acelerados.

Todo esto aparece en las novelas mexicanas de la revolución, pero en «Campamento» está apreciado desde un punto de vista menos heroico, más escéptico y cotidiano. El autor ha dejado fuera de sus páginas a los caudillos famosos, y a las grandes batallas con título. Pero en cambio, aparece en el relato el participante anónimo, multitudinario sin brillo. Así la soldadera que acompaña al rebelde en sus fatigas. Los generales honrados y los ladrones, los que sólo roban para sí, y los que dejan robar a la tropa sin robar ellos. Las confesiones que en las noches de campamento hacen el bandido sin renombre y el pequeño agricultor, o el presidiario a quien los rebeldes pusieron en libertad, de los motivos que los impulsaron a la revolución.

Los pequeños detalles de la vida diaria del soldado, son descritos por López y Fuentes con gran detalle y comprensión. También el heroísmo triste, pasivo y fatalista del soldado que siempre tiene a flor de labio la misma frase: «Al fin no me he de morir de parto».

Esta novela mexicana tiene cierto parecido —guardando las proporciones— con «Sin novedad en el frente» de Erich María Remarque. En ambas la miseria no se disimula con ningún ropaje heroico, pero en «Campamento» el autor nos da en re-

petidas ocasiones una optimista nota campestre, que entona por momentos el ánimo del lector.

«Campamento» es un libro desilusionador para los lectores acostumbrados a encontrar en las novelas revolucionarias, verdaderas novelas de aventuras. En cambio, constituye un buen documento para los que quieren conocer la vida anónima de la tropa revolucionaria, en cuyo nombre y con cuyo apoyo se hizo la revolución.—*Juan Uribe-Echevarría.*

EL ABRAZO DE LA TIERRA, de *Mari Yan.*

La crítica literaria se ejerce por lo general en nuestro país sin la imparcialidad que requiere el juicio elevado y sereno; teñida de personalismo, ella no es ni la manifestación subjetiva de la emoción estética del crítico, ni la interpretación artística de la obra literaria. Acá se elogia o se denigra rotundamente; se apela al ditirambo o al sarcasmo agresivo, según sea el ánimo del crítico con respecto a la persona del escritor cuya obra se juzga. Así se explica que críticos y escritores vivan repeliéndose llenos de odiosidades. El crítico, según nuestra opinión, debe oscilar entre los juicios extremos, evitando el elogio desmedido o la negación inapelable. Claro es que cuando se produce una obra egregia o se escribe un libro detestable, el juicio debe ser categórico sin recatear elogio o condenación. Alguien ha dicho que la crítica debe ser siempre elogiosa a fin de que sirva de estimulante al escritor. Se ha refutado tal opinión diciendo que el verdadero artista no necesita de estimulantes externos, que no hay mayor estímulo que la fuerza emotiva que dimana de su propio espíritu; así, sean favorables o adversos, los juicios de la crítica, seguirá produciendo siempre que haya en él auténtica calidad artística.

Las observaciones anteriores nos han sido sugeridas por la lectura de los juicios críticos que se han publicado acerca de la novela *El Abrazo de la Tierra* (1), de que es autora Mari Yan.

(1) Empresa Letras. Santiago de Chile.

De tal manera no se han recateado en esta oportunidad los juicios ditirámicos, que llegamos a creer, antes de leer el libro, que era de aquellos que jalonan una época literaria. Mas su lectura atenta nos ha producido desánimo, y hasta hemos pensado que ha habido no poca benevolencia en tales opiniones.

Mari Yan—seudónimo de una distinguida dama de nuestra clase plutocrática—nos relata la vida que lleva en el campo Ana María, protagonista de la novela. Ana María es de alma soñadora, sensitiva, nostálgica; su vida en el campo es monótona, sin inquietudes que la conturben, atenta sólo al sentir de su corazón.

Amaba esa vida monástica y ese paisaje sin holgura, un poco sofocada por cadenas de montañas.

Su noviazgo con Enrique Acevedo, joven práctico que vivía preocupado de sus actividades agrícolas, no logra devolverle a su espíritu el sentido de la realidad a que la llama la tierra. No se siente ella comprendida por Enrique. De pronto conoce a Juan Carlos Almeida, advenedizo a la clase social a que pertenece Ana María. Juan Carlos tiene alma de Don Juan; su charla es amena y cautivadora, le prestigian varias aventuras amorosas, y ha viajado por Europa. Ana María se siente atraída por Juan Carlos y, poco a poco, va infiltrándose en su espíritu un profundo amor por él. Pero para éste el matrimonio no constituye una finalidad de sus aventuras amorosas y, pretextando un viaje a Europa, se aleja de Ana María; ésta se abate desconsolada; mas pronto se cura de su dolor, reanudando las relaciones con Enrique. Así responde al llamado de la tierra, de su tierra, a la cual se abraza con la fuerza de la sangre de sus antepasados. Como se ve, el argumento de esta novela es poco original. Mari Yan enmarca su relato novelesco dentro de animadas descripciones de la naturaleza, y no podemos negarle que logra darnos la evocación geográfica de los lugares campestres por donde Ana María pasea sus inquietudes sentimentales:

Seguían las avenidas de acacios y eucaliptus, rozaban el bulto de oro de la era, los ranchos pintorescos, una higuera monstruosa, y por fin se perdían bajo los altos cerros que se alzaban al fondo, sombríos, altaneros, con soberbia de dioses. Durante largo rato marchaban cobijados por los gigantescos flancos de la montaña desnuda. Pero de pronto, se ensanchaban los montes, el paisaje se abría, y aparecían, como una bendición, las tierras vastas y ricas de «El Cardal», tierras de promisión, voluptuosamente fecundadas junto a la cinta del río que culebrea-
ba travieso.

Su estilo es apretado, las descripciones sin más detalles que los indispensables, la pintura de la naturaleza es vívida como quien la siente muy hondo en su alma. Idéntico juicio nos merece la descripción que hace de un rodeo, aunque por el hecho de figurar en tantos libros chilenos, el rodeo ha llegado a ser un lugar común de la literatura criolla.

Desgraciadamente, el estilo no siempre muestra los aciertos que encontramos en los párrafos transcritos. Hay descuidos notables:

.....
Cerca del medio día Ana María volvía por el camino real en compañía...»;

inventa por ahí la palabra descomplica cuando existe en nuestro léxico simplifica; abusa del uso de pretérito, de subjuntivo en su significación de pretérito de indicativo; las consonancias se repiten con suma frecuencia: igualmente, impertinente, etc. etc.

En la creación de los personajes, junto a Ana María que tiene vida propia por su diferenciación psicológica (Enrique y Juan Carlos son opacos, carecen de relieve), debemos recordar a Trigueta, que huele a trigo, según la feliz expresión de Mari Yan, y a Mercedes, prototipo de la vieja beata y peladora, que vive preocupada de las intimidades ajenas y de los abolengos. En la pintura de los ambientes y personajes aristocráticos, Mari Yan tiene picantes y agudas observaciones que hacen suponer que las ha tomado directamente de la realidad.

Colocada dentro del criollismo literario, tenemos que confesar que no encontramos en esta novela el vigor y colorido de las descripciones de Mariano Latorre, ni la fuerza trágica de Marta Brunet, ni la riqueza emotiva de Luis Durand, ni el sereno equilibrio de la composición de Manuel Rojas. No obstante ello, creemos que Mari Yan ha enriquecido nuestra literatura auténticamente chilena con un libro simpático que se lee con agrado.—*Milton Rossel.*

ENSAYOS

TRABAJO, RIQUEZA Y BIENESTAR DEL MUNDO, por *H. G. Wells.*

Amplia resonancia encontraron las palabras agoreras de Spengler cuando anunció la decadencia de la civilización occidental. Posteriormente, la crisis económica que ha afectado a casi todos los países reforzó el concepto spengleriano de que habíamos llegado al ocaso de la civilización. Culpado el régimen capitalista, o el desarrollo excesivo de la máquina, de ser los causantes de esta crisis, las teorías, se han sucedido en un afán de buscar más la explicación que la solución: así, de teoría en teoría, se ha afirmado que los males del mundo tienen su origen en las conquistas materiales que ha hecho el hombre. Como una solución simple a los dolores de que padece la humanidad, se ha propuesto la vuelta a la Edad Media, a fin de darle a la vida del espíritu la placidez que ella tuvo en los claustros que dominaron durante ese período histórico.

Uno de los talentos más avizores con que cuenta el mundo, H. G. Wells, analiza en libro reciente (1), traducido no ha mucho al castellano por Ernesto Montenegro, todos los problemas que inquietan al hombre actual. Palabras optimistas las de Wells, que devuelven al espíritu la confianza en lo porvenir. Sin caer en la candidez de pensar que vivimos en un mundo perfecto, cree él que la solución de los problemas más urgentes

(1) Empresa Letras.—Ediciones Extra.—Santiago de Chile.

de la época no está en arrasar con la civilización, sino en reajustar los valores humanos. Pasea el pensador inglés su mirada de vigía a través de todo el curso de la historia, deteniéndose, finalmente, en el panorama de la vida contemporánea, para hacer un despiadado análisis de ella y proponer los reajustes indispensables para darle al ser humano la felicidad a que tiene derecho.

Hay en la humanidad actual un desequilibrio económico del cual nacen casi todos los quebrantamientos sociales; y, sin quererlo, ni desearlo, Wells reconoce el concepto marxista que divide la sociedad en dos clases antagónicas.

La humanidad—dice—produce sin esfuerzo individuos dispuestos a mandar o a gozar de la ociosidad, pero el trabajador continúa siendo el residuo social involuntario, que obedece sin entusiasmo y no se resigna fácilmente a su papel de subordinado.

Pero no cree Wells que la solución está en lanzar a estas capas sociales la una contra la otra, sino en un mutuo desprendimiento que se acerque a un término medio justo, si no ideal, al menos más humano que el orden existente. Según su opinión, ello va en vías de realizarse en virtud de las legislaciones sociales que favorecen a las clases desvalidas, debido, sin duda, al sacudimiento de las conciencias que trajo la guerra europea, desprendiéndose del pasado y de la tradición. Mucho hay que recorrer todavía, a fin de que se pueda realizar un sistema común de distribución de los productos, que es hoy el problema básico cuya solución es impostergable. La causa de las dificultades económicas actuales, reside, según Wells, en la ambición de los empresarios o accionistas que sólo se preocupan de su provecho, sin interesarles el beneficio de las clases necesitadas.

Rinde Wells a las adquisiciones de la ciencia su reconocimiento más fervoroso, y cree que el dolor de la humanidad desaparecerá cuando todos puedan disfrutar de sus beneficios. Esta reafirmación de Wells es de innegable oportunidad, porque sirve para ahuyentar ese pesimismo que se ha extendido intencionadamente de creer que la ciencia está en bancarrota y que ella nada aporta a la vida espiritual.

Hace un balance de todos los descubrimientos científicos

que han determinado la actual civilización, y estima que ellos son indefinidos. Es de hacer notar la profunda versación científica de que hace gala, sin caer en la pedantería, y que permite explicarnos numerosos y complicados fenómenos, tanto filosóficos como históricos y sociales. Por ello, pensamos que Wells es el modelo más perfecto del hombre de cultura, sin que ninguna actividad del espíritu quede fuera de su comprensión.

Pero el mundo vive angustiadamente por el predominio de los que él llama los recalcitrantes, que con un criterio anti-social no lanzan todavía por la borda el lastre de egoísmo que recibieron como herencia de sus antepasados. Egoísmo de los de arriba y de los de abajo, que exigen derechos burlando los deberes. No obstante ello, Wells manifiesta un optimismo mesiánico en el progreso creyendo que la humanidad llegará un día a encontrar su meta de felicidad.

Por la erudición y amplitud de criterio con que están dilucidados los problemas económicos que afectan a la humanidad actual, por la explicación de los fenómenos científicos, históricos y sociales y por la claridad y elegancia de la exposición, es este libro de H. G. Wells de provechosa lectura y debe ser él recomendado a los estudiantes de los Liceos y a los políticos, a fin de que aquéllos sepan cuál es el recorrido que ha hecho la humanidad y cuál es la perspectiva que se columbra, y reciban éstos lecciones de comprensión respecto a los problemas sociales y económicos cuya solución les corresponde.—*Milton Rossel*.

SUD AMÉRICA Y SU DESTINO POLÍTICO, por *Ettore Viola*, Trad. Domingo Melfi, Ed. Luz, Santiago, 1933.

La confederación de los «estados desunidos» de Sud América ha encontrado en Ettore Viola un gallardo capitán. El autor es un publicista italiano acostumbrado al manejo de las ideas generales. De ahí que su obra se destaque diáfana en el aspecto conceptual y sincera en su zona moral. Libros de este linaje son hoy, más que nunca, necesarios.

La idea de constituir una «patria grande» sirvió primero al grande de los arquitectos de naciones, Bolívar, como hontanar cristalino de su idealidad. En el presente siglo ha servido a Manuel Ugarte para componer uno de sus libros más medulares, libro que algún día glosaré, debido a la óptima calidad ideológica en sus páginas contenida.

El ensayista que ahora examino empieza con un análisis panorámico de la crisis mundial, para deducir las causas próximas del colapso económico actual de Sud América. En estos dos capítulos el autor demuestra sólidos conocimientos de economía internacional.

El segmento más patético, para mí, ciudadano hispanoamericano, es el que se refiere a Bolívar. En esas páginas transidas de emoción traza el autor todas, o casi todas, las vicisitudes del patrio capitán. Se ve al liberal convencido de la democracia y de su ideal ecuménico, ideal que no ha hecho, en el decurso de un siglo largo, sino vivir con renovada vitalidad.

Al escribir de Bolívar puntualiza la elemental visión política de todos los libertadores con excepción de San Martín y Sucre. Allí defilan con su estrecho criterio provinciano y medievalesco los generales criollos, sin una ancha ni una fecunda idealidad. El más grande de los genios políticos habría fracasado como fracasó el generoso Bolívar, calumniado y perseguido, en su afán de unión latinoamericana. La gran Colombia fué un cubo de arena, porque al retirarse los brazos potentes del jefe, se desparó descohesionada.

Estudia a continuación la Doctrina de Monroe, doctrina que tuvo dos videntes agudísimos: Portales, *el canciller de hierro* chileno y el Marqués de Casa Yrujo, Embajador de España en Río de Janeiro. El documento, en su parte principal del diplomático peninsular está en las pp. 122 y 132. Séame permitido—para ilustrar al lector—que transcriba algunos párrafos del Ministro, cuando sólo era un comerciante:

«4.—Lima, Marzo de 1822. Señor José M. Cea.

«Mi querido Cea: Los periódicos traen agradables noticias para la marcha de la revolución de toda América. Parece algo confirmado que los Estados Unidos reconocen la independencia

Americana. Aunque no he hablado con nadie sobre este particular, voy a darle mi opinión. El Presidente de la Federación de N. A., Mr. Monroe, ha dicho: «*Se reconoce que la América es para éstos*». ¡Cuidado con salir de una dominación para caer en otra!»

Más adelante: «Yo creo que esto obedece a un plan combinado de antemano; y éste sería así: hacer la conquista de América, no por las armas, sino por la influencia en toda esfera. Esto sucederá, tal vez hoy no; pero mañana sí» (1).

El tremendo vaticinio está por cumplirse. Es urgente deponer toda vanidad; es preciso cambiar nuestra psicología aldeana e ir a los grandes EE. UU. de S. A.

En tres capítulos, cuyos nombres copio, en el orden que su autor le da en el texto, estudia valiosos problemas doctrinarios y de técnica: «La Unión Sudamericana es posible» (p. 144), «Las ventajas de la Unión Sudamericana» (p. 165) y «Medios adecuados para conseguir el objetivo» (p. 187), está tratado con buena dialéctica el problema de la «patria grande».

Las ventajas espirituales y de linaje material que la Confederación de los pueblos del continente colombino, no necesitan demostración. Toda persona que no sea un egoísta empedernido estará de acuerdo en los grandes beneficios que ella reportaría a la tranquilidad de un sector apreciable del mundo.

La lectura del libro del escritor Viola, deja en el alma un residuo, por así decirlo, de optimismo. El problema de la Confederación hispanoamericana viene a ser una meta ideal a conseguir. Por otra parte, viene a darle un noble contenido a la vida provinciana y regionalista que llevamos.

Es indudable que la consecución de un plan de tan gran formato requiere un estilo de existencia mística. Es la creación de una mística colectiva la que hará posible la cruzada de unión entre estos «estados desunidos».

La obra de Viola se publicó hace algunos meses en italiano, editada por Nascimento. La crítica se ocupó de ella en elogiosos

(1) «Epistolario de D. Diego Portales» (1822-1833), recopilación y notas de D. Ernesto de la Cruz, t. I, p. 12, Imp. de los Talleres Fiscales de Prisiones, Santiago, 1930.

términos, términos, por otra parte, justos. Ahora se presenta, en esta segunda etapa pública, en español. La versión estuvo a cargo de Domingo Melfi. La faena intelectual de Melfi es bastante conocida para que necesite de comentarios. Su traducción es correcta. Por lo demás, no podía esperarse otro producto de un escritor ya consagrado.

Antes de terminar estas palabras, quiero agradecer la sinceridad y el desinterés de Ettore Viola por su labor en pro del advenimiento de la gran república de Sud América. Ojalá el destino premie su tarea, haciendo que su estudio tenga la gloria de ser una profecía. Entre tanto, a conocernos los unos a los otros con limpieza de corazón y altura de sentimientos.—*Norberto Pinnilla.*

VICUÑA MACKENNA. VIDA Y TRABAJOS, por *Eugenio Orrego Vicuña.*

Eugenio Orrego Vicuña nos ha entregado una obra que ajusta su extensión de 540 páginas a la necesidad de interpretar en la nueva conciencia social de nuestra cultura la múltiple personalidad del gran historiador. No es un ensayo destinado sólo a exaltar la figura de Vicuña Mackenna dentro de la perspectiva histórica, sino a revalidarlo en el aporte que le cupo en la creación pacífica de la cultura americana. Eugenio Orrego, retoño de la ascendencia ilustre del escritor, siente hervir en su sangre la corriente evolutiva del espíritu al seguir, paso a paso, la vida de su antepasado hacia esa síntesis que se encamina a un renacimiento filosófico y artístico en la conquista de nuestros pueblos por el genio americano.

La obra, escrita a raíz del centenario del nacimiento de Vicuña Mackenna, viene a cimentar un elemento de creación que es un caso extraordinario en América. Es la mejor forma para rendir culto a valores consagrados cuyo estudio y aprecio quedan circunscritos muchas veces al silencio del aula o a la activa paciencia de un erudito. Eugenio Orrego analiza y estudia la personalidad del historiador en forma que adquiere una influencia

y trascendencia que antes desconocíamos en su sentido de democracia y americanismo.

El hombre, que iba a constituirse en ciudadano de América, quiere darle a su acción el aliento creador de los dioses nativos, para que el continente en su génesis civilizadora penetre en el espíritu de la tierra. Toda la obra de Vicuña Mackenna descubre esta influencia secreta de la tierra sobre la vida americana, que vive sólo de la política romántica, de origen revolucionario. Necesitando de una doctrina estética fundada en la experiencia de la historia mantiene su unidad de acción como escritor, huyendo de las ideas exclusivas, para afirmar la fuerza emocional de una raza, la continuidad de una tradición, el tipo social de una cultura. Las colonias políticas no habían caducado aún. Se necesitaba asumir la autonomía del espíritu ya que se tenía la del gobierno. Vicuña Mackenna comprende que ha llegado la hora de poner en movimiento el corazón de las masas hasta entonces meras espectadoras en su función histórica, vinculándolas a una fuerza material que sirva de instrumento al pensamiento y al interés común de las repúblicas unidas.

Libro bien meditado, justo en situar la figura prócer en el medio expectante que le correspondió en el escenario de América, su autor nos hace entrar a un nuevo proceso en el que un pueblo, lleno de ilusorios modelos exóticos, ve, por primera vez, afirmar —mediante la acción de un escritor nacional— su conciencia colectiva e interrogar a su porvenir.

Quisiéramos desprendernos un momento de esta «Vida y Trabajos» que Eugenio Orrego, ha escrito, con tan abundante y rica documentación, para pensar en la obra total de Vicuña Mackenna, en su contenido nacional que significa para el aporte de la literatura chilena «que por primera vez aparece entre nosotros», según advierte Lastarria. Porque lo grande de su obra, al penetrar en el ambiente del pasado y de sus días, es el no perder el punto de vista americano, que amplía el panorama, y es una enseñanza para los historiadores de nuestras literaturas locales. América fué su primera vía de expansión intelectual; mas, para llegar a ella, tuvo el raro acierto de partir de la propia personalidad. Este es el secreto del genio de Vicuña Mackenna.

De aquí se ha elevado a nuestros ojos modernos que vemos engrandecerse su figura en un crisol de fuerzas cósmicas que obran sobre la raza, en permanente unidad funcional.

Eugenio Orrego Vicuña, en su trabajo interpretativo, ha unido a la intuición de su espíritu avanzado, el acierto de saber escudriñar, en la vida del gran hombre, hechos que tienen intrínseco valor histórico y psicológico, como aportación de datos inéditos para su biografía viva y actuante como un nervio.—*Sady Zañartu*.

POESIA

EL ÁRBOL SOLO.—Poemas de *Olga Acevedo*.—Nascimento. 1933.

Después de su libro «Los cantos de la montaña», clara y limpia vertiente de emoción, Olga Acevedo, esta poetisa dulce y suave, sin pose ni actitudes trascendentales, vuelve a encender la linterna mágica de sus sueños, para cantar con una voz nueva plena de armonía esa tristeza del espíritu solitario, de esa soledad que, sin embargo, tiene su mundo interior, poblado de bellas irrealidades y fantasías y cuyos latidos repercuten en la sensibilidad del artista, provocando en él una inquietud constante. Y Olga Acevedo posee una fina sensibilidad, rica en matices y en motivos, que nimbán sus versos con una suave luz evanescente, donde tiembla una emoción verdadera. Sabe expresarla sin artificios y con modernidad, sin llegar al ultraísmo confuso y contorsionado, cuando dice sus palabras evocadoras y lejanas, como una voz cuyo timbre es más hermoso, por que junto a él se prende el encanto del recuerdo.

Hay calidez en su verso claro y vibrador, en donde la tristeza se retuerce como una liana, de donde colgara estremecida la hoja y la flor que es frescura y fragancia, y también ala tenue, tocada por la voz musical del viento. Yo no sé qué oculto encanto, qué escondida hechicería hay en estos versos evocadores, cristalinos y suaves:

Trina en la tarde amable su guitarra de ausencias
 Que dulcemente sueña en el campo solo...
 Es como mi corazón soñador y distante,
 como su vieja pena de soledad y ensueño,
 Se recoge en la noche como un ala de seda
 enmudecida el harpa de su ardiente tristeza.
 Es como mi corazón cuando renuncia y calla,
 cuando solloza a solas bajo la sombra inmensa.
 Solitario inefable, no hay en el campo absorto
 una canción más pura, ni una emoción más alta...

No son estas por cierto, palabras huecas y sin sentido, sino la expresión penetrante de un estado de alma, revestido con la elegancia de la forma. El pensamiento revienta como una flor y es también ágil saturado de lejanías, en cuyas vibraciones se transparenta una pena verdadera. Es la poetisa traspasada por esa tristeza del «árbol solo», donde ya ni los pájaros se detienen a cantar. Hay delicadeza y hondura en ese verso:

Que dulcemente sueña en el campo solo...

Pero de pronto como si reaccionara, con agudo grito de esta suave ensoñación en que se embriaga su espíritu oyendo una voz ausente, se yergue sobre su propio dolor, concentrándose a una realidad más próxima y entonces su acento tiene fuerza inusitada para cantar su drama interior. Su voz adquiere una vibración férvida y sensual y para decirlo tiene magníficos aciertos de expresión, que son verdaderos hallazgos:

No sé con qué palabras desnudarte mi angustia
 no sé con qué rocío de algas frescas ceñirte.
 Una rosa de fuego cunde en mi seno izquierdo
 hasta encender las últimas raíces de la ofrenda.

Una luz ardiente asoma como una lumbrarada, para encender su sentimiento ahora rebelde ante su dolor incomprendido, porque sus anhelos estallan pidiendo su parte de placer. Y la vida se estremece dentro de ella. «como en cítara viva» según sus propias palabras. Es decir sintiendo la belleza de la exis-

tencia: canto saturado de melancolía nostálgica, místico cuando su ansiedad se refugia en la fe, sensual y pagano a ratos, y muchas veces impregnado de espiritualismo que la aleja de la tierra y la hace remontarse a planos inalcanzables.

Por su riqueza emocional, por su fuerza de expresión honda y sincera, por la brillante ductilidad de su temperamento que busca y sabe hallar todos los caminos del sentimiento, la obra de Olga Ayevedo no es ya una magnífica promesa sino la más hermosa y espléndida de las realidades.—*Luis Durand.*

GLOSARIO

CON don Augusto Orrego Luco, fallecido a los ochenta y seis años de edad, desaparece del escenario de la vida literaria y política de Chile, el último representante de un gran período de la historia nacional. Nacido en 1848, cuando el romanticismo francés transplantado a América llenaba las conciencias de sus hombres, el doctor Orrego, en su juventud y en su edad madura, se afilió a él, acaso sin quererlo, y permaneció asido a esa corriente en el curso de su larga cuanto fecunda existencia. El romanticismo se había hecho carne en el viejo escritor en todo lo que este concepto tiene de sustantivo en las letras, en la política, en el periodismo y hasta en la manera de ser íntima de un hombre.

Colocado entre un pasado que nos parece sereno y glorioso por una ilusión romántica también, y que nos cuesta ahora comprender en la virtualidad de su sentido humano y en el presente que nos parece trágico, y contradictorio y sin líneas de armonía, porque lo estamos viviendo, bien podría decirse de Orrego Luco que cabalgó entre dos siglos sintiendo de ambos las diferencias espirituales de su estilo. En tal sentido era como el eslabón de una cadena en el tiempo que ataba, por un prodigio, de poder vital, dos épocas históricas, la suya y la nuestra.

Pero de lo que no cabe duda era que pertenecía a su siglo, el siglo XIX, y que el XX no le dió, nada ni transformó tampoco en los más mínimo su estructura intelectual. Como escritor, buscaba en el estilo la música del período, las cadencias de la frase algo cansadas y suaves. Francés en la expresión, fino, delicado en el decir, irónico y amable, sus imágenes resaltan con perfiles de cosas áticas de una proporción severamente clásica. Cuando se le lee parece que uno tiene en sus manos un libro de Paul Saint Victor o Fromentin, acaso este último mayormente a quien tanto se parece en la expresión. Sus páginas que aspiran a una emoción de sentimiento humano que Orrego Luco sabía explotar como gran artista que era, dibujan siempre la figura de

una mujer. Se complace en retratar la eterna tragedia de los amores contrariados; siente como un placer en estudiar las violencias que levanta esa pasión. La amante de Gambetta, la querida de Augusto Comte, las mujeres de Lord Byron le han arrancado sus más bellos escritos en los cuales la ternura tiene arranques magníficos.

Sin embargo, Orrego Luco, que fué y tuvo toda la contextura del verdadero escritor de vocación, que deja en la historia literaria de Chile un nombre brillante, no produjo muchos libros. Fuera de los de viaje y el intitulado *Retratos*, sus otros ensayos, de un verdadero mérito que le asegurarán un lugar destacado entre los escritores nacionales de la segunda mitad del siglo XIX, corren desparramados en las hojas de los diarios de que fuera redactor y colaborador, en las revistas que fundó y a las cuales iba tirando casi toda su vasta producción. El mismo no recogía nada ni pareció nunca dispuesto a reunir su obra. Fueron sus amigos los que salvaron muchas de sus más bellas páginas. Escribía, porque sentía un placer en hacerlo, porque algo superior lo impulsaba a ello. Y no tenía tampoco continuidad. Algunos de sus estudios principiado con gran cariño, los dejaba en la mitad: el Byron, por ejemplo, el Lope de Vega es otro caso. Es que en el doctor había el alma de un bohemio. Y lo fué de las letras como un gran señor.

Su obra de periodista—cuando el periodismo en Chile era un género culto para escritores y escritores de pensamiento doctrinario, en la política—fué consagrada a imponer los principios del liberalismo y sabemos que firmaba, a veces, con el pseudónimo de *Ruy Blas*, no porque él lo dijera, sino porque sus amigos lo estampaban en los libros. La parte principal que tomó en las grandes campañas de opinión del siglo pasado para imponer ideas que hoy día nos parecen que fuera imposible discutir, es considerable y valiosa, y ciertamente que Orrego Luco, cuando se escriba la historia de las ideas políticas en Chile, será recordado con elogio. El político tendrá un lugar en esa historia. Y el médico uno prominente en las ciencias.



AL fin—decíamos en una crónica volandera con motivo de la visita de Alfonso Reyes—AMERICA HISPANA, intenta el pensamiento cordial de la unificación en sus pensadores, en sus artistas, en sus voceros de la expresión pura, limpia de torcidas intenciones, despojada de todo recelo. Con ser Alfonso

Reyes un diplomático no se entregó a la solemne y estirada corporización diplomática que tantas incomprendiones y chascos cuesta a América. Fué siempre, y a despecho de todo, un escritor. La pluma no realiza acaso las jornadas más valiosas del acercamiento y de la comprensión?

La obra de Alfonso Reyes es de las más puras en la expresión americana. Con ser fina no es eso lo que más nos encanta, sino su medularin quietud, su fuerte estructura autóctona. Es lo autóctono en una forma de fina intención clásica. Corren desde hace tiempo por el continente sus obras, lo mismo que esos ríos azules que se internan a través de las montañas y perforan las fronteras convencionales. Esos ríos ondulan y extienden su carga de vitalidad entre una landa y otra; vagan sembrando la voluntad de unión de sus hombres más representativos y arrastran los gérmenes y perfumes de las tierras que cruzan para depositarlos en las vecinas. Tal para nosotros el significado de la obra de Alfonso Reyes.

Los escritores chilenos exteriorizaron con diversos homenajes la simpatía que ya había sabido despertar con su obra literaria, aun antes de que fuera nuestro huésped. Reyes, nos advirtió, en una breve charla que, no quería saber nada de nuestro paisaje típico, sino de sus hombres. Le interesaba lo humano, lo que en la mayor medida, representa la verdadera expresión del carácter de estos pueblos. Lo humano, lo humano, es decir, lo que desde hace tiempo buscamos para entendernos.

Quisiéramos una visión como Reyes sabe hacerlo. Lo decimos porque es seguro que nos dará su interpretación de lo que ha visto en hombres. Una como adivinación de nuestro destino en la mezcla de los ímpetus desordenados y en las exaltaciones que se atemperan en quietud y en tristeza, y que tan característicos son de nuestra raza, grave y sarcástica. Saludamos, pues, al maestro del buen decir y del hondo pensar.—*M.*



EL cuarto centenario del nacimiento de Ercilla.—Fué celebrado con exceso de discursos. Tres quedarán. El de Amunátegui Solar que reivindica para España su obra inmensa civilizadora; el de Mariano Latorre que estudió la vida aventurera del poeta con el criterio y el sentido de un artista y la edición popular de *La Araucana*, editada bajo el auspicio de la Universidad de Chile.

Una fuente única ha servido a todos esos ensayos. La obra formidable de Medina sobre Ercilla. Ahí han bebido todos. Y sigue siendo su libro sobre el poeta el único guía, la última palabra sobre la vida del literato-soldado.—F.

INDICE GENERAL DE LA REVISTA "ATENEA"

Se encuentra ya en preparación el Índice General de la revista *Atenea* que abarcará desde el N.º 1 al 100. Este índice se hará por materias y autores y será de gran interés para nuestros estudiosos de la literatura y para todos los que hayan seguido el desarrollo de nuestra Revista. El material acumulado en las páginas de *Atenea* representa un bello esfuerzo de la intelectualidad chilena y el índice facilitará de este modo la investigación de las materias que se han tratado en ella, por autores nacionales y extranjeros.

Se ruega a los escritores nacionales e iberoamericanos enviar sus obras a esta Revista, en cuyas páginas daremos cuenta en notas bibliográficas y críticas.

Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA Y EJERCITO

2.º PISO - OFICINA 8 = SANTIAGO DE CHILE

LIBROS RECIBIDOS

- MANUEL G. PRADA: *Bajo el oprobio*.—París, 1933.
FRANCISCO DONOSO: *Myrrha*. (poemas).—2.^a edición ilustrada por el autor. Santiago de Chile.
ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA: *La Araucana*.—Edición del Centenario. 2 tomos. Editorial Nascimento. Santiago de Chile.
KNUT HAMSUM: *Germinación*. N.^{os} 27-28.—Biblioteca Letras.
FRANCIS DELAISI: *Contradicciones del mundo moderno*.—Traducción de Adriana Ponce. Ediciones Extra. Biblioteca Letras.
VICKI BAUM: *Vidas sin secreto*.—(Estrellas en Hollywood). Biblioteca Letras.
SOMERSET MAUGHAN: *Tragedia en los mares del sur*.—Biblioteca Letras.
FEDOR DOSTOIESVSKI: *Pobre gente*.—N.^o 30, Biblioteca Letras.

RASSEGNA ITALIANA

POLITICA · LETTERARIA · ARTISTICA · MENSILE

Fondata e diretta da Tomasso Sillani

ABBONAMENTO } Italia e Colonie: L. 50. Per militari e scuole L. 40
ANNUO } Estero (con spedizione raccomandata) L. 90
 } Tunisia, Corsica, Malta, Dalmazia, Canton Ticino L. 80

Volume speciale: **Lo Stato Mussoliniano e le realizzazioni del Fascismo nella Nazione**

(Pubblicato nel Maggio 1930)

Volume de 500 pagine, con illustrazioni e grafici nel testo e una tavola con S. M. il Re e il Duce—Italia e Colonie L. 30; Estero L. 40.—Agli abbonati della Rassegna Italiana L. 20.—Per la spedizione del volume aggiungere L. 2 per l'Italia, e L. 5 per l'Estero. Yndirizzare richieste e vaglia alla

RASSEGNA ITALIANA, Piazza Mignanelli, 25 - ROMA

ATENEAE

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEAE inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEAE no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.	
Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	\$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEAE, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 -- Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.



DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**
Barcelona-Santiago



MCD 2018